

LA MUJER DORMIDA DEBE DAR A LUZ

EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA



AYOCUAN

ANTONIO VELASCO PIÑA

Este libro fue pasado a formato digital para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más.



LECTORES EN MOVIMIENTO
-DIFUSIÓN SIN FRONTERAS-

LA MUJER DORMIDA DEBE DAR A LUZ

©1968. Ayocuan

©1968. Editorial Jus, S.A. de C.V.

Plaza de Abasolo N° 14

Col. Guerrero, 06300, México D.F.

Tel. 526 0616, fax: 529 1444

ISBN: 968-423-002-8

Décima octava edición

Reservados todos los derechos

Impreso en México / Printed in México

Una cultura nace cuando un alma grande despierta de su estado primario y se desprende del eterno infantilismo humano; cuando una forma surge de lo informe; cuando algo limitado y efímero emerge de lo ilimitado y perdurable. Florece entonces sobre el suelo de una comarca, a la cual permanece adherida como una planta. Una cultura muere, cuando esa alma ha realizado la suma de sus posibilidades, en forma de pueblos, lenguas, dogmas, artes, Estados, ciencias, y torna a sumergirse en la espiritualidad primitiva. Pero su existencia vivaz, esa serie de grandes épocas, cuyo riguroso diseño señala el progresivo cumplimiento de su destino, es una lucha íntima, profunda, apasionada, por afirmar la idea contra las potencias del caos en lo exterior y contra la inconsciencia interior a donde han ido éstas a refugiarse coléricas.

OSWALD SPENGLER *La decadencia de Occidente*

Esta ligazón fundamental del Mundo pensante no nos es sensible inmediatamente. Partículas ahogadas entre otras partículas, vivimos habitualmente sin tomar consciencia de lo que debe representar, vista en su conjunto, la masa de consciencia de la que formamos parte. Como una célula que no viera más que otras células en el cuerpo al que pertenecen. Y, sin embargo, el cuerpo existe más que los elementos de los que se compone. En verdad, no podemos alcanzar ningún progreso decisivo en nuestras concepciones del mundo animado mientras que, permaneciendo en la escala "celular" no sepamos emerger por encima de los seres vivos para ver la Vida, por encima de los Hombres para descubrir la humanidad: no esta Humanidad abstracta y languideciente de que nos hablan los filántropos, sino la realidad física, poderosa, en la que se bañan y se influncian todos los pensamientos individuales hasta formar, por su multiplicidad, un solo Espíritu de la Tierra.

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN *La energía humana*

Capítulo Primero EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA

1 ANTE EL MURAL DE LA CIENCIA

a) Generación fundadora de la Ciudad Universitaria

En cuanto tuve conocimiento de que me tocaría en suerte formar parte de la generación fundadora de la Ciudad Universitaria —edificada al sur de la ciudad de México— comencé a desear que el tiempo transcurriese más rápidamente con objeto de poder asistir a clases lo más pronto posible. Meses antes al inicio de éstas, acostumbraba ya ir por lo menos dos veces a la semana a recorrer lentamente los distintos lugares de la aún desértica Ciudad Universitaria: el artístico e imponente estadio deportivo, la enorme explanada central frente a la Torre de la Rectoría, las bellas albercas, los originales frontones y el majestuoso conjunto de los diferentes edificios.

Todo ello me causaba una viva impresión, me hacía sentir en el centro de un corazón nuevo y vigoroso, que muy pronto empezaría a bombear una sangre más rica en pureza y energía a todo el país, o lo que es lo mismo, juventudes más preparadas, forjadas en condiciones de estudio superiores a las de las anteriores, merced a mejores instalaciones técnicas y deportivas, ubicadas en un lugar ideal cuyo solo ambiente era un estímulo a un mayor aprovechamiento en los estudios.

Así, pues, cuando en aquel día de marzo del año de 1954, Ciudad Universitaria inició sus labores, y yo —ya en mi calidad de universitario, estudiante del primer año de la carrera de Historia— penetré al edificio de Humanidades, una emoción mezcla de los más diversos sentimientos envolvió mi espíritu, e incluso pude percibir una intuición que muy raras veces se alcanza a sentir en la vida en forma clara y definida: la de que en

ese preciso momento estamos tomando un nuevo derrotero, el cual nos llevará por caminos del todo diferentes a los utilizados hasta entonces, razón por la cual nuestra anterior forma de vida no podrá retornar jamás.

En las afueras del edificio de Humanidades, los altavoces de la Exposición Alemana, instalada en la planta baja y a lo largo del mismo, repetían intermitentemente una palabra: "achtung!, achung!"¹

Presentí una especie de oscura advertencia en esa palabra:

"Achtung!, achung!"

Aquellas personas que por ser aún muy jóvenes no guardan recuerdos personales del período de gobierno del licenciado Miguel Alemán, tal vez encuentren un poco difícil comprender plenamente los acontecimientos a que aludiré a continuación. Estimo, por tanto, necesario mencionar algunas características sobresalientes de este período que abarca los años comprendidos entre 1946 y 1952.

Durante esa época, la dinámica personalidad del licenciado Alemán infundió a la nación toda una mística de superación y progreso, así como una confianza ilimitada en su futuro. El creciente ritmo del desarrollo del país era algo que podía comprobarse en forma tangible: por doquier se construían carreteras, puentes, líneas férreas, presas y escuelas. A todo lo largo y lo ancho de la República surgían todos los días nuevas industrias.

Sin embargo, esta aparente bonanza se veía seriamente empañada por los graves defectos de que adoleció esa administración: una acentuada corrupción permitió la creación de fortunas especialmente cuantiosas por parte de numerosos funcionarios públicos; por otra parte, el acelerado desarrollo económico a que he aludido, se realizó utilizando una serie de medidas inflacionistas que afectaron principalmente a los componentes de las capas económicamente débiles de nuestra población.

Esta explicación tiene la finalidad de hacer resaltar el hecho de que al iniciarse el año de 1954, gran parte de los mexicanos de aquel entonces seguían creyendo que el país, una vez superada cierta pequeña depresión en las actividades motivada por el reciente cambio de gobierno, continuaría manteniendo el mismo alto ritmo de acelerado desarrollo de los últimos años.

La apertura de Ciudad Universitaria y la inauguración de la Exposición Industrial de la República Federal Alemana, constituyeron dos sucesos que, aun cuando tuvieron lugar a principios de 1954, a causa de su espectacularidad parecían todavía formar parte del período de gobierno del licenciado Alemán. Asimismo, ambos sucesos motivaron el que mucha gente mantuviese por un poco más de tiempo la mencionada ilusión de un posible retorno del auge económico. La realidad demostraría muy pronto lo contrario en forma por demás dolorosa.

En vista de la considerable importancia que en forma indirecta tuvo la ya citada exposición industrial alemana para el desarrollo de los distintos acontecimientos que habré de narrar, considero justo dedicarle unas cuantas líneas.

Los sentimientos de simpatía y admiración hacia Alemania por parte de los mexicanos, han sido siempre particularmente acentuados; sin embargo, estimo que estos sentimientos eran aún más fuertes entre nuestros padres y nuestros abuelos, como resultado de diversas causas históricas que arrancan por lo menos de la época en que el gobierno de don Venustiano Carranza estuvo a punto de celebrar tratados de alianza militar con la Alemania del Kaiser, acontecimiento que influyó en forma importante para determinar a los Estados Unidos a intervenir en contra de Alemania en la Primera Guerra Mundial, conflagración durante la cual México mantuvo una precaria neutralidad, manifestando en múltiples ocasiones sus simpatías en favor de Alemania.

Durante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, la participación de México en el bando de las potencias aliadas menguó tan sólo ligeramente las simpatías de la mayoría de nuestra población hacia esta nación. En la práctica, el supuesto estado de guerra entre México y Alemania resultó casi simbólico; nunca existieron sentimientos de odio hacia el pretendido enemigo, a pesar de los millones de dólares invertidos con ese objeto por la propaganda de guerra americana.

Al finalizar la guerra, México reanudó lo más pronto posible sus relaciones diplomáticas con la República Federal Alemana, y durante el sexenio del licenciado Alemán, este gobernante, haciendo honor a su apellido, procuró fomentar las relaciones entre ambos países. Asimismo, ya casi para finalizar su régimen, se concertó la celebración en nuestro país de una exposición industrial alemana, con miras a lograr el fomento de las relaciones comerciales entre germanos y mexicanos. A causa de los numerosos problemas técnicos y administrativos que planteaba la realización de tan importante exposición, transcurrió poco más de un año, empleado en programas, preparativos, transportes e instalación, antes de que la exposición fuese inaugurada a principios de marzo de 1954, por los mismos días en que se iniciaron por vez primera las actividades en la Ciudad Universitaria.

¹ ¡Atención!, ¡atención!

La exposición fue instalada en la planta baja y a lo largo del edificio de Humanidades,² que está situado en el costado norte de la Ciudad Universitaria y constituye una especie de enorme cajón de vidrio y concreto, dividido en aquel entonces en tres secciones: la primera de ellas ocupada por la Facultad de Filosofía y Letras; la central, que es la más grande de las tres, por la Facultad de Derecho, y finalmente, la última estaba ocupada por la Escuela de Economía.

Si bien ya todos esperaban que la exposición alemana resultase un modelo en su género, la realidad superó todo lo previsto, especialmente en lo relativo a organización y presentación.

Todos los días la exposición era recorrida por miles de visitantes, los cuales, aun cuando en su inmensa mayoría no poseían ninguna clase de conocimientos técnicos en materia de maquinaria, no salían aburridos o defraudados de su visita, pues la exposición estaba presentada en tal forma que hacía entretenido su recorrido para todo mundo: intercalados entre los locales de la más variada maquinaria, había *stands* donde se podía consumir por un módico precio una buena ración de sabrosa cerveza alemana, acompañada de los más variados bocadillos germanos, todo ello en medio de una general alegría, a la que contribuían las agradables canciones del folclore alemán, difundidas al través de los altavoces.

Un rápido recorrido por las instalaciones de la exposición permitía al visitante percatarse, por la lectura de los avisos colocados a la entrada de los diferentes locales, de que día con día aumentaba el número de transacciones relativas a maquinaria de la más diversa índole, cuyo pedido ya había sido pactado. Era evidente que una gran parte de los industriales mexicanos consideraban llegado el momento de cambiar su maquinaria norteamericana por otra de fabricación alemana, y que se estaban endeudando por un largo tiempo, con objeto de realizar este propósito.

El Domingo de Ramos del citado año de 1954 llegó a su término el período fijado para la duración de la exposición; un número de visitantes superior al acostumbrado acudió aquel día a recorrer las instalaciones y a felicitar a los organizadores y encargados del exitoso evento. Unos conjuntos de mariachis tocaron diversos sones mexicanos terminando con *Las Golondrinas*, y en medio de un ambiente de nostalgia y alegría se dio por clausurada la exposición.

Al día siguiente, primer día de la Semana Santa de aquel año, el país entró en esa calma característica de los períodos de vacaciones, en los que todo el mundo se olvida de cualquier clase de problemas, excepto el de lograr encontrar acomodo en alguno de los lugares tradicionales para descansar.

Por mi parte, me encontraba yo en aquellos días en el puerto jarocho, cuando el Domingo de Resurrección, al acudir a desayunar al restaurante del hotel donde me hospedaba, me enteré por los periódicos de la noticia que en aquel momento sacudía a todo el país: nuestra moneda había sufrido una considerable devaluación. La nueva paridad para el cambio del dólar había variado de \$8.65 a \$12.50.

El relato contenido en esta obra se inicia propiamente a partir de este suceso de tan ingrata memoria.

b) El destino cruza dos líneas

En medio del desconcierto general, causado por la infausta noticia, regresé a la ciudad de México en unión de muchos miles de aturridos veraneantes.

Toda la gente hacía comentarios en torno a la devaluación. Los rumores más absurdos circulaban por doquier y eran tomados por válidos. Multitud de personas acudían a las instituciones bancarias a fin de cambiar, del todo extemporáneamente, su capital de moneda nacional a dólares.

Los periódicos contenían largos y aburridos artículos escritos por economistas con profundos conocimientos sobre la materia, en los cuales se explicaba concienzudamente en qué consistían las devaluaciones monetarias, así como las causas y efectos de las mismas. La mayoría de la gente no necesitaba comprender explicaciones tan complicadas para entender muy claramente lo ocurrido; o sea, que de la noche a la mañana todos habían quedado más pobres al perder su dinero una parte de poder adquisitivo, en la misma forma que si durante la noche un ladrón hubiese entrado a su casa a llevarse una parte del total de su fortuna, ya fuese ésta grande o pequeña.

² En aquel entonces únicamente asistían a la Ciudad Universitaria los estudiantes del primer año de cada carrera, ya que los que habían iniciado sus estudios en los antiguos planteles ahí los continuaban y terminaban. Esta situación permitió durante algún tiempo utilizar la Ciudad Universitaria para diferentes eventos. Además de la ya citada exposición, en C. U. se dio alojamiento a los atletas que participaron en los Juegos Centroamericanos de 1954 y Panamericanos de 1955.

Lo que causaba mayor tristeza era comprobar la destrucción de la confianza en sí misma que comenzaba a caracterizar a la nación. Todos estaban seguros de que en México ya no podían ocurrir semejante tipo de cosas, y el hecho de que la realidad hubiese demostrado en forma dolorosa lo contrario, motivaba un profundo y generalizado sentimiento de frustración.

La tarde del lunes siguiente a la Semana Santa a que he hecho referencia, llegué a la Ciudad Universitaria con el espíritu deprimido por los acontecimientos relatados. Desde el momento en que bajé del camión, comprendí que me resultaría imposible asistir esa tarde a clases, pues éstas requerían mucho más que una simple presencia física, y en aquella ocasión mi estado de ánimo me hubiera impedido prestar atención a las explicaciones de los maestros.

Decidí dedicar esa tarde únicamente a pasear por el bello escenario de la Ciudad Universitaria. Inicié mi recorrido por la parte inferior del edificio de Humanidades. Los locales de la exposición alemana habían sido ya retirados y sólo se veían gigantescas cajas, en las cuales estaba embalado gran parte del material exhibido en la misma. El suelo se veía cubierto de aserrín, de pedazos de madera y de papeles. El espectáculo se asemejaba al que ofrece una playa después de un vendaval, y resultaba triste para todos aquellos que habíamos admirado la exposición en pleno funcionamiento.

Me alejé de ahí, encaminando mis pasos hacia el edificio de la Facultad de Ciencias; al aproximarme llamó mi atención la figura de un individuo que contemplaba absorto el gran mural realizado por Chávez Morado en la fachada de dicho edificio.

El aspecto de aquel sujeto resultaba extrañamente singular: su elevada estatura y poderosa complexión, así como su inexplicable rigidez, le daban la apariencia de una bien modelada estatua; todo en él revelaba una fuerza fuera de lo común, que se traslucía a través de su ropa, impecablemente pulcra. Deduje que debía tratarse de un alemán, pues aun a distancia se advertía en él ese clásico aire marcial que caracteriza a algunos de los componentes de esta nacionalidad.

Lo que mayormente intrigó mi curiosidad fue la extraña rigidez de aquel individuo: la total inmovilidad de su cuerpo revelaba que su ritmo respiratorio debía ser casi imperceptible; las recias facciones estaban invadidas por una profunda palidez, como si la sangre llevase tiempo de no circular por la piel; incluso el pelo, rubio y entrecano, parecía estar muerto y sólo moverse levemente al impulso del viento. Por el contrario, sus ojos, profundamente azules, aun cuando se encontraban clavados en el mural, evidenciaban tan poderosa energía, que eran la negación misma de la muerte.

Mientras contemplaba con asombro a tan desconcertante sujeto, éste comenzó a recuperar la facultad de movimiento; tanto su cuerpo como sus facciones fueron perdiendo lentamente su extraña inmovilidad. Por un momento estuve a punto de alejarme de ese lugar, impulsado por un inexplicable y respetuoso temor que la presencia de aquel individuo me producía; pero mi curiosidad fue más fuerte, así que me limité a situarme a su lado, a unos pasos de distancia, observando con atención cómo se reintegraba plenamente a la normalidad.

Juzgué que el momento de tratar de establecer comunicación entre ambos había llegado, y afirmé con acento inseguro:

—Bonito mural, ¿verdad?

El desconocido se volvió con rápido giro, nuestras miradas chocaron produciéndome cierto leve aturdimiento, sus ojos encerraban una fuerza mucho mayor de la que yo habría podido imaginar que pudiese existir en cualquier mirada.

—El autor de este mural parece tener una gran fe en los futuros beneficios del actual desarrollo científico; esperemos que esté en lo cierto.

Sus palabras casi no revelaban acento extranjero. Su voz era firmemente tranquila y ponía de manifiesto una gran seguridad en sí mismo. Repentinamente aquel sujeto comenzó a resultarme antipático, pues si existía algún sentimiento del que yo carecía en lo absoluto en aquel entonces, era precisamente la confianza en mi propia persona. Por otra parte, su apreciación acerca del mural me pareció del todo carente de sentido. Sin andarme con preámbulos inquirí:

—¿Es usted alemán?

—Sí. Vine a la exposición representando las industrias de un amigo; tuvimos tanto trabajo que aun cuando resulte penoso confesarlo, apenas ahora he podido recorrer con detenimiento esta magnífica Universidad.

Aquellas palabras apaciguaron de golpe todos mis temores; hasta esos momentos no había dejado de preguntarme ante qué clase de ser misterioso me encontraba, pues no podía juzgar como una persona normal a alguien que se extasiaba a tal grado ante la contemplación de un simple mural; pero ahora el

enigma quedaba bruscamente develado, ya que independientemente de la inexplicable fascinación que al parecer le producían las obras pictóricas, el hecho escueto era que se trataba únicamente de un sujeto dedicado a convencionales actividades mercantiles. Por otra parte, ni siquiera era el directo propietario de la mercancía cuya venta había venido a promover en nuestro país, sino tan sólo representaba los superiores intereses de un industrial. Decidí que lo mejor era hablarle en el único lenguaje que de seguro podría interesar a un comerciante: el del dinero. Procurando no verlo de frente, pues su penetrante mirada continuaba produciéndome una extraña turbación, pregunté con acentuado tono de indiferencia:

—¿Y qué tal le fue en la exposición? ¿Se vendió mucho?

Bien fuera porque mi acompañante no captase el tono de superior indiferencia contenido en mis palabras, o bien porque éste no le resultase molesto, el caso es que a mi pregunta respondió con amable acento:

—Las negociaciones que represento concertaron un total de ventas muy superior a las predicciones más optimistas, pero a causa de la devaluación monetaria los industriales mexicanos han de haber concluido que las actuales circunstancias ya no son propicias para esta clase de transacciones. En el transcurso de esta mañana se cancelaron aproximadamente las dos terceras partes de las ventas; supongo que en los próximos días se cancelarán la mayor parte de las restantes.

Nuevamente quedé sumido en el más completo desconcierto. Si bien ignoraba la clase de maquinaria industrial que aquel sujeto representaba, no era difícil suponer que el precio de la misma fuera elevado, razón por la cual, de seguro había contado con obtener una considerable ganancia como resultado del número de ventas logradas en favor de las industrias que representaba; inopinadamente, a causa de la inesperada devaluación, las ventas se cancelaban y con ellas se esfumaba de entre sus manos un dinero que daba ya por suyo. A pesar de ello, aquel absurdo individuo se dedicaba a pasear muy tranquilo, permaneciendo embozado frente al primer mural que se cruzaba en su camino. Semejante conducta hacía pedazos la convencional y estereotipada imagen que tenía forjada en mi mente acerca de todos los comerciantes.

El alemán debió reparar en el asombro que me embargaba, pues cambió de inmediato la conversación:

—Cuénteme acerca de usted. ¿Qué estudios cursa?

Aquello ya estaba mejor. Como es bien sabido, todo lo que atañe a nuestra persona constituye siempre un tema agradablemente interesante; por otra parte, y al igual que la mayoría de los jóvenes que se encuentran estudiando el primer año de una carrera profesional, en esta época yo padecía una insufrible falta de modestia, proveniente de la segura convicción de que muy pronto estaría en posibilidad de destacarme en el ejercicio de mi profesión.

—Estudio Historia en la Facultad de Filosofía —afirmé, y luego añadí pedantemente—: estoy seguro de poder descubrir muy pronto nuevos cauces de investigación histórica. Esta materia ha permanecido estancada mucho tiempo y ya es hora de que alguien venga a ponerla al día.

Mi acompañante mostró un vivo interés en mis palabras.

—Así que estudia usted Historia; me imagino que ha de estar cursando el primer año. Lo felicito, es una de las profesiones más interesantes.

Estaba aún preguntándome cómo habría logrado adivinar mi interlocutor que yo era apenas estudiante del primer año de Historia, cuando éste hizo una extraña aseveración.

—Yo también soy un estudiante de la historia.

Aun cuando poseía un aspecto excepcionalmente fuerte y vigoroso, calculé que la edad del alemán no podía ser inferior a los cincuenta años; así, pues, el que tuviese la desfachatez de autocalificarse como estudiante me pareció del todo absurda, pues para mis estrechas concepciones de entonces, sólo los jóvenes podían en justicia denominarse estudiantes. Por un momento estuve tentado a preguntarle, en son de burla, qué hacía un estudiante de historia como representante de industrias productoras de maquinaria; pero en lugar de eso, y utilizando con toda intención el verbo en tiempo pretérito, me limité a preguntarle:

—¿En dónde estudió usted Historia?

—Estuve en la Universidad de Tübingen, pero ahí no es mucho lo que se puede llegar a saber; más tarde estudié un poco en un lugar de Asia, y después, dentro de mis enormes limitaciones, he procurado seguir aprendiendo por mi cuenta.

Aquello resultó ser demasiado para mí. Cualquiera a quien le interesen las cuestiones históricas sabe muy bien que la Universidad de Tübingen, en Alemania, está considerada como una de las mejores del mundo en esta materia; sin embargo, aquel individuo, simple empleado de una negociación mercantil, no sólo pretendía haber estudiado en tan prestigiado centro de estudios, sino que además se atrevía a desdeñar los

conocimientos recibidos en el mismo. Comprendí que no podía tratarse sino de un consumado farsante; en vista de ello, la mejor conducta a seguir era alejarse cuanto antes de su presencia, incluso para así darle oportunidad de que encontrara a alguien más ingenuo que tal vez pudiese tragarse sus fantásticas mentiras.

Con rápido ademán observé mi reloj, a la vez que afirmaba con falso acento:

—Quedé de ver a uno de mis maestros a esta hora. Me dio mucho gusto conocerlo, y le deseo que la próxima vez les vaya mejor en la venta de sus máquinas.

El germano sonrió levemente, me estrechó la diestra con afectuoso ademán y afirmó:

—Yo también le deseo la mejor de las suertes; ojalá llegue usted a ser un gran historiador.

Me alejé rápidamente con rumbo al estacionamiento de los camiones; cuando volví la mirada alcancé a ver por unos instantes la figura del extraño sujeto con quien acababa de conversar, marchando por la planta baja de mi facultad. Hasta en su andar, elástico y marcial, evidenciaba esa gran seguridad en sí mismo, característica de su persona, que tanto me había irritado desde el inicio de nuestra rápida entrevista.

Tuve la seguridad de que no le volvería a ver nunca más. Al poco tiempo el recuerdo de este encuentro comenzó a esfumarse de mi mente.

2 DIFICULTADES EN EL ESTUDIO DE LA HISTORIA

La crisis motivada por la reciente devaluación monetaria parecía haber sido superada por la nación, la cual se reintegraba lentamente a la normalidad.

Muy pronto todo lo relacionado con tan desagradable acontecimiento comenzó a formar parte de un pasado que sentía ya lejano; mis estudios de Historia en la Universidad acaparaban por completo toda mi atención.

Durante las mañanas permanecía encerrado en la casa donde vivía, repasando y profundizando lo aprendido en clases; por las tardes acudía a la Ciudad Universitaria, a escuchar con reverente atención las explicaciones de los maestros.

De los días de mis primeros años de estudiante universitario guardo recuerdos muy gratos, principalmente porque durante esta época llegué a creer que al fin me encontraba marchando con paso firme hacia la consecución de la meta que consideraba más importante en la vida: llegar a poseer una clara visión de los acontecimientos históricos.

Mi niñez y adolescencia se habían caracterizado porque durante ambas estuve siempre dominado por profundos sentimientos de soledad e incertidumbre respecto de todo lo que me rodeaba, incluyendo la finalidad de mi propia existencia. La prematura muerte de mis padres, ocurrida en un accidente automovilístico cuando contaba yo apenas siete años de edad, me produjo un permanente y profundo sentimiento de vacío y confusión. Era hijo único y aparte de mis padres no tenía más familiares que algunos tíos lejanos, dos de los cuales, ya grandes y sin hijos, terminaron por adoptarme. Primero fui un niño huraño e introvertido, posteriormente un adolescente engreído y sin amigos, que pretendía ocultar su enorme desconcierto interior con aires de suficiencia externos.

Durante toda esa época gris y oscura tuve tan sólo un seguro refugio en contra de la ingrata realidad que me rodeaba: la lectura; primero la de simples cuentos infantiles, más tarde la de narraciones históricas. Mi creciente interés por estas últimas fue lo que habría de llevarme, con el correr del tiempo, a seguir la carrera de historiador.

He mencionado ya el hecho de que, al ingresar a la Universidad, se inició para mí una etapa durante la cual predominó la ilusión de haber encontrado un seguro camino para la obtención de conocimientos en materia de Historia: memoricé una cantidad considerable de datos acerca de los más diversos acontecimientos del pasado, y estudié una larga serie de teorías de diferentes autores, tendientes todas ellas a proporcionar una explicación del porqué de dichos acontecimientos.

El estudio de las teorías que pretenden explicar el sentido de los hechos históricos, terminó por producirme serias dudas respecto a la autenticidad y validez de los conocimientos que estaba adquiriendo, pues me encontré con que todas estas teorías no sólo eran del todo diferentes entre sí, sino incluso contradictorias. En esta forma, en lugar de que su estudio me ayudase a resolver dudas y despejar incógnitas, terminó por producirme una total confusión y un enorme desconcierto.

¿Cómo saber cuales eran las teorías verdaderas y cuáles las falsas? Esta era la pregunta que de continuo me formulaba cada vez que trataba de desentrañar el significado de un hecho histórico cualquiera. Terminé por dudar de todas las teorías, considerándolas igualmente falsas, con lo que prácticamente estaba negando la posibilidad del conocimiento histórico.

Sin sentir ya ninguna clase de entusiasmo por mi carrera, inicié los estudios correspondientes al cuarto año, con miras a obtener la maestría en Historia. Durante ese año, con intervalo de meses, murieron los dos tíos que me adoptaron desde pequeño y en cuya casa vivía; considerando ésta demasiado grande para mí solo, me mudé a un pequeño departamento por el rumbo de la colonia Roma. La soledad y el desconcierto, antiguos y conocidos compañeros, retornaron de nuevo poderosamente acrecentados.

Guiado por el propósito de encontrar las causas del problema al que me enfrentaba, comencé a frecuentar estudiantes de otras carreras que estuvieran también por concluir sus estudios.

Pronto pude comprobar que una gran parte de estos estudiantes atravesaban una crisis parecida a la mía, motivada por la inseguridad en sus propios conocimientos.

Los estudiantes de Medicina, que al iniciar su carrera estaban seguros de poder llegar a descubrir el misterio del cáncer y a sanar cualquier enfermedad, se encontraban al término de sus estudios, confundidos y perplejos por la tremenda complejidad del organismo humano, así como por la variedad de reacciones que un mismo tratamiento puede producir en diferentes personas.

Los estudiantes de Derecho, que al comenzar sus estudios estaban seguros de poder resolver muy pronto cualquier embrollo judicial, al finalizar su carrera mantenían una actitud de asombro frente a la multiplicidad de enfoques, caminos y soluciones que puede darse ante un problema jurídico de tan sólo regular importancia. Asimismo, eran presa del temor ante la enorme dificultad que les representaba el tratar de abrirse paso en un medio de cerrada competencia, que termina por arrojar a la mayoría de los abogados a los medios burocráticos, donde casi no existen posibilidades de progreso.

Las perspectivas no eran mucho mejores en lo que respecta a los estudiantes de otras profesiones.

Concluí que, o bien todo esto era una circunstancia pasajera, natural en una época determinada de la vida de todo profesionista, o la forma de impartir la instrucción universitaria estaba pésimamente planeada, o ambas cosas a la vez.

La noche en que presenté el último examen de la carrera me sentí presa de los sentimientos más disímolos. Acudían a mi memoria recuerdos de diversos acontecimientos durante mis años de estudiante universitario, época que de hecho llegaba a su término en aquellos momentos.

Caminando lentamente me dirigí hacia la salida del edificio de Humanidades; durante el trayecto mi imaginación parecía reproducir como proviniendo de un lejano eco una sola palabra:

"Achtung!, achtung!"³

En rápida visión llegó el recuerdo de mi entrada en aquel mismo edificio cuatro años antes, el primer día de clases, cuando escuché por vez primera aquellas mismas palabras pronunciadas al través de los altavoces de la exposición alemana.

¿En qué momento había yo dejado de tomar en cuenta el profundo significado de esa palabra?

3 UNA CELEBRACIÓN ACCIDENTADA

Al salir del edificio de Humanidades estuve aún un largo rato contemplando el familiar panorama que me rodeaba.

Durante el camino de regreso a mi departamento continuaron asaltándome los más variados recuerdos; de entre éstos, uno de ellos terminó por predominar: se refería a un acontecimiento intrascendente, ocurrido el día en que presenté el primer examen en la Universidad.

Me vi a mí mismo en una mesa del café de Filosofía y Letras, comentando animadamente acerca del examen con un numeroso grupo de amigos y compañeros; uno de ellos logró hacerse oír y exclamó:

—Vamos a formular en esta ocasión una solemne promesa: la de que el día que presentemos el último examen de nuestra carrera, vayamos todos los aquí presentes a festejar ese magnífico acontecimiento, cenando juntos en el mejor restaurante de México.

Todos habíamos aceptado de buen grado la proposición, comprometiéndonos a realizar dicha cena el día de nuestro último examen.

No pude menos que sentir tristeza al recordar el anterior suceso, pues salvo mi propio caso, ningún otro de los integrantes del grupo de amigos que formulara la mencionada promesa había llegado al final de sus estudios; unos por una causa, otros por otra, todos habían abandonado en algún momento la prosecución de

³ ¡Atención!, ¡atención!

su carrera.

"Muy bien —pensé para mis adentros— al menos nadie podrá decir que yo no cumplí con la palabra empeñada, pues aunque sea solo, o más bien dicho, en representación de las esperanzas que todos habíamos puesto en nuestra carrera, y que hoy han ya desaparecido, iré a cenar esta noche al mejor restaurante de la ciudad de México".

Ya en el departamento, mientras procedía a cambiarme de ropa, traté de dilucidar cuál sería el mejor restaurante de la ciudad, pues yo no era ningún especialista en la materia.

Hacía poco tiempo se había estrenado un restaurante denominado *Mauna Loa*, del que se escuchaban elogiosos comentarios, tanto por su decoración interior, como por la comida que ahí se servía, la cual —según se decía— era preparada por un cocinero chino traído expresamente de Hong Kong.

Como la distancia existente entre el restaurante y el departamento en donde habitaba no era muy grande, la recorrí a pie. Al penetrar en el local me llamó la atención su decorado en estilo polinesio; por en medio de canales de agua corriente nadaban elegantes cisnes y garzas de largas patas.

Un solícito mesero se adelantó para atenderme. En su compañía me dirigía ya hacia una mesa desocupada, cuando con sorpresa escuché que alguien me llamaba por mi nombre; volví la vista y reconocí a Enrique, un antiguo compañero de estudios que, según recordaba, había dejado la carrera de Historia e iniciado la de Derecho.

Nos saludamos con gran efusión. Mi antiguo compañero insistió en que lo acompañase a su mesa; en ésta se encontraba sentado un individuo ya de edad avanzada, cuya mal vestida figura desentonaba en aquel lugar; sus gestos y palabras revelaban una persona tímida en exceso.

Enrique me presentó en términos muy elogiosos que parecieron impresionar a su acompañante; sintiéndome un poco apenado procuré desviar la conversación.

—Y bien, compañero —pregunté—. ¿Qué has hecho en estos últimos años? Según recuerdo, después de abandonar la Historia entraste a estudiar Leyes; pero hace mucho tiempo que tampoco te he visto por esa Facultad.

Mi amigo rió estruendosamente, aun cuando yo no pude comprender dónde estaba la gracia en la pregunta que le había formulado.

—No te vayas a enojar —contestó—, pero yo llegué muy pronto a la conclusión de que sólo los tontos van a la Universidad. Por mi parte únicamente terminé el primer año de la carrera de Leyes; sin embargo, actualmente tengo una chamba que envidiarían muchos abogados recibidos, los cuales por cierto me llaman "licenciado" cuando tratan conmigo.

—Caray, te felicito —repuse—. Siempre te consideré un tipo listo, ¿Y en dónde trabajas?

Me dio el nombre de una Secretaría de Estado, la cual yo conocía de su existencia únicamente por haber visto el edificio donde estaba ubicada.

—¿Y cómo lograste obtener ahí un buen puesto sin estar recibido? —pregunté a continuación.

—Me lo consiguió un tío mío que es alto funcionario en la Secretaría, y que además va a llegar muy lejos. Ese es el "hit" en la vida: tener las "palancas" adecuadas y saber usarlas; todo lo demás es jugarle al "tío lolo".

Continuamos charlando mientras nos servían "martinis secos" que era lo que ellos estaban tomando cuando llegué; la conversación derivó hacia recuerdos estudiantiles. El acompañante de Enrique permanecía prácticamente en silencio, y sólo hablaba cuando éste se dirigía a él para preguntarle algo y al contestar trataba a Enrique con un respeto que me parecía exagerado, llamándolo siempre "licenciado".

Mi costumbre de ingerir bebidas alcohólicas era muy poca. Al tercer "martini" empecé a sentir una profunda alegría de estar en tan agradable compañía, e incluso interiormente me preguntaba por qué había sido tan tonto de haber estado atormentándome todo ese año por el simple hecho de comprender que no sabía nada de Historia; después de todo, nadie sabía nada al respecto, y eso era algo que tenía a todo el mundo muy sin cuidado.

No deseando que los efectos del alcohol pudiesen hacerme quedar en ridículo ante mi amigo, insistí en dejar de beber y en ordenar la cena. El acompañante de Enrique se excusó de no poder quedarse con nosotros, alegando tener un familiar enfermo. Cuando aquel individuo se retiró, Enrique se expresó acerca de él diciendo que era un "pobre tonto".

—Imagínate —concluyó—. Es la persona que sabe más del tipo de trabajo que realizamos en el Departamento de que yo soy jefe; lleva ya más de quince años ahí, pero cuando yo entré ganaba menos de mil pesos mensuales.

—¿Y tú le conseguiste un aumento de sueldo? —pregunté, creyendo adivinar la causa de la sumisión manifestada por aquel sujeto ante mi amigo.

Enrique volvió nuevamente a reír con grandes carcajadas, por lo que llegué a la conclusión de que aquella noche debía yo estar diciendo cosas muy graciosas sin darme cuenta.

—Sigues siendo el tipo más "vaciado" del mundo —comentó—. Decididamente has de tener tu casa en alguna nubecita.

En esos momentos un individuo vio a Enrique y se acercó para saludarlo; éste se levantó y en forma más bien desdeñosa contestó el saludo. El recién llegado expresó que le producía una gran satisfacción el haber encontrado a mi amigo, y a continuación procedió a preguntarle acerca del estado de un determinado asunto, del cual Enrique le informó que lo trataría "en su próximo acuerdo con el señor director". Se despidió de nosotros en medio de frases extremadamente corteses, pero yo me quedé con la impresión no sólo de que aquel sujeto fingía, sino de que incluso sentía cierto desprecio hacia Enrique.

Ordené para la cena un pescado de la "dinastía Ming", platillo que, según me habían dicho, constituía una de las especialidades de aquel lugar y era preparado en tal forma que resultaba un verdadero manjar; sin embargo, como durante la cena continuamos bebiendo, pues mi amigo pidió una botella de vino blanco, caí en un estado de aturdimiento que me impidió determinar con precisión el sabor de la comida. Al terminar la cena ingerimos todavía dos copas de coñac cada uno.

—¿No has visto la variedad de *La Fuente*? —me preguntó Enrique.

—No —repuse, y luego añadí, con objeto de no confesar que jamás había estado en ese lugar—. No he estado ahí últimamente.

—Pues tienen ahorita unas "niñas de espanto", especialmente unas "gringas" que además hasta cantan, claro que ni quien las oiga. No puedes dejar de conocerlas, así que te invito y nos vamos en este momento.

—Acepto tu proposición, nada más que en ese caso me vas a permitir que yo pague la cuenta de la cena.

—De ninguna manera —protestó Enrique—: yo fui el que te vio, y quien te invitó a que nos acompañaras.

Los dos llamamos al mesero para pedirle la cuenta e indicarle que no permitiese que el otro pagase, pero el mesero nos informó que la cuenta ya había sido cubierta; y al preguntarle intrigados quién lo había hecho, nos señaló a una persona sentada con otras en una mesa bastante alejada de la nuestra; se trataba del individuo que se acercara momentos antes a nuestra mesa a saludar a Enrique.

—Bueno, pues en ese caso "ahuecamos el ala" —dijo mi amigo.

Al levantarme me sentí completamente mareado y me di cuenta de que mis movimientos eran muy torpes. Antes de salir pasamos a agradecer al individuo mencionado aquella inesperada y costosa atención.

Cuando llegamos a *La Fuente*, nos informaron que no podríamos quedarnos, pues el lugar estaba totalmente lleno; sin embargo, Enrique pidió hablar con el capitán de meseros, le mostró la credencial de su trabajo, le explicó que yo era un alto funcionario del gobierno de la República de Bolivia y que él estaba encargado por el gobierno mexicano de enseñarme la vida nocturna de la ciudad; finalmente, completó todas estas no muy convincentes mentiras con un billete de \$50.00.

El capitán de meseros ordenó colocar una pequeña mesa extra para nosotros, en un lugar cercano al escenario; después de eso mi amigo ordenó una botella de whisky de un nombre raro.

—Enrique —expresé—, francamente me tienes impresionado, estás hecho todo un hombre de mundo; sin embargo, hay una cuestión que me intriga: según parece, tienes mucho dinero y te das la gran vida, así que me imagino que te sacaste la lotería o debes tener un "sueldazo".

Por tercera ocasión en aquella noche, mi acompañante rió estruendosamente de mis palabras.

—"¿Un sueldazo?" ¡Bah! Lo que me pagan no me sirve ni para las propinas de mis parrandas.

—¿Entonces? —pregunté cada vez más extrañado.

—Bien, amiguito; creo que voy a tener que abrirte un poco los ojos, porque por lo que veo seguramente todavía crees en los Santos Reyes. En el gobierno, al igual que en cualquier otra parte, los hombres se dividen en dos: los estúpidos y los inteligentes. ¿Recuerdas al "tipo" con el que me encontraste?

—Sí —respondí.

—Pues bien, él perteneció durante muchísimo tiempo al bando de los estúpidos, hasta que llegué yo y le di "chance" de ingresar al de los inteligentes.

—Debo ser muy tonto —confesé—, pero fíjate que no entiendo nada. ¿Qué es lo que hacen los inteligentes a los que te refieres?

—Muy sencillo —contestó—, sabemos aprovechar las oportunidades para efectuar desde nuestros puestos ciertos "negocillos" que nos dejen algunos "centavos".

La bruma que envolvía mi cerebro como resultado del alcohol ingerido pareció despejarse por completo durante un breve instante. Ello fue suficiente para que súbitamente comprendiese todo lo ocurrido aquella noche, desde la extraña gentileza de la persona que nos pagó la cuenta de la cena, hasta la displicente indiferencia que mi compañero parecía sentir por el dinero.

Una cólera incontenible me dominó; había estado tratando a Enrique como si fuese mi mejor amigo, sintiendo incluso hasta respeto y admiración hacia él, y resultaba que no era sino un corrompido y despreciable funcionario de segunda categoría.

—De manera —le dije— que utilizas un puesto público para lucrar con él.

—Bueno, si quieres llamarlo en esa forma —respondió, mientras hacía una mueca cínica que quería configurar una sonrisa.

—No se me ocurren palabras más adecuadas. Lo que sí puedo decirte, es que a lo largo de la historia los individuos que actúan como tú son siempre considerados por todos como lo más vil y despreciable a que puede llegar un ser humano, en cuya comparación el peor de los bandoleros es infinitamente superior, pues al menos arriesga su vida y su libertad; en cambio tú te escondes tras las "faldas" de la autoridad para robar impunemente.

Mientras yo hablaba el rostro de Enrique fue cambiando y, a pesar de la penumbra del ambiente, alcancé a ver sus facciones contraídas y su tez ceniza a causa de la cólera.

—Si crees que voy a permitir a un idiota como tú hablarme así, estás muy equivocado —afirmó.

—No sólo hablo como me da la gana —repuse—, sino que además voy a romperte la cara ahora mismo, y mañana pienso denunciarte a autoridades.

—¡Vaya, vaya! La ratita de biblioteca ha resultado muy patriota y honradita. Bueno, pues no sé qué pruebas vas a poder presentar, en cambio yo podría acusarte de difamación ; y en cuanto a eso de romperme la cara, vamos a salir de aquí para ver si peleas tanto como hablas. Deja tan sólo que pague las "cucharadas" que te tomaste. ¡Esto se saca uno por salir de parranda con "escuinclitos"!

—¡Ni creas que vas a pagar esta cuenta con el dinero que le robas al país! —repuse cada vez más indignado.

A continuación iniciamos la segunda discusión de aquella noche, con motivo de querer los dos pagar la cuenta.

El capitán de meseros, percatándose de la situación, actuó salomónicamente y nos entregó cuentas separadas. Cuando salíamos nos dijo con muy buen sentido del humor:

—Espero que este incidente no vaya a provocar una guerra con Bolivia.

Enrique le dirigió una mirada de furia pero no dijo nada. En ese momento se iniciaba la variedad, y en medio del estruendo de la música abandonamos aquel lugar.

Caminamos hacia una calle cercana, en la que por haber un poco menos de luz consideramos sería un lugar adecuado para pelearnos.

Enrique opinó que deberíamos quitarnos los sacos antes de empezar a reñir, e inició el ademán para hacerlo. Consideré aquella una medida acertada y comencé a imitarlo, cuando de improviso mi acompañante soltó un fuerte puñetazo que me dio de lleno en el estómago, cogiéndome del todo desprevenido.

La fuerza del impacto me obligó a doblarme. En ese instante me estremeció un rodillazo propinado en pleno rostro. Caí al suelo, haciendo esfuerzos desesperados por tratar de incorporarme y por lograr respirar, pues el primer golpe me había dejado sin aire y tenía la desesperante sensación de que mis pulmones estaban a punto de estallar.

Furiosas patadas de mi contrincante sacudían mi cuerpo. En medio de agudos dolores me llevé las manos a la cara, al tiempo que una espesa tiniebla me envolvía, haciéndome perder todo conocimiento.

Capítulo Segundo

EN LA CIUDAD DE MONTE ALBAN

A) *UN REENCUENTRO DECISIVO*

1 LA CIUDAD OBSERVATORIO-RECEPTORIO

Ignoro si habré permanecido inconsciente mucho tiempo o tan sólo unos breves instantes; cuando recuperé el conocimiento Enrique había desaparecido. La calle estaba solitaria y silenciosa.

Traté de levantarme, pero me resultó imposible a causa del dolor que sentía en diferentes partes del cuerpo. Gran parte de la ropa estaba manchada de sangre que continuaba brotando abundantemente de la nariz y de la boca.

Me arrastré con dificultad hasta la pared más próxima; lentamente fui incorporándome, utilizando como apoyo las rejas de una puerta; después comencé a caminar en medio de agudas sensaciones de dolor.

Llegué a la avenida de los Insurgentes y detuve un coche de alquiler. Al ver mi estado, el chofer me preguntó si deseaba ser conducido a la Cruz Roja. Procuré tranquilizarlo afirmando repetidamente que mis heridas eran sólo superficiales y no constituían ningún peligro de gravedad. Terminó consintiendo en llevarme a la dirección donde estaba ubicado mi departamento.

El ascenso de la escalera constituyó un nuevo tormento: a cada paso el dolor aumentaba, tenía las piernas casi paralizadas y me resultaba difícil lograr mantenerme de pie.

Penetré al cuarto de baño con objeto de buscar en el botiquín un poco de ungüento y algún analgésico; de improviso mi vista chocó con la imagen reflejada en el espejo; retrocedí sorprendido ante aquella figura que me resultaba del todo extraña.

En la luminosidad del espejo estaba reflejado un rostro de facciones desfiguradas, una mueca de dolor y de odio le daban una expresión de angustia y malignidad conjugadas en extraño contraste. Los ojos, hundidos en medio de una nariz y unos pómulos inflamados, estaban enrojecidos y cargados de miradas vengativas. La ropa, sucia y ensangrentada, parecía ser un complemento adecuado para aquella horrible figura.

Haciendo un último esfuerzo logré despojarme de la ropa y tenderme en la cama. Entre vértigos y agudos dolores pasé las horas que faltaban de aquella noche; a pequeños intervalos lograba conciliar el sueño, pero era sólo para caer presa de horribles pesadillas. Un creciente sentimiento de furiosa venganza se había apoderado de mí; la idea de lograr desquitarme de Enrique a cualquier precio constituía en esos momentos la única perspectiva cuya meditación me producía un insano agrado.

Cuando a la mañana siguiente oí los pasos de la persona encargada del aseo del departamento —una mujer parlanchina y de muy buen carácter— sentí una emoción parecida a la de un náufrago al ver llegar a sus salvadores. Tras de llamarla a grandes voces desde la recámara —me había percatado de que ya casi no podía moverme— le pedí se comunicase por teléfono con un buen amigo mío que estaba por concluir sus estudios de Medicina.

Tras de examinarme detenidamente, el futuro doctor concluyó que no tenía fracturas de hueso, pero sí algunos ligamentos rotos, razón por la cual lo más aconsejable era trasladarme a un sanatorio donde pudieran atenderme adecuadamente.

Los días que permanecí inactivo restableciéndome de la feroz golpiza, primero en un sanatorio y posteriormente en mi departamento, los dediqué a reflexionar y a tratar de sacar alguna lección de aquella experiencia. Mis intenciones de vengarme de Enrique, producto de la cólera del primer momento, desaparecieron en cuanto comprendí que en buena parte yo había sido el culpable de lo ocurrido.

Una vez recuperada la salud, al menos en lo que hace a la parte puramente física, decidí llevar al cabo un viaje de descanso, tanto para terminar de restablecerme como para distraer la atención del problema que me atenaceaba, y que no era otro sino el de no saber hacia dónde dirigir mi propia existencia.

Hacía mucho que venía posponiendo el proyecto de visitar la ciudad de Oaxaca y sus alrededores, asiento de importantes civilizaciones prehispánicas. Decidí llegado el momento de cumplir con este antiguo deseo.

Al contemplar el imponente paisaje perdí el aliento durante varios segundos. Ante mí se extendían, con toda su indescriptible majestuosidad, las ruinas de la antiquísima y misteriosa ciudad de Monte Albán.

Un simple vistazo a la gran plaza de la ciudad, me bastó para comprender que las extraordinarias características de sus construcciones no son captadas por las cámaras, pues ninguna de las fotografías que había tenido oportunidad de contemplar, alcanzaba ni remotamente a revelar la serena grandeza que caracteriza a ese imponente lugar.

Fascinado comencé a recorrer los monumentales edificios de piedra. Las amplias escalinatas y los enormes espacios vacíos, todo el conjunto revelaba una simetría increíble, misma que podía ser apreciada sin necesidad de poseer mayores conocimientos sobre historia o arqueología. La armonía y unidad del conjunto hacía evidente el tremendo esfuerzo de sus constructores por lograr un propósito determinado, todo parecía haber sido realizado conforme a un plan que no dejaba nada al capricho o a la casualidad.

Un edificio situado al norte de la plaza llamó mi atención por su aspecto acentuadamente antiguo. A la entrada del mismo podían verse piedras de regular tamaño, grabadas en bajorrelieve, y que al instante reconocí como los famosos grabados conocidos popularmente con el nombre de "danzantes", los cuales constituyen uno de los grandes enigmas de Monte Albán, pues ningún historiador ha sabido explicar satisfactoriamente qué es lo que tratan de representar las figuras contenidas en estos bajorrelieves.

Primero por simple curiosidad, pero luego con un profundo interés, fui examinando uno a uno aquellos extraños grabados; al hacerlo comencé a sentir una especie de rabia impotente, cada una de las figuras parecía burlarse de mi total incapacidad para descifrar el mensaje del pasado contenido en ellas; a duras penas contuve el impulso de golpearlas con los puños desnudos.

—Muy buenos días.

Sin saber aún si este breve saludo iba dirigido a mí persona di la media vuelta; al hacerlo me encontré frente a un sujeto con trazas de extranjero que sonreía amablemente. Tanto su elevada estatura y recia musculatura, como sus firmes facciones, revelaban en él una energía fuera de lo común.

—Buenos días —contesté un tanto perplejo ante aquella inesperada aparición.

—Al parecer ya no me recuerda —afirmó el recién llegado—. Nos encontramos hace algunos años en la Universidad de la ciudad de México; usted iniciaba la carrera de Historia y estaba seguro de que revolucionaría muy pronto lo concerniente a esta materia. Me imagino que quizás para estas fechas ya habrá realizado parte de estos propósitos.

Repentinamente recordé el breve encuentro sostenido con aquella misma persona cuatro años atrás; se trataba del extraño alemán a quien descubriera absorto en la contemplación de un mural en Ciudad Universitaria.

—Por supuesto que lo recuerdo —afirmé mientras rápidamente trataba de hacer memoria acerca de la breve conversación sostenida entre ambos en aquella ocasión—. Usted estaba en México trabajando en asuntos relacionados con la exposición industrial alemana. ¿Qué ya no regresó después a Europa?

Formulé aquella pregunta no tanto porque me interesase mayormente conocer la respuesta, sino más bien con el deliberado propósito de desviar la conversación hacia la persona del recién llegado y así no tener que dar explicaciones acerca de mis propias actividades. Comenzaba a recordar con toda claridad la presuntuosa actitud de que había yo hecho gala en nuestro anterior encuentro y no deseaba de ninguna manera reconocer ante aquel desconocido el sentimiento de fracaso que me embargaba.

—En aquel entonces regresé a Alemania, pero llevaba ya el propósito de volver a México en cuanto me fuera posible. Llevo ya casi dos años de estar aquí y apenas comienzo a conocer un poco de este maravilloso país.

Mientras hablaba podía leerse en su rostro un sincero entusiasmo, su personalidad era atrayente y simpática, no podía yo comprender el porqué en nuestra primera entrevista me había resultado tan antipático.

— ¿Es la primera vez que viene usted a Monte Albán? —inquirí.

—Llevo tres meses en la ciudad de Oaxaca; así que he venido con mucha frecuencia, casi a diario, ¿y usted?

—Esta es apenas mi primera visita.

— ¿Y qué le ha parecido esto? —señaló con un ademán hacia las cercanas piedras conteniendo a los "danzantes", a la vez que avanzaba hasta quedar junto a una de estas figuras.

—Pues desde luego son muy interesantes —repuse sin mucha convicción y tan sólo por decir algo.

Con suma delicadeza las manos del alemán recorrieron las líneas en bajorrelieve que formaban el enigmático grabado junto al cual se encontraba. Observé con asombro que mientras sus manos palpaban suavemente las líneas trazadas en la piedra, todo en él revelaba una actitud casi reverente hacia el objeto de su atención. Parecía un joyero examinando una gema de singular valor o un experto en obras de arte valuando una pieza de museo. Repentinamente, sin que mediara explicación racional alguna para ello, llegué a la conclusión de que aquel hombre poseía el secreto encerrado en las milenarias imágenes de piedra, presentí que en alguna forma inexplicable había logrado que éstas le revelasen todos sus ocultos significados.

Sin poder contenerme exclamé:

— ¿Usted sabe qué eran estos grabados?

El alemán se sonrió enigmáticamente y en lugar de contestar a la anterior pregunta formuló a su vez una interrogación:

— ¿Qué eran cuándo?

—Pues, antes.

— ¿Antes de qué?

— Antes de ahora.

— ¿Antes de ahora? Sólo eran unas piedras grabadas que yacían ocultas en medio de unas ruinas.

—No, no; antes, mucho antes. Mi acompañante volvió a sonreír y en seguida añadió:

—No es que no desee contestar su pregunta; tan sólo quiero hacerle ver que generalmente damos al pasado un sentido estático.

—No le entiendo —repuse.

—Es muy sencillo; usted desearía saber cuál fue "antes" la función de esos grabados, pero resulta que al igual que la historia de esta ciudad, la de los grabados es mucho más antigua y mucho más variada de lo que comúnmente se cree. Hubo un tiempo en que estos grabados constituían prácticamente el motivo central, la razón de ser de esta ciudad. Sin embargo, llegó el día en que, por el contrario, tenían tan poca importancia que fueron empleados como simple material de construcción para levantar nuevas edificaciones en este mismo lugar. Como usted ve, su pregunta de lo que eran "antes" estos grabados, implicaría una larga serie de respuestas, pues estos grabados han tenido ya muchos "antes".

El alemán hizo una pausa a la vez que me contemplaba con profunda e inquisitiva mirada, como si deseara medir con anticipación el efecto de lo que iba a decir. A continuación preguntó:

— ¿Sabe usted cuál fue el propósito que se tuvo al "rebanar" y nivelar la montaña sobre la cual nos encontramos?

—Pues precisamente eso se hizo para así poder construir encima esta ciudad —repuse.

—Eso ocurrió mucho después; en un principio esto no fue un centro religioso.

— ¿Entonces qué fue? —pregunté intrigado—. ¿Tan sólo un observatorio astronómico?

—Exactamente todo lo contrario a un observatorio, un "receptorio".

— ¿Un qué? —exclamé en el colmo del asombro.

—Un "receptorio de fuerzas cósmicas" —respondió mi interlocutor con toda calma, como quien afirma la cosa más natural del mundo.

Antes de que lograra yo formular alguna pregunta tendiente a tratar de poner en claro una aseveración tan confusa como lo era la enunciada por aquel singular personaje, éste afirmó:

—Lamento mucho tener que retirarme, pero estoy estudiando una tumba cercana; desde luego, si a usted le interesan estas cuestiones, me agradaría mucho volver a platicar con usted.

— ¿Dónde podría localizarlo? —pregunté.

El alemán anotó en un papel un nombre y una dirección en la ciudad de Oaxaca, así como las horas en que resultaría fácil localizarlo. Después de esto se despidió afablemente.

Le vi alejarse caminando por entre las imponentes construcciones; sus pasos firmes y precisos hacían pensar de inmediato en la marcha de un soldado. Evidenciaba en su andar una gran energía y seguridad en sí mismo; recordé que precisamente esta última característica era la que en nuestro anterior encuentro motivó que aquel sujeto me resultase antipático, pero ahora esta cualidad ya no despertaba en mí la envidia sino el respeto.

Cuando el alemán se perdió de vista me encaminé hacia uno de los costados de la enorme plaza en busca de algún lugar bajo la sombra donde sentarme, pues el sol comenzaba a hacer sentir sus efectos. Una vez que encontré un sitio apropiado y mientras ante mi vista se extendía el maravilloso espectáculo de Monte Albán, comencé a reflexionar sobre mi reciente e inesperado encuentro con aquel extraño personaje.

Al revés de la ocasión anterior, en ésta me negaba de plano a juzgarlo un simple farsante o un enajenado. Aun cuando en resumidas cuentas sus incomprensibles afirmaciones no me habían venido a resolver ninguna duda, presentía con una certeza cada vez mayor que aquel individuo poseía precisamente los conocimientos y las claves para descifrar correctamente el pasado, que yo tanto anhelaba. Concluí que si el sistema convencional para tratar de llegar a conocer la Historia había terminado para mí en un rotundo fracaso; no perdería nada intentando probar al través de un nuevo camino. Decidí, por tanto, visitarlo esa misma tarde y plantearle con toda sinceridad el problema en que me encontraba.

La dirección correspondía a una casa de huéspedes ubicada casi en las afueras de la ciudad de Oaxaca; en la entrada, una mujer bajita, morena y regordeta, trapeaba descalza un largo corredor. Al escuchar mi pregunta me informó que efectivamente se hospedaba en ese lugar la persona a quien buscaba.

La mujer se introdujo en la casa en busca del alemán, el cual apareció al poco rato; portaba una pipa que al instante llamó mi atención, estaba tallada en marfil y semejaba con gran realismo una cabeza de dragón. A juzgar por su acentuado color amarillento, se trataba de un objeto de gran antigüedad.

El alemán me invitó a pasar a su habitación, una amplia estancia llena de luz. No había en ella nada que revelase la personalidad de su ocupante, con excepción quizás de una mesa sobre la que se agrupaban varios libros y documentos.

—Y bien, ¿qué le pareció Monte Albán? —preguntó el alemán.

En lugar de dar respuesta a su pregunta decidí ir directamente al grano. Tras de informarle que deseaba me aconsejase acerca de un problema personal, procedí a narrarle en la forma más breve posible la situación de frustración y desconcierto en que me encontraba como resultado de no haber podido hallar una segura vía de acceso al conocimiento histórico.

Mientras yo hablaba, el alemán permaneció observándome en silencio, fumando su extraña pipa oriental. Su mirada era penetrante sin ser inquisitiva; todo en él reflejaba en aquellos momentos una actitud de bondadosa comprensión. Cuando concluí, afirmó con amable acento:

—Créame que puedo decir que lo comprendo; durante muchos años atravesé por problemas idénticos a los suyos. Cuando nos encontramos por vez primera le dije que yo sólo era un estudiante de la Historia; sin embargo, a causa de ser más viejo, quizás posea ya un poco más de conocimientos que usted en esta materia. Si le interesa lo poco que puedo enseñarle, lo haré con mucho gusto.

—Se lo agradecería muchísimo —exclamé conmovido ante la sincera modestia contenida en aquellas palabras.

—Hay algo que me gustaría advertirle desde ahora —afirmó el alemán—. El aprendizaje de la Historia constituye una labor extremadamente ardua y laboriosa, en la cual sólo se comienzan a obtener resultados después de largos años de continuos esfuerzos. Usted es aún muy joven y todavía está en posibilidad de dedicarse a cualquier otra actividad más fácil y mejor remunerada. Le aconsejo, por tanto, reflexionar un tiempo acerca de si verdaderamente está tan interesado en aprender Historia como supone actualmente.

No obstante que yo aduje que no necesitaba meditar ni un segundo más sobre esta cuestión, pues desde hacía años tenía la certeza absoluta de que ninguna otra actividad podía superar mi interés por la investigación histórica, el alemán insistió en que antes de tomar cualquier determinación debía replantearme mis propósitos y procurar analizar bajo un nuevo enfoque el por qué de éstos, para llegar a una conclusión más clara respecto a lo que pretendía tratar de alcanzar a lo largo de la existencia.

Tras de proporcionarme su dirección en la ciudad de México, concluyó:

—Lo espero ahí el próximo 2 de enero a las 7 de la tarde. Faltan tan sólo unas cuantas semanas para esa fecha, pero si las aprovecha podrá reflexionar acerca de lo que realmente desea usted ser en la vida.

Después de pronunciar estas palabras se puso de pie, indicando así que daba por terminada nuestra entrevista.

Me despedí de él y marché de regreso al hotel. La reciente conversación sostenida con aquel extraño sujeto había servido para afianzar los crecientes sentimientos de respeto y confianza que su personalidad me despertaba. Si sus conocimientos estaban a la altura de la integridad y honestidad que ponía de manifiesto en todas sus palabras, debía tratarse de un verdadero sabio. Comencé a desear que el tiempo transcurriese veloz y que pronto llegase la fecha señalada para el próximo encuentro.

En algún lugar cercano una marimba interpretaba con suave acento una melodía. Me dormí sintiendo un alegre optimismo respecto al futuro.

2 APRENDIENDO A ESTUDIAR

a) Observación, concentración y meditación

Me detuve frente a la casa marcada con la dirección que buscaba; se trataba de una de esas casas típicas del Coyoacán del siglo XIX. Estaba pintada con vivos colores azul y blanco, la puerta de madera se veía ya un poco carcomida por el paso del tiempo.

La sirvienta, una mujer próxima a la ancianidad, me introdujo hasta la sala indicándome que en seguida avisaría de mi presencia.

Tomé asiento y observé con curiosidad el aposento. En las paredes y en los pisos abundaba el mosaico de talavera, los muebles eran de madera bellamente labrada, pero sin perder cierto aspecto de exageración en el peso y dimensiones; las lámparas eran de vidrio soplado y en los numerosos libreros se acumulaba una gran cantidad de libros.

El regreso de la sirvienta interrumpió mis observaciones.

—Dice el *señor* que *orita* viene. —Tras decir esto preguntó en tono confidencial:

— ¿Conoce usted al coronel desde hace mucho?

—No —repuse; y en seguida añadí vivamente interesado—. No sabía que fuese militar.

—Tal vez ya no lo sea, pero lo fue —expresó con gran convicción mi interlocutora, que al parecer era la mar de comunicativa, pues en seguida afirmó—: Tiene un cuadernote bien lleno de fotos, yo lo vi un día por casualidad; en varias está *retraitado* de militar; un tío mío fue coronel pero lo mataron en la revolución. También tiene muchas fotos de *hartos* lugares raros, ha viajado mucho.

—Bueno, ¿pero cómo supo usted exactamente que fue coronel? —pregunté.

— ¡Ah!, *pos* él mismo lo reconoció un día cuando le platiqué de mi tío, *aunqui* dijo que a él la milicia no le agrada; se ve más bien hombre de estudios.

Después de decir aquellas palabras la mujer afirmó tener mucho trabajo y desapareció caminando lentamente. Reflexionando sobre lo que acababa de enterarme, concluí que no cabía la menor duda de que aquel alemán debía haber sido militar; todos sus ademanes poseían un inconfundible aire marcial; sin embargo, resultaba también evidente que salvo su apariencia exterior, ni su personalidad ni sus aficiones correspondían en lo más mínimo a lo que era de esperar en un militar ordinario, o al menos esa era mi impresión a resultas de nuestros encuentros anteriores.

Escuché unos pasos firmes y acompasados; instantes después la recia figura del alemán —de quien ahora conocía un antecedente— hizo su aparición. Con el propósito de contemplar la reacción que produciría en aquel sujeto el saber que estaba yo al tanto de sus antecedentes militares, exclamé con fingida naturalidad.

—Muy buenas tardes, coronel; tiene usted muy bonita casa.

Sin manifestar síntoma alguno de sorpresa, el aludido respondió amablemente:

—No es de mi propiedad, la alquilé ya amueblada; sólo son míos parte de estos libros. La casa me gustó por estar decorada exclusivamente con objetos mexicanos; son ustedes un pueblo de artistas y logran expresar su propia personalidad aun en las cosas en que siguen diseños creados por otros pueblos. Mire usted esa vajilla —al decir esto tomó un pequeño plato de vivos colores de una serie de piezas de loza de Talavera, que se encontraban a modo de adorno sobre una mesa. Mientras sus manos manipulaban aquel objeto, afirmó con énfasis:

—La elaboración de esta clase de loza llegó a México materialmente "recargada" de las expresiones artísticas de pueblos de una gran tradición artesanal. Como usted sabe, los españoles la aprendieron de los árabes y éstos a su vez de los chinos; a pesar de ello, ustedes lograron imprimir un fuerte sello personal y característico a esta artesanía. —Al decir esto señaló algunos rasgos de los dibujos contenidos en el plato, pero yo no alcancé a ver en ellos nada que pudiese servir para confirmar sus anteriores afirmaciones.

El giro que tomaba la conversación comenzaba a aburrirme. Si bien yo ignoraba por completo todo lo relativo a la loza de Talavera, se trataba de un asunto que no me interesaba en lo más mínimo; el propósito que me guiaba al acudir a aquella casa era el de tratar de encontrar un nuevo camino hacia el verdadero conocimiento de la Historia, pero en lugar de hablar de esto, aquel desconcertante sujeto perdía el tiempo disertando acerca de las excelencias del arte popular de nuestro país. Al parecer, mi acompañante se percató de mi incipiente aburrimiento, pues cambiando bruscamente el tema de su plática, inquirió:

—Y bien, ¿pensó usted en todo lo que hablamos en Oaxaca?

—Sí —repuse— y continuo convencido de que nada me interesa más que llegar a poseer verdaderos conocimientos acerca del pasado. Usted dirá cuándo empezamos a estudiar, si es que me acepta como su alumno.

A pesar de que el rostro de aquel sujeto normalmente tan sólo reflejaba una inescrutable expresión de serena energía, estuve seguro de percibir en su mirada cierta manifestación de complacencia al escuchar mis palabras.

—Muy bien —afirmó con lenta voz. —Entonces debemos empezar por tratar de resolver el primer problema, y ése va a ser, sin que sea mi intención ofenderlo, que no podremos iniciar desde ahora nuestros estudios sobre Historia, porque me imagino que usted no ha de saber estudiar.

Sus palabras me sorprendieron, pero principalmente irritaron e hirieron mi vanidad.

—No entiendo bien lo que quiere usted decir —afirmé secamente.

—La inmensa mayoría de la gente mantiene su mente en continua agitación, su pensamiento está siempre saltando de un tema a otro aun cuando no exista entre ambos la menor conexión. La trayectoria de sus ideas abarca las cosas más heterogéneas en un breve período de tiempo y todo ello les impide lograr una verdadera concentración. Para lograr esto es necesario aprender a *detener la mente*, a fijarla única y exclusivamente en el objeto que estamos observando o en el tema sobre el cual nos encontramos reflexionando; asimismo, es indispensable estar en posibilidad de mantener esta concentración todo el tiempo que sea necesario.

— ¿Qué relación puede tener lo que usted afirma con el estudio de los hechos históricos? —pregunté con asombro.

El alemán, a quien en lo sucesivo designaremos simplemente como "el coronel", se sonrió levemente al escuchar mi pregunta y en seguida afirmó:

—La relación proviene de que resulta simplemente imposible pretender obtener una cabal comprensión de cualquier acontecimiento histórico, si no se posee antes una mente capaz de analizar y valorizar debidamente todos y cada uno de los elementos que lo integran. De lo contrario sólo se obtendrá una cronología, una descripción superficial del suceso, pero nunca una auténtica comprensión del mismo. Tanto la observación como el análisis y la valoración de los elementos y las causas que integran y producen los hechos históricos, para ser válidos tienen que realizarse en un estado de profunda concentración, si es que realmente se desea llegar a conocer algo de la verdad de estos asuntos y no contentarse con falsas explicaciones. Resulta indispensable, por lo tanto, antes de iniciar el estudio de la Historia, aprender a observar y a concentrarse.

Al terminar de hablar, el coronel se levantó, caminó hacia uno de los numerosos estantes de libros, tomó un volumen alto y angosto y me lo entregó mientras decía:

—Voy a prestarle a usted esto: es una selección de reproducciones de algunos grabados con acontecimientos de la Revolución Francesa. Su mérito estriba en que todos los originales fueron realizados por personas que presenciaron directamente los hechos que se describen en los grabados.

— ¿Y qué es lo que debo hacer con esto? —pregunté sorprendido, pues el giro que había tomado lo que yo suponía debería ser una clase de historia me resultaba del todo desconcertante.

—Realizar el siguiente ejercicio: colóquese frente a un grabado y dedíquese toda su atención a observarlo detenidamente en cada uno de sus detalles durante un lapso de unos cinco minutos; en el tiempo en que esté efectuando dicha observación no debe usted pensar en nada, ni siquiera en el acontecimiento que está representado en el grabado; únicamente debe concentrar toda su atención en observar todos y cada uno de sus detalles procurando retener éstos en su mente. Después de haber observado el grabado, debe apartarlo de su vista, cerrar los ojos, y durante cinco minutos tratar de visualizar mentalmente la escena contenida en el grabado, o sea, tratar de recordarla con toda exactitud. Al igual que durante el desarrollo de la primera parte de este ejercicio, su mente no debe propiamente estar pensando, sino únicamente recordando con la mayor precisión posible todos los detalles del grabado.

— ¿Y qué debo hacer después de esto? —pregunté.

—Dedicar unos quince minutos a meditar sobre lo que vio en el grabado, o sea a pensar en los distintos significados e implicaciones que podrían derivarse de la escena representada, con objeto de poder comprender ésta en toda su profundidad.

—¿Y al terminar de meditar?

—Es conveniente descansar unos minutos, no más de diez, y en seguida volver a efectuar el mismo ejercicio con el mismo grabado, siguiendo el procedimiento en forma idéntica, o sea observación del grabado, representación mental y meditación.

—¿Y al terminar el ejercicio por segunda ocasión? —pregunté cada vez más sorprendido.

—Otro descanso y a comenzar de nuevo. Desde luego no conviene que al principio se exceda demasiado practicando este ejercicio, dedique tan sólo de seis a ocho horas diarias

— ¿A un solo grabado? —pregunté perplejo.

—Sí. En el libro hay exactamente treinta grabados, si dedica un día a cada uno puede terminar en un mes; así, pues, lo espero el próximo día dos de febrero a las siete de la mañana, entonces seguiremos platicando.

Abandoné la casa portando bajo el brazo el delgado y alargado libro que contenía los grabados. El desconcierto y la confusión más completos me invadían. Mi primera conclusión fue la de que aquel individuo

debía estar loco de remate; no veía en qué forma podía llegar a aprender Historia utilizando el sistema, absurdo a mi entender, de pasarme horas enteras contemplando un mismo grabado.

A mi memoria vino el recuerdo de un hecho de la infancia: el de mi asistencia todos los sábados por la tarde a las clases sobre religión, que se impartían en la parroquia cercana de la casa en que habitaba en aquel entonces. Recordé que al terminar la lección, la persona encargada de la enseñanza, una señorita de edad avanzada de quien había oído decir que no se había casado por ser demasiado "seria", entregaba a todos los participantes una estampita conteniendo un motivo religioso. A la semana siguiente la catequista procedía a formular a varios de los niños, sin que vieran la estampita, una serie de preguntas relacionadas con la representación contenida en ésta; si consideraba que las respuestas habían sido correctas, se premiaba a los interrogados obsequiándoles un caramelo. Concluí que, al parecer, el coronel juzgaba que era yo un niño que debía ser enseñado por medio de estampitas; me imaginé que posiblemente en nuestra próxima entrevista, si consideraba que había aprendido bien la lección, me premiaría con alguna bolsa de dulces o chocolates.

Al día siguiente comencé a practicar desde muy temprano los ejercicios indicados por el coronel.

En el primer grabado del libro aparecía Carlota Corday —la asesina de Marat— en el momento de ser conducida en una carreta rumbo a la guillotina.

A los pocos instantes de estar contemplando fijamente el grabado comprobé con sorpresa cuán difícil es tratar de mantener la atención concentrada en una sola cosa. El rostro de Carlota Corday trajo a mi memoria la imagen de una joven empleada en una tintorería de la colonia Roma, cuyas facciones eran ligeramente similares. Esto me hizo recordar que debía pasar a recoger varias prendas de ropa a ese establecimiento. A continuación recorrí mentalmente mi guardarropa y tomé la determinación de comprar un saco *sport*. Al darme cuenta de que no estaba realizando el ejercicio como debía, traté de volver a concentrarme, pero al poco rato ya estaba nuevamente divagando.

Al terminar los cinco minutos correspondientes a la primera parte del ejercicio, inicié la siguiente fase, o sea la de tratar de representarme mentalmente la escena contenida en el grabado, manteniendo mientras tanto los ojos cerrados.

Esta segunda parte resultó aún más difícil, pues me di cuenta de que no me era posible recordar con precisión sino algunos detalles del grabado. Pero cuando comprendí a qué grado estamos acostumbrados al funcionamiento superficial de nuestra mente, fue en el ejercicio de meditación. Durante el mismo, estuve haciendo constantes esfuerzos por tratar de profundizar en la escena del grabado, e impedir a la vez que ello me condujese a pensar en numerosos acontecimientos que, aun cuando también formaban parte de la Revolución Francesa, no tenían nada que ver con el personaje que en aquel momento me interesaba, el cual permanecía alejado y misterioso, sin que mis reflexiones sobre el mismo me aportasen ningún dato acerca de su verdadero carácter, así como de los móviles que le habían impulsado para realizar un acto de tanta trascendencia, como fue el haber dado muerte a Marat.

Al terminar el lapso de quince minutos dedicados a la meditación, procedí a descansar; mientras lo hacía, reflexioné sobre la experiencia obtenida mediante aquel primer ejercicio.

"¿Cómo era posible —me pregunté sorprendido— que ni yo ni nadie de las personas a quien conocía, se hubiese percatado de algo de tanta importancia, como es el hecho de que *no controlamos nuestra mente en forma permanente, sino tan sólo en medio de constantes interrupciones, durante las cuales ésta divaga a su antojo?*".

Concluí que posiblemente la explicación a la pregunta anterior se encontrase en la increíble velocidad de la mente para producir ideas, crear imágenes y hacer rememoraciones, todo ellos sobre los más variados temas. Esta circunstancia, unida al hecho de que generalmente basta un leve esfuerzo de nuestra voluntad para lograr enfocar la atención al tema que nosotros deseamos —aun cuando esta concentración dure únicamente unos cuantos segundos—, nos permite mantener la ilusión de que somos los dueños de nuestra mente, cuando en realidad la mayor parte del tiempo no mantenemos ningún control sobre ella permitiéndole divagar al azar, generando ideas o recuerdos sin ninguna conexión lógica, al solo impulso de los variables estímulos que percibe a través de nuestros sentidos.

Al terminar el período de descanso reanudé con renovado entusiasmo el ejercicio, repitiendo las mismas tres fases ya descritas. Al poco tiempo comencé a sentir un fuerte dolor de cabeza y no pude continuar mis prácticas por el resto de la mañana. Por la tarde volví nuevamente a ellas, pero procuré hacerlo con intervalos de descanso mucho más espaciados que el de diez minutos fijado inicialmente.

Durante todo el mes continué tratando de alcanzar algún progreso en la práctica de aquellos ejercicios. A pesar de los desesperados esfuerzos que sin cesar realizaba, mi mente escapaba siempre a mi propósito de mantenerla concentrada durante largo tiempo en aquello que yo le señalaba.

En varias ocasiones me sentí dominado por el desaliento y el agotamiento más completos, e incluso estuve tentado a declararme vencido. A menudo me imaginaba a mí mismo devolviendo aquel odioso libro de grabados que me esclavizaban, para así poder marcharme muy tranquilo al cine, a contemplar una muy "buena" película de esas que, como la inmensa mayoría, han sido realizadas con el propósito de evitar a los asistentes el tener que hacer uso de sus facultades mentales.

A pesar de todo, proseguí con mi labor. Día tras día fue transcurriendo aquel mes interminable, durante el cual abandoné mi departamento tan sólo en contadas y breves ocasiones, pues la práctica de aquellos ejercicios mentales absorbía íntegramente mi tiempo.

Lentamente fui percatándome de pequeños avances: los dolores de cabeza eran cada vez menos frecuentes, los períodos de control continuo de la mente iban siendo un poco más largos, los detalles que lograba observar en los grabados eran cada vez más numerosos, la imagen visualizada mientras permanecía con los ojos cerrados se parecía ya un poco más al original y sus contornos lucían menos borrosos que en un principio. Pero lo que a mi modo de ver resultaba más importante, era que durante el tiempo dedicado a la meditación, lograba hacer una serie de reflexiones relacionadas directamente con el tema del grabado, lo que difícilmente hubiera podido realizar antes de iniciar aquellas prácticas que en un principio juzgara infantiles.

Llegó, por fin, el día en que terminé con el último grabado ; por tanto, la mañana siguiente era la fecha de la cita en casa del coronel.

Me sentí presa de un creciente nerviosismo muy superior al experimentado en vísperas de cualquier otro examen. Un rápido vistazo a toda la serie de grabados me permitió darme cuenta de que si bien en lo concerniente a los últimos del libro, podía sentirme más o menos seguro, pues la práctica efectuada con ellos se había realizado en los días en que ya poseía cierta experiencia en aquellos ejercicios, ello no ocurría en lo que se refería a los grabados correspondientes a los primeros días.

Era ya demasiado tarde para tratar de superar esta grave deficiencia, por lo que, al igual que la mayoría de los estudiantes de todas épocas, me imaginé que, en última instancia, sería la suerte la que diría la última palabra en aquella singular prueba.

b) Un examen difícil

Faltaban quince segundos para las siete de la mañana; esperé meticulosamente a que el segundero de mi reloj marcara la hora exacta fijada para la entrevista, y oprimí el timbre de la casa que habitaba el coronel. Ningún europeo se expresaría mal, al menos por mi culpa, de la puntualidad mexicana.

La misma anciana sirvienta de la vez anterior acudió a abrirme la puerta, indicándome con voz cansada que entrara a la sala de la casa; en ésta se encontraba el coronel, quien me saludó con frases amables, no exentas de un poco de solemnidad. Cada instante que transcurría hacía que aumentase en mí esa especial tensión que precede siempre al inicio de un examen y que es tan conocida de todos aquellos que han pasado repetidamente por este tipo de experiencias.

— ¿Qué tal; los observó un buen rato? —preguntó el coronel al tomar en sus manos el libro de grabados.

—Creo que sí —respondí con fingido tono de indiferencia, mientras a mi mente acudía el recuerdo de aquel último mes, transcurrido en medio de constantes y fatigosos esfuerzos.

—Bien —expresó el coronel—, nuestra plática estará dividida en dos partes; la primera versará únicamente acerca de la memorización de estos dos grabados. —Al decir esto señaló los dos últimos grabados del libro, lo cual me tranquilizó muchísimo, pues obviamente eran los que recordaba con mayor exactitud.

Los grabados escogidos por el coronel como tema del examen, se referían a hechos acontecidos durante el famoso 9 termidor, o sea el 27 de Julio de 1794, fecha clave en la Revolución Francesa.

En el primero de aquellos grabados se describía una escena de la agitada sesión celebrada aquel día en la Convención Nacional, durante la cual un grupo de diputados coaligados en contra de Robespierre, logró arrebatarse a éste el control de la Convención.

En el segundo de los grabados se reproducía un acontecimiento ocurrido varias horas después; Robespierre, ya prisionero de la Convención, aparecía postrado en una mesa, conteniendo a duras penas con un pañuelo la hemorragia que brotaba de una herida en la mandíbula.

El coronel sacó su pipa y tras rellenarla de tabaco y encenderla, inició su interrogatorio acerca de las escenas descritas en los grabados.

Sus primeras preguntas se refirieron a cuestiones generales que podían contestarse fácilmente con sólo haber observado superficialmente los grabados, pero casi inmediatamente comenzaron a volverse más difíciles, obligándome a buscar velozmente en mis recuerdos para encontrar las respuestas.

No obstante que en un principio, al conocer los dos grabados sobre los que versaría el interrogatorio, había considerado que me resultaría fácil contestar cualquier cuestión relacionada con el contenido de los mismos, pronto perdí esa seguridad ante la creciente variedad y complejidad de las preguntas.

A pesar de que el coronel no tenía a la vista ninguno de los dos grabados, parecía recordar éstos con una increíble minuciosidad. En muchos casos sus preguntas versaban sobre detalles tan insignificantes, que hubiera resultado difícil contestar aun observando directamente los grabados. No podía imaginarme cómo en torno a dibujos de tan reducidas dimensiones, podían elaborarse tantas y tan variadas preguntas, desde el número exacto de dedos con que Robespierre oprimía el pañuelo, hasta las características de los diversos tipos de pelucas empleadas por los diputados de la Convención.

Cualquier duda o vacilación al proporcionar una respuesta sobre un detalle determinado, bastaba para que el coronel efectuara al instante un sinnúmero de preguntas relacionadas con el detalle en cuestión, como si mi interlocutor deseara precisar, con matemática exactitud, la dimensión de todo aquello que había yo pasado por alto al hacer la memorización de las escenas contenidas en los grabados.

El tiempo corría y el interrogatorio se prolongaba indefinidamente, salvo breves descansos de cinco minutos, que me eran concedidos cada vez que el reloj de pared de la estancia donde nos encontrábamos anunciaba que había transcurrido una hora más de incesantes preguntas.

Al sonar las doce se dio por terminada la parte primera de lo que el coronel denominaba "nuestra charla". Esta primera parte había tenido por objeto determinar el grado de avance logrado en los ejercicios de observación y memorización o concentración; la siguiente se refería a la meditación, objetivo fundamental de los ejercicios. El coronel me aconsejó que aprovechase aquel breve descanso saliendo al jardín situado en la parte posterior de la casa.

El aire fresco y la contemplación del pequeño pero ordenado y bello jardín, disminuyeron un tanto el profundo agotamiento que me dominaba, así como el intenso dolor de cabeza que sentía desde hacía un buen rato.

Una vez transcurrido el tiempo de descanso regresé al interior de la casa; a pesar de que ya me encontraba en mejores condiciones, mucho me temía que si el siguiente interrogatorio era tan prolongado como el anterior, resultaría vencido por el aturdimiento producto del cansancio.

El coronel se encontraba leyendo un libro; dejándolo a un lado, y tras de indicarme con un ademán que tomase asiento, afirmó:

—Como usted recordará, existe una vieja polémica entre los historiadores acerca de lo ocurrido la noche del 9 termidor en el Ayuntamiento de París, lugar donde se brindó refugio y apoyo a Robespierre. Según algunos, Robespierre consideró que no lograría derrotar a la Convención a pesar de contar con la ayuda del Ayuntamiento y decidió suicidarse, pero al intentarlo, tan sólo consiguió herirse, siendo capturado posteriormente por fuerzas de la Convención y guillotinado al día siguiente. En contra de esta tesis existe la opinión de un grupo de historiadores, según la cual Robespierre estaba decidido a entablar una lucha a muerte contra la Convención, labor a cuya planeación se encontraba dedicado aquella noche, cuando un pequeño grupo de fuerzas de la Convención logró introducirse subrepticamente en el Ayuntamiento y capturar por sorpresa a Robespierre y a sus más íntimos allegados. De acuerdo con esta versión, en los momentos de realizarse la aprehensión, uno de los captores disparó contra Robespierre produciéndole una herida en el rostro con el propósito deliberado de evitar que pudiese hacer uso de la palabra antes de ser guillotinado, pues lo que sabía era demasiado comprometedor para muchos integrantes de la Convención y, además, su persuasiva oratoria podría quizás lograr un cambio de opinión en los miembros de la Convención.

—Con base en lo anterior —continuó el coronel— le agradecería me dijese por cuál de ambas versiones se inclina, fundando su respuesta únicamente en detalles observados en ambos grabados y que, a su juicio, sirvan para dilucidar esta cuestión. Medite este problema un minuto y después deme su respuesta.

Sentí cómo el profundo cansancio que me invadía desaparecía de golpe bajo el influjo del intenso esfuerzo que al instante inició mi mente; a toda velocidad traté de recordar, seleccionar y valorar todos los detalles contenidos en los dos grabados, buscando desesperadamente cualquier indicio que me permitiese encontrar la solución del problema planteado.

En cuanto transcurrió el breve plazo fijado, el coronel interrogó:

—Muy bien; ¿cuál es su opinión?

—Considero —respondí— que Robespierre no trató de suicidarse, sino que fue herido por otra persona.

— ¿En qué detalles de los grabados funda usted esa opinión?

Con voz que sonaba lejana y que incluso casi no reconocía como propia, comencé a exponer mis conclusiones.

—De la observación del primer grabado, la sesión en la Convención, podemos deducir que Robespierre no era zurdo, ya que en él aparece utilizando la mano derecha para solicitar el uso de la palabra a Collot d'Herbois, que presidía en aquel momento la sesión de la Convención. Robespierre se encontraba en un momento de gran excitación y su movimiento al levantar la mano debe haber sido del todo reflejo y mecánico, el ademán de un hombre furioso que se ve atacado y desea comenzar a defenderse de inmediato; de haber sido zurdo, inconscientemente hubiese levantado en ese momento la mano izquierda y no la derecha.

Presentí que iba por buen camino y proseguí:

—A su vez el segundo grabado -Robespierre herido y recostado en una mesa- nos revela que la herida del maxilar se produjo en el lado izquierdo de la cara, pues es ahí donde tiene colocado el pañuelo con el cual trata de contener la hemorragia. Sólo una persona zurda se suicidaría disparándose con la mano izquierda en lugar de hacerlo con la derecha.

—Finalmente —concluí—, para reafirmar lo anterior, está el hecho de que la herida no se encuentra en la sien, el paladar o el corazón, o sea los sitios lógicos para lograr que el disparo cumpla con el propósito de quitarse la vida, sino en el maxilar, y francamente no puedo creer que a nadie que se intente suicidar se le ocurra darse un balazo en el lado izquierdo de su mandíbula, pues sabe que con ello sólo logrará hacerse una herida dolorosa pero no mortal; en cambio, ése es un sitio ideal para herir a una persona con el propósito de evitar que pueda hablar durante el corto tiempo que en aquel entonces requería un proceso y su consiguiente ejecución.

Terminé de hablar y guardé silencio, sin saber qué tan acertadas podían haber sido mis respuestas.

El coronel pareció abandonar cierta actitud solemne que había adoptado durante toda aquella mañana; aun cuando su rostro permanecía inescrutable, creí observar cierto destello de alegría en su mirada; sacudió su pipa en un cenicero y expresó:

—Lo felicito; ha progresado mucho más de lo que esperaba; me dará mucho gusto ayudarlo a estudiar un poco de Historia.

Una sensación, mezcla de contento y de descanso, después del largo esfuerzo realizado, invadió mi espíritu.

—Eso significa —afirmé en tono festivo— que debo haber pasado el examen de admisión para entrar en su escolita.

—Esto no fue un examen —replicó el coronel—; únicamente hemos platicado un rato.

— ¡Platicado! Estoy seguro de que los interrogatorios de los inquisidores no eran tan rigurosos como los suyos; no creo que tenga que volver a presentar un examen tan minucioso hasta el día de mi muerte.

El coronel sonrió por vez primera en toda aquella mañana.

—Debe usted estar un poco cansado —expresó—; lo espero mañana a las siete de la mañana para que empecemos a estudiar.

— ¿A las siete? —pregunté—. ¿Qué forzosamente tiene que ser a esa hora?

—Bueno, yo estoy levantado desde las cinco, pero dedico esas dos horas a hacer un poco de ejercicio y a desayunar; si usted quiere, puede venir desde las cinco y realizar también algo de ejercicio.

Observé la fuerte musculatura de mi interlocutor; ya no era una persona joven; sin embargo, parecía conservar un gran vigor y una extraordinaria fuerza física, resultado, seguramente, de un continuado entrenamiento. Imaginé que si realizaba ejercicios físicos con la misma intensidad con que al parecer consideraba debía efectuarse la concentración mental, éstos serían de un grado tal como para dejar agotado a un toro de lidia, así que respondí sin vacilar.

—Nos vemos mañana a las siete, coronel.

3 UNA ANTIGUA Y MODERNA VISIÓN DE LA HISTORIA

Los procedimientos de enseñanza utilizados por el coronel entrañaban el empleo de métodos cuya existencia jamás hubiera podido imaginar. A pesar de su aparente diversidad, estos métodos se encontraban unidos entre

sí por una idea o principio central: el de considerar que la auténtica comprensión de la Historia no constituye un conocimiento que pueda ser transmitido directamente de maestro a discípulo, sino que es algo que este último debe ir descubriendo por sí mismo. Así como la instrucción que se imparte a los que desean convertirse en pintores o en músicos, no sólo busca que éstos adquieran el dominio de las técnicas de ejecución de dichas artes, sino que fundamentalmente trata de fomentar el desarrollo de las propias facultades de expresión artística de cada estudiante, en igual forma los métodos de enseñanza de la Historia a que me refiero tendían a ejercitar al alumno en la difícil labor de aprender a analizar todos los factores que componen cualquier suceso histórico, para después comenzar a comprenderlo y valorarlo.

Considero inútil detenerme a tratar de describir en qué consisten estos sistemas de enseñanza porque todos ellos requieren, para su correcta comprensión y aprovechamiento, el ser impartidos personalmente por alguien que verdaderamente conozca y domine estas técnicas de enseñanza.

Unidas a las prácticas diarias que tenían por objeto desarrollar mi propia capacidad para comprender la Historia, el coronel me impartía dos veces por semana enseñanzas a base del tradicional sistema de explicaciones orales sobre diversas cuestiones.

Las explicaciones orales, que el coronel convertía siempre en un diálogo entre maestro y discípulo, me permitieron muy pronto percatarme de la existencia de una fascinante y complejísima visión de la Historia, no contenida en ninguno de los libros comúnmente conocidos. En un principio creí se trataba de novedosas concepciones elaboradas por algún pensador contemporáneo, al cual todavía no se reconocía el debido mérito; pero para mi sorpresa, el coronel me informó que si bien muchas de las tesis que conformaban la citada concepción de la Historia podían parecer ultramodernas, en realidad se trataba de una antiquísima visión del devenir histórico, cuyas ideas centrales habían sido conservadas y transmitidas a lo largo de milenios, a través de las enseñanzas impartidas en muchos de los monasterios-escuelas existentes en el Asia Central, concretamente en la región del Tibet.

Aun cuando este libro no tiene la pretensión de impartir a sus lectores una cátedra de Historia, estimo que será indispensable para la cabal comprensión de la tesis de carácter histórico que se mencionará al final del mismo, conocer las premisas de las que ésta se deriva, las cuales se fundamentan a su vez en uno de los conceptos centrales de la visión histórica a que me refiero, consistente en considerar que el progreso de la humanidad tiene por objeto lograr una ampliación de la consciencia humana, y que este progreso se realiza conforme a un ritmo de tres tiempos, que puede ser claramente captado por cualquiera que se tome la molestia de estudiar la Historia con la debida atención.

El concepto en cuestión me fue expuesto por el coronel desde la primera de sus explicaciones orales. En esa ocasión, tras saludarme con la enérgica amabilidad que le era característica, el coronel me indicó tomase asiento en uno de los pesados sillones de su estudio y en seguida afirmó sin mayores rodeos:

—Lo primero que tenemos que hacer es encontrar un criterio que convierta el estudio de la Historia en una explicación valedera del desarrollo integral de toda la especie humana.

La audacia contenida en semejante pretensión me hizo exclamar al instante:

—Francamente no creo que exista ese criterio.

—Eso es lo que vamos a averiguar —afirmó el coronel y en seguida me preguntó—: ¿Cuál cree usted que sea, desde un punto de vista puramente histórico y no metafísico, la característica fundamental, aquella que distingue al ser humano de todos los demás seres?

—Resulta muy difícil poder contestar esa pregunta —opiné.

—No veo por qué; creo que es obvio que lo más característico del ser humano es su consciencia, que le permite no sólo adquirir conocimientos, sino percatarse de que posee esta facultad. ¿De acuerdo?

—Pues sí.

—Bien; para resolver el problema que nos ocupa sólo necesitamos poseer otro dato. ¿Cree usted que la calidad de la consciencia humana ha sido siempre igual?

—Bueno, no estoy muy seguro de ello, pero al parecer al igual que todo lo creado, nuestra consciencia también ha ido sufriendo transformaciones a lo largo del tiempo; sin embargo, no veo qué relación pueda tener esto con el problema de encontrar un criterio que nos permita entender la Historia como una auténtica explicación del desarrollo de la especie humana.

—Es muy sencillo. Si admitimos que la humanidad ha venido transformando su consciencia a través de un largo proceso, con sólo que sepamos cuál es el ritmo conforme al cual se ha realizado este proceso, contaremos con un criterio realmente válido para analizar y clasificar todos los acontecimientos del pasado, juzgándolos no como simples hechos aislados y desconectados del resto del quehacer humano, sino como una pieza dentro de ese complicado y lento proceso de desarrollo de la consciencia de la especie humana que la verdadera Historia trata de describir.

Un tanto confuso ante aquellas afirmaciones cuya importancia entreveía sin alcanzar a entender del todo, pregunté:

—¿ Pero es que acaso es posible descubrir el ritmo conforme al cual se ha venido efectuando la transformación de la consciencia humana?

—Desde luego que sí. El llegar a descubrir por sí mismo la existencia de este ritmo le llevará aún mucho tiempo; así, pues, voy a explicárselo ahora muy brevemente, en la inteligencia de que todo lo que le diga está sujeto a ser verificado más tarde por sus propias investigaciones.

Cada vez más interesado escuchaba las palabras del coronel. Este continuó:

—La consciencia humana adquiere conocimientos gracias a dos facultades: la inteligencia racional y la intuición emotiva. Cada vez que una porción considerable de la humanidad logra desarrollar en forma importante cualesquiera de estas facultades, o bien consigue un mayor equilibrio entre ambas, da comienzo una nueva *edad histórica*, cuya duración abarca siempre varios milenios. La característica del proceso estriba en que se realiza por etapas, siguiendo un ritmo determinado. Así, por ejemplo, después de una Edad en la que haya predominado como medio principal la inteligencia racional, sobrevendrá una Edad durante la cual se empleará preferentemente la intuición emotiva como medio de alcanzar nuevos conocimientos; al finalizar esta Edad será seguida por otra en la cual se emplearán equilibradamente ambas facultades para la consecución del mismo fin: la obtención de conocimientos. Al terminar esta Edad, el ciclo se reinicia, o sea, nuevamente otra Edad de predominio de la inteligencia, otra de predominio de la intuición y otra de equilibrio entre ambas facultades, y así sucesivamente. En cada Edad histórica se originan un cierto número de culturas, las cuales sintetizan y expresan los conocimientos adquiridos merced a la ampliación de consciencia lograda dentro de esa Edad; cuando estas culturas agotan las posibilidades de adquisición de nuevos conocimientos, dentro de los límites de esa ampliación de consciencia, se requiere otro gran esfuerzo para lograr una nueva ampliación de consciencia y dar así comienzo a otra Edad histórica.

—Como usted ve —concluyó el coronel— en este esquema la historia de la humanidad se analiza a la luz de un proceso de transformación en espiral. ¿Le resultó claro?

—No del todo —respondí con franqueza.

—Bien; quizás si analizamos, aun cuando sea muy escuetamente, cada una de las tres últimas Edades históricas, le resulte más fácil descubrir en la práctica la existencia del ritmo de desarrollo a que nos estamos refiriendo.

Tras pronunciar esta frase, el coronel se puso de pie y caminó hasta el pequeño pizarrón que se encontraba semioculto en una de las esquinas de aquella habitación, destinada a hacer las veces de salón de clases; tomando un gis escribió con letras de caracteres precisos y angulares las siguientes palabras:

Ultima Edad histórica, de predominio de la inteligencia racional

Después de esto volvió a su asiento y expresó las siguientes sorprendentes declaraciones:

—La conclusión de la más reciente Edad histórica de predominio de la inteligencia racional sobrevino como resultado de un cataclismo de proporciones mundiales acontecido aproximadamente doce mil años antes de Cristo; pero antes de que esto ocurriese, las culturas desarrolladas a lo largo de esta Edad alcanzaron profundos conocimientos científicos y tecnológicos que encauzaron al aprovechamiento de diversas "fuerzas cósmicas".

Recordé que durante nuestro encuentro en la ciudad de Monte Albán, el coronel había formulado una afirmación similar, al referirse a la finalidad perseguida por los primeros constructores de esta ciudad. Decidí aprovechar la ocasión para tratar de esclarecer tan extrañas palabras:

— ¿A qué clase de "fuerzas cósmicas" se refiere usted, coronel?

—Nuestra ciencia actual comienza a redescubrir el hecho de que la Tierra recibe constantemente del espacio exterior una gran variedad de radiaciones e influencias, a las cuales se dan diversos nombres: fuerzas electromagnéticas, rayos cósmicos, partículas subatómicas, etc. Las culturas desarrolladas durante la remota Edad histórica a que nos referimos, lograron construir una serie de "máquinas" extraordinarias, por medio de las cuales estaban en posibilidad de captar y aprovechar varias de estas fuerzas provenientes del espacio que, para abreviar, designamos simplemente como "cósmicas".

Las palabras del coronel comenzaban a parecerme un fantástico cuento de ciencia-ficción. Aquello resultaba interesante pero del todo increíble; con acento cargado de incredulidad inquirí:

— ¿Qué pruebas existen para poder afirmar la existencia de avanzadas culturas tecnológicas en una época tan remota?

—Existen muchas —repuso el coronel con segura convicción—: pero la más importante la constituyen los numerosos restos, regados por toda la faz de la Tierra, de las "máquinas" construidas por los habitantes de aquel entonces.

— ¿Pero cuáles son esas máquinas? —pregunté extrañado— yo jamás he sabido de su existencia.

—Le mencionaré tan sólo los restos de dos de ellas: la Gran Pirámide de Egipto, y la del Sol, en Teotihuacán.

— ¡Pero, coronel! —exclamé en el colmo del asombro al escuchar semejante afirmación—: en primer lugar, esos son monumentos, no máquinas; y en segundo, no tienen de ninguna manera la antigüedad que usted les atribuye; la Gran Pirámide de Egipto se construyó alrededor del año 2600 antes de Cristo y la del Sol, en Teotihuacán, un milenio antes de nuestra Era.

Al parecer, a mi interlocutor le agradaba que se le contradijera, pues sus severas facciones parecieron suavizarse mientras preguntaba con acento levemente irónico:

— ¿Podría usted decirme quiénes y con qué objeto construyeron esas pirámides?

Un tanto sorprendido por aquella pregunta, cuya respuesta era a mi juicio del dominio público, contesté:

—Pues eso todo mundo lo sabe: las pirámides de Egipto las edificaron los egipcios y las de Teotihuacán los teotihuacanos; además, no tienen nada que ver unas con otras; su parecido es tan sólo una simple casualidad, pues en Egipto estos monumentos tenían por finalidad servir de tumbas a los faraones, y en cambio en Mesoamérica se utilizaban como templos.

Cuando concluí lo que a mi juicio era una rotunda refutación de lo expresado por el coronel, éste afirmó:

—Uno de los conocimientos más importantes que irá adquiriendo con sus prácticas para desarrollar sus propias facultades de historiador, será la de llegar a conocer la ideología característica de cada cultura, la esencia íntima sobre la que se estructuran sus más diversas manifestaciones, en tal forma que al hallarse ante un variado conjunto de obras, la resulte fácil distinguir aquellas que fueron elaboradas por una determinada cultura y aquellas otras que de ninguna manera pudieron ser realizadas por esa cultura, aunque así lo afirmen todos los seudohistoriadores del mundo.

—Una vez que llegue a interiorizarse con lo esencial del pensamiento egipcio y teotihuacano —prosiguió el coronel— le resultará imposible comprender cómo la mayoría de la gente ha podido aceptar que estas culturas fueron las que concibieron las pirámides de que hablamos, pues éstas no corresponden en lo absoluto a la verdadera esencia de ninguna de esas culturas.

Tras una breve pausa continuó:

—Los egipcios y los teotihuacanos se limitaron tan sólo a restaurar los restos de estas antiquísimas "máquinas de fuerzas cósmicas", con objeto de utilizarlas para sus propios fines, de carácter funerario y religioso respectivamente. Y aun cuando, al igual que otros pueblos, en algunas ocasiones edificaron monumentos tomando como modelo a las antiguas pirámides, todos ellos se distinguen fácilmente de los modelos originales.

Cada vez más interesado ante aquellas explicaciones que contradecían todo lo que había estudiado hasta entonces, continué prestando atención a las palabras del coronel.

—Antes de proseguir, quiero aprovechar este asunto para advertirle una cosa: desconfíe siempre de las supuestas casualidades en cualquier cuestión histórica. El hecho de que la Pirámide de Keops —llamada así en honor del faraón que la restauró— y la del Sol en Teotihuacán, a pesar de las modificaciones que ambas han sufrido, midan prácticamente lo mismo en lo que hace a sus respectivas bases, no puede atribuirse a una simple casualidad.³

—Sin embargo, su altura es muy diferente —objeté débilmente— y además una es escalonada y en la otra los muros ascienden sin interrupción desde la base hasta el vértice.

—En ningún momento he dicho que fueran idénticas; sus diferencias se explican por el hecho de que tenían por objeto captar muy distintas "fuerzas cósmicas".

—Todo esto suena tan fantástico. ¿Qué fue lo que pudo ocasionar la desaparición de tan avanzadas civilizaciones.

Mientras extraía de su bolsillo con ademán mecánico su vieja pipa oriental, el coronel repuso con particular énfasis:

—El encontrar una adecuada respuesta a esa pregunta será quizás uno de los principales empeños de los verdaderos historiadores del próximo siglo.

³ La pirámide de Kheops tiene actualmente 226.50 metros por lado, la del Sol 225 metros, o sea una diferencia de 1.50 metros, que resulta fácilmente explicable atendiendo a las mencionadas restauraciones.

—Las culturas —prosiguió— se extinguen por dos causas: por senectud o por accidente. En el primer caso, su extinción ocurre muy lentamente, tras un largo período de senilidad y fosilización; en el segundo, su desaparición es resultado de un accidente catastrófico producido por el hombre mismo, como por ejemplo una guerra particularmente destructiva, o bien, por un cataclismo de la naturaleza.

— ¿Y en este caso?

—Es obvio que estas culturas perecieron por accidente; una catástrofe de consecuencias mundiales cuya memoria aún perdura en las leyendas de pueblos situados en los más diversos confines del planeta. Lo que en cambio resulta muy difícil tratar de precisar, es si este cataclismo fue motivado por la naturaleza o fue provocado por el mal uso de las poderosas fuerzas cósmicas que estas culturas manejaban. Sea por una causa o por la otra, el hecho es que repentinamente las regiones donde florecieron las avanzadas culturas de la más reciente Edad histórica de predominio de la inteligencia racional, quedaron convertidas en áridos desiertos, o bien, fueron sumergidas por las aguas. Una vez pasados los efectos del cataclismo y tras readaptarse a las nuevas condiciones climatológicas imperantes en el planeta, la humanidad reinició su interrumpido ascenso, o sea, buscó nuevamente la ampliación de su consciencia, pero empleando en esta ocasión la otra facultad con que cuenta para ello: la intuición emotiva.

Después de pronunciar estas palabras, el coronel volvió a levantarse y llegando hasta el pizarrón borró la frase anotada en éste, substituyéndola por la siguiente:

Ultima Edad histórica de predominio de la intuición emotiva

—El inicio de esta Edad —afirmó el coronel regresando a su asiento— podemos fijarlo alrededor de nueve mil años antes de Cristo, o sea tres mil años después de ocurrida la catástrofe con que dio término la Edad anterior.

— ¿Cuál es el criterio para determinar que da comienzo una nueva Edad histórica? —pregunté:

—La aparición de una nueva cultura con "signo" diferente a las anteriores, o sea el abandono del tradicional sistema para adquirir conocimientos por medio de una facultad determinada, la cual se substituye por otra con idéntico fin.

Tras una pausa empleada por el coronel en llenar de tabaco su pipa, prosiguió:

—Una vez reiniciado el camino, la humanidad fue logrando, si bien muy lentamente, dar origen a nuevas culturas, todas ellas caracterizadas por el predominio de la intuición emotiva como principal medio para la obtención de conocimientos. A pesar de que las primeras de entre estas culturas no tuvieron un gran esplendor, fueron abonando el terreno para las que les sucedieron, en tal forma que a partir del cuarto milenio antes de nuestra Era, comienzan a surgir en diferentes partes de la Tierra culturas realmente portentosas. Asiria, Egipto, México, Perú, la India y China, son, como usted sabe, algunos de los lugares donde florecieron las más importantes de estas culturas.

—Perdone la digresión, coronel, pero aún no entiendo muy claramente el significado de la designación que utiliza usted para caracterizar a esta Edad, o sea el término "intuición emotiva".

—Es muy simple. Al revés de la Edad anterior, en la cual predominan los sistemas empiristas y racionalistas en la búsqueda del saber, en ésta el incremento de conocimientos se alcanza fundamentalmente a través del acertado empleo de la intuición. Analice el desenvolvimiento de las culturas surgidas a lo largo de esta Edad y verá cómo resulta fácil comprobar este hecho.

— ¿Cuál fue la causa que originó la desaparición de estas culturas?

—En su mayor parte perecieron de "muerte natural"; con el tiempo perdieron su ímpetu creador, se anquilosaron y fosilizaron, para luego irse desintegrando lentamente; pero muchos siglos antes de que este proceso concluyese, dio comienzo otra nueva Edad histórica, al surgir una cultura de "signo" diferente.

El coronel procedió a escribir otra vez algunas palabras en el pizarrón, costumbre que continuaría en lo futuro, con el propósito evidente de mantener siempre presente el tema central sobre el cual disertaba. La frase final en aquella ocasión fue la siguiente:

Ultima Edad histórica de equilibrio entre la razón y la intuición

Tras una breve pausa motivada por una interrupción de la sirvienta, que necesitaba dinero con qué pagar a los operarios que venían a cambiar los tanques del gas, el coronel expresó:

—Para continuar adelante su marcha ascendente, la humanidad requería completar el ciclo de tres tiempos a través del cual va transformando su consciencia. En el siglo VI antes de Cristo surge en Grecia una cultura diferente a las anteriores, con la cual se da inicio a una nueva Edad histórica.

— ¿Por qué califica usted de "diferente" a la cultura griega?

—Por el armonioso equilibrio que le es característico y que se manifiesta en todas sus expresiones, especialmente las artísticas; se trata de un nuevo modelo de cultura en la cual se utilizan alternativa y equilibradamente la razón y la intuición, en la búsqueda incesante de conocimientos, propia de los seres humanos.

—Ahora bien —prosiguió—, le advierto que las culturas surgidas en esta Edad, alcanzan ese equilibrio en virtud de que sacrifican una parte de lo avanzado en las dos Edades anteriores; es decir, se requiere un cierto retroceso del punto máximo alcanzado en el desarrollo de las facultades mencionadas, razón e intuición, para centralizarlas en un punto intermedio.

—Eso significa —opinó a mi vez— que estas culturas no igualan a las surgidas en las dos Edades anteriores en lo que hace a sus esferas respectivas; por ejemplo, no alcanzan ni el máximo poder razonador de las primeras, ni la extrema capacidad intuitiva de las segundas.

—Exactamente, pero como es lógico suponer, de ninguna manera puede considerarse a ésta una etapa de retroceso, ya que la conquista del equilibrio en el desarrollo de ambas facultades constituye en sí misma un progreso; por otra parte, resulta indispensable para poder cerrar el ciclo de tres tiempos, e iniciar uno nuevo ya en un nivel más alto, lo que permite que las correspondientes transformaciones de consciencia de cada una de las nuevas Edades superen a las alcanzadas en las Edades del anterior ciclo.

—Aparte de la griega, ¿cuáles pueden considerarse las culturas más destacadas en esta Edad?

—La bizantina, la árabe y la occidental.

A continuación el coronel formuló una declaración que me llenó de asombro.

—En la actualidad todas estas culturas no sólo se encuentran ya fosilizadas, sino también sujetas a un proceso de desintegración que culminará con su total extinción.

— ¿Incluyendo a la cultura occidental?—

—Por supuesto. Desde el siglo XVIII esta cultura agotó ya todas las posibilidades de continuar el proceso de ampliación de consciencia del género humano dentro del punto de equilibrio intuición-razón, característico de esta Edad; es por ello que, a partir de entonces, la humanidad ha venido tratando de llevar al cabo otro gran esfuerzo tendiente a transformar su consciencia e iniciar así una nueva Edad histórica. El continuo avance de la ciencia y la tecnología, que constituye el hecho más destacado de los últimos siglos, es un síntoma evidente —para todo aquel que sepa interpretar la marcha de la historia— no sólo de que la especie humana está tratando nuevamente de lograr desarrollar una de sus facultades fundamentales, sino también de cuál será el seguro signo de la próxima Edad: el de la inteligencia racional.

— ¿Y no se habrá iniciado ya esa Edad de predominio de la razón? —pregunté.

—Por supuesto que no; aún no ha surgido ninguna nueva cultura que dé comienzo a esa Edad; nuestro actual avance científico está muy lejos de significar por sí mismo una cultura, es una simple acumulación de datos no encuadrados todavía dentro de una superior visión de conjunto.

Las revelaciones del coronel sobre este último tema no podían sino causarme una profunda impresión; la posibilidad de poder llegar a contemplar el nacimiento de una nueva Edad histórica era algo capaz de emocionar a cualquiera. Vivamente interesado pregunté:

—¿Y dónde cree usted que pueda surgir la cultura con la cual se iniciará la próxima Edad histórica?

El coronel me contempló un instante con enigmática expresión; luego comentó:

—Cuando llegue usted a entender suficientemente el pasado, podrá deducir algunas de las proyecciones de éste hacia el futuro, pues el tiempo de la humanidad es sólo uno; entonces usted mismo deberá encontrar la respuesta a esa pregunta.

Luego de formular tan extraña observación, extrajo de uno de sus bolsillos un reloj atado a una larga cadena y tras consultarlo afirmó:

—Ya es un poco tarde; con lo que hemos conversado ahora es suficiente para un primer día; mañana hablaremos sobre un método especial para captar rápidamente lo esencial de cualquier objeto y hacer más fructífera su observación.

Mi primera lección de Historia había terminado. Con su amabilidad acostumbrada, el coronel me acompañó hasta la puerta de la calle.

Considero innecesario transcribir las enseñanzas que sobre diversos asuntos de carácter histórico tuvo a bien impartirme el coronel, pues, como ya he mencionado, este libro no tiene propiamente la intención de disertar sobre cuestiones históricas, las cuales sólo se abordan cuando ello resulta imprescindible para lograr

una cabal comprensión de los verdaderos fines y propósitos de esta obra, mismos que más adelante expondré con toda amplitud.

Hay, sin embargo, una historia particularmente interesante, cuyo conocimiento por parte de los lectores resulta necesario para la consecución de los fines de esta narración. No se trata de la historia de ninguna nación, sino la del singular personaje al que hemos venido denominando "el coronel".

La forma como llegué a tener conocimiento de la historia que ahora pasaré a relatar fue puramente casual y no resultado de un propósito deliberado. Durante el tiempo en que fui alumno del coronel, éste me platicó diversos acontecimientos de su pasado; en igual forma, y ante reiteradas instancias de mi parte, accedió a traducirme del alemán al español algunos pasajes de una especie de diario informal que acostumbraba llevar. Finalmente, una parte de la información aquí rendida me fue proporcionada directamente por el mejor amigo del coronel, persona que hará su aparición más adelante en esta misma narración.

Con todo lo anterior, me resultó posible estructurar el contenido de las próximas páginas, reconociendo desde luego que no se trata ni mucho menos de la historia completa del coronel, sino tan sólo de una relación fragmentaria acerca del mismo.

Espero que al igual que el que esto escribe, los que la lean juzguen que esta historia merece ser narrada.

B) UNA HISTORIA QUE MERECE SER NARRADA

1 UN HOMBRE EN BUSCA DEL PASADO

Una mañana de la última semana del año que marcó la separación entre dos siglos, el 1900, nació un niño en cierta elegante a la par que austera mansión de la Prusia Oriental. Ninguno de sus familiares abrigó la menor duda sobre la futura profesión del recién nacido: sabían que ésta no podía ser otra sino la carrera de las armas.

La familia del personaje a quien hemos denominado "el coronel" provenía del más aristocrático linaje prusiano; asimismo, sus apellidos aparecen citados repetidamente en cuanta acción guerrera ha ocurrido desde hace tiempo en esa agitada porción de Europa.

Su apellido materno figura ya en las crónicas del siglo XIII, cuando los territorios de la región que más tarde sería Prusia formaban aún parte de los dominios de la Orden Teutónica. Varios de los aguerridos integrantes de esta famosa orden de caballería fueron antepasados del coronel.

Por lo que respecta a la rama paterna del personaje que nos ocupa, ésta era, comparativamente con la anterior, de nobleza más reciente, pues fue en las guerras libradas por Federico el Grande, cuando un antepasado del coronel obtuvo su título nobiliario en atención al temerario valor mostrado en el combate, mismo que terminó por costarle la vida.

Al parecer este antepasado del coronel dejó sentada cierta tradición familiar en lo relativo a la forma de morir, pues, a partir de entonces, sus descendientes se caracterizaron no sólo por su valor excepcional, sino particularmente por una manifiesta preferencia a escoger el campo de batalla como lugar más apropiado para abandonar este mundo.

El abuelo paterno del coronel, al cual éste recordaba con vaguedad, participó destacadamente en todas las guerras que tuvieron lugar durante la época de Bismarck.

En la batalla de Gravelotte, librada en la Guerra Franco-Prusiana de 1870, el citado antecesor del coronel fue uno de los principales ejecutores de la maniobra que permitió a los prusianos envolver el ala derecha del ejército francés, forzándolo a iniciar una retirada en todo el frente, la que culminaría en la fatídica derrota de Sedán, con el consiguiente desmoronamiento del Imperio de Napoleón III.

Por sus numerosos méritos en campaña, el abuelo del coronel fue honrado con la codiciada presea de la Orden del Águila Negra. A cambio de tan alta distinción, este personaje tuvo que arrostrar lo que para él era la más grave de las deshonras: el no haber cumplido con la tradición familiar de sucumbir en el campo de batalla. Tras de alcanzar una elevada edad, murió en su cama a resultas de una civil pulmonía.

Por el contrario, el padre del coronel no tuvo que afrontar semejantes problemas de conciencia. Al comenzar la Primera Guerra Mundial fue muerto en unión con la casi totalidad de los integrantes de su división, durante el desarrollo de la sangrienta batalla del Marne.

Los antecedentes familiares que hemos expuesto nos permiten forjarnos una idea aproximada acerca del medio ambiente en donde se desarrolló la infancia y primera juventud del coronel, caracterizadas ambas por una educación espartana, en la cual los principales ideales estaban constituidos por una irrestricta veneración

a los sentimientos del honor y del deber, así como por un exclusivista y ya para entonces anticuado orgullo de clase.

Después de algunos años transcurridos en el liceo de la localidad, el que andando el tiempo llegaría a coronel, ingresó en la aristocrática Escuela Central de Cadetes de Gross-Lichterfelde, semillero de los mejores militares alemanes.

No obstante que en la citada academia militar nuestro personaje obtuvo siempre magníficas calificaciones, muy pronto comenzó a percatarse de que en realidad no poseía la menor vocación para la carrera de las armas; en cambio, tanto la Historia como el aprendizaje de los idiomas extranjeros le interesaban y atraían sobremanera. Guardóse, desde luego, de manifestar ante nadie sus sentimientos y preferencias; a raíz de la muerte de su padre, las miradas de parientes y amigos convergían sobre él, calificándole como el seguro continuador de las belicosas tradiciones familiares.

El cariz que tomaba la Primera Guerra Mundial empezaba a ser del todo desfavorable para Alemania, razón por la cual el joven cadete procuró acelerar su graduación, con objeto de poder marchar cuanto antes a las trincheras. En esta forma, y una vez adquirido el grado de teniente, se le asignó al frente del Oeste. El imberbe teniente no tuvo oportunidad de participar en ninguna acción guerrera. A los pocos días de su llegada al frente se esparció en éste la tan temida noticia: agobiada por el prolongado esfuerzo y abrumada por la aplastante superioridad numérica de sus enemigos, Alemania capitulaba.

Desde la atalaya del maltrecho y desmoralizado frente de guerra, el futuro coronel pudo observar las más variadas reacciones ante aquella histórica derrota: desde el júbilo no disimulado de algunos, deseosos tan sólo de dar fin a tan prolongada pesadilla y retornar a sus hogares, hasta la vergüenza y frustración que ocasionaba en muchos el ver vencida a su patria.

Cómo es lógico suponer, el hundimiento de la Alemania del Káiser representó algo cercano al fin del mundo para la aristocracia prusiana. La desaparición de las instituciones monárquicas, consideradas por ella como representativas de la única forma respetable de gobierno, así como las cláusulas del Tratado de Versalles, que obligaban a la nación perdedora a una virtual disolución de su ejército —limitándolo a un total de cien mil hombres, incluyendo tan sólo cuatro mil oficiales—, produjeron el abatimiento y la consternación más completos entre los militares prusianos.

Esta radical reducción del ejército alemán habría de afectar en forma definitiva el futuro del personaje que nos ocupa, pues a causa de ella fue trasladado del servicio activo a la reserva, encontrándose así con que podía dedicarse libremente al estudio de la materia de su interés. En esta forma procedió a matricularse de inmediato en la Universidad de Tübingen, famosa en el mundo entero por sus cátedras de Historia y Teología.

El gran número de problemas históricos sobre los cuales existe una reconocida ignorancia, así como el número aún mayor de cuestiones de esta misma índole en las que imperan explicaciones obviamente erróneas, terminaron por producir en el futuro coronel una profunda desilusión en lo tocante a la validez y veracidad de sus estudios. Impulsado, sin embargo, por su férrea tenacidad, continuó adelante, decidido no sólo a concluir su carrera universitaria, sino a lograr algún día llegar a obtener un auténtico conocimiento de la Historia.

Aun cuando durante esta época fue en realidad muy poco lo que nuestro personaje logró aprender de Historia, constituyó en cambio una etapa decisiva en su existencia por muchas otras razones.

Hasta aquel entonces, el futuro coronel sólo había mantenido relaciones con personas provenientes de su mismo medio social, integrantes como él de la conservadora y cerrada nobleza prusiana; pero a partir de sus días de estudiante universitario, comenzó a frecuentar personas de la más variada condición y de la más diversa ideología.

Por uno de esos inexplicables pero frecuentes fenómenos de afinidad entre personalidades no sólo distintas sino antagónicas, el futuro coronel trabó una gran amistad con un compañero de estudios del todo diferente a él por sus antecedentes y características, un joven berlinés a quien en lo sucesivo denominaremos simplemente como "Karl".

La sincera y profunda amistad surgida entre ambos jóvenes resulta un hecho bastante difícil de explicar. Como ya hemos visto, el prusiano provenía de una familia de valientes y aristocráticos guerreros; su vida se basaba en un irrestricto sentido del honor y del deber, y su máximo ideal era el de llegar a poseer un profundo conocimiento del pasado. Por el contrario, Karl ignoraba todo lo relativo a sus antepasados; lo único que sabía era que su padre, nacido y crecido en una miserable barriada de la capital alemana, había logrado reunir —gracias a su talento para el comercio— una considerable fortuna de la que él era único heredero. Dotado de una inteligencia excepcionalmente aguda, pero estrictamente pragmática, Karl sólo se interesaba por aquello que pudiera reportar utilidades tangibles. Las cuestiones históricas le aburrían; si se encontraba cursando estudios universitarios sobre esta materia, ello obedecía tan sólo a los deseos de su padre, quien no sólo

quería heredar a su hijo bienes y negocios, sino también proporcionarle una educación que le permitiese elevar su rango y posición social.

Al salir de la Universidad, el aristócrata y el burgués tomaron por distintos caminos.

Convencido de la inutilidad de pretender obtener conocimientos sobre historia únicamente por medio del estudio en los libros, el prusiano decidió que quizás el "correr mundo" podría serle de alguna utilidad en su empeño.

Por aquel entonces comenzaba a disminuir la dureza en la aplicación de las restricciones impuestas a los vencidos en la primera conflagración mundial, situación que permitió a Alemania reorganizar y ampliar, en forma moderada y casi imperceptible, su pequeño ejército.

Valiéndose de sus relaciones de amistad con varios de los más destacados dirigentes militares de su país, el futuro coronel solicitó y obtuvo ser reincorporado al servicio activo del ejército, como agregado militar en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Al poco tiempo partía con rumbo al Lejano Oriente.

Por esas mismas fechas, mediados de 1923, tanto Karl como su padre se veían obligados a librar una desesperada batalla por salvar sus importantes empresas de la crisis económica que agobiaba a la nación entera. Una incontenible inflación estaba llevando a la ruina a innumerables negociaciones, sumiendo en la miseria a considerables núcleos de población, sin que las autoridades lograsen controlar la ininterrumpida espiral de precios y salarios.

Abatido por el espectáculo de ver en tan grave peligro su cuantiosa fortuna, el padre de Karl falleció, dejando solo a su hijo en la continuación de aquella lucha.

A pesar de su juventud y de su escasa experiencia, Karl consiguió superar la crisis y salvar la mayor parte de sus bienes, pero la inestabilidad del país continuaba; el gobierno de la República carecía de fuerza y popularidad, mientras el poderío del partido comunista alemán crecía día con día.

Alarmado ante la perspectiva de un triunfo de los rojos, lo que obviamente ocasionaría la pérdida de todas sus riquezas, Karl buscó en el horizonte político la existencia de alguna otra fuerza capaz de hacer frente a los comunistas, encontrando que sólo el partido nacionalsocialista contaba con probabilidades suficientes para salir victorioso en la segura lucha que por la conducción del país se avecinaba.

Unida a su marcada ideología anticomunista, los nazis poseían otra característica que a los ojos de Karl resultaba particularmente atractiva: su fastuosa teatralidad, pues por muy paradójico que pueda parecer, dada su personalidad pragmática y realista, Karl había sentido desde pequeño una especial atracción por el arte escénico, al grado que, de no haber sido un hábil negociante, muy bien hubiera podido llegar a destacarse en las tablas, dadas sus facultades histriónicas.

En esta forma, impulsado en primer término por el temor ante el avance de los comunistas, y en segundo lugar por su deseo de figurar entre el teatral ambiente de los nazis, Karl se afilió al partido nacionalsocialista y comenzó a contribuir con importantes cantidades para su sostenimiento.

Mientras Karl se iniciaba en el extraño ambiente del partido nazi, su aristocrático amigo metido a diplomático permanecería durante cerca de diez años desempeñando diferentes comisiones en el servicio exterior de su país. Durante este período acrecentó considerablemente su experiencia y conocimientos en materia de costumbres, religiones e idiomas de diversos pueblos de la Tierra; no obstante, el objeto central de su existencia —lograr una cabal comprensión de la Historia— continuaba aún tan inalcanzable como al comienzo de sus esfuerzos. Durante esta época fue ascendiendo lentamente, tanto en la jerarquía diplomática como en la militar, en esta última, hasta obtener el grado de mayor; sin embargo, estos ascensos estaban muy lejos de compensarle de la intensa sensación de fracaso que le dominaba.

A poco tiempo de iniciado el año de 1933, los medios informativos del mundo entero difundieron una noticia cuyos alcances casi nadie pudo imaginar en aquel entonces: Adolfo Hitler, máximo líder del partido nacionalsocialista, era el nuevo canciller de Alemania.

Al igual que para un gran número de personas, tanto de dentro como de fuera de Alemania, el cambio de gobierno ocurrido en esta nación fue motivo de sorpresa para el futuro coronel. Hasta aquel entonces, todos los informes y comentarios que le llegaban de su patria —con excepción de los de Karl— habían coincidido en considerar a los nazis como un ridículo conjunto de vociferantes y alocados fanáticos, guiados por un sujeto de figura estafalaria e ideas confusas.

Muy pronto llegó un comunicado a la embajada de Alemania en el Japón, ordenando a varios de los integrantes de esa embajada su inmediato retorno a Berlín. Entre aquellos cuya presencia se requería en la capital alemana, se encontraba nuestro amigo prusiano, quien ignoraba si aquella llamada obedecía sólo al propósito del nuevo gobierno de impartirle instrucciones, o bien, si se proponían notificarle que se prescindía de sus servicios, con objeto de substituirlo por alguien adicto al partido recién entronizado en el poder.

La posibilidad del despido no le inquietaba, ya que por su propia cuenta había tomado la determinación de renunciar al cuerpo diplomático, dejar el servicio activo del ejército y volver a la reserva. Aun cuando no sabía todavía prácticamente nada respecto de los nazis, éstos no le simpatizaban y no deseaba colaborar en un gobierno dirigido por ellos; además, quería contar con mayor libertad para tratar nuevamente de encontrar algún camino que le condujese a la realización de su hasta entonces frustrado propósito de adquisición de auténticos conocimientos acerca del pasado.

Una larga serie de sorpresas esperaban al prusiano al retornar a su país. La primera de ellas la constituía el profundo cambio operado en la faz de la nación a raíz de la implantación del nuevo gobierno. Las transformaciones se observaban por doquier y al parecer eran positivas: las disputas y rencillas partidistas que venía padeciendo Alemania desde finales de la Primera Guerra Mundial habían concluido, el número de desocupados disminuía vertiginosamente; la población colaboraba desinteresadamente en la realización de múltiples obras de beneficio colectivo, y, en general, la nación parecía encontrarse unida y marchar optimista hacia un destino mejor.

Por todo lo anterior, el futuro coronel se llevó su segunda sorpresa al enterarse de que en contra de lo que suponía, su amigo Karl no coincidía con la generalizada corriente de optimismo que caracterizaba a toda la nación.

Como ya hemos mencionado, Karl figuraba desde tiempo atrás en los medios nazis; su amistad con los altos jerarcas del partido y la ayuda económica que venía proporcionando le habían permitido —una vez que el Partido Nazi hubo triunfado— recuperar con creces la inversión realizada, pues bajo la agradecida y complaciente protección del nuevo gobierno, sus múltiples negocios alcanzaron muy pronto un grado de prosperidad nunca soñado. Sin embargo, su aguda perspicacia le había hecho percatarse de que los dirigentes del partido nacionalsocialista perseguían enigmáticos e inconfesables objetivos, que rebasaban con mucho las simples metas puramente políticas con que este organismo se presentaba al exterior.

Alarmado ante el triunfo de aquella extraña fuerza que cada día le producía mayor desconfianza, Karl comenzó a transferir al extranjero una buena parte de su cuantiosa fortuna. Las relaciones de Karl con la banca suiza, provenientes de su matrimonio con una bella y rica helvética perteneciente a una familia dedicada desde hacía siglos a las actividades bancarias, facilitaron el sigilo en la realización de las transferencias de fondos fuera del país, ya que excepto ante personas de su absoluta confianza, como era el caso de su aristocrático amigo prusiano, Karl continuaba manifestando una entusiasta adhesión al partido nazi.

La más importante sorpresa que aguardaba al futuro coronel al retornar a su país, fue saber que Hitler en persona deseaba conocerle, lo cual resultaba un hecho insólito, tomando en consideración que ni como diplomático ni como militar poseía tan alta jerarquía como para esperar que el primer ministro juzgase necesario tratar directamente con él algún asunto.

Intrigado ante este hecho, lo comentó con Karl, quien le informó que en cierta ocasión, al conversar con Hitler poco antes del ascenso de éste al poder, el Führer se había referido a la gran cantidad de mentiras contenidas en las narraciones históricas comúnmente conocidas, así como a la "necesidad de redescubrir la verdadera historia de cada uno de los distintos pueblos de la Tierra". Karl, por su parte, mencionó que su mejor amigo se encontraba desde hacía tiempo tratando precisamente de encontrar un camino seguro para desentrañar el pasado. Al escuchar esto, Hitler manifestó un vivo interés y durante un buen rato interrogó a Karl acerca de la persona de su amigo.

Karl tenía casi olvidada aquella conversación, pues el Führer no volvió nunca a tocar este tema en sus encuentros posteriores; sin embargo, quizás ella encerraba la única posible explicación de aquel súbito interés del caudillo nazi por conocer a un militar de mediana jerarquía, desvinculado por completo de toda actividad política.

Sin haber tomado aún ninguna determinación para el futuro, el cual intuitivamente presentía que dependía en gran parte de aquella entrevista, el prusiano cruzó el umbral del despacho privado de Adolfo Hitler, canciller de Alemania y jefe máximo del partido nacionalsocialista.

2 HITLER MIRA HACIA ORIENTE

Al llegar a esta altura de nuestro relato, considero conveniente ceder la palabra al coronel, y transcribir lo que él asentó en sus memorias sobre aquella entrevista con Hitler:

"El día de hoy he recibido la sorpresa más grande de mi vida. Asistí a la entrevista con Adolfo Hitler tras de haberme propuesto no formarme juicios anticipados respecto a su persona.

"La entrevista no se efectuó a la hora señalada sino casi dos horas después. Me entretuve en observar al personal que labora en su oficina; me pareció gente poseída de un frenético deseo de desempeñar diligentemente su trabajo. Cuando suponía que quizás ya no sería recibido, un ayudante anunció que el Führer me esperaba.

"Al entrar en la habitación, Hitler se encontraba de pie tras una mesa de trabajo, con la atención concentrada en unos papeles, en tal forma que no me era posible ver sus facciones. Continuó en esa misma posición unos segundos e intempestivamente levantó el rostro y su mirada se clavó en la mía.

"Al instante comprendí que me enfrentaba ante 'algo' nuevo y desconocido, 'algo' de naturaleza inexplicable que desbordaba cualquier análisis puramente racional. En un segundo la mirada del Führer recorrió íntegramente mi espíritu, tuve la absoluta seguridad de que no existía ya dentro de mí secreto alguno que él no conociese.

"Yo había escuchado muchos cuentos acerca del poder hipnótico de la mirada de Hitler; ahora comprendo que sin ser falsos son inexactos. Su mirada no hipnotiza en el sentido ordinario que se da a esta palabra, sino más bien produce un extraño sentimiento, consistente en un deseo irresistible, pero consciente, de coincidir con la voluntad del poseedor de tan poderosa mirada. En el breve lapso transcurrido entre el momento en que Hitler clavó su mirada en la mía y aquel otro en que me invitó a sentarme, yo era ya otra persona.

"El Führer comenzó a hablar acerca de los esfuerzos que había yo venido realizando en pos del conocimiento histórico, demostrando estar al tanto de mis antecedentes. A continuación preguntó en tono amable si estaba satisfecho con los resultados obtenidos en mis indagaciones; cuando le respondí que consideraba haber fracasado hasta entonces en mi empeño, asintió con gesto comprensivo y exclamó:

"—Hace tiempo yo era un hombre como usted, sumido en la confusión y convencido de la inutilidad de mis esfuerzos en la búsqueda de la verdad; y es que el conocimiento de ésta resulta siempre difícil de alcanzar; pero usted ha demostrado con su tenacidad que pertenece al grupo de los elegidos, y hoy más que nunca seres así son necesarios; vivimos un momento crucial y definitivo, un auténtico gozne del destino. La mayor contribución para el mundo por llegar la harán los que comprendan plenamente el pasado y por ello puedan crear voluntariamente el futuro.

"Mientras hablaba, una rápida transformación se fue operando en él: exaltados ademanes substituyeron su reposada actitud del principio, su voz adquirió una extraña resonancia, como si proviniese de algún lugar lejano.

"Tras una prolongada pausa me preguntó de improviso:

"— ¿Desearía usted conocer la verdad del pasado y colaborar con nosotros en la creación del mundo futuro?

"No pude menos que apreciar la ironía encerrada en aquella pregunta. ¿Se interroga al limosnero sobre si desea obtener riquezas? Contesté afirmativamente y Hitler exclamó con acento entusiasta:

"— ¡Jamás se arrepentirá de esta decisión, pronto verá usted cumplidas todas sus esperanzas!

"Después expresó en tono confidencial:

"—Ya que va a colaborar con nosotros, voy desde ahora a confiarle algunos secretos en la materia de su interés. Hace miles de años, en una época en que el mundo estaba habitado por una humanidad compuesta de razas decrepitas y decadentes que vegetaban en la molicie, subsistiendo tan sólo de los restos de sus pasadas grandezas, surgió en el centro de Asia una nueva raza: la aria. Esta raza se desarrolló rápidamente y pronto comenzó a tratar de modificar las condiciones de vida de aquella época, pugnando por introducir un espíritu de renovación en el ambiente de decadencia que predominaba en aquel entonces; para ello contaban con increíbles conocimientos acerca del poder de la mente y de la voluntad, pero la humanidad estaba demasiado podrida para apreciar los inmensos beneficios que se hubiesen derivado de la instauración de un gobierno mundial de la raza aria. Sobrevino una gran guerra, enormes regiones del planeta fueron devastadas, las sedes respectivas de los principales poderes en pugna desaparecieron y la barbarie terminó de cubrir la Tierra; sin embargo, la raza aria no sucumbió en su totalidad: subsistieron algunos grupos que más tarde serían el germen de la mayor parte de las culturas superiores que se han producido durante los últimos milenios. Asimismo, aquellos conocimientos acerca del poder de la mente y la voluntad, descubiertos por los primeros arios, no se perdieron del todo; para lograr su perpetuación fueron incorporados a una religión secreta como la parte más misteriosa de ésta, con la consigna de que solamente se trasmitiesen a individuos realmente dignos de poseer tan elevados poderes.

"Hitler hizo una pausa para tomar aliento; se veía poseído de una intensa emoción que hacía vibrar cada una de sus palabras; resultaba imposible no sentirse atraído por su contagioso entusiasmo. Con voz que revelaba una profunda y amarga tristeza prosiguió:

"—A principios del siglo XIV, Europa desperdició la más grandiosa de las oportunidades. Desde varios siglos atrás, y como resultado de la inyección de sangre aria que permitió superar la decadencia que sobrevino en este continente en los últimos tiempos del Imperio Romano, sus habitantes marchaban con paso joven y firme tratando de forjar un nuevo destino. Las Cruzadas pusieron en contacto a Oriente y Occidente, y los guardianes de la verdad, o sea de los conocimientos para lograr una mente y voluntad superiores, juzgaron llegado el momento de hacer entrega, a un grupo selecto de europeos, de estos invaluable conocimientos.

"La faz del Führer estaba contraída por un rictus de amargura tan intenso que parecía provenir de un dolor físico.

"— ¡Cómo entristece el imaginar lo que habría sido posible alcanzar desde entonces! ¿Cuál sería el actual estado de cosas si todo hubiese sido como debió ser? ¡Pero no! La peste judía se percató de inmediato del peligro que se cernía sobre su existencia; en el mundo superior que se avecinaba, no existiría lugar alguno para parásitos de su calaña; de inmediato movilizó al máximo todos sus recursos: la intriga, el dinero, la calumnia. El resto de la historia es de sobra conocido: los pocos europeos que comenzaban a despertar a la verdad fueron quemados vivos en la hoguera. ¡Pero esta vez no sucederá así! Hoy como entonces la raza aria está produciendo un resurgimiento de Europa, y nuevamente el destino nos está brindando la misma maravillosa oportunidad. ¡El contacto con los guardianes de la verdad ha sido restablecido! ¿Usted anhela recorrer el velo del pasado? Le ofrezco mucho más que eso: la oportunidad de adquirir esos conocimientos a través de la enseñanza directa de los guardianes de la verdad. . . ¡y formar después parte del grupo que construirá y guiará al nuevo mundo!

"Hitler guardó silencio; al hacerlo, disminuyó la electrizante tensión del ambiente que tan rápidamente parecía constituirse en su derredor en cuanto hablaba. Su relato, formulado sin ninguna base comprobable, sonaba como una simple fantasía; sin embargo, únicamente pude razonar lo suficiente para preguntarle quiénes eran esos "guardianes de la verdad" a los que aludía.

"Al escuchar la pregunta, una expresión enigmática se reflejó en el rostro del Führer, quien a su vez me interrogó acerca de lo que sabía yo sobre la religión Bon.

"Respondí que no sabía al respecto sino la información comúnmente conocida: se trataba de una antiquísima y casi desaparecida religión, cuyos monasterios estaban enclavados en las regiones más inaccesibles del Tibet.

"Hitler sonrió y expresó con sarcasmo:

"¡Ah, la 'cultura' Europa, muy pronto comprenderá que apenas va a iniciar su aprendizaje! Le revelaré un secreto sólo conocido por unas cuantas personas: todos los conocimientos importantes desarrollados por los primeros arios, tendientes a lograr una mente y voluntad superiores, han sido celosamente guardados por los sacerdotes de la alta jerarquía de la religión Bon. Fueron ellos los que en el siglo XIV establecieron contacto con algunos europeos que se encontraban en Asia, y con ellos aprendieron las dos personas a quienes debo la mayor parte de mis conocimientos.

"La última afirmación de Hitler me sorprendió. Según sabía, en esos monasterios estaba terminantemente prohibida la entrada de extranjeros; se lo dije, pero él repuso en seguida:

"—Esa prohibición es relativa; a finales del siglo pasado se estableció un centro Bon en el Japón, que tenía por objeto proporcionar información a los dirigentes de esta religión acerca del cambiante mundo moderno; este centro, creado exclusivamente para japoneses, admitió posteriormente a tres europeos, dos de los cuales aún viven y están con nosotros. Hace algunos años, por rivalidades del clero shintoísta, que como usted sabe goza de la protección oficial del Gobierno japonés, el centro Bon de ese país fue clausurado; sin embargo, el contacto entre los dirigentes Bon y los europeos iniciados en esta religión ha perdurado. Gracias a ello ha sido posible el ingreso de un reducido número de alemanes; y de ingleses en los monasterios Bon del Tibet.

"Mi interés por aquella extraña historia iba en aumento; resultaba inaudito escuchar al primer ministro de una nación europea hablar con tanto conocimiento de tan extrañas cuestiones. Le pregunté cuál era el procedimiento seguido para lograr introducir europeos en los monasterios Bon del centro de Asia.

"—Es algo que está resultando bastante complicado —respondió Hitler con aire molesto—. Los aspirantes se ven obligados a ingresar primero a determinados monasterios de budismo zen en el Japón, en los cuales el ingreso está permitido a hombres de todas las razas e incluso de todas las creencias; algunos de los monjes que habitan en esos monasterios son falsos budistas; en realidad practican secretamente las creencias Bon, pero han tenido que ocultarse bajo esa máscara a raíz de la persecución del Gobierno Japonés a esta religión. Estos monjes observan a los aspirantes alemanes que ingresan a los monasterios zen; transcurrido un tiempo les comunican si han sido rechazados o aceptados para ser iniciados en el Bon. Los que son aceptados reciben la ayuda necesaria para llegar hasta los centros Bon del Tibet, los rechazados retornan a Europa.

"Al preguntar a Hitler cuál era la finalidad que se perseguía con todo aquello, el Führer respondió con tono enigmático:

"—El objetivo final es lograr que la humanidad entera tome por el rumbo que debió haber iniciado desde la lejana época en que advino la raza aria. Esta es la labor histórica que tocará en suerte cumplir a la Alemania de hoy, depositaria del tesoro más valioso de la Tierra: la sangre aria. Pero para alcanzar tan magnífico fin es preciso integrar primero un auténtico 'centro magneticomental'.

"El Führer debió observar mi expresión de asombro ante aquella incomprensible expresión, pues esbozó una amplia sonrisa a la vez que afirmaba:

"—Un 'centro magneticomental' es algo grandioso. La mal llamada civilización de nuestros días ya no guarda la menor memoria acerca de ello. Se trata de la unión de cierta clase de energía mental de un grupo de privilegiados, que bajo determinadas condiciones logran encauzar esta energía con miras a cumplir los fines trazados por las 'voluntades superiores'. Todo esto requiere de conocimientos que actualmente sólo pueden adquirirse en los centros Bon del Tibet.

"En vista de que, instantes antes, Hitler había mencionado a dos personas que habiendo estudiado en aquellos monasterios se encontraban ahora en Alemania, me permití preguntar acerca de la necesidad de ir hasta el Tibet a obtener unas enseñanzas que estas personas ya poseían y que por tanto podían transmitir a su vez, pero el Führer replicó con sorna:

"—Eso no es posible; no se trata de aprender matemáticas o mecánica, sino de desarrollar facultades dormidas en el hombre durante miles de años y esto requiere una labor de conjunto; estamos lejos de contar con el mínimo de personas necesario para hacer ciertas prácticas. Claro está que cuando esto suceda, cuando poseamos nuestro propio 'centro magnético mental', ya no tendremos que pasar tantos trabajos para capacitar a los futuros dirigentes de la nueva sociedad.

"Imaginé que la entrevista se acercaba a su fin, pues las siguientes palabras de Hitler planteaban ya una proposición concreta:

"—Hasta la fecha han sido muy pocos los alemanes que han obtenido la indispensable aprobación en el Japón para dirigirse al Tibet, pero el próximo mes partirá un nuevo grupo en el cual tengo grandes esperanzas. Desearía se incorporara a ese grupo. Usted reúne las condiciones necesarias para pasar las pruebas e ingresar después en un centro Bon del Tibet.

"Sin saber por qué, en lo más profundo de mi conciencia surgió una inesperada resistencia hacia aquel ofrecimiento; presentí que algo extrañamente anormal se escondía tras de todo aquello, recordé las cautelosas prevenciones de Karl y estuve a punto de rechazar la propuesta.

"Hitler pareció captar mi indecisión y de inmediato se lanzó a la carga; su fulgurante mirada adquirió de nuevo un insoportable poder de penetración; en un instante pareció localizar el foco de resistencia a sus propósitos y ahogarlo de un certero golpe.

"— ¿Desea usted continuar vagando inútilmente en pos de ilusiones? ¡Le estoy ofreciendo la oportunidad de introducirse con paso seguro en los misterios del pasado!

"Acepté sin estar del todo cierto de haber tomado una adecuada resolución.

"Una expresión de agrado invadió el rostro del Führer al conocer mi respuesta. Poniéndose de pie exclamó entusiasta:

"—Lo felicito... coronel de las guardias de asalto.

"Comprendí que acababa de ser ascendido al grado de coronel y transferido a las S.S."

3 ORIENTE MIRA HACIA OCCIDENTE

Unas cuantas semanas después de la entrevista transcrita, nuestro amigo, ahora sí ya con el grado de coronel, navegaba rumbo al Japón en unión de sus recién conocidos compañeros de misión; se trataba de seis individuos provenientes de diferentes estratos de la clase media, poseedores todos ellos de una férrea voluntad así como de una obsesiva determinación de lograr, a cualquier costo, el desarrollo de las misteriosas facultades a las que Hitler atribuía tanta importancia.

Al llegar a Japón el grupo se dispersó y cada uno de sus componentes ingresó en diferentes monasterios de budismo zen. Los trámites relacionados con la entrada en dichos monasterios habían sido efectuados de antemano por un enigmático nipón, que por órdenes directas de Hitler y con la aprobación de una alta personalidad del Gobierno japonés de aquel entonces, dirigía y coordinaba una parte importante de esta primera fase de la operación, consistente en introducir alemanes en los monasterios de budismo zen japoneses, con el propósito de que algunos monjes de esos monasterios —que en secreto profesaban la religión Bon— estuviesen en posibilidad de observarlos y determinar si serían admitidos posteriormente como discípulos en los monasterios de esta religión, existentes únicamente en algunos lugares del Tibet.

Al parecer, los demás monjes de los monasterios japoneses, incluyendo a los directivos de los mismos, desconocían por completo la verdadera finalidad perseguida por los alemanes, por lo que es de suponer que debe haberles llamado particularmente la atención el súbito interés manifestado entre ciudadanos alemanes por ingresar en sus monasterios. Sin embargo, tanto porque una de las principales características de la filosofía zen es su espíritu liberal, que le lleva incluso a no reparar en las diferencias de índole religiosa, como por la circunstancia de que existían presiones en favor de dichos ingresos provenientes por lo menos de una personalidad de gran influencia en los círculos gubernamentales, el hecho es que todos los aspirantes alemanes eran admitidos en los diversos monasterios japoneses de budismo zen, sin mediar para ello trámites excepcionalmente difíciles.

Al poco tiempo de haber ingresado en el monasterio al que fue asignado, el coronel comenzó a ver disipados sus temores iniciales de no llegar a adaptarse a una forma de vida tan diametralmente opuesta a la que estaba acostumbrado. El contacto directo con la elevada espiritualidad del pensamiento zen produjo en él un creciente respeto y admiración hacia esta filosofía; asimismo, sus escrúpulos de conciencia crecían día con día, al considerar que formaba parte de una farsa que se representaba ante los ocupantes de aquel

monasterio, con propósitos que le eran aún del todo desconocidos, pero que presentía entrañaban finalidades no sólo diferentes sino incluso opuestas a las de la filosofía zen.

Por su parte, los monjes del monasterio comenzaron muy pronto a sentir una creciente estimación hacia aquel extranjero, cuya presencia entre ellos no podía dejar de causarles cierta extrañeza. El carácter particularmente amable y bondadoso del coronel, su elegante dominio del idioma japonés y su genuino interés por todo lo relacionado con la historia y el pensamiento de Oriente, terminaron por granjearle el aprecio y la simpatía de los directivos del monasterio y de sus compañeros de reclusión.

El tiempo transcurría y el coronel no recibía ninguna señal que le indicase si se había tomado ya alguna determinación respecto a su posible traslado al Tibet. A veces se preguntaba intrigado quién o quiénes de los diferentes monjes de entre aquellos que veía a diario estarían a cargo de observarlo, así como de los elementos de juicio que utilizarían para valorar su actuación.

Todas estas preguntas habrían de quedar sin respuesta, a causa de un inesperado acontecimiento que vino a introducir un nuevo elemento en aquel singular intríngulis germanoasiático.

Faltando poco más de un mes para cumplir un año de permanencia en aquel monasterio, el coronel fue avisado de que el monje superior deseaba hablar con él. Al acudir a la entrevista, nuestro amigo se encontró con que el monje japonés estaba acompañado de otra persona que al instante llamó poderosamente su atención; se trataba de un lama tibetano, ataviado con los característicos ropajes amarillos usados por un gran número de adeptos del budismo lamaísta, la religión de la casi totalidad de los habitantes del Tibet.

El inesperado visitante portaba varias insignias que denotaban su alto rango religioso, las cuales resultaban del todo innecesarias, pues la dignidad que emanaba de toda su persona infundía respeto de inmediato y hacía adivinar que se trataba de alguien acostumbrado a la responsabilidad de ejercer una alta autoridad.

La edad del lama tibetano fluctuaría alrededor de los cincuenta años, si bien resultaba bastante difícil de determinar, pues al contrario de la serena inmutabilidad característica de la mayor parte de los altos dignatarios religiosos de Oriente, que dan la impresión de no prestar ya ninguna atención a los problemas de este mundo, todo en él revelaba una inquietud casi juvenil; sus movimientos y ademanes eran no sólo ágiles sino incluso bruscos, y desentonaban con su aristocrática y elegante figura en la cual destacaba una mirada inteligente y bondadosa, animada por el brillo de una chispa de ingeniosa malicia. La impresión inicial ante tan desconcertante personaje, era que se trataba de un individuo poseedor de las más disímiles y contradictorias características.

Como es de suponer, el coronel no podía menos que sentirse intrigado ante aquella inesperada aparición; estaba a punto de concluir un año de permanencia en aquel monasterio japonés, aguardando alguna señal proveniente de los adeptos de la religión Bon, y en lugar de ello se encontraba ahora ante un alto dignatario del lamaísmo, religión oficial del Tibet. Una vez hechas las presentaciones con todo el protocolo de rigor, el monje superior del monasterio zen informó al coronel que aquel lama venía desde el Tibet con el único propósito de hablar con él. Después de esto se marchó de la habitación dejándolos solos.

El creciente asombro del coronel aumentó considerablemente cuando el lama —que hasta entonces se había venido expresando en japonés, seguramente por deferencia al monje superior del monasterio— en cuanto quedó a solas con el germano comenzó a dirigirse a éste en perfecto alemán; pero lo que hizo subir al máximo la sorpresa de nuestro amigo, fue el hecho de que sin mayores rodeos el lama le comunicó que sabía perfectamente cuál era la verdadera finalidad de su estancia en aquel monasterio: la de lograr ser admitido en un centro Bon del Tibet.

Al parecer aquel lama singular —que a veces tenía la apariencia de un asceta e instantes después semejaba a un avezado hombre de acción— poseía muy poca de la famosa doblez oriental, pues ante las preguntas del coronel, quien no podía explicarse cómo un dignatario del budismo lamaísta podía estar al tanto de un secreto sólo conocido por altos dirigentes del Bon y del nazismo, replicó lisa y llanamente que si poseía aquella información, ello se debía a que el Gobierno tibetano —del cual él formaba parte— tenía apostados espías dentro de los centros Bon.

A continuación el lama preguntó al coronel acerca de cuáles eran los motivos personales que le llevaban a tratar de realizar una empresa tan difícil, como lo era la de pretender ingresar a un centro Bon del Tibet.

Desarmado por la sinceridad del lama, el coronel confesó a su vez abiertamente los propósitos que le animaban, o sea la adquisición de un auténtico conocimiento del pasado; asimismo, relató brevemente a su interlocutor todo lo relativo a su entrevista con Adolfo Hitler, incluyendo las aseveraciones de éste respecto a los conocimientos que para el desarrollo de desconocidos poderes poseían los miembros de la religión Bon.

Al escuchar lo anterior, el rostro del lama reflejó una viva expresión de repulsión. En frases cortas y precisas, el lama expuso su opinión acerca de la religión Bon.

Los poderes a cuya conquista conducían las prácticas utilizadas por los seguidores del Bon —expuso el lama con firme acento— no provenían de un desarrollo armónico de las mejores y más elevadas cualidades

del alma humana, sino que, por el contrario, tendían a incrementar tenebrosas facultades que yacían en lo más oscuro de la conciencia, adormecidas por largos períodos de evolución de la especie humana. Su adquisición no constituía un progreso, sino una regresión.

Tras de escuchar aquel encendido anatema de la religión Bon —de la que tan elogiosamente se expresara Hitler—, el coronel decidió llegado el momento de averiguar, a su vez, la finalidad perseguida por el lama con aquella entrevista, pues resultaba ilógico suponer que un alto dignatario de la teocracia tibetana hubiese emprendido el largo y difícil viaje desde su país hasta el Japón, con el único propósito de advertir a un desconocido alemán acerca de los peligros que implicaba el ingresar en un monasterio Bon.

La respuesta del lama fue una larga exposición que contenía no sólo la narración de una gran parte de su propia vida, sino también interesantes cuestiones sobre recientes acontecimientos de la historia de su nación. Tomando en consideración que en el relato del lama se revelan ciertos acontecimientos hasta ahora prácticamente desconocidos en Occidente, acerca de los esfuerzos realizados por el Tibet para romper su tradicional aislamiento e ingresar al concierto organizado de naciones, a continuación expondremos muy someramente lo esencial de la narración del lama.

Tras de afirmar un hecho comúnmente conocido, el de que gracias a su casi inaccesible situación geográfica, el Tibet se mantenía desde hacía siglos apartado del resto del mundo y cerrado a toda influencia extranjera, el lama refirió al coronel que el XIII Dalai Lama, al subir al gobierno de su país, se había percatado de los peligros que se cernían sobre la nación a causa de la ambición de las principales potencias asiáticas: Rusia, China y Japón, veían la gran meseta tibetana como un inmenso "vacío de poder", situado en la zona estratégica más importante del Continente, presto a ser llenado por el invasor que lograra adquirir primero la codiciada presa, protegida sólo por sus hasta entonces infranqueables murallas de montañas.

El XIII Dalai Lama, gobernante inteligente y progresista, concluyó con certera visión que para garantizar en lo futuro la independencia del Tibet se precisaba terminar cuanto antes con el aislamiento que caracterizaba a la nación, e iniciar toda clase de vínculos amistosos con los países extranjeros, incluyendo la formulación de tratados diplomáticos con las principales potencias, con miras a neutralizar sus ambiciones respecto del Tibet, mediante el reconocimiento mundial de la autonomía e independencia de esta nación.

La realización del anterior propósito no resultaba fácil, pues iba en contra de la más arraigada tradición tibetana: la de mantener al país alejado de cualquier contacto con el resto del mundo.

Venciendo la enconada resistencia de la mayoría de los integrantes de la Asamblea Nacional, el XIII Dalai Lama logró se aprobase un proyecto según el cual siete lamas tibetanos serían enviados a estudiar al extranjero. Una vez que estos lamas retornasen al Tibet —tras de haber reunido la mayor información posible sobre el mundo exterior— deberían fundar un centro especial de enseñanza donde se pudiese transmitir aquella información a un número relativamente elevado de personas. Esta enseñanza abarcaría desde el conocimiento de algunos idiomas extranjeros hasta la historia, costumbres y régimen legal de determinadas naciones; las personas así preparadas serían enviadas a diversos países, con la misión de establecer relaciones diplomáticas, comerciales y culturales, creando así el Servicio Exterior Tibetano.

Una vez seleccionados siete lamas para esta labor, éstos marcharon por distintos rumbos. Dos de ellos se encaminaron a China y dos al Japón; los tres restantes, tras una corta permanencia en la India, donde trabaron un primer e indirecto contacto con la civilización europea, se dirigieron a diferentes países de este continente: uno a Inglaterra, otro a Rusia,⁴ y el último —que era nada menos que el lama ante el cual se encontraba el coronel— a Alemania.

Durante su prolongada estancia en el extranjero, los lamas tuvieron oportunidad de recorrer numerosos países aprendiendo su historia, idioma y costumbres, así como de cumplir el principal propósito de su viaje: obtener el mayor número posible de conocimientos respecto de la forma y los procedimientos que se estilan entre las naciones para el mantenimiento de relaciones diplomáticas.

Concluida su misión, los lamas emprendieron el camino de regreso al Tibet; al llegar a éste, fundaron de inmediato una escuela con objeto de capacitar personal para las funciones diplomáticas que, según esperaban, muy pronto habrían de iniciarse.

El proyecto de establecimiento de relaciones exteriores, que tan lenta y penosamente iba cobrando realidad, se vino inesperadamente a tierra. Al poco tiempo de haber comenzado a funcionar la escuela mencionada, el XIII Dalai Lama, alma y sostén del proyecto, murió en medio del sentimiento de sus súbditos.

⁴ Este lama ingresó a la Universidad de Leningrado, donde permaneció cerca de tres años; repentinamente, a finales de 1929, dejó de comunicarse con los demás componentes del grupo. Las gestiones de sus compañeros para indagar su paradero no fueron contestadas nunca por las autoridades soviéticas. Si tomamos en cuenta que era la época de la dictadura stalinista, no podemos menos que guardar serios temores por la suerte del desaparecido lama.

La Asamblea Nacional tibetana se avocó de inmediato a resolver los más urgentes problemas del país. Primeramente nombró un regente que tendría a su cargo la dirección del gobierno; en segundo lugar tomó las disposiciones necesarias para iniciar la búsqueda del niño en el cual —de acuerdo con las creencias imperantes en el Tibet— debía de haber reencarnado el Dalai Lama; por último, procedió a estudiar la conveniencia de continuar con el proyecto de establecer relaciones con países extranjeros.

La gran mayoría de los componentes de la Asamblea eran decididos opositores de aquel proyecto, pues consideraban que la mejor política era continuar manteniendo a la nación apartada del resto del mundo; sin embargo, no deseando contradecir abiertamente la voluntad del recién fallecido gobernante, los lamas se abstuvieron de formular un veto definitivo al proyecto, contentándose con transformarlo radicalmente, ya que

acordaron supeditar el inicio de relaciones exteriores no sólo a la capacitación del personal tibetano que tendría a su cargo esas funciones, sino también a la existencia de extranjeros, a tal grado conocedores de la mentalidad tibetana, que su presencia dentro del país no acarrease la menor alteración de las tradicionales formas de vida de sus habitantes.

Para llevar al cabo tan complicada misión —la de capacitar extranjeros en el conocimiento de la mentalidad y costumbres de los tibetanos— se autorizó al lama que tenía a su cargo la escuela donde se estaban formando los futuros diplomáticos, a dirigirse al exterior, con el propósito de seleccionar un pequeño grupo de extranjeros dispuestos a permanecer varios años en el Tibet, aprendiendo todo lo relativo a la idiosincrasia imperante en este país.⁵

Al planear la forma de llevar a la práctica el complicado plan aprobado por la Asamblea Nacional, el lama a cuyo cargo se encontraba el proyecto de establecimiento de relaciones exteriores prestó particular atención a las actividades que venía realizando la secta Bon —consistentes en introducir secretamente europeos a sus monasterios— pues éstas eran en cierta forma similares a las planeadas por los lamaístas.

A través de los espías del gobierno tibetano existentes dentro de esta secta, el lama pudo obtener una información completa respecto de los extranjeros que se encontraban aguardando en el Japón la autorización para su posterior traslado al centro de Asia; de entre estos últimos, uno de ellos atrajo su interés, por tratarse de un individuo con antecedentes dentro del servicio diplomático. En esta forma, el lama incluyó el nombre de aquella persona —que obviamente no era otra sino el coronel— dentro de la lista de posibles candidatos que pensaba invitar personalmente para que se trasladasen a estudiar al Tibet.

Aprovechando las relaciones y contactos establecidos tanto por él como por el resto de sus compañeros durante su anterior estancia en el extranjero, el lama se dirigió primero a la India,⁶ donde se entrevistó con el Mahatma Gandhi, así como con otros importantes dirigentes del movimiento de independencia hindú, consiguiendo un primer voluntario para el proyecto motivo de su viaje; después se dirigió a China, donde obtuvo nuevas adhesiones: dos intelectuales con valiosa experiencia en el servicio diplomático de su país.

Al arribar a Japón, siguiente etapa de su recorrido, el lama buscó de inmediato conocer al coronel para transmitirle su proposición, ocurriendo así la entrevista que acabamos de narrar brevemente.

Mientras el lama exponía todo lo anterior, el coronel no dejó de observarlo atentamente, intuyendo —como ocurrió— que su interlocutor concluiría invitándolo a dirigirse al Tibet.

Como el lama era la segunda persona que en menos de un año le formulaba un ofrecimiento semejante, el coronel no pudo menos que comparar los procedimientos utilizados en ambos casos. A su memoria vino el recuerdo de la entrevista con Hitler y de la forma en que la extraña y poderosa voluntad del Führer había anonadado su personalidad. Muy diferente era la forma de proceder del tibetano: actuando con una franqueza casi increíble, el lama había ido enumerando uno a uno todos los antecedentes que constituían la causa motivadora de aquella entrevista, sin que a lo largo de ésta se produjese en ningún momento en el ánimo del coronel la impresión de estar siendo objeto de una fuerza superior; por el contrario, la siempre afable actitud del lama parecía estimular en el coronel una manifestación sincera y espontánea de sus propias convicciones. Una vez que el lama hubo concluido su exposición, añadió que en el supuesto de que el coronel aceptase colaborar en aquella empresa, podría tratar de ayudarlo en su búsqueda del verdadero conocimiento histórico, puesto que él también era una persona profundamente interesada en todo lo concerniente al pasado.

⁵ De acuerdo con este proyecto, el gobierno tibetano sólo autorizaría el establecimiento de relaciones exteriores con aquellas naciones que aceptasen designar como -embajadores precisamente a las personas que hubiesen previamente estudiado en el Tibet.

⁶ Aun cuando en aquel entonces la India formaba parte del Imperio Colonial Británico, resultaba evidente para cualquier buen observador, que ya no podía estar muy distante el día en que este país conquistaría su independencia, razón por la cual el lama juzgó conveniente iniciar la labor de crear vínculos directos entre ambos países.

Conquistado por la franca y agradable personalidad del lama, el coronel le explicó cuál era su situación, pues si bien en lo personal estaba dispuesto a aceptar de inmediato su propuesta, en realidad no podía decidir libremente; de acuerdo con las órdenes recibidas, debía esperar hasta que los ocultos representantes del Bon le comunicasen su decisión de admisión o rechazo, y aun en este último caso, tendría que recabar la necesaria autorización de su gobierno antes de aceptar aquella proposición.

El lama se despidió del coronel, no sin antes comunicarle que a su regreso de Europa, a donde se dirigía en busca de candidatos para su misión, pasaría nuevamente por el Japón a conocer su decisión final.

A las pocas semanas de su entrevista con el lama, el coronel encontró sobre su lecho un sobre lacrado; al abrirlo leyó una breve frase escrita en alemán, por medio de la cual se le comunicaba la negativa a su solicitud de ser admitido en un monasterio Bon del Tibet. Esta noticia, que en otras circunstancias hubiera constituido una considerable contrariedad, produjo en el coronel una gran alegría, ya que en esta forma se eliminaba un primer escollo para aceptar la propuesta del lama.

Mediante un mensaje en clave enviado a través de la embajada alemana en el Japón, el coronel informó directamente a Hitler de la negativa de los adeptos Bon a admitirlo, así como de la propuesta del lama, solicitando permiso para aceptarla. Después de esto esperó ansioso la contestación del Führer, con serios temores de recibir una negativa como respuesta; comenzaba a percatarse de que tanto la religión Bon como el nazismo encerraban designios misteriosos de los que nada bueno podía esperarse. Contrariando sus temores, la respuesta de Hitler —recibida igualmente en clave a través de la embajada— fue aceptando su traslado al Tibet.

Así, pues, en cuanto el lama retornó de Europa, acompañado ya de algunas personas, el coronel se unió a aquel grupo singular, y tras de marchar primero a China y luego a la India —donde les aguardaban los demás integrantes del grupo— emprendió el camino hacia el país de las nieves eternas.

4 ORIENTE Y OCCIDENTE DIALOGAN

Los años que el coronel permaneció en el Tibet constituyeron una aventura fascinante, plena de las más variadas sorpresas. Durante su estancia en aquella desconocida región del centro de Asia, fue desplegándose ante su asombrado espíritu un mundo maravilloso configurado por tradiciones milenarias y ancestrales costumbres de intrincado significado. Asimismo, pudo percatarse de algunas de las contradicciones características del Tibet. El fanatismo supersticioso e intransigente, así como la más absoluta ignorancia que pueda ser imaginada, predominaban entre una gran parte de la población, incluyendo a un considerable número de representantes de la Iglesia lamaísta; pero, en igual forma, en aquel ambiente florecía por doquier el más puro ascetismo, así como las más elevadas manifestaciones de la sabiduría, ya que muchos de los lamas no sólo eran espíritus profundamente religiosos, sino también verdaderos sabios en el más completo sentido de la palabra.

Aun cuando la mayor parte de los lamas que integraban el magisterio del monasterio-escuela donde se alojaban el coronel y sus demás compañeros, constituían ejemplos admirables de sabiduría, de entre ellos se destacaba el dirigente de aquel centro de estudios, o sea el dignatario tibetano a quien hemos venido denominando "el lama".

La causa principal de la singularidad del lama no provenía de su admirable y despierta inteligencia, ni tampoco de la vastedad increíble de sus conocimientos, sino de la síntesis perfecta del espíritu de Oriente y Occidente encarnada en lo más profundo de su ser, que hacía de él una persona dotada al mismo tiempo de algunas de las cualidades que caracterizan a ambos mundos. Así, por ejemplo, la tenacidad indomable de su carácter era netamente oriental, mientras que su insaciable curiosidad —que le llevaba a interesarse por los problemas sociales y políticos del mundo entero— poseía un sello genuinamente occidental.

Aquella extraña amalgama de características orientales y occidentales producía en un principio la impresión de encontrarse ante una personalidad dividida, dominada por insalvables contradicciones. Hemos comentado ya cómo en su primera entrevista el coronel recibió una impresión de esta índole; sin embargo, al poco tiempo de tratar con el lama, el prusiano se convenció de que esta contradicción era tan sólo aparente, pues en virtud de un inexplicable equilibrio interno, el lama poseía una personalidad perfectamente estable y congruente.

La actitud siempre cordial y amable del lama para con el coronel y sus demás compañeros de aventura, le permitió obtener rápidamente el sincero afecto y la entusiasta colaboración de todos los componentes de aquel grupo, integrado, además del prusiano, por dos chinos, un hindú, un japonés, un inglés y un polaco. En esta forma, desde un principio resultó relativamente fácil dar comienzo a la tarea de ir capacitando a aquellos individuos en el conocimiento de la compleja realidad tibetana.

A pesar de la heterogeneidad del grupo, formado por representantes de muy distintas razas y nacionalidades, existían entre ellos importantes puntos de contactos. En primer término, se trataba de personas dotadas de una despierta inteligencia y de un espíritu amplio y libre de prejuicios, dominados por el afán de ampliar ininterrumpidamente sus conocimientos. En segundo lugar, todos ellos poseían experiencia en materia diplomática, lo que unido a las cualidades primeramente mencionadas, les capacitaba como candidatos idóneos para prestar valiosos servicios en la realización del proyecto tendiente a romper el tradicional aislamiento del país de los lamas.

Aun cuando en muy modesta medida, la labor de acercamiento del Tibet al resto del mundo dio comienzo en cuanto el coronel y sus demás compañeros aprendieron el idioma del país. Hasta antes de ese momento únicamente podían comunicarse directamente con los seis lamas que habían estudiado en el extranjero; pero a partir de entonces comenzaron a poder conversar indistintamente con cualquier persona.

Atraídos por la curiosidad y por el deseo de conocer extranjeros, a los que muchos tibetanos consideraban seres infernales, o bien como infelices representantes de un mundo sumido en la ignorancia y la degradación más absolutas, un número cada vez más elevado de personas comenzó a visitar al monasterio-escuela donde se encontraban el coronel y sus amigos.

Conforme el tiempo transcurría, la categoría de los visitantes fue ascendiendo, al grado de que pronto dejó de ser un hecho inusitado la visita de lamas pertenecientes a la Asamblea Nacional, organismo intransigentemente conservador y principal sostenedor del criterio según el cual lo mejor para el Tibet era continuar aislado del resto del mundo.

En forma lenta pero segura, y a base tan sólo de su inteligencia y buena voluntad, aquel pequeño grupo de desconocidos logró captarse la confianza y simpatía de los tibetanos, los cuales comenzaron a percatarse de los inmensos beneficios que para el país podrían derivarse del establecimiento de relaciones con el exterior. Fue así como en aquel apartado rincón del planeta se inició un diálogo entre Oriente y Occidente que prometía rendir magníficos frutos.

Además de las enseñanzas tendientes a lograr una comprensión cada vez mayor del país de las nieves eternas y de sus habitantes, el coronel recibía del lama valiosos conocimientos respecto de la materia de su particular interés: la Historia.

La incomprensible maraña de acontecimientos ocurridos en el pasado, comenzó por vez primera a mostrarse ante la atenta mirada del germano como una coherente hilación de sucesos que se explican uno a otro. Ninguna de las acciones del hombre era fortuita ni quedaba fuera del proceso de desarrollo que abarca a la humanidad entera; todo comenzaba a esclarecerse y a ocupar su justo lugar dentro de aquella admirable concepción de la Historia. A pesar del intenso esfuerzo que representaba el añadir este aprendizaje a los estudios efectuados con el resto del grupo, el coronel realizaba gustoso el sacrificio en virtud del cual veía, por fin, satisfecho su viejo anhelo de obtener un auténtico conocimiento del pasado.

Intempestivamente, el lama informó a sus discípulos que se daba por concluido el período de aprendizaje y que, en cuanto se les entregase el mensaje que las autoridades tibetanas proyectaban dirigir a cada uno de los gobiernos de sus respectivos países —conteniendo una invitación para el inicio de relaciones—, podrían retornar de inmediato a sus lugares de origen.

La noticia de la súbita interrupción de aquel fructífero período de estudios, causó una gran extrañeza a los integrantes del grupo, pues según lo afirmado hasta entonces por el lama, su estancia en el Tibet abarcaría un lapso de siete años, de los que sólo habían transcurrido cinco.

Los motivos de aquella precipitación —explicó el lama— obedecían a que cada día era más probable el pronto estallido de una conflagración mundial, razón por la cual resultaba imprescindible que el Tibet lograra el reconocimiento internacional de su soberanía antes de que este conflicto se produjera, ya que en el supuesto de que se iniciara una guerra mundial, muy bien podía darse el caso de que aprovechando el revuelo general, algún Estado poderoso invadiese y se anexionase toda la nación, alegando que aquella extensión geográfica era simplemente "tierra de nadie". La determinación de tratar de acelerar el inicio de relaciones exteriores, fue tomada tras una prolongada deliberación de la Asamblea Nacional, durante la cual el lama y los demás miembros partidarios de esta idea vencieron por estrecho margen a los que pugnaban por perpetuar el aislamiento del país.

Pocos días después llegaron al monasterio los pliegos oficiales por los que el gobierno tibetano se dirigía a varios Estados proponiéndoles el inicio de relaciones, con la condición de que se comprometieran a designar como embajadores, precisamente a aquellas personas que portaban esta oferta.

El tratar de llevar a feliz término aquella misión, entrañaba para todos los integrantes del grupo serias dificultades. No sólo el procedimiento adoptado por las autoridades tibetanas iba en contra de los usos y costumbres comúnmente aceptados en materia diplomática, sino que, además, el momento escogido para ello resultaba el menos propicio. El mundo parecía encaminarse en línea recta hacia una segunda guerra mundial,

y lo que pudiera ocurrirle al Tibet era algo que tenía muy sin cuidado a la mayor parte de las naciones, con excepción de aquellas que desde tiempo atrás acariciaban la idea de anexarse tan estratégico territorio.

Por lo que respecta al coronel, la labor que se le encomendaba resultaba incluso más difícil de cumplir que en el resto de los casos. La manifiesta simpatía de Adolfo Hitler, máximo dirigente del Estado alemán, no estaba dirigida al budismo lamaísta, sino hacia los restos de aquellos que en un antiquísimo pasado gobernaron al Tibet hasta ser desplazados por los budistas, los misteriosos y casi desaparecidos Bon, verdadera reliquia prehistórica, cuyas extrañas enseñanzas deseaba Hitler revivir en pleno corazón de Europa. Venciendo sus pesimistas presentimientos y dispuesto a realizar todo aquello que fuera humanamente posible tanto para ayudar al Tibet a romper su aislamiento, como para impedir que Alemania continuase adelante en la realización del absurdo propósito de revivir el Bon, el coronel inició el camino de regreso a su patria.

Para su viaje de retorno el coronel utilizó la misma ruta seguida al entrar en el Tibet: atravesando los Himalaya penetró en la India y de ahí se dirigió al Japón, desde donde informó a Hitler de su regreso y solicitó instrucciones.

Durante los años en que el coronel permaneció estudiando en el Tibet, la situación imperante en Europa había venido tornándose cada vez más sombría.

Animado por la desunión de las principales potencias Hitler dio comienzo a una política de reivindicaciones en favor de Alemania, tendiente a recuperar los territorios perdidos durante la Primera Guerra Mundial, y a reunir bajo un mismo gobierno a toda la población europea de origen alemán.

Por medio de una astuta diplomacia en la cual se mezclaban alternativamente promesas de paz y amenazas de guerra, el caudillo alemán consiguió primeramente la anexión de Austria, y posteriormente, a resultas del Pacto de Munich, arrebatar a Checoslovaquia la región de los Sudetes. Sin embargo, aquella política de anexiones a base de simples maniobras diplomáticas parecía llegar a su fin: en un gesto de altiva valentía, Polonia se negaba a ceder a las pretensiones alemanas de despojarla del puerto de Dantzig. La guerra entre ambos estados parecía inevitable, a pesar de los desesperados esfuerzos de las naciones que trataban de mediar para evitar el conflicto.

En cumplimiento de las órdenes recibidas, el coronel abandonó Japón y marchó de regreso a Alemania, arribando a ésta a finales del mes de agosto del año de 1939. Dos altos oficiales de la S.S. le aguardaban en el aeropuerto para comunicarle que, a pesar de la grave situación que atravesaba el país, el Führer en persona deseaba entrevistarse con él al día siguiente.

Al vestir nuevamente el uniforme de coronel de las S.S., nuestro amigo no pudo menos que percatarse de la profunda ironía que entrañaba el hecho de tener que portar aquel uniforme. En virtud de sus nuevos conocimientos, ahora le resultaba muy fácil comprender las causas verdaderas que motivaban muchos hechos al parecer inexplicables del movimiento nazi, desde el oculto simbolismo de la svástica, hasta la extraña fascinación que el Führer sabía ejercer sobre las multitudes; todo cobraba una nueva dimensión y se entendía con absoluta claridad, una vez que se conocían los "propósitos de Hitler y los altos dirigentes del nazismo: el renacimiento del Bon, una antiquísima doctrina cuyo principal objetivo es el lograr despertar obscuras fuerzas que latían en lo más profundo de la conciencia de los seres humanos, con miras a dotarlos de tenebrosas facultades.

A resultas de la evolución en espiral que caracteriza a la humanidad, la etapa en la que el empleo de estas facultades pudo tener cierta justificación fue superada hace ya varias Edades históricas. Tratar de hacer que Hitler comprendiese la irreversibilidad de este proceso evolutivo, era la difícil misión del coronel en aquella su segunda entrevista con el caudillo nazi.

5 HITLER MUESTRA SU JUEGO

Para la descripción de este segundo encuentro entre Hitler y el coronel, contamos con el mismo inmejorable testimonio al cual recurrimos al hablar del primero, o sea la transcripción de lo anotado en su diario por el propio coronel acerca de este suceso:

"Al cruzar el umbral apareció ante mí la figura del Führer. Mantenía una posición idéntica a la adoptada al comienzo de nuestra anterior entrevista: se encontraba de pie frente a una gran mesa, aparentemente absorto en la contemplación de las anotaciones contenidas en un grueso legajo de papeles. Comprendí que en realidad estaba concentrando al máximo cierta clase de energía desarrollada mediante prácticas Bon. Si lograba 'descargarme' esa energía —tal como ocurriera en la anterior ocasión— nulificaría por completo mi voluntad; con objeto de impedirlo —mientras me acercaba hasta él— dejé mi mente en 'blanco'.

"Con rápido movimiento Hitler alzó el rostro lanzándome de golpe —a través de su mirada— toda su acumulada energía, sentí un brusco estremecimiento y por un instante creí que sucumbiría ante la avasalladora potencialidad de aquella fuerza increíble; sin embargo, logré mantener la mente en 'blanco', en tal forma que la ráfaga de concentrada energía me 'atravesase' sin afectarme.

"La angustiosa prueba duró varios segundos. En forma parecida a un rayo de luz que al chocar con un cristal transparente, trata de encontrar una pequeña arista dentro del vidrio que le permita reflejarse, o sea 'quedarse' en el cristal, así aquella poderosa energía buscaba desesperadamente en mi interior cualquier 'arista' de la cual aferrarse.

"Una expresión de desconcierto terminó por invadir el semblante del Führer. Tan bruscamente como lo había iniciado, interrumpió su envío de energía. Respiré aliviado; ello significaba que lograría expresar libremente mis puntos de vista en aquella entrevista.

"Tras de intercambiar saludos, Hitler sonrió un poco forzosamente y expresó:

"—Bien, bien; veo que, después de todo, esos tontos budistas han podido enseñarle algo. Le confieso que cuando recibí su mensaje solicitando autorización para ir a estudiar con los lamas del Tibet pensé primero negársela. El budismo es una doctrina para pueblos con mentalidad de esclavos, útil tan sólo para preparar rebaños de ovejas; pero luego cambié de parecer al considerar que muy pronto la posición de Alemania nos permitirá iniciar una verdadera política de dimensiones mundiales. Necesitaremos diplomáticos capaces de llevar a la práctica el nuevo orden de cosas en todos los rincones de la Tierra. Personas como usted, versadas en la mentalidad asiática, resultarán de gran utilidad para la consecución de nuestros fines en ese continente. Pero eso será en el futuro —añadió con acento sombrío— cuando hayamos ganado el lugar que nos corresponde bajo el sol.

"Después de esto exclamó con gran solemnidad:

"—Supongo que, cumpliendo con la honrosa tradición de su familia, ha regresado en esta hora de peligro, para ocupar como soldado su lugar en el frente de batalla. Se incorporará usted a una de nuestras mejores divisiones. Ingresará también al grupo formado por todos aquellos que han estado en el Tibet, para iniciarse cuanto antes en las prácticas Bon.

"Consideré llegado el momento de intentar cumplir la misión que me encomendara el lama. En forma sintética expuse al Führer las diversas causas por las cuales el empeño de revivir el Bon estaba condenado al fracaso. No sólo existía un impedimento de fondo: el organismo entero de la humanidad reaccionaría en contra de semejante propósito, que implicaba tratar de reanudar la evolución del género humano a través de senderos superados varias Edades atrás. Existía además un insuperable obstáculo de carácter práctico: los lamas del Tibet mantenían una estrecha vigilancia de los monasterios Bon, y no estaban dispuestos a permitir que dentro de los mismos se capacitase al número de alemanes necesario para integrar un 'centro magneticomental', requisito imprescindible para dar comienzo a un renacimiento del Bon. Si hasta entonces habían tolerado el que se estuviesen impartiendo enseñanzas en estos monasterios a ciudadanos alemanes, era tan sólo porque el número de los mismos se encontraba aún muy lejos del minimum requerido para la constitución de dicho centro. Finalmente, le transmití el mensaje oficial del gobierno tibetano del cual era portavoz, tendiente al pronto inicio de relaciones diplomáticas y culturales entre ambas naciones.

"En contra de lo que esperaba, durante todo el tiempo que duró mi exposición Hitler no me interrumpió ni pronunció palabra alguna; se limitó a escuchar mientras daba vueltas por la habitación, recorriéndola a grandes pasos con las manos en la espalda y en actitud de gran concentración.

"Cuando concluí de hablar, Hitler tomó asiento. Aun cuando hacía evidentes esfuerzos por controlarse, su rostro reflejaba una ira creciente, así como una voluntad férrea y sombría; con voz descompuesta afirmó:

"—Si usted cree que esos asquerosos budistas van a impedir que el pueblo alemán realice su glorioso destino, está completamente equivocado. Siempre sospeché que se opondrían y que tarde o temprano tendríamos que doblegarlos por la fuerza. Dentro de pocos días iniciaremos la marcha sobre Polonia; por ahora buscamos tan sólo restablecer para nuestra nación la adecuada proporción entre su población y el espacio vital que ésta requiere; pero en un futuro próximo, en cuanto nuestros amigos de Inglaterra logren hacerle ver que constituimos la mejor garantía para sus intereses, iniciaremos el avance sobre Rusia; no sólo destruiremos de raíz la gangrena comunista, sino que contaremos con bases desde las cuales estaremos en posibilidad de bombardear el Tibet cuando nos venga en gana. ¡Ya veremos entonces si esos sucios lamas tibetanos pueden continuar este chantaje! Tendrán que contemplar un renacimiento del Bon como jamás soñaron. ¡La doctrina de los primeros arios dará origen al surgimiento de la nueva raza!

"Horrorizado ante la apocalíptica conflagración que aquel hombre estaba a punto de iniciar, traté de hacer un último intento para convencerle de la imposibilidad de sus proyectos, a los cuales se opondría necesariamente todo el género humano; pero Hitler me interrumpió con despectivo ademán.

"— ¡Palabras, sólo palabras! —exclamó—. No existe sobre la Tierra fuerza alguna capaz de frustrar nuestros gloriosos designios. Analice las instituciones antiguas de Occidente que aún subsisten: la francmasonería no es ya más que una asociación de pseudointelectuales burgueses, útil tan sólo para obtener empleos burocráticos y pensiones de viuda; las diferentes iglesias cristianas están anquilosadas y maniatadas por intereses materiales; el partido comunista —única institución dinámica surgida en Europa en más de cien años— ya ni siquiera puede cumplir por sí mismo la labor de destrucción para la que fue creado y es instrumento de un Estado híbrido, que persigue sus fines de siempre. Solamente Alemania posee en sus preciosas reservas de sangre aria el germen capaz de producir una renovación salvadora, mediante el surgimiento de una nueva raza, y para ello necesitamos primero revivir el Bon, que fue la doctrina en donde obtuvieron su fuerza poderosa nuestros antepasados.

"Comprendí que había fracasado. Hitler estaba decidido a tratar de llevar adelante —a cualquier costo— sus absurdos proyectos. Una sensación de abatimiento me invadió al imaginar la serie de desgracias que muy pronto asolarían al mundo entero.

"El Führer dio término a la entrevista, fulminándome con denuestos y amenazas:

"—Y en cuanto a usted, ya que su cobardía es más fuerte que el respeto a su uniforme y a la tradición de sus antepasados, le participo que su actitud sólo puede calificarse de traición, y en las actuales circunstancias, en que la nación está ya de hecho en guerra, este es un delito que debe castigarse con la muerte: ¡Será llevado ante un consejo militar y fusilado por alta traición frente al enemigo!

"Tras pronunciar aquellas palabras, se puso de pie y me volvió la espalda despreciativamente. En ese mismo momento dos guardias, llamados a través de alguna señal, penetraron a la habitación y procedieron a arrestarme.

"Mientras mis captores me conducían hacia un incierto destino, sentí crecer en mi interior una amarga sensación de frustración. A pesar de que estaba seguro de que Hitler se equivocaba al considerar que la humanidad no reaccionaría en contra de la regresión en su evolución que pretendía imponerle, comprendía muy bien que esto significaría el inicio de una feroz contienda, que llevaría la desolación a numerosas naciones y particularmente a la propia Alemania".⁷

6 EL MUNDO EN LLAMAS

¿Cuál pudo ser la causa que llevó a Hitler a dejar sin efecto sus amenazas de juzgar y fusilar al coronel? Dar exacta contestación a esta pregunta resulta imposible. Se trata de una cuestión a la que tan sólo Hitler en persona podría responder; puedo, sin embargo, exponer las hipótesis más verosímiles para explicar este hecho.

Dos días después de la entrevista entre el coronel y el caudillo nazi, este último celebró una reunión con los principales generales alemanes; en ella les informó acerca de su decisión irrevocable de invadir Polonia, así como de la fecha y lugar en que daría comienzo dicha invasión. Aun cuando en aquel entonces las relaciones entre el Führer y la alta oficialidad del ejército distaban mucho de ser cordiales, no llegaban todavía al franco distanciamiento que sobrevendría posteriormente; razón por la cual, resulta lógico suponer que el dictador nazi debió considerar poco oportuno presentarse a la reunión en que debía comunicar a su estado mayor el cercano inicio de la guerra, llevando a cuevas la muerte de un oficial prusiano que, si bien es cierto no ocupaba en esos momentos un puesto importante en el ejército activo, portaba en cambio un apellido cuya sola pronunciación evocaba de inmediato las más gloriosas páginas de la historia militar de la nación.

Por otra parte, la intervención de Karl ante Hitler abogando por su amigo, pudo ser el factor decisivo que contribuyó a salvar la vida del coronel. Como ya he mencionado, la influencia de Karl dentro de los círculos del partido en el poder se había venido incrementando desde tiempo atrás, y para esas fechas el inteligente comerciante disfrutaba de la abierta simpatía de los más altos jerarcas nazis, lo que le permitía continuar obteniendo magníficas utilidades en sus múltiples negocios, parte de las cuales invertía, previsoramente, fuera de las fronteras del Reich.

En esta forma, bien fuera como resultado de las anteriores causas o de alguna otra que desconozcamos, el hecho es que Hitler no llegó nunca a dictar la sentencia de muerte del coronel, contentándose con mantenerlo indefinidamente recluido en prisión.

Al amanecer del día 1.º de septiembre de 1939, los ejércitos alemanes iniciaron la invasión de Polonia, provocando con ello el estallido de la Segunda Guerra Mundial. La principal característica de esta contienda, en su primera fase, fue la sorprendente celeridad con que los nazis triunfaban en cuanto acción emprendían. Marchando de victoria en victoria, las huestes de Hitler arrollaron la heroica resistencia polaca, conquistaron con vertiginosa rapidez Dinamarca, Noruega, Holanda y Bélgica, derrotaron al ejército francés y vapulearon al inglés, que a duras penas alcanzó a escapar en Dunquerque. Después de esto, y tras la previa ocupación de Grecia y Yugoslavia, las falanges germanas comenzaron a concentrarse en las fronteras rusas, aprestándose para el asalto.

En medio de aquel halagador panorama de triunfos ininterrumpidos, subsistía tan sólo un obstáculo al cabal desenvolvimiento de los planes alemanes: bombardeada y maltrecha, Inglaterra persistía en seguir combatiendo, impidiendo con ello la total concentración de esfuerzos que requería la próxima apertura del frente ruso.

¿Quiénes eran los misteriosos "amigos" de Inglaterra, a los que aludiera Hitler en su entrevista con el coronel?

¿Por qué se mostró tan confiado en lograr —merced a la mediación de estas personas— la anuencia británica a la realización de sus planes? La respuesta a estas preguntas se encuentra en un hecho poco conocido de la historia contemporánea: durante el período comprendido entre ambas guerras mundiales, no sólo fueron admitidos varios alemanes en los monasterios Bon del Tibet; también alcanzaron idéntico propósito tres

⁷ Hasta aquí la transcripción de los apuntes del diario del coronel, traducidos por él mismo del alemán al español.

ciudadanos de nacionalidad inglesa, los cuales, al retornar a su país, constituyeron una sociedad secreta, filial de la organizada en Alemania por los nazis. Uno de los objetivos fundamentales de esta sociedad fue, desde un principio, estrechar al máximo posible los vínculos entre ambas naciones, con objeto de impedir que participasen en bandos distintos en la guerra que se avecinaba.

El fracaso de sus correligionarios ingleses para apartar a Inglaterra de la guerra, constituyó el primer importante revés de los nazis. Desesperado por las negativas del gobierno británico a sus reiteradas proposiciones de paz, Hitler tomó la determinación que a la larga habría de resultarle fatal: dejando a sus espaldas a un beligerante todavía en pie de lucha, ordenó a sus ejércitos iniciar la marcha sobre Rusia, empresa colosal, cuyo objetivo fundamental era la conquista de bases suficientemente cercanas al Tíbet para poder bombardear este país e incluso invadirlo con tropas aerotransportadas, hasta lograr aniquilar la oposición de los lamas tibetanos a la capacitación —dentro de los monasterios Bon— del suficiente número de alemanes que se requería para tratar de lograr el renacimiento de la doctrina Bon.

Consciente del peligro que significaba emprender tan riesgosa lucha sin suprimir antes toda posibilidad de un segundo frente, Rudolf Hess, el más aventajado adepto del Bon en Europa después de Hitler, intentó un último y desesperado esfuerzo por alcanzar la neutralidad de Inglaterra antes del avance alemán sobre Rusia. Al igual que los intentos llevados al cabo con idéntico fin por sus congéneres ingleses, el suyo también estaba destinado al fracaso: Inglaterra continuó en guerra contra Alemania.

Para todas aquellas personas que analizan la Historia guiándose únicamente por las apariencias superficiales, la Segunda Guerra Mundial presenta una serie de acontecimientos aparentemente incongruentes:

¿Cómo fue posible —se preguntan— que los Estados Unidos de Norteamérica, máximo defensor y exponente del sistema capitalista de producción, acudiese presuroso a proporcionar toda clase de ayuda a la Unión Soviética, líder en aquel entonces del movimiento comunista y cuyos propósitos abiertamente declarados eran precisamente lograr la destrucción del sistema económico capitalista?

Desde luego que la anterior cuestión —así como muchas otras relativas a esta guerra— no podrá nunca ser comprendida si se analiza con el criterio de considerar los actos humanos como un simple producto de factores económicos. Existen motivos de índole superior que condicionan determinadamente la conducta de los hombres, y el más importante de éstos es la fuerza evolutiva hacia planos superiores que guía a toda la humanidad.

El intento nazi de revivir el Bon, y con ello retrotraer la mencionada evolución varios miles de años, para encauzarla por un camino deliberadamente abandonado desde épocas prehistóricas, constituyó la más grave amenaza de los últimos tiempos, a la continuación del lento y penoso —pero firme y constante— proceso de desarrollo del género humano. En forma inconsciente pero eficaz, la humanidad entera reaccionó en contra del retroceso que se le pretendía imponer; los hombres se olvidaron por un tiempo de las distintas barreras y de las diferentes etiquetas con las que comúnmente se dividen y clasifican —ideológicas, raciales, económicas, sociales—, y aun cuando en realidad desconocían las profundas causas que les llevaban a ello, se unieron en un frente de extensión mundial como no se recuerda en la Historia, con el propósito común de liquidar al nazismo.

Al principio casi imperceptiblemente, pero después en forma cada vez más evidente, la unificación de la mayor parte de la humanidad —con miras a la obtención de un mismo fin— comenzó a dar sus frutos; el avance de los hasta entonces invencibles ejércitos alemanes fue detenido a las puertas mismas de Moscú y, a partir de entonces, no obstante que la lucha en este frente sufrió todavía varios altibajos antes del colapso nazi en Stalingrado, fue ya un hecho consumado que Hitler no lograría ver realizado el principal propósito que le guiara a iniciar la guerra. Los monasterios lamaístas del Tíbet jamás estuvieron al alcance de las bombas de la Luftwaffe.

En junio de 1944 los aliados desembarcaban en Normandía e iniciaban la reconquista de Europa. El final de la contienda comenzaba a vislumbrarse.

Mientras el coronel se veía obligado a contemplar desde prisión, con impotente tristeza, el desarrollo de los bélicos acontecimientos, ¿qué acontecía a su amigo Karl, el sagaz negociante?

En la segunda mitad de 1944, el incontenible avance de los rusos en el Este y de los angloamericanos en el Oeste, convergía amenazadoramente sobre las fronteras del Reich; para estas fechas, los constantes ataques aéreos habían ya convertido en montones de ruinas las fábricas de Karl, por lo que resultaba lógico suponer que, guiado por el egoísmo pragmático que al parecer le caracterizaba, este personaje abandonaría Alemania y se dirigiría a Suiza, en donde, además de su esposa, le aguardaba una considerable fortuna mantenida a buen recaudo en las neutrales arcas bancarias de la nación helvética. En contra de todo lo que de él pudiera

esperarse, Karl renunció repentina e inexplicablemente a los privilegios derivados de su envidiable posición e ingresó al ejército como simple combatiente. Sus peculiares características le llevarían a participar en forma destacada en uno de los sucesos más increíbles de la Segunda Guerra Mundial, conocido bajo el nombre de "Operación Greif".

Al comprender Hitler que la guerra estaba irremisiblemente perdida si no lograba prolongarla el tiempo suficiente para que entrasen en acción algunas de las nuevas armas proyectadas por sus científicos, decidió intentar una última jugada, tendiente a retardar al máximo posible el avance de los aliados: se trataba de un desesperado ataque en contra de los ejércitos anglonorteamericanos, en el cual se utilizarían las últimas reservas humanas y de equipo. En caso de tener éxito, resultaría posible aprovechar el tiempo que llevaría a estos ejércitos reorganizarse, para trasladar el grueso de las tropas alemanas a luchar contra el avance ruso.

Al elaborarse los planes de la contraofensiva, se incluyó en ellos un audaz proyecto: infiltrar un grupo de alemanes disfrazados con uniformes americanos entre las líneas aliadas, y crear en éstas tal grado de desorden y confusión, que el ataque alemán no encontrase una eficaz oposición. El encargado de ejecutar tan difícil misión, fue Otto Skorzeny, el ingenioso austríaco que realizara la hazaña de rescatar a Mussolini, descendiendo en planeador sobre la inexpugnable fortaleza en las montañas italianas en donde se mantenía prisionero al Duce.

Skorzeny y Karl eran antiguos conocidos; así, pues, en cuanto el primero se dio a la tarea de seleccionar voluntarios para la "Operación Greif", pensó acertadamente que encontraría en el segundo un colaborador de inestimable valía, pues a pesar de que Karl no poseía cualidades relevantes como guerrero, dominaba en cambio el inglés; además, a resultas de sus anteriores relaciones de negocios, conocía muy bien la mentalidad anglosajona. Por otra parte, Skorzeny estaba al tanto de la frustrada vocación teatral que yacía en el alma de Karl, y supuso que éste vería con sumo agrado la ocasión de participar en un plan tan truculentamente teatral como era aquella operación a su cargo.

La fría noche del 15 de diciembre de 1944, dos mil alemanes portando uniformes y documentación de oficiales norteamericanos comenzaron a infiltrarse entre las filas aliadas. En la confusión generada por la inesperada contraofensiva alemana —iniciada unas horas más tarde— su presencia pasó desapercibida. Situados en los cruces más estratégicos de las carreteras, se dedicaron principalmente a desviar las columnas de tropas y fuerzas blindadas que acudían presurosas al frente de batalla, enviándolas a lugares a donde eran del todo inútiles, mediante el sencillo ardid de cambiar las indicaciones de los caminos y dar falsas órdenes a los oficiales que encabezaban las columnas.

Moviéndose a sus anchas en su nuevo papel de oficial del Tío Sam, Karl dio rienda suelta a sus facultades histriónicas: a bordo de un jeep americano se trasladó sin cesar de un lugar a otro, transmitiendo órdenes falsas que iban desde la voladura de un puente de gran utilidad para la movilización de las mismas tropas americanas que procedían a su demolición, hasta la construcción de trincheras supuestamente necesarias para detener el avance de las fuerzas blindadas alemanas, las cuales se movían en aquellos momentos precisamente por otros rumbos.

El desbarajuste creado en las líneas americanas por el pequeño grupo al mando de Skorzeny, así como también el hecho de que durante varios días el mal tiempo prevaleciente impidió a la aviación aliada actuar con eficacia, permitió a la contraofensiva alemana desarrollarse exitosamente en su fase inicial.

En medio de una gran desorganización, los ejércitos aliados retrocedían apresuradamente. Por un instante el mundo contuvo el aliento, temeroso de volver a contemplar una nueva racha de arrolladoras victorias nazis; sin embargo, pronto resultó evidente que aquella contraofensiva no era sino producto de la desesperación propia de la agonía. Alemania estaba exhausta y no contaba con fuerzas suficientes para sostener indefinidamente tan tremendo esfuerzo. La aplastante superioridad numérica y de equipo de los aliados era ya incontrastable, y su poderío aéreo, hecho valer una vez terminados los días de mal tiempo, les permitió infligir fuertes pérdidas a los ejércitos alemanes que avanzaban prácticamente sin protección aérea. Para colmo de desdichas, las reservas de gasolina de los germanos se agotaron, obligándolos a dejar abandonado en el frente una gran parte de su equipo motorizado. El avance alemán se paralizó, y una vez lograda la reorganización de sus filas, los ejércitos aliados reiniciaron su interrumpida marcha sobre Alemania.

Aun cuando los norteamericanos, al percatarse de la existencia de alemanes infiltrados en sus líneas, comenzaron de inmediato a tratar de localizarlos y capturarlos, Karl prosiguió realizando su peligrosa labor de sembrar la desorganización dentro del ejército americano: en unión de unos cuantos alemanes vestidos con uniformes de miembros de la Policía Militar Americana —M.P.— se dedicó a recorrer distintos sectores del frente con la supuesta misión de descubrir alemanes disfrazados, para lo cual efectuaba rigurosas inspecciones y encomendaba el cumplimiento de complicadas medidas de seguridad, que tan sólo servían para dificultar enormemente la necesaria movilidad que se requiere en tropas empeñadas en combate.

Cuando resultó evidente el fracaso de la contraofensiva con la que Alemania se jugaba su última carta, Karl pareció recobrar repentinamente su acostumbrada personalidad realista y pragmática. Tras de escabullirse por

entre las filas del ejército americano y regresar indemne a territorio alemán, decidió no reincorporarse al ejército. Vestido de civil, y en el mayor de los secretos, logró introducirse en Suiza, donde le aguardaba su preocupada esposa. Los banqueros de esta nación recibieron con alegría la llegada de tan prestigiado negociante alemán.

Al iniciarse el mes de abril de 1945, el coronel —todavía en prisión— se enteraba de que el ejército ruso estaba por llegar a las puertas mismas de la cárcel donde se encontraba.

Un fortuito acontecimiento impediría que el coronel cayese en manos de los rusos: en un bombardeo efectuado por la aviación roja sobre la zona donde estaba ubicada la prisión, ésta fue tocada por varias bombas, quedando parcialmente destruida y muertos muchos de sus ocupantes. En la confusión motivada por el bombardeo, un grupo de presos logró escapar; entre ellos se encontraba el coronel.

Integrado a la gran masa de refugiados que huía temerosa ante el avance de los rusos, el prusiano deambuló sin rumbo fijo por varias partes de su derruida nación. Al llegar a la ciudad de Hamburgo se enteró de la rendición incondicional de los restos del maltrecho ejército germano: Alemania había perdido la guerra.

7 REINICIANDO EL CAMINO

El intento nazi de torcer el rumbo de la evolución de la humanidad fracasó, dejando tras de sí un saldo pavoroso: un mundo cubierto de ruinas y desolación, varios millones de muertos y un incontable número de seres cruelmente afectados en muy diversas formas por el feroz conflicto.

Perdido entre la aturdida multitud de alemanes que haciendo a un lado las lágrimas comenzaron nuevamente a trabajar, el coronel —una de las pocas personas plenamente conscientes de las causas, alcances y verdadero significado de la contienda recién terminada— se dedicó a colaborar en la tarea de reconstrucción de su patria, desempeñando toda clase de faenas, incluyendo algunas que podrían parecer demasiado modestas dados su talento y conocimientos. Fue aquel un período de privaciones y tristezas: se enteró de la muerte de su única hermana, así como de incontables desgracias ocurridas a parientes y amigos; las extensas propiedades de su familia, ubicadas en la Prusia Oriental, quedaron fuera de las nuevas fronteras, fijadas para Alemania por vencedores impulsados por muy comprensibles sentimientos de venganza; a donde volviera la vista no contemplaba sino miseria y humeantes montones de escombros.

A pesar de todo, la proverbial dedicación y eficiencia germanas comenzaron al poco tiempo a rendir sus frutos: con vertiginosa rapidez desaparecían las ruinas y en su lugar emergían ciudades y centros de trabajo. Muy pronto la inversión privada proveniente del extranjero empezó a fluir hacia la República Federal Alemana. Uno de los primeros inversionistas que de inmediato canalizó su capital hacia Alemania fue Karl. En cuanto las condiciones políticas lo permitieron retornó a su patria llevando bajo el brazo un grueso legajo de proyectos, así como la suficiente cantidad de dinero para ejecutarlos.

Como es lógico suponer, las relaciones entre Karl y el coronel se reanudaron nuevamente. El prusiano aceptó el ofrecimiento de Karl y entró a trabajar en una de sus compañías, como encargado de la sección de relaciones extranjeras. En esta forma, cuando a principios del año de 1954 tuvo lugar en la ciudad de México una exposición de la industria alemana, el coronel asistió a la misma en representación de los intereses de su multimillonario amigo.

Su primer contacto directo con México acrecentó el particular interés que desde tiempo atrás sentía el coronel por nuestro país. Al retornar a su patria tomó la determinación de volver a México lo antes posible, con objeto de recorrer con todo detenimiento sus diferentes regiones.

Merced a su intenso trabajo, así como a la prosperidad lograda por la economía alemana de la posguerra, el coronel estuvo en posibilidad de reunir, en un plazo relativamente corto, una suma de dinero que, sin dejar de ser modesta, era suficiente para redituarle un interés con el cual podía subsistir en México. En esta forma, y desoyendo las protestas de Karl —quien estimaba que su amigo desperdiciaba tontamente la oportunidad de llegar a ser dueño de una cuantiosa fortuna—, el coronel hizo las maletas y se trasladó a México.

Tras de alquilar como centro de operaciones una confortable casa en la apacible delegación de Coyoacán, en la ciudad de México, el coronel se dedicó a recorrer con toda calma los lugares de la República de mayor interés, tanto aquellos que poseen vestigios de un fabuloso pasado, como los que revelan por su creadora actividad presente un prometedor futuro.

He relatado ya en otra parte de esta misma obra mi segundo encuentro con el coronel, ocurrido ante los enigmáticos grabados de Monte Albán, así como las trascendentales consecuencias que para el que esto escribe se derivaron de aquel fortuito acontecimiento, pues, como se recordará, al poco tiempo el coronel aceptó convertirse en mi maestro de Historia.

Aquél fructífero período de aprendizaje vino a quedar bruscamente interrumpido por inesperados sucesos que ahora procederé a narrar, reiniciando el orden cronológico en la exposición de este relato, orden que estimé conveniente romper para referir brevemente la vida del coronel, por considerar que ésta constituye una historia que merece ser narrada.

Capítulo Tercero

EN LA CIUDAD DE LHASA

1 EL LLAMADO DEL DESTINO

El año de 1959 se iniciaba para mí bajo los mejores augurios: hacía ya un año que contaba con la suerte inapreciable de tener al coronel de maestro; bajo su acertada dirección comenzaba, al fin, a adentrarme con pie firme en el engañoso laberinto de la Historia.

Por lo que hace al coronel, todo parecía indicar que para él continuaba una etapa a la vez creativa y de reposo. Tras de concluir sus viajes por el interior de la República, se dedicó a poner en orden diversas notas y apuntes tomados durante su recorrido por las zonas arqueológicas, con objeto de escribir una obra sobre nuestras culturas prehispánicas.

El destino vendría muy pronto a desbaratar los proyectos de ambos, precipitándonos en el centro mismo de la más increíble aventura.

Cierta mañana del mes de enero del mencionado año de 1959, al presentarme, como de costumbre, en la casa de Coyoacán a continuar mi aprendizaje, la anciana sirvienta del coronel me informó que éste se encontraba conversando con un inesperado visitante. Decidí esperar en la biblioteca mientras repasaba mentalmente el procedimiento de clasificación de yelmos europeos del medioevo, que venía estudiando desde hacía una semana.

Como transcurriera más de una hora, estimé conveniente mandar preguntar al coronel, por medio de la sirvienta, si continuaba aguardándolo o prefería que regresase al día siguiente. Instantes después, el coronel penetró en la habitación; al verle, sufrí ese paralizante desconcierto que produce la contemplación de un hecho que consideramos del todo imposible.

Por aquel entonces, yo había llegado a la conclusión de que no podía existir nada en el mundo capaz de alterar el imperturbable dominio de sí mismo ni la serena tranquilidad manifestada por el coronel en todos sus actos, pues estas características constituían parte consustancial de su personalidad. Cuál no sería mi sorpresa al darme cuenta de que en aquella ocasión me hallaba frente a un coronel muy distinto del que conociera hasta entonces: su rostro revelaba un profundo sentimiento de preocupación y en sus ademanes se traslucían síntomas de un contenido nerviosismo.

Después de saludarme con su acostumbrada amabilidad, el coronel procedió a informarme que aquel día no podríamos continuar nuestros estudios sobre cuestiones históricas, pues estaba ocupado atendiendo un asunto imprevisto; tras de disculparse por haberme hecho aguardar, me indicó que regresase a la mañana siguiente a la hora de costumbre.

El resto de aquel día lo pasé sumido en un mar de conjeturas, tratando de adivinar el motivo capaz de originar en el coronel un estado de ánimo más fuerte que el inveterado control de sus emociones; pero, careciendo de la menor pista, resultaba imposible formular cualquier hipótesis, salvo la de que el misterioso visitante debía obviamente estar relacionado con el inusitado nerviosismo de mi flemático maestro.

Al presentarme a la mañana siguiente en la casa del coronel, su sirvienta me comunicó con acento cargado de tristeza que éste acababa de decirle que se iba de México, razón por la cual dejaría de precisar sus servicios. Tan inesperada noticia me llenó de desasosiego: comenzaba apenas a percatarme de lo que era realmente estudiar Historia y ahora surgía una inesperada amenaza a la continuación de tan fascinante aprendizaje.

El coronel me esperaba en la biblioteca; estaba fumando en su vieja y estilizada pipa oriental y nada en él reflejaba el menor asomo de intranquilidad. Tras de saludarlo decidí ir directamente al grano.

— ¿Es cierto que se va usted de México, coronel?

—Me voy mañana.

— ¿Mañana? —exclamé sorprendido.

—Sí, y como no creo poder regresar, voy a pedirle varios favores. El dueño de la casa no está ahora en la ciudad, regresa hasta la semana entrante y, como no me es posible avisarle de la rescisión del contrato de arrendamiento, le dejaré a usted una carta-poder para que lo haga en mi nombre, así como una cantidad de dinero por concepto de indemnización.

Sin dar tiempo a que le contestase prosiguió:

—No voy a llevarme los libros —hizo un ademán para señalar la pequeña pero selecta biblioteca que constituía lo único valioso de su propiedad en aquella casa—. Quédese con todos los que le gusten, el resto regálo a la biblioteca de la Penitenciaría.

— ¿Y se puede saber —pregunté— por qué y a dónde se va usted?

Siguiendo una arraigada costumbre de contestar con una pregunta, el coronel inquirió:

— ¿Qué sabe usted acerca de la actual situación del Tibet.

— ¿Del Tibet? Bueno, pues según recuerdo, los chinos lo invadieron en 1950; sin embargo, parece que llegaron a un arreglo con el gobierno del Dalai Lama, comprometiéndose a respetar sus costumbres y su soberanía interna, siempre y cuando los tibetanos aceptasen formar parte de China.

—En efecto —afirmó el coronel— los chinos se comprometieron en un principio a otorgar cierto grado de autonomía al Tibet, y aun cuando no han dejado de cometer violaciones al pacto de diecisiete puntos que ellos mismos impusieron, venían manteniendo algún respeto a la autoridad del Dalai Lama y del grupo de lamas que integran el gobierno de esta nación; pero al parecer consideran llegado el tiempo de quitarse la careta. Ayer recibí noticias muy graves: los chinos tienen proyectado suprimir el actual gobierno tibetano y proceder a implantar por la fuerza sus propios métodos en la organización del país. Piensan, incluso, poblar regiones enteras del Tibet con colonos chinos.

— ¿Y usted cómo pudo tener conocimiento de esos proyectos? —pregunté intrigado.

El coronel me miró con detenimiento antes de responder.

—Le tengo a usted plena confianza y por tanto puedo confiarle algunos secretos cuya divulgación en los actuales momentos podría acarrear conflictos internacionales. ¿Se acuerda que le he platicado que uno de mis compañeros de estudio, durante mi estancia en el Tibet, era un hindú?

—Sí, lo recuerdo.

—En la actualidad mi amigo ocupa un importante puesto en el gobierno de la India y ha venido luchando porque su país trate de salvaguardar la autonomía del Tibet. Hace algunos años, como resultado de sus gestiones, el Dalai Lama visitó la India y fue recibido como el legítimo gobernante de la Nación Tibetana. Con el propósito de conocer las intenciones de sus poderosos vecinos, el gobierno hindú mantiene una red de espionaje en la China Roja. A través de este conducto se enteró de lo que proyectan hacer los chinos en el Tibet. La visita de ayer era un enviado de mi amigo el funcionario hindú y el objeto de su viaje no era sólo narrarme lo anterior, sino informarme que, a pesar de los esfuerzos de mi amigo por lograr que su gobierno se oponga por todos los medios a las intenciones de los chinos, el gobierno hindú ha decidido que no intervendrá para salvar la independencia del Tibet, pues, de hacerlo, se vería envuelto en una guerra con China. Los tibetanos estarán solos en su lucha.

— ¿Y la O.N.U.? —pregunté.

El coronel sonrió con amargura.

—Ninguno de los Estados integrantes de ese organismo tiene el menor interés en el Tibet; por lo tanto, no acudirán en su ayuda; a lo más, formularán alguna pomposa declaración condenando la agresión. Tendrán, además, la magnífica excusa de que el Tibet no ha estado representado en la O.N.U. El aislamiento contra el cual lucharon mi maestro el lama y los tibetanos de mayor visión, dará ahora sus frutos. Los tibetanos se enfrentarán completamente solos a uno de los ejércitos más poderosos de la Tierra... los harán pedazos.

El coronel guardó silencio. Aun cuando no aparentaba ninguna emoción, comprendí que debía sentir una profunda tristeza por el futuro del Tibet. Repentinamente recordé su decisión de abandonar México y una súbita duda surgió en mi mente.

— ¿No pensará usted ir ahora al Tibet? —exclamé.

Sin contestar directamente mi pregunta, el coronel respondió:

—El lama ha sido informado de las intenciones de los chinos, posee un indomable espíritu combativo y ha decidido luchar por salvar lo que a su juicio es lo más valioso del Tibet: la persona del Dalai Lama y determinadas colecciones de libros que contienen conocimientos acumulados a lo largo de siglos. Por lo que respecta a los libros, el lama ha puesto en marcha un programa para todo el país; en los monasterios están seleccionando las mejores obras y procediendo a ocultarlas en cavernas previamente adaptadas para ello. El

problema principal lo representa la ciudad de Lhasa; ahí reside el Dalai Lama y se encuentran también muchos de los mejores libros; no podrán sacarlos sin que los chinos se den cuenta, pues tienen un ejército custodiando la ciudad.

— ¿Qué harán entonces? —pregunté.

—De acuerdo con los informes de los espías, los chinos piensan iniciar sus reformas hasta el mes de abril de este año. El lama ha decidido adelantárseles; estima que si antes de esa fecha se logra introducir en secreto armamento moderno para el ejército tibetano que aún existe en Lhasa, éste podría abrirse paso a la fuerza y sacar de la ciudad al Dalai Lama y a los integrantes de la Asamblea Nacional, así como a los libros sagrados. Después de esto podrían trasladarse a alguna escondida región montañosa y mantener ahí un gobierno independiente.

— ¿Y quién va a llevar ese armamento a Lhasa? —pregunté, presintiendo la respuesta.

—Ese es un pequeño favor que el lama espera de sus antiguos discípulos.

— ¿Cuáles discípulos? —pregunté extrañado, recordando que según confidencias del propio coronel, una especie de trágico destino se venía ensañando con los integrantes del pequeño grupo de discípulos extranjeros del lama, pues con excepción de él y del hindú, los demás ya habían perecido, todos ellos de muerte violenta: el inglés, a resultas de la explosión de una bomba V-2; el polaco, durante la rebelión de Varsovia contra los nazis; el japonés, en un fuerte bombardeo de los norteamericanos sobre Tokio; y los dos chinos, acusados de pacifistas, habían sido fusilados por las tropas de Chiang Kai-chek, a finales de la guerra civil que entronizó a Mao Tse Tung en el poder.

—Mi amigo hindú colaborará en todo lo que pueda, pero tendrá que ser "por abajo del agua"; debido a su posición de alto funcionario, cualquier acción externa de su parte comprometería de inmediato al gobierno de la India.

—En otras palabras: ¡Está usted solo! Coronel, creo que se encuentra metido en un tremendo lío; ¿qué piensa hacer?

—Tratar de llevar esas armas, por supuesto.

— ¿Pero cómo?

—El asunto plantea varios problemas y tendré que irlos resolviendo progresivamente: para llevar armas a Lhasa es preciso previamente comprarlas, y para esto se requiere dinero; como yo no lo tengo, el primer problema es conseguir un crédito. Mañana regreso a Alemania; Karl me prestará el dinero que necesito; después veremos la forma de ir solucionando las demás dificultades.

—Va usted a necesitar muchísimo dinero. ¿Cree usted que un hombre de negocios va a proporcionar una fortuna sin garantía alguna?

—Karl no es sólo un hombre de negocios, en el fondo es un romántico. Además, existe cierta garantía.

— ¿Cuál?

—Cuando los chinos invadieron al Tibet en 1950, el Gobierno Tibetano trasladó a seguros escondites en las montañas la mayor parte del tesoro nacional. Los tibetanos cuentan, por tanto, con oro suficiente para pagar el armamento; se trata únicamente de conseguir un crédito para financiar la operación.

Supuse que el coronel tendría muchas cosas que hacer en su último día de estancia en México, y no deseando quitarle más tiempo, me concreté a formular una última pregunta que para mí era de vital importancia, pues se refería a la posibilidad de volver a estudiar en el futuro bajo su atinada dirección:

— ¿Cuándo piensa regresar a México, coronel?

—Creo difícil poder regresar a México: si todo sale bien, o sea, si es posible salvar al Dalai Lama y a los antiguos libros tibetanos, mi maestro el lama tiene proyectado trasladarse a un apartado monasterio y pasar en él sus últimos años; me agradaría acompañarlo; las obras que tengo en mente escribir resultarán mucho mejores si cuento con su ayuda.

Un profundo desaliento me invadió al escuchar aquellas palabras. Tras largos años de inútiles tanteos, y después de haber hallado al fin un camino seguro para la adquisición de auténticos conocimientos, la persona que me guiaba manifestaba de improviso la necesidad de abandonarme. Estaba cierto de que caminando solo nunca podría continuar adelante; no me quedaba por tanto, sino resignarme a regresar de nuevo a la oscuridad y a la ignorancia, a sabiendas de que éstas me resultarían más insoportables que nunca, pues habiendo comenzado a conocer la verdad, las falsas interpretaciones de los pseudohistoriadores sonarían en mis oídos aún más repugnantes que antaño.

El coronel caminó conmigo hasta la puerta. Quedamos de vernos a la mañana siguiente, en que acudiría para acompañarlo hasta el aeropuerto.

Durante todo el resto de ese día estuve cavilando desesperadamente, tratando de encontrar alguna posible solución que evitase la brusca interrupción de mis estudios. Al principio lentamente, pero luego con fuerza avasalladora, fue surgiendo en mi cerebro una posible solución ante aquel dilema: ¡Debía acompañar al coronel al Tibet!

Aun cuando semejante propósito no dejaba de antojárseme como una completa locura, entre más vueltas le daba al asunto, más me convencía de que no tenía otra alternativa si deseaba seguir contando en el futuro con las insustituibles enseñanzas del coronel. La circunstancia de no tener más familia que algunos tíos a los que casi no trataba, así como el hecho de contar en aquel entonces con 23 años, edad en la que difícilmente se resigna uno a admitir la existencia de imposibles, terminaron por decidirme a tratar de convencer al coronel me permitiese acompañarle al Tibet.

Después de una noche de insomnio, transcurrida en medio de un meditar ininterrumpido sobre la misma cuestión, acudí a la casa de Coyoacán. El coronel estaba listo para partir y de inmediato nos dirigimos rumbo al aeropuerto; en el trayecto le expuse con todo detenimiento mis deseos de acompañarlo al Tibet, así como los motivos y razones que fundamentaban este propósito. Cuando terminé de hablar, el coronel se sonrió y con afables palabras manifestó que no podía acceder a lo que le solicitaba, pues ello entrañaba una responsabilidad respecto a mi persona que él no podía ni debía asumir, máxime que las probabilidades de éxito en la peligrosa misión que trataría de llevar al cabo, eran muy escasas.

Sin desanimarme por aquella rotunda negativa, continué insistiendo reiteradamente en mi petición. Ya para llegar al aeropuerto, el coronel dejó entrever una leve posibilidad de acceder a lo solicitado, pues manifestó que en el supuesto de que —a resultas de sus próximas gestiones en Alemania— fuese posible prever una realización de la futura aventura tibetana sin excesivos peligros, dejaría de oponerse a mi proyecto de acompañarle.

Sin saber si volveríamos a encontrarnos, nos despedimos deseándonos mutuamente la mejor de las suertes.

Transcurrieron quince días sin que tuviera la menor noticia del coronel. Al final de este término recibí una carta suya escrita en Hamburgo, en la que me comunicaba brevemente que las gestiones tendientes a conseguir un crédito para la compra y el traslado de los "juguetes" habían tenido un éxito mayor del esperado; en vista de ello, si aún deseaba acompañarle al lugar donde se haría la entrega de dicha "mercancía", debía estar en Hamburgo antes del 20 de febrero.

Como es lógico suponer, aquella noticia me ocasionó los más variados sentimientos. En primer término, pude al fin sentirme tranquilo: los estudios sobre Historia iniciados bajo la dirección del coronel no iban a quedar interrumpidos. En segundo lugar, la perspectiva de conocer el legendario país de las nieves eternas y de participar personalmente en todo un acontecimiento histórico —como de seguro lo sería el rescate del Dalai Lama y de los libros sagrados del Tibet— me llenaba de una indescriptible emoción. Pero, por otra parte, el saber que tendría que permanecer indefinidamente alejado de México, viviendo en una nación en la cual imperaban costumbres diametralmente opuestas a las que me eran habituales, no dejaba de producirme cierto desasosiego.

En medio de una creciente excitación y apremiado por el corto tiempo de que disponía, realicé todos los arreglos necesarios para el viaje: tramité el pasaporte, vendí algunas de mis pertenencias, regalé otras, y convertí en cheques de viajero la modesta herencia de cuyos réditos viviera hasta entonces. Finalmente, inventé para parientes y amigos una justificación lógica de aquel viaje: la obtención de una supuesta beca en una universidad europea.

El avión se elevaba rápidamente. Instantes después comenzaba a dejar atrás la ciudad en la que había transcurrido todo lo que llevaba de vida. En el horizonte se dibujaba la silueta de los dos volcanes que custodian el Valle de México y cuyo trascendental simbolismo estaba aún muy lejos de conocer en aquel entonces.

Repentinamente, y por segunda vez en mi existencia —la primera fue al ingresar en la Universidad— tuve la segura convicción de que, en aquel preciso momento, atravesaba una especie de cruce de caminos y comenzaba a marchar por una senda nueva y desconocida en la que el retroceso resultaba imposible.

La imponente figura de los volcanes se alejaba rápidamente.

2 REBELIÓN EN LA CIUDAD DE LOS DIOSES

a) *Se inicia la "Operación Locura"*

El coronel aguardaba mi llegada en el aeropuerto internacional de la ciudad de Hamburgo. Concluidos los trámites de rigor, un circunspecto chofer de vistosa librea nos acompañó hasta un elegante Mercedes Benz — modelo especial— en el cual nos trasladamos a la residencia de Karl, el sagaz y multimillonario hombre de negocios con espíritu de actor de teatro, a quien el coronel consideraba su mejor amigo.

La residencia —una inmensa mansión situada en las afueras de la ciudad— contenía por doquier obras de arte del más diverso género: tapetes persas, jarrones chinos, porcelanas de Sevres, cómodas de Boulle, cristal de Baccarat, esculturas y cuadros de la época renacentista. Todo ello en cantidades tan considerables que producían la impresión de encontrarse en un museo.

Una vez instalado en un lujoso cuarto para huéspedes y no pudiendo soportar por más tiempo la curiosidad, pregunté al coronel acerca del asunto de nuestro mutuo interés. Me respondió que todo estaba marchando mucho mejor de lo que jamás imaginara: a pesar de que en un principio Karl se había negado a proporcionarle ayuda, aduciendo que eran los tibetanos quienes deberían encontrar por sí mismos la forma de solucionar sus problemas, había terminado no sólo por conceder el crédito necesario para la compra de una moderna dotación de armas ligeras, sino incluso tomado la determinación de colaborar personalmente en la operación relativa al traslado hasta Lhasa de dicho armamento.

Según los informes del coronel, el armamento —embarcado semanas atrás en un navío perteneciente a una compañía marítima vinculada a los consorcios de Karl— después de arribar a un importante puerto de la India, donde le aguardaba personal de confianza al servicio de su amigo el funcionario hindú, sería trasladado de inmediato por avión hasta Gangtok, capital de un pequeño reino vecino del Tibet denominado Sikkim. Al llegar a este punto, el funcionario hindú daría por terminada su intervención en la operación, dejando al coronel a cargo de la segunda fase de la misma, consistente en trasladar por tierra las armas hasta Lhasa y entregárselas al ejército tibetano. Para garantizar una adecuada protección a la caravana que debía conducir aquel cargamento a través del Tibet, Karl y el coronel habían contratado ya un contingente de rudos ex-combatientes alemanes. Sólo faltaba recibir el aviso de que las armas se encontraban en Sikkim, para de inmediato trasladarse por vía aérea hasta este lugar e introducirlas en el Tibet.

La conversación con el coronel se vio interrumpida por un anuncio del mayordomo: los dueños de la casa nos aguardaban para cenar.

Karl, el acaudalado amigo del coronel, inspiraba confianza y simpatía desde el primer momento. Era un individuo corpulento, con una cabeza redonda y casi desprovista de pelo. Sus elásticos movimientos —que ponían de manifiesto una poderosa energía— así como una alegre y burlona sonrisa, le hacían representar una edad mucho menor de la que en realidad tenía. Su elegancia en el vestir, unida a un gentil donaire en todos sus ademanes, hacían pensar en un noble que vivía de sus rentas o en algún famoso artista retirado.

La esposa de Karl era una dama alta y esbelta, de refinados modales, cuyo rostro dejaba adivinar a través de sus armoniosas facciones, algo de la gran belleza que poseyera en sus días de juventud. Tanto Karl como su esposa hablaban el español con un marcado acento bonaerense, resultado de sus frecuentes viajes a la Argentina.

Durante la cena Karl hizo gala en varias ocasiones de poseer un fino sentido del humor. Tras de preguntar al coronel si ese día recibiera alguna noticia de la India, y habiendo obtenido una respuesta negativa de su amigo, adoptó un aire de teatral preocupación y alzando las manos exclamó:

—Ya me lo temía, sólo a un historiador loco se le podía ocurrir confiar en que un grupo de faquires, dirigidos por un encantador de serpientes convertido en burócrata, sería capaz de transportar armamento a través de miles de kilómetros; para estas fechas deben de haberlo cambiado por clavos para sus camas.

El coronel respondió muy seriamente que el funcionario hindú a cargo de la operación de transportar el armamento a través de la India, no era ningún encantador de serpientes, sino por el contrario, una persona excepcionalmente culta e inteligente; pero Karl replicó al instante que si dicho individuo no era encantador de serpientes debía tratarse de algún faquir, ya que —según él— éstas eran las dos únicas actividades a que se dedicaban los hindúes.

Aun cuando Karl no perdía la menor ocasión para burlarse de su amigo, no era difícil percatarse que debajo de aquella ironía se escondía un profundo respeto y admiración hacia la persona del coronel.

A los pocos días de encontrarme en Hamburgo disfrutando de la regia hospitalidad de Karl, llegó la esperada noticia: el cargamento de armas se encontraba ya en Gangtok, capital de Sikkim; de ahí en adelante todo dependía de la actuación de los germanos.

Los preparativos para la operación de rescate estaban concluidos días antes de la llegada de aquella noticia: atraídos por una magnífica paga, más de doscientos aguerridos ex-combatientes se habían enrolado en la expedición. Se trataba de individuos que si bien resultaban muy poco recomendables por varios conceptos —muchos de ellos llevaban una vida al margen de la ley que denotaba su fracaso para adaptarse a las condiciones normales de una época de paz—, constituían, en cambio, una magnífica garantía para la seguridad de la expedición, pues poseían una amplia experiencia bélica en los más diversos frentes de guerra.

El transporte, tanto de los miembros que integrábamos la expedición, como del considerable equipo de la misma, se efectuó por vía aérea. Una vez más, la fortuna de Karl realizó el prodigio de allanar todas las dificultades: varios aviones fletados especialmente realizaron el vuelo entre Hamburgo y un aeropuerto del norte de la India, deteniéndose únicamente en tres ocasiones para reabastecerse de combustible.

Tan pronto arribamos al país de Gandhi, las poderosas influencias del alto funcionario hindú que colaboraba con nosotros en aquella operación de rescate, quedaron de manifiesto: no efectuamos trámite migratorio alguno ni nuestro equipo fue objeto de la menor revisión; por el contrario, varios emisarios suyos acudieron a darnos la bienvenida, informándonos que en Sikkim nos aguardaba ya la caravana que habría de introducirnos al Tibet. Una verdadera turba de porteadores trasladaron en un santiamén todo el equipaje de los aviones en que veníamos, a otros de matrícula hindú, en los cuales cubriríamos la última etapa de nuestro recorrido aéreo.

Con objeto de lograr que nuestro viaje a través del Tibet pasara lo más inadvertido posible, se tenía proyectado convertirnos en una caravana de comerciantes y peregrinos que se encaminaban a Lhasa, con el doble propósito de realizar una peregrinación a la ciudad santa del lamaísmo y vender en ella sus mercancías.

Aprovechando nuestra breve estancia en territorio hindú, dio comienzo la indispensable transformación de todos los integrantes de la expedición: bajo la insuperable dirección de Karl —siempre tan inclinado a lo escénico— procedimos a disfrazarnos, utilizando para ello no sólo los ropajes adecuados, sino también colorantes para la piel y el cabello, e incluso en muchos casos —aun cuando no en el mío— lentes de contacto que convertían las azules pupilas en miradas del más negro resplandor.

A bordo de los nuevos aparatos, y mientras volábamos de la India a Sikkim, fue apareciendo ante nuestra vista el incomparable espectáculo de los Montes Himalaya. La contemplación por vez primera de la cordillera más alta del mundo, constituye algo inolvidable que rebasa con mucho cualquier posible intento de descripción. La sensación de encontrarse frente a una evidente manifestación de fuerzas misteriosas y desconocidas, sobrecoge el ánimo del espectador, el cual percibe claramente su pequeñez e insignificancia. En lo particular, aquel primer encuentro con los Himalaya despertó en mí el extraño presentimiento de hallarme ante un ser vivo, poseedor de la más sublime pureza. Comprendí entonces el profundo respeto que estas cumbres han inspirado siempre en hombres de las más diversas épocas.

La larga caravana que partió de Gangtok con rumbo a la capital del Tibet estaba integrada por cerca de seiscientas personas. El grupo mayoritario lo constituía el contingente hindú, compuesto por personas expresamente seleccionadas para aquella misión por el mismo alto funcionario de esta nación que había venido colaborando en la realización de aquella expedición. Aun cuando la índole del trabajo que desempeñaban era la propia de los conductores y porteadores de cualquier caravana, todos ellos poseían conocimientos respecto al manejo de armas, por haber formado parte de las tropas hindúes organizadas y entrenadas por los ingleses durante la época colonial.

A la vanguardia de la caravana, un grupo de quince tibetanos enviados por el lama desde Lhasa para servir de guías acaparaban la atención de todos con su constante alboroto: riendo y discutiendo a grandes voces mientras caracoleaban sin cesar en sus briosos y pequeños caballos.

Alineados a lo largo del camino, contemplamos hileras de postes con banderitas de los más diversos colores, todas ellas contenían frases de las escrituras sagradas del lamaísmo; ante su vista, una especie de corriente eléctrica pareció recorrer la caravana.

Aspiré el frío aire de la montaña y me incorporé sobre la silla del caballo, tratando inútilmente de atisbar el horizonte a través de la espesa niebla.

El coronel —que cabalgaba a escasa distancia— se volvió hacia mí con expresión de juvenil alegría, como si lejanos recuerdos llegasen a su memoria.

—Bien —exclamó— ¡Estamos entrando en el Tibet!

Karl adelantó su cabalgadura hasta llegar a nuestro lado y pronunció en alemán unas palabras; el coronel sonrió al escucharlo y notando mi mirada de curiosidad las tradujo:

—Según dice este vendedor de baratijas, la "operación locura" se ha iniciado.

b) Un Aviso Misterioso

En cuanto penetramos en territorio tibetano, dio comienzo un ininterrumpido desfile de bellos y fantásticos paisajes, cuya contemplación sólo es posible en esa singular región del centro de Asia, tan justamente calificada como "el techo del mundo".

Después de atravesar varios valles boscosos, serenos y apacibles, comenzamos a adentrarnos propiamente en la meseta tibetana, caracterizada por su imponente y desolada inmensidad, a la que enmarca la silueta de altísimas montañas eternamente coronadas de nieve, y un cielo de tonalidad increíblemente azul que parece estar al alcance de la mano.

Las construcciones que íbamos descubriendo a lo largo del camino, no desentonaban con el medio ambiente en el cual habían sido edificadas: más que sobrepuestas al paisaje, parecían surgir de éste; se trataba principalmente de "chortens", especie de delgadas torrecitas de muy distintas dimensiones, que lo mismo se utilizan para marcar el sitio donde reposan los restos de algún lama famoso, que como simple muestra de agradecimiento por algún favor de la divinidad otorgada a alguna persona en particular. Abundaban también los monasterios, verdaderas moles de piedra de arquitectura sobria y majestuosa.

Muy pronto comenzó a desaparecer el temor de despertar sospechas en las poblaciones que cruzábamos. Al parecer, nuestro disfraz era efectivo y con un poco de suerte lograríamos llegar hasta Lhasa sin ser descubiertos.

Nos acercábamos a la importante ciudad de Gyantse. La caravana se movilizaba por un camino bordeado de terrenos cultivados, a través de una llanura al parecer interminable.

Hacía días que me encontraba agotado de cansancio. La falta de costumbre en el empleo del caballo como medio de locomoción, hizo que con la primera jornada transcurrida sobre una montura, tuviera suficiente para amanecer dolorido de todo el cuerpo. Las subsiguientes marchas me habían sumido en una especie de indiferente letargo. Ante la vista del espectáculo que comenzaba a perfilarse con toda claridad en el horizonte, mi cansancio cedió considerablemente. La ciudad de Gyantse, rodeada de murallas, con monasterios de extraña arquitectura, de dorados techos y blancas paredes, semejava la más viva estampa de un sueño fantástico. El coronel me había referido en muchas ocasiones las múltiples maravillas de esta ciudad y yo ardía en deseos de conocerla.

Por el mismo camino que llevábamos, pero marchando en dirección contraria, vimos aparecer un jinete a todo galope. Noté al instante algo extraño en el hombre que se aproximaba: agitaba los brazos y daba fuertes voces como queriendo llamar nuestra atención. El grupo de guías tibetanos se adelantó a recibirlo; les vi hablar en medio de gesticulaciones, de repente retornaron en confuso tropel, dirigiéndose en compañía del recién llegado hasta el lugar donde se encontraba el coronel.

La conducta de los guías me dejó perplejo: ¿Por qué llevaban ante el coronel a un desconocido, arriesgándose a que aquel sujeto descubriese el falso atavío hindú que cubría al germano?

La caravana se detuvo mientras el coronel y el tibetano conversaban animadamente. Observé al segundo señalar repetidamente con ambos brazos hacia la enorme montaña que se erguía a un lado de la cercana ciudad; en igual forma, el coronel dirigía frecuentes miradas hacia aquella alta cumbre, en la cual, aparentemente, no había nada anormal o digno de mención.

En cuanto terminaron de hablar y el tibetano comenzó a alejarse, dirigí mi montura hasta llegar junto al coronel.

— ¿Qué ocurre? —pregunté, mientras se acercaba Karl casi al galope con idéntica pregunta dibujada en el rostro.

—En lo alto de esa montaña vive un ermitaño —respondió el coronel.

— ¡Ya nosotros eso qué nos importa! —exclamó Karl airadamente—. No me digas que nos ha invitado a tomar en su compañía el té de las cinco.

—El ermitaño —contestó tranquilamente el coronel— se encuentra perfectamente enterado de nuestra misión y nos ha enviado un aviso con su sirviente.

La noticia nos dejó estupefactos.

— ¿Qué clase de aviso? —inquirió Karl con desconfianza.

—El ermitaño nos previene que no debemos entrar a Gyantse, sino apartarnos del camino central y procurar llegar a Lhasa cuanto antes; nos informa también que está orando por nosotros.

— ¡Vaya una sarta de sandeces! —exclamó Karl—. Debe tratarse de algún viejo orate que sufre alucinaciones.

—No opino igual —expresó el coronel—. Generalmente los ermitaños tibetanos son personas totalmente apartadas de las cuestiones de este mundo; el que alguien así se haya tomado la molestia de inmiscuirse en un asunto ajeno, sólo puede deberse a una causa muy grave. Creo que lo mejor será atendernos a su sugerencia.

—Lo que francamente no me explico —afirmé— es cómo pudo saber de nuestra existencia un ermitaño aislado en una montaña; según suponíamos, sólo unos cuantos lamas en Lhasa conocían este proyecto.

—Es muy sencillo —expuso Karl en tono agrio— algunos de los monjecitos metidos a políticos que tanto abundan por estos rumbos, han de estar anunciando a los cuatro vientos nuestra llegada. No me extrañaría nada que muy pronto acuda un comité del ejército chino a darnos la bienvenida.

—Existe una posible explicación —apuntó el coronel— pero es una hipótesis que ustedes calificarán de inverosímil.

— ¿Cuál? —pregunté.

—Para algunos de los lamas de este país, la telepatía no es un fenómeno inconsciente de la mente, sino una función perfectamente controlada. Quizá desde Lhasa el lama ha querido prevenirnos de algún peligro y envió telepáticamente un mensaje al ermitaño de esa montaña, con objeto de que éste nos lo transmitiese cuando cruzáramos por aquí.

—Esa es la suposición más absurda que he escuchado en mi vida, —afirmó Karl.

En medio de un silencio opresor que sólo interrumpía el silbar del viento, contemplamos con mirada interrogante a la montaña donde moraba la única persona que en esos momentos hubiera podido contestar a nuestras preguntas.

c) Una magistral representación teatral

Atentos a las indicaciones formuladas por el ermitaño, la caravana efectuó un rodeo con la finalidad de no penetrar a la ciudad de Gyantse. En igual forma, y una vez que de común acuerdo el coronel y los guías determinaron una nueva ruta, abandonamos el camino seguido hasta ese momento, para continuar nuestro viaje por entre las montañas, utilizando senderos poco transitados.

A partir del instante en que nos apartamos de la ruta central, la sensación de que un peligro desconocido se cernía sobre nosotros se convirtió en algo tangible y opresivo. El buen humor y la alegría predominantes en un principio entre los miembros de la caravana fueron sustituidos por un tenso ambiente de preocupación.

Zigzagueando por solitarios caminos que trepaban y descendían a través de abruptas montañas, envueltos muchas veces durante largas horas por húmedos mantos de nubes, avanzábamos a ritmo acelerado con rumbo a nuestra meta: la cada vez más cercana ciudad de Lhasa.

Si ya antes mi organismo se había resentido de los efectos de las primeras jornadas a caballo, aquello no fue nada en comparación con lo que me esperaba en la segunda etapa: con las ingles llenas de escaras y los huesos molidos, en medio de constantes mareos que me hacían volver repetidamente el estómago, y sufriendo un agotamiento general como nunca antes conociera, me mantenía a duras penas sobre mi montura, sostenido tan sólo por el amor propio y por las palabras de aliento del coronel y de Karl, quienes a pesar de su edad, manifestaban una increíble fortaleza física.

Varios días después de aquel en que recibíamos el misterioso aviso, divisamos una numerosa caravana acampada a escasa distancia del camino por el cual transitábamos. Al igual que en nuestro propio caso, resultaba un tanto inusitado el que aquel contingente se desplazase a través de una ruta tan incómoda, existiendo a escasa distancia caminos mucho más apropiados.

Nuestros guías tibetanos se dirigieron de inmediato a visitar el campamento. Se trataba de peregrinos que venían de Lhasa. De acuerdo con sus informes, en la ciudad santa del lamaísmo tenía lugar una rebelión en contra del ejército chino. Los peregrinos no estaban en posibilidad de proporcionar mayores detalles respecto a la revuelta, pues su salida de la ciudad había coincidido con el inicio de la misma. Su marcha a través de caminos poco transitados, obedecía al temor de cruzarse con los posibles refuerzos chinos que para esas fechas debían estar acudiendo a la capital.

Aquellas inesperadas noticias nos permitieron comprender cuán acertadamente habíamos procedido al apartarnos del camino central a Lhasa, de acuerdo con las instrucciones del desconocido ermitaño. De seguro esta vía se encontraba sujeta a una estrecha vigilancia por un ejército chino en estado de alerta.

Como es lógico suponer, las nuevas circunstancias venían a echar por tierra el proyecto inicial de introducirnos en Lhasa sin llamar la atención. Era muy probable que a nuestro arribo a la capital encontrásemos un cerco de tropas chinas impidiendo toda entrada o salida de la misma.

Con objeto de decidir la conducta a seguir ante aquella peligrosa situación, tuvo lugar una reunión de emergencia en nuestro campamento; en el curso de la misma se discutió largamente en diferentes idiomas. Al final de la heterogénea asamblea —en la cual no se pronunció una sola palabra en español— yo era la única persona que seguía sin saber cuáles eran las resoluciones en ella acordadas.

En aquella ocasión fue Karl quien me informó sobre los nuevos planes, pues el coronel —único miembro de la caravana que hablaba los distintos idiomas utilizados por los integrantes de ésta— era requerido de un lado al otro del campamento.

De acuerdo con lo que Karl me refiriera, en la reunión se había adoptado la decisión de continuar adelante a pesar de lo desfavorable de la situación; asimismo se aprobó una estratagema propuesta por el propio Karl, tendiente a tratar de entrar y salir de Lhasa sin tener que hacer uso de la fuerza, ya que en vista de las circunstancias imperantes, cualquier confrontación armada con un ejército chino en pie de lucha resultaba particularmente riesgosa.

— ¿Qué clase de estratagema? —pregunté intrigado.

Karl adoptó un aire de alegre fanfarronería y afirmó:

—Según me enseñaron en la escuela, Asia es un continente habitado por salvajes, a los que únicamente los ingleses han sabido meter en cintura. Desde el primer momento en que acepté participar en esta loca aventura, consideré que en caso de peligro, el equipo más apropiado para deambular por estas latitudes sería un uniforme del ejército colonial inglés del siglo pasado. ¡Esos ingleses sí que sabían tratar a toda esta gentuza! Ha sido una desgracia para la civilización que envejeciera tan pronto el león británico.

Decidí pasar por alto sus colonialistas y poco humanitarias afirmaciones y exclamé de mala gana.

—No veo cómo pueda sacarnos de apuros un uniforme inglés.

Karl señaló hacia el lugar donde se encontraban los cientos de mulas de la caravana, así como los numerosos y herméticamente cerrados bultos que éstas transportaban y afirmó:

—No traemos únicamente un uniforme de este tipo, sino más de doscientos y también tenemos de los empleados por las tropas hindúes de esa época. La sorpresa que se van a llevar los chinos será mayúscula, pues si como espero aún recuerdan los relatos de sus abuelos acerca de las represalias que tomaban las fuerzas coloniales inglesas cuando algún nativo se atrevía a disparar sobre un soldado de Su Majestad, ello será suficiente para infundirles respeto y mantenerlos confusos, al menos por el breve tiempo que necesitaremos para entrar a la ciudad y salir de ahí con un montón de libros apolillados y un jovencito tonto que pretende hacerse pasar por la reencarnación de algún viejo loco muerto hace mil años.

Comprendí que ante la presión del peligro, el ingenioso actor que yacía reprimido en el interior de Karl se liberaba y emergía en toda su plenitud.

Las escenas correspondían a las que normalmente pueden apreciarse en los camerinos de un teatro, en los estudios de cine, o en cualquier lugar donde los actores se preparan para iniciar su actuación: por doquier se veían personas que febrilmente se dedicaban a vestirse con la ropa adecuada para la próxima representación, despojándose de los disfraces utilizados en el acto anterior. Las vestimentas hindúes que todos portaban, eran hechas a un lado y en su lugar aparecían relucientes uniformes ingleses, idénticos a los utilizados en el pasado siglo por las fuerzas coloniales: los blancos saracofs sustituían a los turbantes, y las altas botas de montar, al calzado hindú; paños empapados en sustancias químicas dejaban ver, al ser frotados en la piel, rostros de blanca tez donde anteriormente existían morenos semblantes.

Por entre la agitada multitud de individuos dedicados a realizar tan fantástica metamorfosis, una persona se destacaba por su enérgica actividad; su actitud correspondía perfectamente a la de un buen director de cine o de teatro; ningún detalle pasaba desapercibido para él; en todo intervenía para ordenarlo o mejorarlo, lo mismo corregía la forma de llevar un sable, que aconsejaba la manera de pegarse unos gruesos mostachos.

La escena era, como ya hemos dicho, característica de un estudio de cine o de un camerín de teatro, pero, en realidad, tenía lugar en un desolado paisaje situado en el corazón de Asia y en donde, por el momento, no existía un solo espectador para admirar la posible representación que aquellos actores estaban a punto de iniciar.

Muy pronto habría espectadores en abundancia.

Una vez que los componentes de la caravana estuvimos debidamente ataviados con nuestros nuevos y a la vez anticuados uniformes, abandonamos la ruta seguida hasta entonces a través de las montañas, y nos dirigimos rumbo al camino principal que conduce a Lhasa, la cual estaba ya únicamente a dos jornadas de marcha.

El brillante espectáculo representado por el avance de aquella singular columna, tenía algo de fantástico e increíble; tal parecía como si los personajes de algún antiguo cuadro de la época victoriana —cuando la

hegemonía mundial del Imperio Británico constituía un hecho irrefutable— hubiesen rebasado los estrechos límites del marco que les contenía e irrumpido repentinamente en el mundo de la realidad. La estampa resultaba perfecta hasta en sus más mínimos detalles: las banderas inglesas ondeando al viento, la banda escocesa que de tiempo en tiempo inundaba al aire con el estridente sonido de las gaitas, la actitud de confiada superioridad de las marciales tropas inglesas, contrastando con la sumisa disciplina de los soldados hindúes, todo hacía pensar en un retorno a los días de mayor auge del colonialismo británico.

Como es de suponer, nuestra caravana comenzó a llamar poderosamente la atención de todos los habitantes de los lugares por donde atravesábamos; la gente corría presurosa a situarse a un lado del camino para contemplar el inusitado desfile; expresiones del más completo asombro se reflejaban en los rostros de los campesinos tibetanos.

A pesar del secular aislamiento característico del Tibet, el nombre de Inglaterra no es del todo desconocido para sus habitantes. En el año de 1904 un pequeño contingente de tropas inglesas se introdujo por la fuerza en el país, llegó hasta Lhasa y obligó al Dalai Lama de aquel entonces a concertar un tratado. No era, por tanto, imposible que algunas de las personas de más edad que contemplaban nuestro paso con ojos llenos de asombro, recordasen aún la marcha de aquellas otras tropas que portando idénticos uniformes, habían desfilado por aquel mismo camino cincuenta y cinco años antes.

Cada vez que atravesábamos alguna región particularmente poblada, nuestros guías tibetanos eran materialmente asaltados por turbas de curiosos que deseaban averiguar cuanto fuese posible respecto a tan singular expedición. Ante el alud de interrogantes, los guías se concretaban a repetir una y otra vez la truculenta explicación elaborada por Karl para justificar nuestra presencia en el Tibet. Según esta versión, constituíamos tan sólo una pequeña avanzada de las considerables fuerzas que acompañaban al esposo de la Reina Isabel de Inglaterra, el cual llegaba al Tibet a renovar el tratado firmado entre ambas naciones a principios de siglo. Nuestra misión era vigilar los preparativos necesarios para una adecuada recepción a personaje de tan alta investidura; concluido este propósito, retornaríamos al encuentro del príncipe para acompañarle en la última parte de su viaje a la capital.

La difusión a los cuatro vientos de una mentira tan inverosímil no tenía otro propósito sino el de hacerla llegar hasta oídos de los chinos, pues aun cuando no era de esperarse que éstos se tragasen semejante embuste, confiábamos en colocarles frente a una situación del todo inesperada, capaz de motivar en ellos un desconcierto de tal grado que nos permitiese cumplir nuestra misión antes de que se decidieran a atacarnos.

Al mismo tiempo que propalaban la citada versión, los guías procuraban ir obteniendo la mayor información posible acerca de los recientes acontecimientos ocurridos en Lhasa. Al parecer, todo se había iniciado el día primero de marzo, fecha en que los chinos comunicaron al Dalai Lama una extraña invitación: deseaban que asistiese a una representación teatral que tendría lugar en el campamento del ejército rojo, pero insistían se presentase sin su guardia. Semejante invitación despertó suspicacias entre los tibetanos, temerosos de que se tratara de una trampa para apoderarse de la persona del Dalai Lama. El día en que debería tener lugar la representación teatral, el pueblo de Lhasa se lanzó a la calle dispuesto a impedir que el supremo gobernante del país cayese en manos de los chinos. Tras de apostarse frente al Palacio del Norbulingka —residencia del Dalai Lama en esa época del año— la enardecida multitud comenzó a levantar barricadas, manifestando así su voluntad de oponerse por la fuerza, a cualquier intento de los invasores de despojar a la nación de sus autoridades tradicionales. Por su parte, las tropas chinas procedieron a ocupar los principales puntos estratégicos de la ciudad, pero hasta aquellos momentos —según el dicho de nuestros informantes— todavía no se producía un choque armado entre ambas partes, debido principalmente a la actitud mediadora asumida por las propias autoridades tibetanas.

Este era, pues, el tenso ambiente imperante en la capital del Tibet, de la que ya nos separaban tan sólo unas cuantas horas de camino.

Frente a nosotros, y tan cerca que parecía estar al alcance de la mano, se desplegaba el fascinante espectáculo de la ciudad de Lhasa, conocida comúnmente por los lamaístas como "La Ciudad de los Dioses" y bautizada por los extranjeros con el mote de "La Capital Prohibida", a causa de la proverbial oposición de los tibetanos a dejar que los extraños la visiten.

Destacándose desde la distancia, el majestuoso Palacio del Pótala —residencia oficial del Dalai Lama— domina todo el paisaje circunvecino a la capital. El famoso edificio es una imponente construcción de piedra, edificado sobre una colina, o más bien dicho "recargado" en ésta, pues siguiendo la tendencia de la arquitectura tibetana de que las construcciones semejen una prolongación del medio ambiente en el cual son creadas, el palacio parece haber surgido milagrosamente de la misma colina. Sus techos dorados, que refulgen en mil rayos al ser tocados por la luz del sol, contribuyen poderosamente a producir una impresión inolvidable al ser contemplados por vez primera.

La caravana hizo un último alto en el camino antes de iniciar el recorrido de los escasos kilómetros que faltaban para llegar a la ciudad. Mientras descansábamos observamos en el horizonte una gruesa polvareda que se acercaba rápidamente a donde nos encontrábamos; al aproximarse, nos percatamos de que se trataba de pesados camiones del ejército chino. Eran los primeros vehículos motorizados que veíamos desde nuestra entrada al Tibet; tanto el ruido que producían, como lo grotesco de sus moles metálicas, desentonaban con el paisaje; su presencia destruía la ilusión producida por la vista de la ciudad de Lhasa, de hallarse en medio de un bello mundo de fantasía. Se aproximaba el momento crucial del cual dependería, quizás, el éxito o fracaso de toda la expedición. Rápidamente nos aprestamos a ejecutar el plan concebido por la teatral mente de Karl.

Los camiones se detuvieron más o menos a un kilómetro del campamento; de ellos bajó un regular contingente de tropas vestidas con uniforme de color kaki que procedieron a alinearse en larga fila. Un pequeño grupo formado de cinco militares —supusimos que se trataría de oficiales— se encaminó en dirección a nuestro campamento.

Si un oculto observador hubiera podido recorrer en aquel instante el improvisado campamento donde nos encontrábamos, se habría percatado de la extraña paradoja que al parecer reinaba en el mismo: mientras por una parte un buen número de sus integrantes se mantenía en estado de alerta, ocultos a la vista de los chinos tras gruesas pilas de bultos y apuntándoles con sus armas, la inmensa mayoría de las tropas ahí reunidas descansaban despreocupadamente, charlando o tomando el té, sin prestar mayor atención a la proximidad del contingente chino.

Al aproximarse los oficiales chinos, salió a recibirlos una persona del campamento ataviada con un uniforme de las fuerzas nativas de la India del siglo pasado; se trataba, en realidad, de un simpático bengalí que por haber sido comerciante varios años en Hong Kong, sabía hablar chino con bastante fluidez.

Por hallarme situado a escasa distancia de la línea de entrada del campamento —vistiendo desde luego un elegante uniforme británico— me fue fácil observar los rostros de los chinos: en todos ellos se leía una expresión de sorpresa; sus nerviosos ademanes revelaban bien a las claras el deseo de encontrar, cuanto antes, una explicación lógica para el extraño e inusitado espectáculo que se ofrecía ante su vista.

Tras un breve intercambio de palabras sostenido entre el hindú y los chinos, éstos permanecieron aguardando a la entrada del campamento mientras el primero se dirigía a una cercana mesa de campaña, en la cual conversaban animadamente varios oficiales ingleses. Aparentemente temeroso de interrumpirlos, el hindú aguardó buen rato a un lado de la mesa; finalmente, uno de los supuestos oficiales —un individuo corpulento, de gruesos mostachos y mirada fieramente altiva— le ordenó con gesto impaciente que se acercase. Después de hablar con aquel orgulloso sujeto, el hindú fue a donde se encontraban los chinos y retornó con éstos hasta la mesa de los ingleses, ninguno de los cuales se dignó ponerse de pie para recibirlos. El oficial de los gruesos mostachos, sin dejar del todo la conversación con sus colegas, comenzó a dialogar con los chinos teniendo al hindú como intérprete; el tono de su voz era de una manifiesta displicencia, como si considerase que estaba realizando un gran favor al hablar con individuos a los que obviamente consideraba muy por debajo de su altiva persona.

Concluida la conversación, los chinos giraron sobre sus talones y abandonaron el campamento, procurando adoptar un acentuado aire marcial. Les vi pasar junto a mí; su rostro evidenciaba un manifiesto sentimiento de cólera reprimida, motivado, sin lugar a dudas, por el despectivo recibimiento de que habían sido objeto.

Una vez terminada la visita de los chinos, el altivo oficial inglés de gruesos mostachos —que no era otro sino Karl— se puso de pie y caminó hasta quedar oculto tras una alta pila de bultos, después de lo cual prorrumpió intempestivamente en sonoras carcajadas, con tales espasmos, que los falsos bigotes comenzaron a desprenderse de su cara. Comprendí entonces, hasta qué grado fascinaba a Karl la representación escénica; era todo un actor nato y gozaba al máximo cuando lograba llevar al cabo una buena actuación; era evidente que de no haber sido un próspero negociante, habría logrado triunfos memorables sobre las tablas.

Los oficiales chinos regresaron al lado de sus tropas. En virtud de la escasa distancia que nos separaba, pudimos observar que utilizaban un teléfono de campaña instalado a bordo de uno de sus camiones; probablemente informaban a sus superiores del reconocimiento efectuado en nuestro campamento.

— ¿Qué les dijo usted? —pregunté a Karl, cuando éste hubo concluido de desahogar su hilaridad.

— ¡Oh nada!, simplemente repetí el cuento de que somos la avanzada del Príncipe Felipe, que viene al Tibet a renovar el tratado celebrado con Inglaterra a principios de siglo. ¡Nunca olvidaré sus caras de asombro. De seguro temían encontrarse entre un grupo de fantasmas!

— ¿Y no le preguntaron por qué venimos vestidos en una forma tan estrafalaria?

—Por supuesto. Les dije que la Reina Isabel deseaba que la firma del nuevo tratado sirviera también para conmemorar el celebrado bajo el reinado de su antecesora la Reina Victoria, y por esta razón portábamos uniformes iguales a los del ejército británico de aquella época.

— ¿Y le habrán creído?

—Eso no importa. Creo que logramos desconcertarlos, y como se trata de militares, o sea de burócratas, no podrán tomar ninguna decisión por sí mismos, sino que turnarán el problema a sus superiores.

— ¿No dijeron nada acerca de lo que está pasando en Lhasa?

—Me dieron su propia versión de los acontecimientos. Según ellos, se trata de alborotos promovidos por "bandoleros reaccionarios"; incluso nos invitaron a que les acompañásemos al campamento chino para brindarnos protección contra cualquier agresión. Ni siquiera me digné contestar semejante proposición.

—Bueno, pues ojalá todo salga bien.

— ¡Mire, ya empiezan a irse!

Al parecer, y tal como Karl esperaba, los chinos preferían dejar para más tarde la solución del extraño problema planteado por nuestra presencia. Las tropas regresaban lentamente a los camiones y éstos, una vez puestos en marcha, comenzaban a alejarse en medio de nubes de polvo amarillo. ¡La entrada a Lhasa estaba libre!

Apresuradamente, y dominados por una febril emoción, procedimos a levantar el campamento e iniciamos la marcha para recorrer los contados kilómetros que nos separaban de nuestra meta: la capital del Tibet.

d) El Dalai Lama en oración

La ciudad de Lhasa está situada a más de 3,500 metros de altura sobre el nivel del mar, enclavada en un hermoso valle rodeado de nevadas montañas. El carácter marcadamente religioso de esta capital, se manifiesta al viajero incluso antes de entrar en ella, ya que en sus proximidades es posible contemplar numerosos templos. En su interior predominan, igualmente, las construcciones de carácter religioso: santuarios, monasterios y oratorios brotan por doquier, dando a la ciudad un sello inconfundible.

Además del Palacio del Pótala, cuya imponente figura de admirable simetría domina el paisaje, se destaca en segundo término el monasterio de Drebung, impresionante y gigantesca construcción de piedra, edificada en las afueras de la ciudad, y residencia de varios miles de monjes.

En el extremo oeste de Lhasa, rodeado de enormes y bien cuidados jardines a los que se llega por rectas y anchas avenidas, se encuentra el palacio del Norbulingka, residencia veraniega del Dalai Lama, y lugar hacia donde nos dirigimos conducidos por nuestros guías tibetanos, que se contoneaban orgullosos sobre sus monturas, al darse cuenta tanto de la impresión que causaba en nosotros la contemplación de las múltiples maravillas contenidas en la ciudad, como de la enorme curiosidad que despertaba entre sus compatriotas nuestro paso por aquellos lugares.

Una multitud cada vez más numerosa de personas, vestidas en su mayoría con ropas hechas de gruesa piel de yak, contemplaba nuestro avance con miradas cargadas de asombro. Fue en aquella ocasión, cuando terminé de percatarme plenamente de un hecho singular: los tibetanos poseen una mirada muy particular; sus ojos denotan una firme fijeza y una tranquila e insondable profundidad.¹

Al aproximarnos al Norbulingka estuvo a punto de producirse un incidente. A la entrada del palacio se encontraba una enorme muchedumbre de tibetanos, atrincherada tras de improvisadas barricadas erigidas con objeto de impedir el acceso de los chinos al palacio. Temiendo posiblemente alguna estratagema de los invasores, los tibetanos se alarmaron al observar nuestra llegada; se produjo un agitado movimiento en las barricadas y se oyeron estruendosos gritos de alerta, repentinamente sonaron varios disparos, que aun cuando al parecer habían sido hechos al aire, motivaron una justificada alarma en nuestras filas. A escasos centenares de metros de aquel lugar se erguía el principal campamento de los chinos, los cuales también estaban sólidamente parapetados y en estado de alerta; así pues, si se originaba un tiroteo, corríamos el riesgo de quedar cogidos entre dos fuegos, sin un solo lugar a la vista donde refugiarnos.

Cuando empezábamos a temer lo peor, se abrió una de las anchas puertas de la muralla y salieron varios soldados tibetanos, ante cuya vista la excitada multitud pareció calmarse un poco.

Una vez que los soldados llegaron hasta nosotros, informaron al coronel ser enviados de un importante funcionario del gobierno tibetano, el cual nos invitaba a pasar de inmediato al interior del palacio.

La columna reinició la marcha y la compacta muchedumbre se abrió para permitir nuestro avance. El temor inicial suscitado entre los defensores de palacio a causa de nuestro arribo, se trocó en un incontenible

¹ Posiblemente este hecho sea motivado por algunas de las especiales características del medio ambiente en que viven los habitantes de esta singular región del planeta, como por ejemplo, la deslumbrante luminosidad de la nieve, la transparencia de su elevada atmósfera, y el aire siempre cortante.

sentimiento de simpatía. Mientras cruzábamos por en medio de obstáculos que a toda prisa iban siendo retirados, los tibetanos prorrumpieron en estruendosas manifestaciones de júbilo, como si intuitivamente presintiesen que la lucha que libraban por la conservación de su independencia, se vería fortalecida con la inesperada llegada de aquel extraño contingente de tropas extranjeras.

Por nuestra parte, hicimos también todo lo posible para expresar la buena voluntad que nos animaba: las gaitas dejaron oír su alegre algarabía, se agitaron las banderas, y en medio de sinceras sonrisas traspusimos la amarilla muralla de labrada piedra que rodea el palacio. Fue aquel un bello e inolvidable instante.

El palacio del Norbulingka no consta de una sola construcción: distribuidos armónicamente entre sus espaciosos jardines, se levantan numerosos pabellones y capillas. La construcción central es un edificio no muy alto, de techo plano y recargado de adornos dorados. El palacio contaba en aquel entonces con un zoológico privado y con una variada colección de multicolores pavos reales, los cuales se paseaban perezosamente entre las hileras de flores de los parques y en las orillas de los estanques.

Los soldados tibetanos nos condujeron a un retirado pabellón situado en el lado sur del palacio; ahí nos aguardaba un elevado número de sirvientes que en un santiamén procedieron a descargar los pesados fardos de la caravana y a llevarse los cansados animales a las caballerizas de palacio.

Portando todavía su falso atavío de oficial inglés y acompañado de uno de los guardias tibetanos, el coronel se encaminó a la construcción central, donde le esperaba el alto funcionario que había ordenado se abriesen las puertas de palacio para recibirnos, y que como podrá adivinarse fácilmente, no era otro sino el antiguo maestro del coronel, o sea el personaje al que hemos venido designando a lo largo de esta narración como "el lama".

Mientras el coronel regresaba, Karl y yo tuvimos ocasión de charlar largamente; mi interlocutor seguía dominado por la euforia producida a resultas de su magistral actuación ante los chinos y ello lo conducía a vaticinar que la peligrosa aventura en la que estábamos metidos tendría un final feliz. Muy pronto aquel confiado optimismo habría de quedar sujeto a las más duras pruebas.

Al regresar de la entrevista con su antiguo maestro, el coronel nos comunicó con grave acento:

—Siento decirles que tengo muy malas noticias.

— ¿Qué pasa? —preguntamos Karl y yo al unísono.

—Por razones de índole religiosa, el Dalai Lama considera injustificable el empleo de la violencia; se niega a intentar abrirse paso por la fuerza y huir de la ciudad, no obstante que no desconoce los propósitos que tienen los chinos de liquidarlo.

Las palabras del coronel nos dejaron estupefactos, pues significaban que nuestra presencia en el Tibet en aquellos momentos resultaba del todo innecesaria.

—Pero entonces —arguyó Karl con el desconcierto pintado en el rostro— ¿Por qué solicitaron ayuda y pidieron armamento para el ejército tibetano?

Ante aquella pregunta el coronel manifestó evidentes señales de turbación.

—Mi maestro el lama está profundamente apenado por habernos metido en este asunto; según me ha confesado, el proyecto de dotar de armamento moderno al ejército tibetano fue elaborado por él en unión de otros lamas pertenecientes a la Asamblea Nacional; pero este proyecto fue desautorizado por el Dalai Lama.

— ¿Y por qué rayos no nos hicieron saber a tiempo todo esto? —preguntó Karl.

—Esperaban que el Dalai Lama cambiase de opinión.

— ¡Bien lo he dicho siempre: no hay peor cosa que los curas metidos a políticos!

La voz de Karl revelaba una profunda indignación. Y realmente tenía motivos suficientes para manifestar su enojo, pues él había costeadado aquella expedición sobre la base de que el gobierno tibetano le resarciría ampliamente de todos los gastos derivados de la compra del armamento y de su traslado hasta Lhasa.

El coronel fijó la vista en su amigo; resultaba fácil adivinar en su mirada la inmensa vergüenza que le embargaba en esos momentos. Con voz apesadumbrada afirmó:

—Karl, lamento mucho todo esto; si hubiera sospechado que las autoridades tibetanas no pagarían los gastos, nunca te habría metido en este enredo.

Al escuchar aquellas palabras desapareció al instante la cólera de Karl, quien recuperando su habitual tono jovial exclamó:

— ¡Vamos, vamos, compañero, no me vengas a mí con esas cosas! ¿No creerás que voy a quedarme en la miseria por esta estupidez? Es más, a mi juicio valió la pena: hacía años que no me divertía tanto; nunca olvidaré esas caras de asombro de los oficiales chinos. ¿Te imaginas el embrollo que para estas fechas hemos

de haber causado en varias cancillerías? La embajada china en Londres ha de estar ya investigando si de verdad Inglaterra piensa inmiscuirse en el Tibet, y tratando de averiguar por dónde anda el paseador Príncipe Felipe. ¡Si todo esto ha sido fenomenal!

Al oír a Karl no pude dejar de admirar su alta calidad de amigo; no sólo no profería recriminación alguna en contra de quien le embarcara en tan costosa como inútil aventura, sino que aún conservaba arrestos suficientes para tratar de enfocar la cuestión desde su lado cómico.

Terciando en la conversación, formulé la pregunta cuya respuesta consideraba más apremiante dadas las circunstancias imperantes:

— ¿Y ahora qué vamos a hacer?

Sin dudar ni un segundo Karl respondió:

—Largarnos de aquí. En cuanto los chinos se enteren de que somos unos impostores van a contraatacar y a pulverizar la rebelión: si el iluso que gobierna este pueblo de locos desea hacer el papel de mártir, tendrá muy pronto oportunidad de ver cumplidos sus anhelos.

Observando que el coronel permanecía silencioso, Karl expresó de nueva cuenta su intención de salir de Lhasa de inmediato:

—Esta ciudad es un polvorín a punto de estallar; debemos prepararnos para salir de aquí lo antes posible.

—Desde luego eso sería lo más prudente —afirmó el coronel—; sin embargo, existe aún una ligera esperanza de que nuestros esfuerzos no hayan sido en vano: la mayor parte de los integrantes, tanto de la Asamblea Nacional como del Consejo de Ministros, continúan haciendo todo lo posible por hacer ver al Dalai Lama que debe tratar de salvarse, pues constituye el símbolo viviente de la nación; si el Dalai Lama aceptase intentar huir a las montañas, podríamos todavía proporcionarle una valiosa ayuda.

— ¿Y qué es lo que esperan ahora esos monjes de nosotros? —preguntó Karl con aspereza—. No pensarán que vamos a quedarnos aquí aguardando a que los chinos estén de humor para venir a matarnos.

—Nos piden retrasar un poco nuestro regreso. Esta tarde el Dalai Lama iniciará un ciclo de oraciones de seis días; cuando lo concluya, decidirá en forma definitiva si permanece en la ciudad o intenta salvarse.

Al oír aquello Karl, exclamó sobresaltado:

— ¡Seis días!, ¿qué no se sabe una letanía más corta? Si esperamos tanto tiempo, podemos quedar atrapados en esta ratonera.

El coronel no dijo nada, pero dado el inmenso cariño y agradecimiento que profesaba hacia el país de los lamas, no era difícil concluir que se inclinaba por arrostrar el peligro de prolongar nuestra permanencia en Lhasa, con tal de agotar toda posibilidad de poder proporcionar ayuda a los tibetanos.

Comprendiendo los sentimientos de su amigo, Karl alzó los brazos al cielo en resignado ademán y afirmó escuetamente:

—Está bien, nos quedamos.

Para los observadores de todo el mundo, que desde los más diversos rincones del globo siguieron con atención el desarrollo del drama ocurrido en el Tibet en el mes de marzo de 1959, existe un hecho del todo inexplicable: ¿A qué se debería —preguntan con extrañeza— que después del primer encuentro armado entre chinos y tibetanos, se haya producido un extraño compás de espera en las actividades de ambos contendientes?

La circunstancia de haber estado presente en la ciudad de Lhasa precisamente en esos días, me permite intentar formular una hipótesis factible a esta incógnita:

He mencionado anteriormente, que la rebelión del pueblo de Lhasa en contra del ejército chino de ocupación, se inició cuando los tibetanos se propusieron impedir que el Dalai Lama acudiese sin sus guardias a una representación teatral en el campamento de los invasores, los cuales, a juzgar por una serie de seguros indicios, tenían la intención de aprovechar aquella ocasión para hacerlo prisionero.

Ahora bien, recién iniciado el conflicto, cuando los chinos reagrupaban apenas sus fuerzas y se disponían a dar comienzo a un contraataque, nuestra expedición hizo su aparición en escena, ostentándose como emisaria de la Corona Británica.

A no dudarlo, la irrupción de un elemento tan inesperado fue origen de una enorme confusión en ambas partes. Para el común de los tibetanos —que ignoraban al igual que los chinos todo lo concerniente a nuestro verdadero origen— constituimos un fugaz motivo de ingenua esperanza: tal vez el resto del mundo no los olvidaba, y comenzaba al fin a tratar de ayudarles en su desigual y desesperada lucha por conservar la independencia de su nación. Por lo que hace a los chinos, y concretamente al comandante en jefe de las fuerzas de ocupación, nuestra aparición debió constituir, tal como Karl imaginara, un problema que rebasaba

no sólo su comprensión, sino también su competencia para intentar resolverlo; razón por la cual, es del todo seguro que debió solicitar órdenes a Pekín, dejando para más tarde la reanudación de las hostilidades.

Esta es pues, al menos a mi juicio, la explicación de la causa que motivó el mencionado compás de espera ocurrido en plena rebelión, y el cual, según supe más tarde, constituyó en aquel entonces un completo misterio para los observadores extranjeros.

Mientras el Dalai Lama oraba y en el resto del mundo se hacían toda clase de elucubraciones acerca de lo que estaba pasando en Lhasa, nosotros permanecíamos disfrutando de un no deseado descanso en medio de la apacible belleza de los jardines del Norbulingka.

Según instrucciones recibidas de la guardia de palacio, ninguno de los integrantes de la expedición —a excepción hecha del coronel— estaba facultado para penetrar al interior de la construcción central, considerada por los tibetanos como un auténtico santuario, por hallarse habitada por la persona del Dalai Lama. En esta forma no dejaba de resultar cruelmente irónico el que después de haber recorrido medio mundo, y logrado llegar hasta la legendaria ciudad prohibida, todo lo que pudiésemos apreciar de la misma se redujese a la contemplación de un jardín.

Cuando por fin llegó la fecha señalada por el Dalai Lama para dar a conocer su respuesta final, el coronel marchó al interior del palacio varias horas antes del inicio del atardecer.

En los alrededores del pabellón donde nos alojábamos, se laboraba febrilmente, pues fuese cual fuese la resolución que adoptase el Dalai Lama, nuestra salida de la ciudad tendría lugar a la mañana siguiente. Todos deseábamos que la decisión del supremo gobernante del Tíbet coincidiese con los deseos abiertamente expresados tanto por las autoridades como por el pueblo tibetano.

Anochece ya cuando retornó el coronel. La decisión del Dalai Lama había sido negativa: no abandonaría la ciudad.

Dando rienda suelta a su indignación, Karl prorrumpió en irreproducibles impropiedades en contra de todos los asiáticos, particularmente de los tibetanos. En medio de un desaliento general, terminamos de efectuar los preparativos para abandonar la ciudad.

En la madrugada del día siguiente —17 de marzo de 1959— las puertas del Norbulingka se abrieron y la larga caravana inició su desfile. El orden de marcha —así como la vestimenta— era idéntico al adoptado a nuestro arribo a la ciudad: se iniciaba con el pequeño grupo de guías tibetanos, seguía un contingente de tropas hindúes, después las supuestas tropas inglesas, entre las cuales me contaba yo; a continuación venían varios hatos de mulas transportando el grueso de la carga y conducidas por porteadores hindúes; finalmente, cerraba la caravana el resto de las tropas hindúes.

Al atravesar por entre las barricadas erigidas por el pueblo en las afueras del palacio, observamos que el número de personas que hacían guardia en las mismas era muy inferior al existente al momento de nuestra llegada. La ausencia de combates comenzaba a producir sus efectos, pues los tibetanos, aburridos al ver que no ocurría nada, dejaban casi abandonadas las barricadas durante la noche con objeto de poder ir a dormir cómodamente a sus casas.

Un profundo sentimiento de frustración me fue invadiendo al avanzar a través de las desérticas calles de la ciudad. No sólo me percataba plenamente del fracaso y de la total inutilidad de nuestra expedición, sino también de la inminente destrucción que se cernía sobre el débil e indefenso país de los lamas, por el que comenzaba a sentir un profundo afecto.

De improviso sonó una atronadora descarga y una lluvia de balas se abatió sobre nosotros.

3 MUERTE

El furioso estruendo de las balas enloqueció al caballo sobre el cual cabalgaba; profiriendo aterrados relinchos, el animal se alzó sobre sus patas delanteras. Un segundo después, estaba yo tirado de bruces en el suelo; me incorporé justo a tiempo para evitar ser arrollado por varios caballos sin jinete que pasaron corriendo en desbocado tropel.

Una indescriptible confusión reinaba por doquier; comprendí que habíamos caído en una emboscada de la que difícilmente saldríamos con vida. Tiradores apostados en las casas de ambos lados de la calle nos disparaban sin cesar. Los dos extremos de la avenida estaban siendo cerrados por camiones del ejército chino, surgidos quién sabe de donde, desde los cuales comenzaban también a disparar sobre nosotros.

Repentinamente, por entre toda aquella infernal barahúnda, contemplé un cuadro que me heló la sangre en las venas: postrado en el centro de la calle yacía el coronel, arrodillado a su lado se encontraba Karl, quien

desesperadamente trataba de contener la abundante hemorragia que brotaba de las heridas del caído. Dando rápidos saltos cubrí la escasa distancia que me separaba de ambos.

— ¡Agáchese! —gritó Karl mientras tiraba de mí. —Creo que está gravemente herido—, exclamó contestando así a la pregunta contenida seguramente en mi desconcertada mirada.

El coronel estaba materialmente bañado en sangre; se encontraba sin conocimiento y costaba trabajo percatarse de que aún vivía; al parecer había recibido el impacto de dos o tres disparos a la altura del tórax y el estómago.

Dominando el estruendo, se dejó escuchar el cercano estallido de varias granadas. Alemanes e hindúes iniciaban ya un contraataque. Pasado el desconcierto del primer momento, se imponía una obvia consideración: la de no permanecer más tiempo al descubierto, sirviendo de fácil blanco a tropas parapetadas tras los muros de las casas; era necesario abrirse paso al interior de algunas de las más próximas edificaciones, y eso era precisamente lo que trataban de hacer la mayor parte de los integrantes de la expedición, valiéndose para ello de granadas de mano y ráfagas de ametralladoras portátiles. El ruido ensordecedor de la batalla crecía por segundos.

Un hindú nos ayudó a Karl y a mí a transportar el cuerpo del coronel; los nuestros habían logrado forzar la entrada en una casa vecina y hacia ella condujimos al herido, en medio del incesante silbar y rebotar de las balas. Al entrar en la casa, contemplé los destrozados cadáveres de algunos soldados chinos; sus uniformes caqui con grueso forro de algodón estaban teñidos de sangre, los puntiagudos gorros con estrellas rojas continuaban adheridos a sus cabezas.

Depositamos al coronel en la esquina más segura de una habitación que se llenaba de gente por momentos. Al poco rato hizo su aparición uno de los seis médicos que acompañaban a la expedición. Tras un rápido examen del ensangrentado cuerpo del prusiano, el galeno comenzó a taponar las heridas con material de primeros auxilios adecuado al caso; cuando hubo concluido, dialogó brevemente con Karl, pero como ambos se expresaron en alemán, no entendí nada de lo que decían. Ansiosamente interrogué a Karl acerca de lo que le informara el doctor sobre el estado del coronel; su respuesta fue tan sólo una mirada cargada de angustia y desesperación.

Requerido por varias personas, Karl se alejó de la habitación —la cual se estaba convirtiendo rápidamente en un improvisado hospital pletórico de heridos— mientras yo permanecía, mudo y abatido, al lado del cuerpo inconsciente del coronel.

El fragor de la batalla crecía con furia incontenible. Impulsado por la curiosidad, atisé sigilosamente por el agujero dejado por una bala en el tablón que cerraba una pequeña ventana. El estado de la lucha se mantenía indeciso: tras de lograr apoderarse de varias casas de aquel lado de la calle, los nuestros intercambiaban un nutrido tiroteo con los chinos, parapetados en las casas de enfrente y en las esquinas de la avenida. La proximidad de los contendientes convertía el combate en una especie de despiadado fusilamiento de ambos bandos.

El espectáculo que ofrecía la calle por la cual transitábamos minutos antes, era de lo más macabro: un ensangrentado reguero de hombres y animales —muertos y heridos— alfombraba materialmente el suelo. Entre aquel confuso montón predominaban los cuerpos de animales, ya que al iniciarse el combate todos los integrantes de la expedición desmontaron de sus cabalgaduras, y éstas —en unión de las numerosas bestias de carga que transportaban equipo y armamento— habían corrido de un lado al otro en medio de las balas, hasta caer heridas o ser atrapadas por los chinos ubicados en los extremos de la calle, cuyo número —según pude observar con alarma— aumentaba de continuo.

Acompañado de un sonriente gigante, Karl regresó a la habitación. Se trataba de un individuo que desde el comienzo del viaje había llamado poderosamente mi atención, tanto por su estatura y musculatura excepcionales —alrededor de dos metros de altura y más de cien kilos de fornidos músculos— como por una peculiar característica: invariablemente su rostro denotaba una inmutable expresión de alegría, como si siempre estuviese a punto de comenzar a reír a carcajadas a causa de algún motivo particularmente jocoso. Cuando en cierta ocasión interrogué al coronel respecto de aquel sujeto, me respondió —sin darme mayores explicaciones— que dicho individuo era un ex oficial de las S.S. Al parecer entre el coronel y el extraño gigantón existía alguna animadversión, pues a lo largo del viaje pude observar que nunca intercambiaban la menor palabra.

Al penetrar Karl y el mencionado gigantón en la habitación donde me encontraba, noté con asombro que la expresión de júbilo característica en este último se hallaba particularmente acentuada en aquellos momentos. Aparentemente, el hecho de haber caído en una emboscada y de tener que luchar desesperadamente por conservar la vida, eran para él motivo de un muy especial regocijo.

Tras de echar un rápido vistazo a su alrededor, el gigante sonriente comenzó a impartir órdenes con voz estentórea acompañada de enérgicos ademanes. Comprendí que aquel extraño sujeto era quien estaba organizando y dirigiendo nuestra defensa.

Instantes después, el corpulento alemán se alejó introduciéndose en un cuarto vecino. Karl se acercó a donde me encontraba —al lado del coronel— y con mirada dolorida contempló el pálido rostro de su amigo, a la vez que inquiría sobre si éste había experimentado algún cambio. Tras de contestarle negativamente pregunté a mi vez:

— ¿Cómo va todo?

—Difícilmente podía ir peor; estamos totalmente cercados por fuerzas muy superiores en número y no tenemos ninguna probabilidad de abrirnos paso. Nos defenderemos hasta lo último, procurando les resulte lo más costoso posible acabar con nosotros.

A pesar de que aquellas palabras implicaban prácticamente una sentencia de muerte, no sentí emoción alguna al escucharlas. Desde el inicio del combate estaba sumido en una especie de sopor que me impedía razonar o sentir con claridad.

Estaba todavía procurando darme cuenta cabalmente de la gravedad de lo expresado por Karl, cuando —sin que existiera razón aparente para ello— la intensidad de las descargas provenientes de la calle contraria comenzaron a disminuir ostensiblemente.

Intrigados ante aquel hecho inesperado, Karl y yo nos arrastramos cautelosamente por la escalerilla que conducía a la azotea, con objeto de averiguar lo ocurrido. El techo de la casa se encontraba lleno de alemanes que continuaban disparando sobre los edificios de la calle de enfrente, pero los chinos apenas si contestaban el fuego: estaban desalojando a toda prisa sus posiciones, para lo cual se deslizaban de azotea en azotea, hasta llegar a los edificios situados en los extremos de la avenida y desde ahí bajaban a la calle para abordar sus camiones y retirarse apresuradamente.

Muy pronto comprendí cuál era la causa de todo aquello: ¡los chinos estaban siendo atacados por la retaguardia!

He mencionado con anterioridad el hecho de que los habitantes de la ciudad de Lhasa llevaban más de una semana soportando una anormal tensión: empuñando las armas noche y día, aguardaban impacientes el esperado momento de iniciar la lucha contra sus odiados invasores, soportando a regañadientes la conciliadora actitud asumida por sus autoridades. Intempestivamente llegó hasta ellos el fragor de un combate que se libraba dentro de su propia ciudad, y ello vino a ser la chispa que hizo estallar las pasiones largamente contenidas. Como un solo hombre, todos los tibetanos de la ciudad acudieron al lugar de la lucha; al llegar a éste, no constituyó para ellos ningún problema el determinar a cuál de los dos bandos en pugna debían de apoyar: quienquiera que fuese el que combatía con los chinos pasaba a ser automáticamente su aliado.

Apresuradas y jubilosas voces de mando se dejaban oír en las casas ocupadas por los nuestros. Aun sin entender lo que decían, era fácil imaginar su significado: debía cesar el fuego de inmediato para evitar el riesgo de herir a los tibetanos.

Las tropas chinas se retiraban en buen orden y sin dejar de disparar en contra de los tibetanos, cuyo número crecía de continuo. Aun cuando la mayoría de los recién llegados no portaban armas de fuego, poseían, en cambio, el más variado arsenal que pueda imaginarse: espadas, cuchillos, ballestas, lanzas, e incluso piedras, las cuales arrojaban con magnífica puntería en cerradas andanadas. El avance de los tibetanos revestía a la vez un enardecido entusiasmo y un absoluto desorden. No pude menos que inquietarme al pensar en la posibilidad de que se suscitase una confusión, a resultas de la cual pudiésemos ser atacados de nueva cuenta.

Seguramente no era yo el único en temer esta posibilidad, pues con la mira evidente de evitar un fatal error, desde varias de las ventanas de los edificios en donde nos encontrábamos se hicieron ondear cautelosamente algunas banderas inglesas. Los integrantes de nuestra banda musical —apresuradamente reunidos— comenzaron a entonar lo más alto posible las notas de "God Save the Queen", que por una feliz coincidencia constituye también la música del himno nacional tibetano.²

Muy pronto resultaron del todo claros los sentimientos de los tibetanos para con nosotros: sus rostros risueños y expresivas aclamaciones no dejaban lugar a dudas respecto a lo amistoso de sus intenciones. El

² La causa de este hecho singular obedece a que en la segunda década del presente siglo, el progresista Dalai Lama reinante en aquel entonces —o sea el mismo que envió varios lamas a estudiar fuera del Tibet— decidió modernizar su pequeño ejército y, con este propósito, mandó a la India a varios jóvenes de la más alta nobleza a prestar sus servicios en el ejército colonial inglés. Una de las innovaciones introducidas por estos jóvenes al regresar a su país fue la de dotarlo de un himno nacional, para lo cual adoptaron la música del himno inglés con letra de una antigua canción tibetana.

espectáculo de aquel vociferante mar humano, que en unos cuantos minutos inundó materialmente toda aquella zona, resultaba de lo más reconfortante. Riendo y parlotteando, grupos de tibetanos penetraron en la casa observando todo con curioso detenimiento. Aquellos de entre nuestros guías que no habían perecido o resultado heridos en el encuentro, acaparaban la atención de sus compatriotas y en su derredor se formaban corrillos para oírles narrar los pormenores de la emboscada tendida por los chinos.

En el exterior, las manifestaciones de regocijo de los tibetanos comenzaban a revestir tintes macabros: los cadáveres de los soldados chinos fueron sacados a rastras a la calle, y una excitada multitud procedió a despedazarlos a golpes de sable y cuchilladas; posteriormente los despojaron de sus insignias y hasta de la tela de los uniformes, todo ello entre aclamaciones de júbilo, disparos al aire y gritos de guerra; mentalmente rogué por que los chinos hubiesen logrado retirarse con todos sus heridos. Varios jinetes se alejaban a galope arrastrando los inertes cuerpos de algunos soldados chinos a los cuales jalaban con cuerdas; deseaban, posiblemente, llevar la nueva de su victoria a todos los puntos de la ciudad, acompañada de la más convincente de las pruebas. En estos casos la multitud sentía que le era arrebatado un objeto de entretenimiento, y gritando y golpeando los cadáveres, perseguía un buen trecho a los jinetes, que se alejaban en medio de tumbos y regueros de sangre. Eran escenas simplemente escalofrantes.

— ¡Vaya caterva de salvajes! —exclamó Karl visiblemente disgustado al observar todo aquello. Después añadió dirigiéndose a mí:

—Vamos a ver cómo sigue el coronel.

Abriéndonos paso a través de congestionadas habitaciones, llegamos hasta el lugar donde dejáramos a nuestro amigo. El coronel yacía entre numerosos heridos; la palidez de su rostro y lo demacrado de sus facciones infundía espanto; su respiración era apenas perceptible y continuaba sin dar señales de una pronta recuperación del conocimiento.

Karl habló brevemente con los atareados médicos, quienes prodigaban simultáneamente sus cuidados a un sinnúmero de desdichados. Cuando abandonamos la deprimente atmósfera de aquella habitación, mi acompañante afirmó con acento que pretendía ser indiferente:

—Esos médicos son unos cretinos, no tienen la menor idea sobre la increíble capacidad de resistencia que caracteriza a todos los miembros de la familia del coronel; desconocen también que los locos tienen una fuerza especial y usted sabe muy bien que nuestro amigo es campeón entre los locos.

— ¿Pues qué es lo que opinan? —pregunté preocupado.

Karl trató de hablar, pero no pudo; sus sentimientos le vencían; cuando por fin logró dominarse, su voz sonó apagada y lejana, desprovista del falso tono de burla con que tratara de encubrir sus anteriores palabras:

—Según ellos, el coronel tiene, cuando mucho, unas horas de vida.

—No es posible —exclamé— ¿Es que los médicos no pueden hacer nada?

—Dicen que ya sólo un milagro lo salvaría... y francamente yo no creo en milagros.

La voz de Karl se quebró, su rostro estaba contraído por la angustia; nada en él revelaba el hombre habitualmente arrogante y dueño de sí mismo.

—Yo sí creo en milagros —repuse con firmeza.

—Ojalá tenga usted razón —respondió sin mucha confianza.

Un alemán de ropas desgarradas a resultas del combate se acercó hasta nosotros y habló con Karl en tono presuroso; éste se volvió hacia mí y afirmó:

—Parece que han llegado algunos soldados tibetanos; ojalá traigan buenas noticias.

Salimos a la calle donde continuaba imperando una enorme algarabía. La multitud rodeaba a un pequeño grupo de soldados tibetanos de caballería y procuraba exhibir ante éstos los trofeos adquiridos en su reciente lucha contra los chinos. Contemplé, con horror, a una alegre mujer que danzaba portando la cabeza decapitada y aún sangrante, de un oficial chino.

Karl y algunos otros alemanes comenzaron a tratar de dialogar con los soldados tibetanos; para ello fue necesario el establecimiento de una complicada cadena de traductores, en la que intervenían aquellos de nuestros guías que hablaban hindú, así como varios hindúes que traducían sus palabras al inglés.

Tras de mucho argüir con los recién llegados, dos cosas fueron quedando en claro: la primera, que la noticia del ataque que sufriéramos a manos de los chinos era ya del conocimiento de las autoridades tibetanas, y la segunda, que éstas nos ofrecían nuevamente como albergue el Palacio del Norbulingka.

La retirada del lugar donde se desarrollara el feroz encuentro, no era ni mucho menos una empresa fácil: resultaba indispensable recoger a los muertos y acondicionar a los heridos para su traslado. Por otra parte, no podía pensarse en dejar simplemente abandonada en las calles una gran parte del costoso equipo transportado por la expedición, máxime que en buena medida se trataba de armamento moderno.

Karl hizo saber a los soldados tibetanos la forzosa necesidad que teníamos de recuperar nuestro disperso equipo antes de abandonar aquel lugar, para lo cual se precisaba no sólo de la devolución de las bestias de carga que no habían sido capturadas por los chinos o perecido en la refriega, sino la adquisición de nuevos animales con que sustituir a los desaparecidos.

En vista del desorden y de la confusión existente, dábamos por cierto que muchos tibetanos se aprovecharían para hurtar la mayor parte de nuestro equipo, pero en contra de tan malévolas predicciones, pudimos observar con asombro cómo los soldados tibetanos —ayudados de incontables voluntarios— lograban recuperar en un tiempo asombrosamente corto la mayor parte del equipo, así como trasladarlo a las mulas y yaks que gentilmente nos prestaban desconocidas gentes del pueblo.

A pesar de la ayuda recibida, no fue sino hasta pasado el medio día cuando estuvimos en disposición de emprender el camino de regreso al Norbulingka, acompañados de una ruidosa multitud de tibetanos que marchaba cantando melodías de alegre tonada.

Al acercarnos al palacio escuchamos con alarma el sonido de varios disparos de fusil; la multitud comenzó a dispersarse con evidente intención de participar en la lucha; recordé que tanto el campamento central de los chinos, como las principales barricadas de los tibetanos, se encontraban en las proximidades del Norbulingka y temí se estuviese iniciando otro combate en el que de seguro nos veríamos involucrados.

Pronto pudimos darnos cuenta de que los disparos obedecían tan sólo a una simple escaramuza: apostados en diversos lugares alrededor del campamento central de los chinos, los tibetanos hacían fuego sobre éste, sin recibir más que una débil respuesta de sus ocupantes, aparentemente poco interesados en iniciar un combate formal en aquellas circunstancias.

Los soldados tibetanos nos guiaron hacia un costado del Norbulingka situado fuera del ángulo de tiro de las tropas chinas. En la muralla se abrió una escondida y bien disimulada puerta, por la que penetró nuestra columna.

Es de suponer que los chinos debieron percatarse de que estábamos logrando reingresar al palacio, y que ello fue motivo de un súbito enojo de su parte, pues repentinamente incrementaron considerablemente la intensidad de sus disparos. De improviso, y dominando por completo el estruendo de la fusilería, escuchóse por dos veces el ensordecedor disparo de un mortero: ¡Los chinos habían hecho fuego sobre el Norbulingka, la respetada residencia veraniega del Dalai Lama! Como si la magnitud del sacrilegio cometido espantase por igual a chinos y tibetanos, se suspendió al instante el tiroteo y un extraño y ominoso silencio reinó por doquier.

Fue precisamente en aquel momento, cuando crucé a caballo por la estrecha puerta por la que en esa ocasión penetramos al palacio. Lo primero que vi en su interior fue la figura de una persona a quien no conocía, pero a la cual identifiqué en el acto: se trataba del lama, el maestro del coronel.

Los disparos de mortero dirigidos por los chinos en contra del palacio del Dalai Lama —aun cuando en realidad no produjeron daño alguno, pues cayeron dentro de un estanque— ocasionaron una especie de parálisis expectante entre ambos contendientes. Los tibetanos que nos rodeaban se encontraban inmovilizados por el estupor y el desconcierto más absolutos, de seguro aún no terminaban de admitir como real la profanación de aquella venerada morada.

Entre aquel conjunto de aturdidas figuras, la persona del lama semejaba a un hombre despierto moviéndose con rapidez y seguridad en medio de un mundo habitado por sonámbulos. Bajo el influjo de su voz —enérgica y serena— los soldados y sirvientes tibetanos que llenaban los jardines del palacio parecían vencer el encantamiento que les dominaba e incorporarse lentamente a la vida activa.

Cuando el gigantesco teutón de la perenne sonrisa hizo su aparición en los jardines del palacio —encogiéndose sobre los estribos para poder pasar a través de la estrecha puerta—, el lama pareció adivinar que era este individuo quien comandaba militarmente la expedición, pues se dirigió hacia él hablándole en alemán, mientras señalaba con enérgicos ademanes varias de las construcciones del Norbulingka, como si deseara indicarle los puntos estratégicos en que, a su juicio, debían quedar distribuidas las tropas para el supuesto caso —no del todo inverosímil en aquellos momentos— de que tuviese que librarse un combate dentro de los confines del palacio.

En virtud de encontrarme a pocos metros del lugar donde ocurriera el encuentro entre ambos personajes, pude percatarme muy bien de la intensa sorpresa que la actitud del lama produjo en el alemán: la helada sonrisa petrificada de su rostro desapareció por breves instantes, siendo suplantada por una común expresión de asombro. Evidentemente aquel experimentado soldado no estaba acostumbrado a recibir indicaciones militares provenientes de un lama.

Un sirviente tibetano sujetó mi montura ayudándome a descender. En ese preciso momento el lama pareció reparar en mi presencia. Llegando hasta mí exclamó:

—Usted debe ser el discípulo mexicano de mi admirado amigo.

La profunda impresión de aquella voz, serena y poderosa a la vez, quedaba superada de inmediato ante la contemplación de la extraordinaria personalidad de su dueño.

El lama era tal y como el coronel me lo describiera en incontables ocasiones: su cuerpo alto y delgado; ligeramente inclinado hacia adelante, semejaba un fino arco en el instante de máxima tensión que precede al disparo de la flecha. Una elasticidad y reciedumbre excepcionales en un hombre de su edad —más de setenta años— poníanse de manifiesto en cada uno de sus movimientos, los cuales eran bruscos y nerviosos, y contrastaban drásticamente con la impresión de apacible serenidad que emanaba de su figura cuando se encontraba en reposo. Su rostro, de severas y clásicas líneas de asceta, contrastaba también con la inquieta energía a punto de estallar contenida en su mirada, que recordaba los ojos curiosamente infantiles de un niño.

No cabía la menor duda: aquel ser singularísimo era una inverosímil conjunción de cualidades aparentemente disímiles y contradictorias, y por si fuera poco, en aquellos momentos dramáticos que precedían al bombardeo del Norbulingka, el lama encarnaba en su persona una contradicción más: ataviado con los amarillos ropajes y las más altas insignias de la Iglesia Lamaísta Reformada —caracterizada por un pacifismo intransigente y un exagerado respeto a todas las manifestaciones de la vida— dirigía con ánimo resuelto la defensa armada del palacio.

Dominado por los confusos sentimientos que me producía la presencia del lama, respondí a la pregunta formulada por éste:

—Sí, soy yo; no sé si usted sepa que el coronel ha sido gravemente herido.

El lama asintió moviendo la cabeza, a la vez que señalaba con rápido ademán hacia la puerta de entrada, por la que penetraba en esos momentos un numeroso contingente de heridos transportados en camillas, siendo uno de ellos el coronel. Al verle, nos aproximamos hasta llegar a su lado. Una expresión de bondadosa tristeza dibujóse en el rostro del lama al contemplar a su antiguo discípulo; con suma delicadeza le estrechó las manos en una especie de afectuoso saludo que el coronel no pudo devolverle, sumido como estaba en la más completa inconsciencia; únicamente el débil palpar de su pecho permitía saber que aún continuaba con vida.

El lama ordenó a las personas que transportaban al herido lo depositasen en el suelo, y a continuación, tras de arrodillarse junto a él, extrajo de entre los amplios pliegues de sus vestiduras un extraño lente de aumento con el que procedió a observar con todo detenimiento las pupilas del coronel.

Aun cuando la conducta del lama no dejó de intrigarme, recordé que en la antigua China los médicos habían desarrollado hasta un grado muy avanzado un sistema de diagnóstico de las afecciones del organismo basado en el análisis de ciertas señales que —según ellos— se producen en el iris de los ojos a resultas de cualquier alteración de la salud. Supuse que el lama estaba tratando de determinar la gravedad del coronel mediante el empleo de este antiguo procedimiento chino. Repentinamente sentí renacer las esperanzas: tal vez donde occidente se confesaba derrotado, oriente aún tenía algo que decir.

En cuanto el lama terminó su original reconocimiento, formulé angustiado la pregunta que me atormentaba:

— ¿Es cierto que va a morir?

El lama fijó en los míos sus ojos de penetrante mirada, y por vez primera en aquel fatídico día, sentí una reconfortante serenidad.

— ¿Aún no sabe usted que la muerte no existe?

El tono empleado por el lama era casi de reproche, muy similar al que acostumbran los padres o los maestros con los niños pequeños cuando éstos se niegan a reconocer una realidad evidente; sin embargo, como estaba yo muy lejos de poder dar segura contestación a semejante pregunta, me limité a alzar los hombros en señal de incapacidad para formular cualquier respuesta.

La puerta que nos diera acceso al palacio estaba siendo cerrada tras cruzar por ella el último contingente de nuestra maltrecha caravana. Observé la presencia de Karl entre los integrantes del grupo que cerraba la marcha y le llamé a señas; sin esperar a que alguien se hiciese cargo de su cabalgadura, el germano desmontó y se aproximó presuroso hasta nosotros.

— ¿Cómo sigue? —preguntó señalando con ansiedad el cuerpo inconsciente del coronel.

—Creo que igual —respondí.

El lama pronunció varias frases en alemán dirigidas a Karl, quien al darse cuenta de que se hallaba frente al dignatario tibetano que había promovido la expedición, tuvo un súbito ataque de cólera: con el rostro encendido y la voz ronca y alterada, estuvo un buen rato profiriendo un torrente de palabras. Sin comprender lo que decía, supuse que Karl estaba reclamando airadamente al lama el no haber contado previamente con el pleno consentimiento del supremo gobernante del Tibet, antes de solicitar al coronel la organización de nuestra expedición de rescate.

Cuando Karl terminó de desahogar su ira ante el imperturbable lama, éste ordenó a los camilleros que izaran nuevamente al coronel, y tras de indicarnos le siguiéramos, nos condujo a través del tumultuoso desorden que imperaba en los jardines hasta un alejado pabellón, en una de cuyas confortables habitaciones fue instalado el herido.

La esperanza de que el lama lograría hacer valer en favor del coronel algún desconocido medicamento de oriente —nacida a resultas de mi fantasía y buenos deseos— desvaneciéndose bien pronto: en contra de lo que esperaba, el tibetano se limitó a extraer un rosario lamaísta de gruesas cuentas, y tras de sentarse junto al lecho donde se hallaba el herido y adoptar una actitud de profunda meditación, comenzó a orar.

Desesperado, volví nuevamente los ojos hacia occidente, e insté a Karl exigiese a los médicos de la expedición que intentasen hacer algo por el coronel, pero éstos reconocieron nuevamente su incapacidad para auxiliar al herido. No quedaba, por tanto, sino la débil esperanza de que merced a su naturaleza excepcionalmente vigorosa, el coronel lograra sobrevivir y dejase burladas las opiniones de los galenos.

Alrededor de las ocho de la noche, el coronel pareció recobrar un leve atisbo de conocimiento: entreabrió ligeramente los párpados y su demacrado rostro adquirió la expresión de percatarse vagamente de lo que ocurría en su derredor. El lama interrumpió sus oraciones y Karl sus nerviosos paseos. Nos aproximamos hasta quedar junto al herido, dirigiéndole algunas palabras de aliento. Instantes después, el coronel perdió otra vez todo asomo de lucidez, su respiración trocóse en un escalofriante estertor y una hora después su corazón dejó de latir.

4 NUBES, HORMIGAS Y HOMBRES

La muerte de mis padres —acaecida en un accidente automovilístico cuando apenas contaba yo siete años de edad— motivó que a lo largo de mi infancia y de los primeros años de mi juventud, padeciese una permanente soledad y un vacío afectivo que terminaron por hacer de mí un individuo introvertido y poco comunicativo.

Durante el breve período en que tuve la suerte de ser discípulo del coronel, la amarga sensación de soledad desapareció por completo de mi espíritu. En la superior personalidad del germano no sólo hallé al maestro ideal, también llegué a ver en él, en cierta forma, al padre que con afectuoso rigor ayuda a su hijo a desarrollar sus propias facultades; al hermano mayor capaz de brindar comprensión y estímulo, y al verdadero amigo que hace suyas nuestras alegrías y preocupaciones.

Como siempre ocurre con todas aquellas personas por las cuales profesamos un singular afecto, yo nunca había imaginado que la muerte del coronel pudiera acontecer en una fecha próxima. En esta forma —y a pesar de que tanto lo anunciado por los médicos como la actitud asumida por el lama, debieron hacerme comprender el desenlace que se avecinaba— me encontraba del todo desprevenido para hacer frente a la dura realidad que implicaba admitir que el coronel había muerto.

En los instantes mismos en que el coronel espiraba, el lama, cumpliendo con una costumbre imperante en algunas partes del centro de Asia, volvió el cuerpo del agonizante sobre el costado derecho y durante un rato oprimió con los dedos fuertemente la yugular; cuando le dejó, el coronel ya era un cadáver, y sus facciones —que segundos antes manifestaban la tensión derivada de la desesperada lucha de su organismo contra la muerte— comenzaron a adquirir rápidamente una expresión de serena tranquilidad, muy semejante a la de aquel que descansa tras de haber cumplido satisfactoriamente una ardua labor.

El lama sentóse de nuevo en el suelo y reinició sus oraciones. Karl abandonó con rápidas zancadas la habitación; llevaba el rostro desfigurado a causa del intenso dolor producido por la pérdida de su mejor amigo; comprendí que la pena le avasallaba y no deseaba le viéramos llorar como a un niño. Por mi parte, sin poder aún terminar de aceptar plenamente lo ocurrido, permanecí sumido en un indescriptible embotamiento cercano al sueño hipnótico.

Al poco rato penetraron en la habitación tres tibetanos que, a juzgar por sus vestiduras, debían ser importantes funcionarios del gobierno. El lama interrumpió sus oraciones y tras de dialogar brevemente con ellos, se alejó en su compañía; cuando salían, se cruzaron con Karl, quien regresaba con varias personas de la expedición. Observé que si bien el germano denotaba todavía visibles señales de abatimiento, estaba ya mucho más controlado y dueño de sí mismo.

Adoptando una rígida y militar postura, Karl y tres alemanes más iniciaron una guardia ante el cadáver de su compatriota. Mientras tanto, en mi interior se operaba un singular fenómeno. Como si a resultas de aquel desgraciado acontecimiento hubieran desaparecido los subconscientes diques que mantenían oculta a mi memoria una serie de recuerdos igualmente tristes, de improviso comencé a revivir en la mente toda la época

inmediatamente siguiente a la tragedia en que perecieron mis padres: el traslado a la casa de mis tíos, la actitud de desconcierto de éstos para conmigo, las miradas de mal disimulada conmiseración de las personas que nos visitaban, la extrañeza de los demás niños de la escuela al enterarse de que carecía de padres, y principalmente la permanente sensación de amarga soledad. En lo más profundo de mi ser comencé a percibir con horror el cercano renacimiento de aquel sentimiento de desolación e incertidumbre que fuera antaño mi más fiel compañero.

Continuaba Karl haciendo guardia ante los restos de su amigo, cuando retornó el lama seguido de los mismos funcionarios con quienes se marchara. Al parecer, deseaban hablar con Karl de algún asunto urgente, pues esperaron pacientemente a que éste cediese su lugar en la guardia a otro de los varios alemanes que aguardaban para rendir un último homenaje al coronel. A pesar de la neblina que envolvía mi cerebro, no dejó de intrigarme aquella reunión; finalmente las voces cesaron y escuché el ruido de pasos que se alejaban.

Transcurrido un tiempo que me resultaría difícil precisar, el lama regresó una vez más. En esta ocasión se dirigió directamente a mí.

— ¿No desea salir un momento?

La voz del lama tuvo la virtud de romper el estado de paralizante sopor en que me encontraba. Con pasos vacilantes le seguí hasta los jardines del palacio. Al salir al aire libre, la frialdad del medio ambiente me hizo estremecer, comencé a sentir un fuerte dolor de cabeza y de estómago; sin embargo, la pureza del oxígeno hizo las veces de un tónico, desvaneciendo parte del grueso velo que envolvía mi cerebro; de repente comprendí que existía un movimiento inusitado de personas y cosas en los jardines del Norbuligka: por doquier deambulaban grupos de sirvientes y de soldados tibetanos; observé, sorprendido, a varios de estos últimos portando modernos rifles automáticos. ¡Eran las armas que habíamos llevado al Tibet!

— ¿Qué ocurre? —pregunté intrigado al lama.

—Actuando sabia y prudentemente, nuestro muy honorable soberano ha reconsiderado sus anteriores decisiones y aceptado la valiosa ayuda que ustedes trajeron al Tibet. Abandonará la ciudad sagrada esta misma noche.

Aquella noticia que tan sólo unas horas antes habría sido motivo de una gran satisfacción —pues significaba que a fin de cuentas nuestra expedición de ayuda al Tibet lograba sus propósitos— me dejó del todo indiferente. Nada de lo que ocurriera podría ya devolverle la vida al coronel.

Contemplándome con particular atención, el lama afirmó:

—Según tengo entendido, su propósito principal al venir al Tibet, era continuar adquiriendo conocimientos acerca del pasado.

—Así es —repuse—. El coronel consideraba que podríamos permanecer estudiando bajo la dirección de usted en alguna parte del Tibet, pero ahora ya no me interesa nada; sólo deseo regresar cuanto antes a mi país y tratar de olvidar toda esta pesadilla.

El lama guardó silencio unos instantes; luego afirmó con ligero acento de reproche.

—El coronel tenía un magnífico concepto de usted.

Sentí vergüenza por mis anteriores palabras y balbucí una disculpa:

—Es que ahora ya no sé que hacer.

—Cuando logremos dejar a salvo a nuestro soberano, tengo proyectado dirigirme a un apartado monasterio; si usted lo desea, puede acompañarme para continuar ahí su aprendizaje.

Desconcertado ante aquella inesperada proposición, no atiné a formular respuesta alguna. Percatándose de ello el lama afirmó:

—Piénselo y decídalo cuando llegue el momento; ahora, con su permiso, voy a ver cómo van los preparativos de nuestra próxima marcha.

El lama se alejó con pasos apresurados y nerviosos; su forma de caminar no encuadraba ya no digamos con la que era de esperarse en un alto religioso lamaísta, sino simplemente con la de cualquier persona de su avanzada edad.

La febril actividad imperante en los jardines del Norbulingka crecía por momentos; tanto los miembros de nuestra maltrecha expedición como numerosos contingentes de tibetanos, se aprestaban para intentar huir de Lhasa antes del amanecer.

La inutilidad de mi presencia en aquellos lugares me hizo regresar a la habitación donde yacía el coronel. En el camino me llamó la atención un singular espectáculo: un grupo de lamas, que a juzgar por la mística

espiritualidad de sus facciones debían pertenecer a la clase de religiosos que enclaustrados en el palacio se dedicaban exclusivamente a la oración, salían del interior del edificio central portando una extraña y antiquísima colección de objetos dorados propia del culto tibetano. Simultáneamente otros lamas procedían a empaclarlos y acomodarlos sobre las bestias de carga 'alineadas en los jardines en largas filas. Al ver todo aquello, comencé a comprender la trascendencia histórica de los sucesos en que me había tocado en suerte participar: era el drama de la extinción de la última teocracia subsistente en el mundo.

Al penetrar en el pabellón donde se velaba al coronel, uno de los alemanes que hacía guardia junto al cadáver debió suponer que yo deseaba hacer otro tanto, pues se apartó dejándome su lugar. Tomé su puesto y adopté igualmente una rígida posición.

Mientras rendía aquel postrer homenaje al coronel, comenzó a dar vueltas en mi cabeza la reciente propuesta del lama. Aun cuando ciertamente al salir de México llevaba la intención de permanecer en Asia el tiempo necesario para aprender Historia, se trataba de una decisión derivada, en buena medida, de los vínculos de amistad que me unían al coronel; muerto éste, resultaba difícil aceptar la idea de permanecer en aquella inhospitalaria y agitada región del planeta, en donde por fuerza resultaría siempre un extraño. Sin embargo, a pesar de la evidente lógica de aquel razonamiento, no dejaba de preguntarme si aquella no sería, quizás, la última oportunidad de mi vida de poder contar con las enseñanzas de un auténtico maestro.

Deseando resolver cuanto antes aquel dilema, traté de imaginar lo que diría el coronel si pudiera aconsejarme; tras meditar en ello, llegué a la conclusión de que su opinión sólo habría podido ser en un sentido: debía aprovechar la oportunidad que me brindaba el lama de continuar estudiando bajo su dirección.

Recién terminaba de tomar aquella determinación, cuando llegaron Karl y el gigante de la petrificada sonrisa; noté con sorpresa que ambos se encontraban ataviados con gruesos ropajes tibetanos.

—Será mejor que cambie de ropa inmediatamente —afirmó Karl— saldremos dentro de poco tiempo.

Dando por concluida la que sería la última guardia ante el cadáver del coronel, acompañé a Karl al exterior. En los jardines imperaba un ambiente de alegría: los integrantes de la expedición terminaban de disfrazarse con prendas del país, y esto era motivo de un gran regocijo entre los tibetanos ahí presentes, quienes olvidando por completo la gravedad de la situación, proferían estruendosas risotadas al ver los apuros que pasaban aquellos extranjeros para lograr ajustarse sus vestimentas.

—Tal vez logremos pasar desapercibidos en la obscuridad y podamos salir de la ciudad sin tener que combatir —afirmó Karl a guisa de explicación.

—¿Es forzoso que partamos esta misma noche? —inquirí.

—Sí, todo parece indicar que los chinos atacarán el palacio en cuanto reciban refuerzos que están por llegar.

—Seguramente el ejército tibetano colaborará con nosotros.

—No creo que sirva de gran cosa; aquí todo está al revés: gobiernan los sacerdotes, los soldados rezan y los campesinos combaten. Un jovencito del pueblo es quien está dirigiendo la rebelión contra los chinos; ya hablamos con él para coordinar la huida de esta noche; creo que es la única persona inteligente que existe en este país de locos.

—¿Qué vamos a hacer con los heridos y con los muertos?

—Nos llevaremos a los heridos. El viaje representará posiblemente la muerte para algunos de ellos, pero seguramente todos prefieren correr ese riesgo, a quedarse en la ciudad y terminar siendo prisioneros de los chinos. En cuanto a los muertos, tendremos que dejarlos. Luego añadió con acento sombrío: —Estos salvajes no practican el entierro, tiran los cadáveres en el campo para que las aves de rapiña los devoren.

Sentí un escalofrío al pensar en lo que ocurriría con los restos mortales del coronel; Karl debió imaginar lo que pasaba por mi mente, pues añadió de inmediato:

—Llevaremos con nosotros el cuerpo del coronel y en cuanto estemos a salvo lo enterraremos.

Una gran sensación de alivio me invadió al escuchar esas palabras, si bien no dejaba de percatarme de lo egoísta de mi actitud, pues olvidaba a los demás integrantes de nuestra expedición que habían perdido la vida, y cuyos restos serían al día siguiente arrojados en las afueras de la ciudad como si se tratara de desperdicios. Sin embargo, comprendía asimismo la imposibilidad de cualquier otra solución, dadas las circunstancias imperantes.

Al darse cuenta de que aún no cambiaba mi indumentaria, un sirviente tibetano depositó cerca de mí un cargamento completo de ropa. Ignorando las burlas y risas de múltiples observadores, comencé a vestirme con aquel nuevo disfraz, mientras Karl procedía a explicarme brevemente el plan conforme al cual se pensaba salir de Lhasa esa misma noche.

El plan era bastante sencillo en su estructura general; las diferentes etapas de que se componía eran las siguientes: en primer término, contingentes de tibetanos armados —al mando del mencionado joven rebelde— avanzando en forma que les permitiera poder cubrir un amplio semicírculo, se apoderarían de todos los puntos importantes dentro de la ruta de retirada que se tenía proyectado seguir; a continuación, y acompañado tan sólo de un escaso número de personas para pasar lo más inadvertido posible, partiría el Dalai Lama; y finalmente, abarcando también al igual que las primeras fuerzas un extenso semicírculo, algunos cuerpos del ejército regular tibetano, unidos a los integrantes de nuestra expedición, cubrirían la retaguardia.

El principal objetivo que se perseguía con este plan, era el de constituir durante la huida, una especie de amplia y móvil "bolsa protectora" alrededor del Dalai Lama, con objeto de que éste se encontrase siempre en el centro de un círculo defensivo integrado por tropas amigas, que cubriendo un extenso radio de acción le brindasen una invisible pero segura protección. En esta forma, aun en el caso de que la fuga fuese advertida por los chinos y éstos tratasen de impedirla, el Dalai Lama contaría siempre con tiempo suficiente para tratar de alejarse en dirección contraria a aquella de donde proviniese el ataque a la "bolsa protectora" dentro de la cual se desplazaba.

La primera parte del plan se había desarrollado sin que se presentase ninguna dificultad; era tiempo, por tanto, de continuar adelante. Proveniente del interior del palacio, apareció en los jardines el reverenciado supremo gobernante del Tibet: el Dalai Lama.

Para los observadores occidentales, la actuación del Dalai Lama en los acontecimientos que antecedieron al total avasallamiento de su nación, ha resultado siempre un misterio difícil de descifrar, pues su conducta frente a los chinos parece estar plagada de incomprensibles contradicciones.

Al sobrevenir en el año de 1950 la invasión inicial del Tibet por las fuerzas de la China Roja, el Dalai Lama huyó a las montañas llevándose el tesoro nacional —el cual dejó debidamente oculto en seguro escondrijo— mientras simultáneamente, y al parecer con su consentimiento, se libraba en el país una recia lucha defensiva en contra de los invasores, que no concluyó sino hasta el momento en que el Dalai Lama manifestó su voluntad de dialogar con los chinos en busca de una solución pacífica del conflicto. Tras largas pláticas, celebróse un tratado según el cual el Tibet conservaría su soberanía interna, pero pasaba a formar parte de China, que lo representaría en materia de relaciones exteriores. En los años siguientes, y a pesar de las continuas y flagrantes violaciones, por parte de los chinos, a lo acordado en aquel tratado, el Dalai Lama mantuvo frente a éstos una actitud benévola y complaciente. A partir del 17 de marzo de 1959 —fecha en la que tuvieron lugar los dramáticos acontecimientos a que nos referimos— el Dalai Lama no sólo autorizó la lucha armada, sino que vino a constituirse en el símbolo mismo de la resistencia nacional en contra de los invasores.

Todos estos virajes en la conducta del Dalai Lama sólo pueden comprenderse cuando se conocen los encontrados motivos que impulsaban al gobernante tibetano en aquellos difíciles momentos.

El primero de estos motivos era de carácter religioso. El lamaísmo preconiza el más puro y acendrado pacifismo, llegando al extremo de considerar injustificable el empleo de la violencia aun para repeler una agresión. El Dalai Lama creía sinceramente en la plena validez de estos principios y, sin pestañear, hubiera dado la vida por demostrar su fidelidad a los mismos.

En contraposición al motivo anterior, existía otro de naturaleza un tanto imprecisa e indefinible, pero que puede expresarse en tres palabras: "Razones de Estado". En el Tibet, al igual que en cualquiera otra nación del mundo, por encima de la transitoria voluntad de los gobernantes en turno, existe siempre una serie de complejos elementos de carácter histórico a los que aquéllos tienen —en mayor o menor grado— que ajustar su conducta. Uno de ellos es, desde luego, el instinto de conservación y supervivencia nacionales. La ocupación del Tibet por los chinos constituía una amenaza a la existencia misma de la nación tibetana y, tarde o temprano, sus gobernantes tenían que verse envueltos en la desesperada lucha que aquella libraba por sobrevivir.

La aparición del supremo dirigente del Tibet en los jardines del Norbulingka, acaparó de inmediato la atención de todos los presentes. Una expresión de profundo respeto y emoción, unida a una manifiesta tristeza, se revelaba en el rostro de los tibetanos. Resultaba fácil percatarse del radical cambio que en los destinos del país de las nieves eternas se estaba operando ante nuestra vista: un Tibet en cuya capital no estuviese el legendario Dalai Lama dirigiendo los destinos de su nación, constituiría algo muy distinto a lo que durante siglos había venido siendo esa singular sociedad teocrática, enclavada en el centro mismo del continente asiático.

Atendiendo a los consejos de Karl, el lama había procedido a disfrazar al Dalai Lama de simple soldado tibetano, despojándole de sus lentes, por considerar que éstos podrían llamar la atención, pues su uso es prácticamente desconocido entre los soldados de este país. La carencia de tan necesario adminículo producía

en el rostro del Dalai Lama esa contracción característica de las personas que padecen miopía y no llevan puestos sus anteojos.

Un reducido número de personas —entre las cuales se encontraba el lama— acompañaban al supremo gobernante del Tibet. Todos los integrantes del grupo mantenían hacia el supuesto soldado una actitud tan manifiestamente respetuosa, que comencé a temer que el secreto de aquella fuga quedase al descubierto en cuanto el Dalai Lama cruzase las murallas del palacio y tuviera que transitar por entre la gente del pueblo acampada en las afueras del mismo.

El Dalai Lama y sus acompañantes atravesaron el jardín en medio de un expectante silencio, dirigiéndose a la puerta de salida. Cuando ésta se abrió para darles paso, todos los que nos encontrábamos dentro del Norbulingka contuvimos un instante la respiración. Sin dar la menor muestra de vacilación, el Dalai Lama y su pequeño séquito cruzaron el umbral y comenzaron a alejarse. Era medianoche y en el exterior imperaba la calma. La mayor parte de la gente del pueblo que custodiaba el palacio, gozaba de un bien ganado descanso tras los agitados sucesos del día; únicamente algunos grupos aislados mantenían una vigilante guardia, pero ninguno de sus componentes prestó mayor atención al soldado que en esos momentos salía del palacio.

Transcurrida una hora justa de la partida del gobernante tibetano, comenzó a desarrollarse la última fase de la operación: separados por intervalos de media hora, los contingentes que integraban la segunda parte del círculo protector que se pensaba tender en torno al Dalai Lama, comenzaron a salir del palacio. Se trataba de soldados tibetanos del ejército regular, entre los cuales iban mezclados —convenientemente disfrazados— numerosos miembros de nuestra expedición.

La esperanza de lograr que la retirada pasase inadvertida, pronto se vio frustrada. El constante movimiento de tropas saliendo del Norbulingka comenzó a llamar la atención entre la gente del pueblo acampada tras las murallas, y una vez en estado de alerta, los tibetanos no tardaron en darse cuenta de que entre los soldados que abandonaban el palacio, iban numerosos extranjeros ataviados con ropas del país.

Como ya había tenido oportunidad de comprobar con anterioridad, el tibetano es un pueblo dotado de un agudo sentido del humor. El hecho de haber descubierto que los extranjeros refugiados en palacio, salían de él procurando ocultar su huida por medio de disfraces, produjo en los espectadores un inmenso regocijo: en medio de alegres risas, la creciente multitud congregada frente a la puerta señalaba con ostentosos ademanes a todos los extranjeros que lograba localizar entre las filas de los soldados tibetanos.

En vista de los acontecimientos, no quedaba otra alternativa que la de hacer a un lado toda precaución y abandonar cuanto antes el Norbulingka. No era nada remoto que entre la multitud existiesen espías de los chinos y éstos pudieran enterarse de nuestra huida.

Formando parte de un último y nutrido contingente salí del palacio, montando el mismo caballo que utilizara desde mi arribo al Tibet y el cual —al igual que yo— había salido ileso de la emboscada tendida por los chinos.

Una gran excitación reinaba entre la gente congregada en los alrededores; sin embargo, su actitud era a todas luces amistosa y difícilmente podía reprochárseles la imprudencia de su conducta.

Avanzando con la mayor celeridad posible, pronto dejamos atrás las últimas casas y habitantes de Lhasa. La noche era muy oscura y el camino, en extremo pedregoso, dificultaba considerablemente nuestra marcha. El silencio imperante era la mejor señal de que hasta esos momentos la retirada se desarrollaba sin ningún contratiempo; a pesar de ello, la indescriptible sensación de ser perseguido, que se apodera de todo aquel que huye, nos hacía ver fuerzas enemigas emboscadas en todos los recodos del camino.

Mis últimos recuerdos de aquella noche de pesadilla son que vadeamos un río y después iniciamos un ininterrumpido y agotador ascenso. Cuando el sol comenzó a salir, pude darme cuenta de que estábamos subiendo por la ladera de una montaña. Por debajo de nosotros se extendía la llanura donde se asienta Lhasa. La ciudad parecía alejarse cada vez más rápidamente y pronto se perdió de nuestra vista. La distancia que para entonces nos separaba de Lhasa, permitía confiar en que, aun en el supuesto de que los chinos salieran a perseguirnos, les resultaría difícil encontrarnos entre aquel laberinto de montañas.

Muy pronto dimos alcance a varios de los grupos que nos precedían y en su compañía continuamos avanzando. ¡Todo parecía indicar que la fuga había sido un éxito!¹

¹ Resulta imposible saber si los chinos se enteraron de nuestra retirada la noche misma en que ésta se efectuó; en lo particular, me inclino a considerar como muy probable el que sus espías les hayan informado que los extranjeros asilados en el Norbulingka estaban abandonando el palacio, y que si se abstuvieron de perseguirnos, fue por considerar demasiado riesgoso el entablar una batalla nocturna contra un adversario disperso y teniendo de enemigos a todos los habitantes de la ciudad. Por el contrario, es casi seguro que de haber sabido que también el Dalai Lama escapaba de entre sus manos, no habrían escatimado esfuerzo alguno por impedir la huida del legítimo gobernante del Tibet.

Nos encontrábamos en un desconocido paraje, situado en una pequeña depresión de una inmensa montaña: una especie de valle minúsculo colgado a la mitad de un solitario gigante de piedra. Una resplandeciente alfombra de nubes se extendía a nuestros pies, impidiendo por completo la visibilidad de cualquier lugar alejado a más de cien metros debajo de nosotros; a escasa altura, un cerrado techo de nubes, también esplendorosamente blancas, hacía imposible toda visibilidad; estábamos, en cierta forma, aprisionados en medio de aquellos dos mantos de nubes que nos aislaban por completo del resto del mundo, dando a aquel lugar un aspecto fascinante y sobrenatural.

Casi en el centro del pequeño valle, en el único espacio donde existía un poco de tierra —pues el lugar era agreste y rocoso al máximo— fue cavada la tumba donde reposarían los restos mortales del coronel.

Tanto los soldados tibetanos, como los integrantes de la expedición que ahí sé encontraban, permanecieron alineados en posición de firmes durante la sencilla ceremonia del entierro. Un corneta alemán, veterano de la campaña de Rommel en Egipto, dio el toque de silencio acostumbrado en el ejército germano en estas ocasiones. Las tristes y marciales notas del clarín eran reproducidas por el eco de las invisibles montañas que nos rodeaban, el sonido regresaba a nosotros apagado, pero sin perder su lúgubre acento.

Mientras tenía lugar el espectáculo siempre deprimente que constituye el descenso de los restos de una persona a su última morada, recordé un grabado en el cual se representaba una escena similar y al mismo tiempo del todo diferente a la que presenciaba. El grabado se hallaba contenido en una revista alemana de principios de siglo, y me había sido mostrado en cierta ocasión por el coronel; en él se reproducía, con lujo de detalles, el entierro de su abuelo paterno, un valeroso militar honrado con la Orden del Águila Negra. El Kaiser Guillermo II presidía en persona el funeral, con su característico aire de marcial arrogancia; junto al féretro montaban guardia coraceros prusianos de elegante y vistoso atavío. En el largo reportaje de aquella revista dedicado al abuelo del coronel, tras de hacer mención a sus numerosas hazañas guerreras, se comentaba el hecho singular de que este personaje había visto transcurrir los últimos años de su avanzada existencia en medio de una creciente amargura, motivada por la cada vez más cierta posibilidad de que —como ocurrió— le correspondería a él la poca grata distinción de romper la más preciada tradición familiar, según la cual todos los primogénitos varones perdían la vida en el campo de batalla.

Repentinamente me di cuenta de que con la muerte del coronel, venía a cumplirse una vez más la aludida tradición familiar, lo cual no podía menos que calificarse de una cruel ironía del destino y constituía la última paradoja en una existencia llena de las más increíbles contradicciones: nacido en el seno de una familia que cimentaba todo su orgullo en un inmemorial belicismo, el coronel estaba dotado de un profundo espíritu pacifista; nada más alejado de su carácter de verdadero intelectual, que la carrera de las armas; sin embargo —y a pesar de haber vivido prácticamente alejado de los cuarteles— había llegado a ostentar un alto grado jerárquico en el escalafón de uno de los más rigurosos ejércitos del mundo. Dos guerras mundiales fueron libradas por su nación sin que él —por diversas circunstancias— participara nunca en un solo combate. En cambio, durante el transcurso de una ignorada escaramuza ocurrida en el centro de Asia, los disparos de unos oscuros y desconocidos soldados chinos le habían cortado la vida.

Las sucesivas paletadas de tierra iban ocultando rápidamente el cuerpo envuelto en mantas que yacía en el fondo de la solitaria tumba; sobre ésta se colocaron una gran cantidad de pesadas piedras con objeto de impedir fuese profanada por algún animal salvaje. Finalmente, una rústica cruz de madera con el nombre del coronel toscamente grabado, fue colocada sobre el pequeño promontorio de piedras.

Escuché a mis espaldas voces de mando pronunciadas en alemán y en tibetano. Los soldados comenzaron a dispersarse; junto al sepulcro permanecimos tan solo Karl y yo, silenciosos y meditabundos.

Observé que por entre las piedras y la tierra recién removidas en torno a la sepultura, pululaba gran número de asustadas hormigas, y a mi memoria vino la leyenda propalada por Herodoto sobre la existencia, en cierta región del Tibet, de hormigas gigantes que trabajaban sin cesar extrayendo oro de profundas minas. Recordé también otra interesante leyenda que me refiriera el coronel, según la cual, en un pasado remotísimo floreció una civilización de hormigas. De acuerdo con esta narración mitológica, la excesiva especialización del trabajo y la total subordinación del individuo a la comunidad, que caracteriza la admirable organización de las hormigas, al impedir las posibilidades de cambio y las tentativas de superación individual, habían terminado no sólo por paralizar el avance hacia una mayor ampliación de consciencia entre los integrantes de esta civilización, sino incluso por hacerles perder el grado de inteligencia individual alcanzado hasta entonces.

Un aire frío y cortante iba en aumento; la alfombra de nubes que se extendía a nuestros pies comenzó a ascender con rapidez. La caravana se puso en marcha para abandonar cuanto antes aquel inhóspito lugar. Mientras me alejaba, volví el rostro para contemplar por última vez la solitaria tumba; alcancé a ver la cruz de madera unos instantes antes de que las nubes, en su avance, la cubrieran por completo.

Dos días después nos reunimos con el resto de los integrantes de nuestra expedición; acampaban tras de unas inmensas rocas de extraño aspecto, de las cuales manaba un delgado chorro de agua de agradable sabor.

En el campamento se encontraba también el lama, acompañado de un grupo de soldados tibetanos y de otros lamas de diferentes edades y jerarquías; nos informaron que la fuga del Dalai Lama había concluido con éxito y que el supremo gobernante del Tibet, debidamente protegido, se encaminaba a una escondida fortaleza en las montañas, desde donde continuaría ejerciendo el gobierno del país.¹

Antes de nuestro arribo al campamento, informé a Karl acerca de mis intenciones de quedarme en el Tibet a estudiar con el lama. El germano trató por todos los medios posibles de hacerme desistir de mi empeño; al no lograrlo, dio por sentado que yo también estaba loco de remate.

En cuanto pude encontrarme a solas con el lama, le informé acerca de mi decisión; tras una larga entrevista con él, me sentí plenamente confiado de haber adoptado la resolución más atinada para el futuro.

Con excepción del lama y de un pequeño número de porteadores y religiosos de menor jerarquía que le acompañaban, los demás tibetanos que se encontraban aguardándonos en el campamento, llevaban la misión expresa del Dalai Lama de conducir a Karl y al resto de la expedición hasta un sitio cercano a aquel donde se mantenía oculto el tesoro nacional, *con* objeto de pagar al germano *todos* los gastos efectuados por éste en la realización de aquella expedición.

Con motivo de este pago, se suscitó un serio disgusto entre Karl y el lama. El negociante de Hamburgo mantenía un vivo resentimiento en contra del lama y de las autoridades tibetanas, a las cuales juzgaba culpables en buena medida —por su vacilante línea de conducta— de las bajas sufridas durante la emboscada tendida por los chinos, particularmente de la muerte del coronel. Así pues, y actuando totalmente en contra de su bien ganada fama de mercantilista, Karl se valió de aquella oportunidad para mortificar a los tibetanos en forma por demás curiosa: negándose a recibir compensación alguna.

Los habitantes del Tibet son muy escrupulosos en lo que se refiere al "pago de servicios"; están convencidos, por ejemplo, de que si después de haber solicitado la intervención de un médico no se le cubren sus honorarios, la medicina prescrita por el galeno no surtirá ningún provecho al enfermo. Resultará fácil comprender el predicamento en que Karl colocaba al lama, al negarse a recibir el importe de las armas llevadas al Tibet, y en general de los gastos derivados de la expedición.

A petición del lama, intervine ante Karl para tratar de hacerle cambiar de opinión. Aun cuando en un principio el germano se mantuvo inflexible, terminó por aceptar cuando le hice ver que el agradecimiento que de seguro guardarían siempre los tibetanos hacia la persona del coronel —quien tan generosamente promoviera aquella expedición en su ayuda— podía verse empañado y disminuir considerablemente a resultas de aquel incidente.

Una vez superadas las diferencias, nos preparamos para partir hacia nuestros respectivos objetivos: Karl y los demás integrantes de la expedición se encaminarían primeramente al lugar donde se les entregaría una determinada cantidad de oro, para después dirigirse a la India y posteriormente regresar a Europa; por mi parte, en compañía del lama y de su pequeño séquito, marcharía hacia un destino que me era del todo desconocido.

Al despedirme de Karl, éste reiteró su promesa de mantener a buen recaudo y convenientemente invertida la modesta fortuna que me heredaron mis padres, la cual había depositado en sus manos antes de salir de Alemania previendo que mi estancia en Asia sería prolongada.

La larga caravana de alemanes, hindúes y tibetanos, comenzó a alejarse. Antes de doblar un recodo del camino, Karl, que marchaba al final de la fila, detuvo su cabalgadura, y volteando en dirección a donde nos encontrábamos, agitó varias veces los brazos en señal de despedida. Comprendí que mi último lazo de unión con Occidente estaba a punto de romperse y emocionado contesté repetidamente el saludo; después Karl reemprendió el camino y al dar vuelta al promontorio, su figura —al igual que el resto de la expedición— desapareció por completo ante nuestra vista.

En unión de mis nuevos acompañantes emprendí la marcha en dirección opuesta a la tomada por la expedición. Las pisadas del caballo en las desnudas rocas producían un ruido peculiar y monótono, que sonaba en mis oídos como el apagado rumor de una palabra incesantemente repetida: "achtung, achtung".²

Comprendí que, más que nunca, el contenido de aquella palabra debía constituir todo un símbolo.

¹ Ese fue el propósito inicial del Dalai Lama al huir de Lhasa; posteriormente se vio obligado a abandonar su fortaleza en las montañas y a buscar asilo en la India.

² Atención, atención.

5 EN EL TECHO DEL TECHO DEL MUNDO

a) *Un Ermitaño Excepcional*

Tratar de describir la incomparable experiencia que representa un viaje de varias semanas por las gigantescas y desoladas cordilleras tibetanas, constituye una labor de difícil realización.

¿Cómo lograr —por ejemplo— transmitir al lector la admiración que produce contemplar en cada nuevo amanecer el juego fantástico de multicolores tonalidades que se desarrolla en las cumbres de las montañas y en el que al final termina triunfando, en medio de fascinantes resplandores, el más puro e inmarcescible color blanco? o bien ¿cómo explicar la sensación de infinita pequeñez que produce el avanzar sin cesar a través de aquellos gigantes majestuosos, sumidos al parecer en un letargo inmemorial?

Todo el espectáculo posee una grandiosidad indescriptible: las escarpadas paredes de roca que se alzan perpendicularmente varios cientos de metros, los furiosos torrentes que se precipitan entre abruptos barrancos, los bosques de coníferas envueltos en pesada niebla, los pequeños lagos de aguas inmutablemente serenas, y como nota permanentemente característica, el silencio y la soledad más absolutos, al grado de que llega a creerse que se transita por un planeta donde aún no existen seres humanos.

El objetivo inmediato de nuestra marcha lo constituía un escondido monasterio, al cual debíamos llegar en busca de un elevado número de libros.

Considero que este asunto de los libros merece una explicación especial. Como se recordará, la expedición al Tibet organizada por iniciativa del coronel, tuvo en un principio dos finalidades: la primera era tratar de salvar al Dalai Lama, cuya vida y libertad se encontraban en peligro; y la segunda consistía en evitar que los libros sagrados de los lamaístas, concentrados en gran cantidad en la ciudad de Lhasa, cayesen en poder de los chinos. El inesperado giro tomado por los acontecimientos poco tiempo después de nuestro arribo al Tibet me había hecho olvidar por completo todo lo relativo a los famosos libros.

Antes de emprender el viaje por entre las montañas, en unión del lama, éste procedió a relatarme que en previsión de que el llamado de auxilio dirigido al coronel meses atrás no tuviese éxito, había puesto en acción un plan tendiente a salvar el invaluable legado de sabiduría contenido en los libros existentes en los numerosos monasterios de Lhasa. Tras rigurosa selección, las obras más valiosas habían sido divididas en tres secciones y, ocultas entre mercancía de diversa índole, fueron enviadas en diferentes caravanas con rumbo a escondites previamente seleccionados.

Los libros que componían las dos primeras secciones habían llegado felizmente a su destino y ya estaban debidamente ocultos a la rapacidad del invasor; en cambio, las obras pertenecientes a la tercera sección no corrieron igual suerte. La caravana que las transportaba sufrió un ataque en las montañas a manos de una partida de forajidos —ignorantes de que estaban luchando por apoderarse de libros antiguos que seguramente no tenían para ellos valor alguno— y si bien logró rechazar a los agresores, quedó en tal forma maltrecha, que no se atrevió a proseguir el viaje, razón por la cual aceptó la proposición que le hicieran los lamas del monasterio más cercano al lugar donde se encontraban, consistente en que depositaran ahí provisionalmente los libros. Era precisamente a ese lugar a donde nos dirigíamos, ya que el lama tenía el propósito de encargarse personalmente del transporte de aquella última sección de libros hasta su escondrijo definitivo, el cual se encontraba situado en un lugar cercano al apartado monasterio en donde habría de residir el tiempo que durase mi aprendizaje de la Historia bajo la dirección del lama.

Después de casi dos semanas de continuo avance al través de abruptas montañas, llegamos por fin al monasterio donde se encontraban los libros. Ahí permanecemos cerca de un mes, dedicados a organizar la caravana de regulares dimensiones que se necesitaba para trasladar los numerosos bultos de antiquísimos pergaminos.

Aun cuando nos encontrábamos en el centro de una desolada región en la que —salvo la pequeña comunidad constituida alrededor del monasterio— no existía ninguna otra población en muchos kilómetros a la redonda, la noticia de que se estaba integrando en aquel lugar una caravana con objeto de adentrarse aún más en las montañas, terminó por difundirse atrayendo poco a poco numerosos nómadas de los alrededores, personas dedicadas lo mismo al pastoreo de ganado que al banditaje.

Con el propósito de evitar, dentro de lo posible, el peligro de sufrir un asalto por parte de nuestros propios porteadores, antes de admitirles como integrantes de la caravana el lama les mostraba la mercancía que se planeaba transportar; en no pocos casos esto bastaba para que el candidato desistiera de su empeño de acompañarnos, evidenciando en esta forma sus poco honestas intenciones.

A pesar de lo apartado de nuestra posición, hasta nosotros comenzaron a llegar noticias de lo que ocurría en el país: tras de sofocar la rebelión de Lhasa a sangre y fuego, los chinos procedían a una total reorganización del Tibet, suprimiendo toda oposición a sus sistemas en forma brutal y despiadada. Como era bastante

probable que, tarde o temprano, las tropas chinas terminarían por llegar hasta aquel lugar, apresuramos nuestros preparativos de marcha para abandonarlo cuanto antes.

El nombre en tibetano con el que se designa la región a la que nos dirigíamos se traduce literalmente por la siguiente expresión: "Techo del Techo del Mundo". Muy pronto pude comprender la rigurosa exactitud de aquella denominación: durante varias semanas, nuestra marcha constituyó un permanente ascenso hacia alturas cada vez mayores, atravesando interminables cadenas de montañas de indescriptible majestuosidad.

El avance de la caravana era extremadamente lento. A veces teníamos que permanecer horas enteras aguardando inmóviles la terminación de una furiosa tempestad de nieve, y en otras ocasiones se requería toda una mañana de agotadores esfuerzos para recorrer escasos tres kilómetros de terreno, particularmente escarpado y peligroso. Dos bestias de carga —una mula y un yak— se despeñaron hacia el fondo de inmensos precipicios. En ambos casos el lama se consoló pensando que había sido una suerte que estos animales no transportasen pergaminos sino comestibles. Cuando los alimentos comenzaron a escasear y el hambre hizo presa de nosotros, no pude menos que diferir de aquella opinión.

Medio muertos de hambre, de frío y de agotamiento, atravesamos finalmente un altísimo paso entre una cerrada cordillera. Ante nuestra vista apareció un valle de regulares dimensiones, así como un pequeño poblado situado en el centro del mismo. Al otro extremo del lugar donde nos encontrábamos se alzaban dos imponentes montañas; en una de ellas se distinguía un monasterio levantado al borde del abismo sobre un conjunto de enormes rocas: era ahí donde el lama pensaba asentar su escuela con los escasos siete discípulos que le acompañaban, y entre los cuales tenía yo la suerte de contarme.

Junto a la montaña donde se hallaba el monasterio, se erguía otra de fascinante aspecto que atraía de inmediato la atención: semejaba el cuerpo de un gigante dormido, de rasgos poderosos e inmutables. El lama lo señaló con un ademán a la vez que afirmaba:

—Esa es la casa de un buen amigo.

— ¿Quién puede vivir ahí? —inquirí sorprendido al observar la desolación imperante en aquella montaña.

—En ese lugar —el lama apuntó hacia lo que vendría a ser la frente en la cabeza del gigante— existe una caverna que los habitantes de este valle consideran sagrada; ella ha sido siempre refugio de algún ermitaño que ayudado por la soledad, trata de descubrir dentro de sí mismo el gran misterio del hombre.

A riesgo de parecer un individuo al cual preocupaban prosaicas cuestiones, pregunté:

— ¿Y de qué han vivido esos ermitaños?

—Desde tiempo inmemorial, los habitantes del valle han contribuido gustosamente al sostenimiento, tanto del monasterio, como del ermitaño en turno; periódicamente dejan a la entrada de la caverna alimentos suficientes para varias semanas.

— ¿Decía usted que el ermitaño que actualmente habita la caverna es amigo suyo?

—Sí. Poco tiempo después de terminada la Segunda Guerra Mundial llegaron al Tibet dos franceses; uno de ellos regresó a occidente; el otro decidió quedarse y convertirse en ermitaño. Le conocí cuando estuvo en Lhasa para gestionar el permiso de permanecer en el Tibet; juzgué que el maestro más adecuado para su temperamento rebelde e indomable era el bondadoso ermitaño que ocupaba en aquel entonces la caverna y le recomendé con él. Cuando su maestro abandonó este plano de la existencia, el francés se convirtió en el legítimo ocupante de la caverna; es por eso que solicité su colaboración en cuanto se tomó la determinación de esconder en ella algunas de las obras escritas por nuestros antepasados.

— ¿Y cómo pudo comunicarse con él, si usted estaba en Lhasa?

El lama no respondió a mi pregunta; cambiando el tema de conversación opinó que debíamos iniciar el descenso si deseábamos llegar al valle antes del anochecer. Recordé la opinión del coronel, en el sentido de que para algunos lamas y ermitaños del Tibet, la telepatía o transmisión del pensamiento no es un fenómeno fortuito e involuntario, sino un ejercicio plenamente consciente de la mente. Sin embargo —y aun cuando desde mi arribo al país de las nieves eternas, era ya aquella la segunda ocasión en que me tocaba ser testigo de la existencia de algún singular sistema de comunicación entre lamas y ermitaños¹— me resistía aún a dar por cierta tan fantástica explicación.

Comenzaba a obscurecer cuando concluimos el peligroso descenso por la angosta vereda que conducía al valle. Los habitantes de la pequeña aldea salieron a recibirnos al pie de la montaña. Encabezaba la comitiva una extraña figura montada en un minúsculo y peludo caballito: un sujeto de raza blanca, de baja estatura y complexión increíblemente delgada. Supuse que no podía ser otro sino el ermitaño francés.

¹ El primero —que ya hemos relatado— lo constituyó el aviso enviado por el lama a través de un ermitaño cuando la expedición se aproximaba a la ciudad de Gyantse.

El lama aceleró el paso de su montura para acudir al encuentro del recién llegado. Ambos personajes se saludaron cordialmente y, apeándose de sus cabalgaduras, iniciaron una larga y al parecer animada

conversación. Mientras tenía lugar aquella entrevista, los integrantes de la caravana, vencidos por el agotamiento de las largas jornadas, nos dejamos caer en el suelo en busca de un poco de reposo. Por su parte, los habitantes de la aldea permanecieron aguardando pacientemente como a un kilómetro de distancia.

Cuando concluyeron de hablar, el ermitaño se alejó montado en su miniatura de caballo. El lama —luego de llamarnos a señas— se acercó hasta donde se encontraban los habitantes del valle, entre los cuales destacaba el pequeño grupo de religiosos que residían en el monasterio donde habríamos de alojarnos.

La actitud de los aldeanos denotaba una gran bondad natural, a la par que una evidente ingenuidad. En sus ojos se reflejaba la inmensa curiosidad que despertaba en tan sencillas gentes nuestra presencia, particularmente mi persona era objeto de constantes e inquisitivas miradas; no era difícil suponer que —con excepción del ermitaño francés— quizás ningún otro occidental había llegado nunca hasta aquel apartado lugar.

En unión de nuestros acompañantes nos encaminamos a la cercana población. Ahí descansamos dos días antes de emprender la ascensión a la caverna. El agotamiento producido por el recorrido a través de las montañas, motivó que en la primera noche pasada bajo techo durmiera más de doce horas seguidas. Durante aquella breve estancia en la pintoresca aldea, comencé a conocer el profundo sentido de hospitalidad del pueblo tibetano. Los habitantes de aquel lugar eran pobres, pero distaban mucho de vivir en la miseria, ya que el valle producía lo suficiente para el sostenimiento de sus escasos ocupantes.

Al tercer día de nuestra llegada al valle emprendimos el difícil ascenso a la montaña donde estaba situada la caverna en que vivía el ermitaño. Además de los integrantes de la caravana, venían todos los hombres jóvenes de la aldea, portando un elevado número de antorchas y de cuerdas para utilizarlas en el momento de penetrar en la gruta.

Después de una fatigosa marcha, llegamos ante la enorme boca de la caverna; el ermitaño nos aguardaba sentado en una roca junto a la entrada. Al aproximarnos tuve ocasión de contemplar de cerca a tan increíble sujeto: su edad fluctuaría alrededor de los sesenta años; la extrema delgadez de su cuerpo era aún mayor de lo que juzgara al verle por vez primera; tenía la piel tan adherida a los huesos, que todo su esqueleto resultaba visible a simple vista; poseía una larga barba, así como una abundante cabellera, y si bien era de presumir que ambas debían ser casi blancas, resultaba un tanto difícil el poder afirmarlo con plena seguridad, ya que toda su persona —así como el ligero manto con el cual se cubría— parecía no haber tenido contacto con el agua desde mucho tiempo atrás. La expresión de su rostro era glacialmente autoritaria, y hubiera pasado muy bien por la de una esfinge tallada en piedra, a no ser por la poderosa vitalidad de su mirada. Las pupilas de aquel hombre eran dos auténticas hogueras. Resultaba imposible contemplarle de frente sin sufrir la sensación de vértigo que se produce al asomarse a un inmenso vacío.

Venciendo un inexplicable temor, llegué junto al ermitaño, y haciendo acopio de mis conocimientos del idioma francés, formulé un saludo en esta lengua, dando por cierto que mi interlocutor —alejado de su patria desde hacía largos años— no podría dejar de conmoverse ante la posibilidad de dialogar con alguien en su lengua nativa. Muy pronto comprendí la enorme ingenuidad en que había incurrido: no sólo mi saludo se quedó sin respuesta, sino que el ermitaño no se dignó ni voltear para averiguar al menos quien le hablaba.

A pesar de que la explanada situada frente a la entrada en la caverna estaba cada vez más pletórica de gente, fue preciso esperar a que arribara el lama para que el ermitaño abandonara su despectiva actitud de ignorar todo lo que le rodeaba. Concluí que, decididamente, la modestia no era la cualidad más relevante de aquel extraño sujeto.

Los aprestos para penetrar al interior de la caverna fueron puestos en marcha: las antorchas comenzaron a arder y se distribuyeron en diferentes grupos los pesados fardos conteniendo los antiguos pergaminos. Observé con asombro el respeto rayando en temor que los habitantes del valle profesaban al ermitaño; éste no necesitaba proferir palabra alguna para hacerse obedecer entre ellos; le bastaba tan sólo uno que otro gesto subrayado por una fulgurante mirada para que al instante se ejecutasen sus órdenes.

En medio de los preparativos suscitóse un problema: los integrantes de nuestra caravana se negaron rotundamente a entrar a la caverna. Las imponentes fauces de la gruta, unidas a la enigmática personalidad del ermitaño, habían despertado en ellos un supersticioso temor que les llevó a tomar la prudente determinación de no aventurarse a lo desconocido. De nada valieron los argumentos del lama ni las ruidosas burlas y alegres risotadas de los habitantes del valle; dando media vuelta, se encaminaron de regreso a la aldea.

Una vez redistribuido el cargamento, se inició el descenso a las profundidades de la caverna; ésta constituía el más inextricable laberinto que pueda imaginarse: por doquier se entrecruzaban galerías y pasadizos que conectaban con salas subterráneas de las más vanadas dimensiones.

Llevaríamos caminando poco más de un kilómetro, cuando llegamos a una sala subterránea de considerables dimensiones. Distribuidos en el suelo a lo largo y ancho de la sala, se levantaban más de un centenar de los clásicos monumentos tibetanos denominados "chortens". Intrigado, pregunté al lama sobre el porqué de aquellas construcciones en tan oculto lugar; me respondió que se trataba de monumentos funerarios que indicaban los sitios donde yacían los restos mortales de los anteriores ocupantes de la caverna. Varios de los "chortens" denotaban una gran antigüedad y muchos de ellos eran ya sólo un montón de ruinas. En conjunto, las pequeñas construcciones ofrecían un fantasmagórico espectáculo, semejando extrañas prolongaciones de las desnudas rocas, surgidas a resultas de algún inusitado fenómeno.

Tras de cruzar la sala donde se encontraba la original necrópolis subterránea, nos internamos a través de una angosta grieta que descendía ininterrumpidamente bordeando un abismo de insondable profundidad. Los estrechos túneles de piedra que de continuo teníamos que atravesar, nos obligaban a pasar arrastrándonos de uno en uno, jalando tras de nosotros los incómodos bultos de libros. Conforme descendíamos a profundidades cada vez mayores, iba resultando más difícil dominar una creciente sensación de angustiosa asfixia. Comencé a calificar de sabia la actitud de los miembros de nuestra caravana, de negarse a penetrar en tan espantoso lugar.

Llevaríamos por lo menos tres horas de penoso avance a través de los interminables pasadizos y vericuetos de la caverna, cuando penetramos a una sala en la cual desembocaban numerosos túneles. El ermitaño ordenó que nos detuviéramos y, llegando junto al lama, le señaló con el índice un lugar situado exactamente arriba de uno de aquellos túneles. Levanté la mirada y observé una especie de rústica rampa de madera conteniendo un gran número de pesadas piedras. La finalidad de la rampa era fácil de adivinar: la angosta abertura existente debajo de ella conducía a una pequeña sala sin ninguna otra salida; en el momento en que la rampa fuese retirada, las piedras rodarían hasta tapar todo resquicio, cerrando herméticamente aquella sala. Se trataba del lugar escogido por el ermitaño para servir de escondrijo a los libros. No pude menos que admitir lo acertado de su elección: además de lo inaccesible de aquel lugar, el ambiente particularmente seco y frío que ahí reinaba permitiría seguramente la indefinida conservación de cualquier objeto.

Apremiados por las fulgurantes miradas del francés, los tibetanos revistieron en un santiamén el piso de la pequeña sala subterránea con gruesas pieles de yak, y encima de éstas comenzaron a colocar con todo cuidado los gruesos paquetes —envueltos también en piel de yak— que contenían los antiguos libros en pergamino, transportados con tantos trabajos hasta ese lugar. Muy pronto la concavidad quedó casi llena con aquel inapreciable tesoro proveniente de un lejano pasado.

Las vigas que sostenían la rampa fueron retiradas: produciendo ruidos secos y apagados, la avalancha de piedras rodó hasta cubrir por completo la abertura, el lama y el ermitaño parecieron exhalar un suspiro de alivio, como si por fin les fuera quitada una pesada responsabilidad.

El recorrido de retorno a la superficie nos llevó un tiempo considerable, en virtud de que en varias ocasiones nos detuvimos para tapar con piedras las entradas de algunos túneles, con objeto de reducir aún más cualquier posibilidad —ya de por sí bastante inverosímil— de que alguien pudiese encontrar en medio de aquel laberinto, la sala donde estaban los libros. El acarrear piedras en aquella insondable profundidad, bajo la tenue luz de las antorchas, aumentaba la sensación de sofocación y hacía brotar por todos los poros un sudor frío y repulsivo.

Cuando logramos salir, el ermitaño estuvo conversando un buen rato con el lama; después dio media vuelta y sin dirigir ni una mirada de despedida al resto de las personas ahí presentes, se alejó internándose en la caverna.

Después del prolongado encierro en la atmósfera subterránea de la gruta, el frío aire de la montaña constituía un verdadero tónico para los pulmones. No obstante que ya había anochecido, el mundo exterior me pareció radiante y esplendoroso, en comparación con las lóbregas profundidades de la caverna.

Decidimos acampar esa noche frente a la caverna y regresar al día siguiente a la aldea. Se prendieron algunas fogatas y nos distribuimos en pequeños grupos a su alrededor, dispuestos a tratar de pasar la noche lo mejor posible en aquel inhóspito lugar.

A pesar del tremendo cansancio que me dominaba, no pude conciliar el sueño; de improviso comencé a verme asaltado por serias dudas sobre la conveniencia de haber ocultado en las profundidades de la tierra, libros que contenían valiosos conocimientos. A riesgo de sufrir los efectos de la baja temperatura reinante, tomé la pesada manta con que me cubría y, alejándome de la fogata, caminé unos metros hasta llegar al sitio donde se encontraba el lama; éste tampoco dormía; enfundado en una gruesa piel de yak repasaba pausadamente las cuentas de su rosario; me recosté a su lado y aguardé a que concluyera sus oraciones. El

lama no se encontraba cerca de ninguna hoguera, así que muy pronto comencé a sufrir estremecimientos a resultas del intenso frío. Cuando terminó de orar le dije:

—He meditado en lo que hicimos el día de hoy, y francamente creo que fue un error haber escondido los libros; seguramente se trata de obras únicas en su género, producto del esfuerzo de mentes privilegiadas que las escribieron con el propósito de lograr la difusión de determinados conocimientos, propósito que ahora resulta imposible de realizar por culpa nuestra.

Mientras yo hablaba empleando un tono casi belicoso, el lama no dejó de sonreír con expresión burlona; cuando terminé mi perorata se limitó a preguntarme:

— ¿Tiene usted frío?

—Sí, muchísimo —respondí desconcertado, pues la respuesta era del todo evidente: mis dientes castañeteaban fuertemente y no dejaba de estremecerme un solo instante.

Después de pronunciar aquella absurda pregunta, el lama guardó silencio, como si con ella hubiera refutado plenamente mi argumentación en contra de la ocultación de los libros. Estaba ya a punto de concluir que al lama no le daba la gana de hablar de aquel asunto, cuando de improviso recordé lo que me refiriera el coronel acerca de algunos peculiares sistemas de enseñanza asiáticos, consistentes en que los maestros contestan con frases incongruentes las preguntas de sus discípulos, con objeto de que éstos fueren la mente al máximo, y logren encontrar por sí mismos la respuesta a su pregunta, respuesta que se encuentra siempre subyacente en las palabras aparentemente disparatadas pronunciadas por el maestro.

Deseando adaptarme cuanto antes a los sistemas de enseñanza tibetanos, busqué afanosamente la posible conexión que pudiera existir entre la cuestión planteada —o sea el error que a mi juicio se cometía escondiendo obras escritas para beneficio de la humanidad— y las palabras del lama preguntándome si tenía yo frío. Sin embargo, a pesar de mis esfuerzos por encontrar la solución de aquel galimatías, cuanto más reflexionaba, tanto más parecía alejarse la posibilidad de hallar la respuesta. Desesperado y creyendo estar a punto de enloquecer, dirigí una mirada de rabia al lama, reprochándole el esfuerzo que estaba exigiendo de mi mente; al cruzarse nuestras miradas, alcancé a percibir en sus ojos un profundo sentimiento de bondad; comprendí que en alguna forma estaba tratando de ayudarme con todas sus fuerzas, en una tarea cuya finalidad no alcanzaba yo a comprender: de su ser parecía emanar un efluvio estimulándome a continuar adelante.

Decidí dejar de abordar el problema buscándole conexiones basadas únicamente en la lógica tradicional y en lugar de eso traté de aquietar y concentrar la mente, siguiendo los procedimientos que me enseñara el coronel. En el preciso momento en que en mi interior alcanzaba una tensión jamás sentida hasta entonces, el lama pronunció unas palabras que llegaron hasta el fondo mismo de mi conciencia:

— ¿Tiene usted frío?

Las palabras del lama —que aparentemente no hacían sino retomar nuestra conversación al punto de partida— produjeron en aquel instante único e irreproducible, una especie de conmoción telúrica que sacudió todo mi ser hasta sus más recónditas profundidades. A resultas de aquella inenarrable sacudida, sentí como si una venda me fuese quitada de los ojos y repentinamente me percaté, con una comprensión del todo diferente a la que da el simple conocimiento, de un sinnúmero de hechos, el principal de los cuales era el papel que el frío juega en hacer del Tibet el singular país que siempre ha sido.

La captación integral de esta cuestión fue algo vertiginosamente fugaz; duraría posiblemente menos de un segundo; sin embargo, en tan pequeñísima fracción de tiempo entendí claramente las consecuencias que se derivan de las condiciones climatológicas imperantes en el Tibet, que contrarrestan más que las de cualquier otra parte de la Tierra, la acción desintegradora del tiempo: la atmósfera particularmente seca y fría de este país hace de él una especie de inmenso refrigerador de la naturaleza. Aquello era desde luego algo que yo sabía desde hacía mucho tiempo, pero de ser tan sólo un conocimiento superficial e intrascendente, había pasado a formar parte consubstancial de mi ser, penetrando en lo más profundo de mi conciencia y permitiendo a ésta analizar con un superior enfoque, el porqué de la reciente ocultación de los antiguos libros lamaístas.

Con la mente todavía vibrando por efectos del esfuerzo realizado y de la recién experimentada comprensión del problema, afirmé:

—El frío del Tibet todo lo conserva.

El rostro del lama, anciano y juvenil a la vez, se iluminó con una amplia sonrisa; en tono amable comentó:

—Hubiera yo podido explicarle con todo detalle las razones por las cuales fue necesario ocultar los libros sagrados, pero eso no le habría reportado a usted ninguna utilidad, tan sólo un inútil conocimiento más; es por eso que preferí aprovechar su interés por conocer las verdaderas causas de una conducta al parecer absurda,

para tratar de lograr que comenzara por sí mismo a ejercitar sus propias facultades. Me alegro de que haya tenido éxito y lo felicito por ello.

—En efecto —continuó el lama—, en el Tibet todo se conserva; ésta es su función propia, aquella para la cual fue creado; pero al igual que en cualquier otra función, la forma en que se cumple reviste una gran importancia. En el caso concreto, resulta necesario determinar qué es lo que debe conservarse y saber también cuándo debe permanecer guardado y cuándo puede ser patrimonio común. En una bodega no se almacenan alimentos cuando los habitantes de la casa padecen hambre; en cambio, en épocas de abundancia, la bodega se encuentra rebosante de granos. En el Tibet todo podría conservarse, pero la mayor parte de las cosas no merecen continuar existiendo indefinidamente; debe cumplirse en ellas un proceso de aparente desintegración, que no es sino el inicio de una nueva fase de existencia tras una previa transformación. Esta es la razón por la que no acostumbramos enterrar a la mayoría de los muertos; preferimos que sirvan de alimento a otros seres. Existen, sin embargo, algunas obras de los hombres que merecen ser conservadas, pues sirven de alimento para el espíritu. Al igual que en el caso de cualquier otro alimento, estas obras no deben mantenerse ocultas cuando se precisa de ellas, pero tampoco deben exhibirse cuando resultan innecesarias, ya que se descompondrían e incluso podrían causar daño como todo alimento que no se utiliza.

El lama hizo una pausa y en seguida preguntó:

— ¿Conoce usted ya el verdadero sistema de división de la Historia?

—Sí, el coronel me explicó la división de la Historia, basada en el proceso de ampliación de la consciencia humana, a través de un ritmo de tres tiempos: una Edad de predominio de la inteligencia racional, una Edad de predominio de la intuición emotiva y una Edad de equilibrio entre ambas facultades.¹

— ¿Sabe usted cuál será el signo de la Edad del futuro?

—El de la inteligencia racional.

El lama señaló con rápido ademán la cercana entrada de la caverna, a la vez que afirmaba:

—Las obras que hemos ocultado constituyen un compendio de conocimientos elaborados por personas muy sabias que pertenecieron a la última Edad de predominio de la intuición emotiva. Los seres humanos sólo pueden captar íntegramente aquellas obras provenientes de culturas que poseen el mismo signo de la Edad a que ellos pertenecen; eso explica por qué, en muchas ocasiones, han sido destruidos inapreciables legados de sabiduría antigua. Recuerde tan sólo lo ocurrido en su propio país a la llegada de los europeos: innumerables códices conteniendo valiosos conocimientos obtenidos a costa de grandes esfuerzos por las culturas que ahí habían florecido, fueron arrojados al fuego. Todo el saber alcanzado por esas culturas se habría perdido irremisiblemente, de no ser porque no faltaron hombres prudentes que ocultaron en las cavernas los códices más importantes.

— ¿Eso significa que en algunas cavernas de México existen también escondites de libros antiguos? — pregunté intrigado.

—Por supuesto, y al igual que en el caso de los que aquí descansan, los valiosos frutos en ellos encerrados sólo podrán ser aprovechados hasta que sobrevenga otra Edad de predominio de la intuición emotiva.

— ¿Y hasta cuándo ocurrirá eso?

—Es difícil precisarlo; posiblemente falten tres mil años, quizás más; no olvide usted que antes tendrá que nacer, desarrollarse y morir, toda una Edad de predominio de la razón.

— ¿Y qué tal si para entonces nadie encuentra esos libros?

—Los hombres siempre han sabido encontrar las cosas cuando las necesitan; para entonces necesitarán urgentemente del saber contenido en estas obras, buscarán y las encontrarán.

Después de pronunciar estas palabras, el lama se envolvió aún más en la piel de yak que lo cubría, dando por terminada nuestra conversación.

Tiritando y con los huesos doloridos regresé a mi fogata, ésta se encontraba apagada y tuve que encenderla; mientras lo lograba, medité sobre los múltiples acontecimientos de aquel día; no pude menos que sentirme satisfecho por los resultados obtenidos: no sólo sabía ya cuál era la auténtica función del Tibet — gigantesco museo del planeta— sino lo que era mucho más importante: aquel conocimiento no había llegado hasta mí del exterior, sino brotado desde el fondo mismo de la consciencia, incorporándose a ésta en forma indeleble.

Arrullado por el constante silbar del viento comencé a quedarme dormido; soñé que era una especie de

¹ Ver "Una Antigua y Moderna Visión de la Historia", en el capítulo segundo de esta misma obra.

pequeño microbio que deambulaba por un gigantesco refrigerador. En contra de lo que pueda suponerse, aquello no constituyó una pesadilla sino un sueño reparador.

A la mañana siguiente retornamos a la aldea; en ella nos aguardaban —para despedirse de nosotros— los componentes de la caravana que nos transportara hasta aquel remoto lugar; la mayor parte de los tibetanos que la integraban habían decidido incorporarse a las guerrillas que se estaban formando en las montañas con objeto de combatir a los chinos; la perspectiva de un futuro lleno de aventuras les entusiasmaba sobremanera, haciendo que se mostrasen aún más alegres que de costumbre. No volví a verles nunca más, e ignoro el destino que puedan haber corrido; sin embargo, mucho me temo que en un alto porcentaje hayan perecido durante las metódicas campañas de exterminio de guerrilleros realizadas posteriormente por los chinos.

Dos días después emprendimos el ascenso de la montaña que conducía al monasterio, el cual, como ya he dicho, consistía en una edificación levantada al borde de un abismo, sobre unas rocas de ciclópeas proporciones; su figura dominaba toda la región y era fácilmente visible desde cualquier lugar del valle, semejando una especie de imperturbable centinela de aquel perdido rincón del globo.

Al llegar a esta parte del presente relato, voy a dejar de respetar momentáneamente el orden cronológico del mismo: en lugar de continuar narrando los acontecimientos inmediatamente siguientes a mi llegada al monasterio, relataré un suceso que tuvo lugar cuando llevaba ya más de un año de radicar ahí.

Hasta aquel entonces, nada importante había venido a perturbar la idílica tranquilidad que reinaba en el valle. En dos ocasiones habían arribado partidas de guerrilleros tibetanos provenientes de regiones donde se combatía contra los chinos; por los informes que nos proporcionaron, fue fácil deducir lo que estaba ocurriendo en el resto del país: dotados de técnicas y armamento modernos, y contando además con su tradicional paciencia y superioridad numérica, los chinos estaban venciendo lentamente la desesperada lucha que libraban los tibetanos en defensa de la independencia de su país; paso a paso, los invasores iban extendiendo su conquista a todas las regiones del Tibet; comarcas enteras habían sido colonizadas por campesinos traídos del interior de China.

Aun cuando tales noticias no eran nada tranquilizadoras, yo confiaba en que los chinos no llegarían nunca hasta el valle en donde nos encontrábamos. El lugar era tan remoto e inaccesible, y la población que vivía en él tan escasa, que quizás su existencia lograra pasar del todo desapercibida.

Así las cosas, un mal día subió hasta el monasterio una agitada comisión de aldeanos, a llevarnos la tan temida noticia: un destacamento de soldados chinos se aproximaba y estaría en el valle a la mañana siguiente a más tardar.

Los excitados tibetanos acudían ante el lama para que éste ordenase la conducta que debía adoptarse frente a los chinos; todos los aldeanos portaban amenazadores cuchillos e instrumentos de labranza y los esgrimían a modo de improvisado armamento; uno de ellos empuñaba con orgullo un largísimo rifle, digno de figurar en una sala de antigüedades. Por vez primera en su historia, la paz inmemorial que caracterizaba a tan apartado lugar, se veía amenazada con la llegada de un invasor extranjero.

El lama rechazó de inmediato la idea de utilizar la fuerza para enfrentarse a los chinos —pues ello únicamente hubiera provocado un inútil derramamiento de sangre—; tranquilizó a los campesinos y les indicó que debían regresar a sus casas y aguardar con serenidad el próximo desarrollo de los acontecimientos.

Recién amanecía el día siguiente, cuando les avistamos: bajaban caminando en fila de dos en fondo por la montaña en la que se encontraba la serpenteante vereda que conducía al exterior del valle; a causa de la distancia, semejaban un enorme gusano de color caqui descendiendo lentamente por las faldas del escarpado promontorio.

Los chinos no se encaminaron directamente a la aldea; bordeando ésta, se dirigieron a la montaña en donde se asentaba el monasterio. Era evidente que conocían muy bien la ancestral costumbre de las comunidades tibetanas de normar todos los actos de su vida conforme a las directrices emanadas del más próximo monasterio, y por este motivo los invasores preferían acudir en primer término ante las autoridades religiosas y averiguar de una vez por todas cuál sería la actitud con que sería recibida su presencia en aquella comunidad. Muy pronto fue fácil distinguir claramente las figuras de cada uno de los soldados —calculé que no pasarían de quinientos— así como de las numerosas mulas que transportaban su equipo.

Siguiendo las instrucciones del lama, salí del monasterio y fui a ocultarme en uno de los numerosos conjuntos rocosos próximos al mismo. La existencia de un extranjero en aquel lugar, constituía un hecho que hubiera sido difícil de explicar ante tan poco gratos visitantes. Desde mi seguro observatorio contemplé la última fase de la ascensión de los chinos y su entrada al monasterio; las puertas del edificio se encontraban abiertas de par en par, manifestando así las pacíficas intenciones de sus moradores. Un pequeño destacamento cruzó el umbral mientras la mayoría de los soldados permanecía en el exterior.

Estuve aguardando varias horas sin que los chinos diesen señal alguna de abandonar el monasterio. La posibilidad de que hubiesen decidido instalarse permanentemente en aquel sitio, me resultaba aterradora; sin embargo, traté de tranquilizarme pensando en que esto era poco probable, dada la considerable distancia que separaba al monasterio de la aldea.

Mi larga e inquietante espera entre las rocas llegó por fin a su término: los chinos salieron del monasterio y, tras de formarse nuevamente en dos columnas, se marcharon siguiendo el camino que bajaba a la aldea. Observé que les acompañaban varios de los religiosos del monasterio, lo cual no dejó de inquietarme, pues supuse que quizás los habían tomado como rehenes. Al poco rato salió del edificio un sirviente enviado por el lama para comunicarme que ya podía regresar al monasterio.

El lama se encontraba orando en la capilla y no fue sino hasta bien entrada la tarde cuando pude hablar con él; ante mis preguntas respondió:

—Tendremos que ajustarnos a los cambios que se nos imponen.

— ¿Y en qué consistirán esos cambios?

—Son de diversa índole: todas las tierras cultivables del valle dejan de ser propiedad del monasterio. En el futuro se establecerán sistemas de explotación agrícola colectiva, en los cuales habremos de colaborar. Los habitantes del valle continuarán por ahora contribuyendo al sostenimiento del monasterio, pero bajo la condición de que no se admitan ya nuevos aspirantes y de que todos participemos en labores consideradas de beneficio social.

— ¿Qué tipo de labores?

—Ayudar a la instalación y funcionamiento de una escuela y de una clínica en la aldea. Dentro de algunas semanas llegará un maestro tibetano de toda la confianza de los chinos; deberemos colaborar con él y establecer un centro escolar en donde se impartirán los programas de enseñanza aprobados por los chinos para el Tibet.

—Aquí se ha atendido siempre a todos los enfermos; no veo la necesidad de otra clínica.

—Consideran que la clínica debe funcionar en la aldea y no en el monasterio.

— ¿Por qué se llevaron los chinos a varios religiosos?

—Para que digan a los aldeanos que deben obedecer a las indicaciones de los chinos y comiencen a ayudar en la construcción de la escuela y la clínica.

—Bueno —concluí— pues en medio de todo, creo que por el momento no salimos tan mal librados.

—Hay alguien en el valle que no podrá decir lo mismo.

— ¿Quién?

—El ermitaño. Los chinos consideran que las personas dedicadas exclusivamente a la meditación o la oración, son parásitos que viven a expensas del pueblo y han puesto fuera de la ley a los ermitaños.

— ¿Y qué es lo que le harán?

—Primero tratarán de convencerle de que abandone la caverna y se integre a la comunidad para llevar una vida económicamente productiva; si se niega... le impedirán continuar formando parte de este plano de la existencia.

Comprendí que aquello significaba una segura condena de muerte en contra del ermitaño.

Desde la insuperable atalaya que para contemplar el valle constituía el monasterio, observamos el lento ascenso de seis soldados chinos a la montaña donde habitaba el ermitaño: partiendo de su campamento instalado en la aldea, treparon lentamente por las laderas de la montaña, llegaron a la altura donde estaba situada la caverna, se introdujeron en ésta y retornaron más tarde para iniciar el descenso y regresar a su base.

Temeroso de que la entrevista entre el ermitaño y los chinos pudiese haber concluido en forma funesta para el primero, el lama pidió a varios de los habitantes del monasterio le acompañásemos a la montaña vecina para así informarnos de lo ocurrido. Un angosto sendero comunicaba ambas montañas, y gracias a que éstas se hallaban unidas entre sí hasta una considerable altura, resultaba posible —partiendo del monasterio— iniciar el ascenso hasta la guarida del ermitaño sin bajar previamente a la llanura.

Un viento gélido silbaba sin cesar, produciendo fantásticos sonidos al chocar contra las rocas; por alguna desconocida razón, aquella montaña era mucho más fría y airosa que la de junto, aun cuando ambas tenían la misma altura.

Llegamos a la explanada existente frente a la entrada de la caverna y encendiendo dos antorchas penetramos al oscuro interior de la gruta. Al contrario de la ocasión anterior, en esta segunda visita a ese

lóbrego lugar fue muy corta la distancia que recorrimos. Al llegar ante una abertura en la roca, el lama nos dijo que era la entrada a la sala subterránea escogida por el ermitaño para hacer las veces de habitación. Tras de ordenarnos le aguardáramos, el lama tomó una de las teas encendidas y penetró solo a través del estrecho pasadizo; cuando regresó imperaba en su semblante una expresión de profunda tristeza.

Presagiando lo peor, nos deslizamos por el corredor que llevaba al privado reducto del ermitaño; al llegar a éste, apareció ante nuestros ojos una dantesca escena: recargado contra la recosa pared y sentado en la conocida postura de yoga denominada "el loto", el cadáver del ermitaño —traspasado por varias perforaciones de armas de fuego— parecía continuar con vida y observarnos con mirada irritada y desafiante. Gruesos manchones de sangre coagulada marcaban los distintos lugares de su cuerpo tocados por el impacto de las balas.

En el rostro del ermitaño podía leerse aún con toda claridad el sentimiento que le dominara antes de morir: era evidente la ausencia de todo temor ante la próxima pérdida de la vida; sin embargo, no había sido la suya una muerte serena; en cada uno de los recios rasgos de su faz autoritaria se manifestaba el indescriptible desprecio experimentado ante la presencia de los extraños que habían osado perturbar sus profundas cavilaciones.

Ante el cuerpo inerte de aquel excepcional sujeto, y rodeado por la penumbra de la concavidad que constituyera durante tantos años su inexpugnable fortaleza, resultaba fácil reproducir mentalmente el drama acontecido horas antes en ese lugar. Por mi imaginación desfiló la escena en que el oficial chino —al frente de sus soldados— conminaba al ermitaño a dejar de inmediato aquella forma de existencia y llevar una vida económicamente productiva. ¿Podrían un filósofo o un poeta discutir con un gusano que pretendiese impedirles seguir lucubrando o elaborando versos? Eso hubiera sido mucho más factible que esperar una sola palabra de respuesta del ermitaño a la proposición que se le hacía. El desprecio con que era recibida su amonestación, debió terminar por colmar la paciencia del oficial chino, éste dio una orden, los soldados retrocedieron unos pasos, alzaron sus armas y dispararon. En la estrecha habitación de roca, la cerrada descarga de fusilería debió retumbar largo rato en forma ensordecedora; después reinó un frío silencio, y trascendiéndolo todo —incluso a la muerte misma— el altivo desprecio con que el ermitaño enfrentara a la muerte continuó flotando en el ambiente.

Sólo podíamos hacer una cosa y la hicimos. Durante tres días trabajamos construyendo con nuestras propias manos un "chorten" más en el cementerio subterráneo, donde yacían varias docenas de ermitaños que en el pasado habían ocupado aquella misma caverna.

Al final de aquel mes —tras dejar funcionando el nuevo orden por ellos impuesto— los chinos se marcharon del valle.

b) Todo un Maestro:

Durante las primeras semanas de permanencia en el monasterio, casi no efectué otra labor que no fuera la de colaborar en la limpieza y reparación del edificio. Al parecer, el lama no participaba de la opinión de los que consideran que la falta de aseo forma parte integrante de las tradiciones tibetanas: nos mantuvo a todos trabajando febrilmente hasta conseguir que la ruinosa construcción quedase del todo restaurada e impecablemente limpia.

Transformado el aspecto físico del edificio, el lama comenzó a prestar atención a la renovación interna de sus ocupantes: la rigidez y dureza de las disciplinas y de las prácticas religiosas empezó a ser incrementada considerablemente. El hecho de no profesar idénticas creencias religiosas a las del resto de los moradores del monasterio, me permitió, en un principio, disponer de una buena cantidad de tiempo libre, pero esto no duró mucho. Una mañana el lama me anunció:

—Creo que ha llegado el momento de comenzar su instrucción.

Tras de expresar aquellas palabras que produjeron en mí una enorme alegría, el lama formuló una interrogación desconcertante:

— ¿Qué es lo que desea usted estudiar?

— ¡Historia! —respondí del todo sorprendido ante aquella pregunta.

— ¿Qué tan importante considera el conocimiento del pasado?

—Para mí no hay nada más interesante.

—Debo decirle desde ahora que la vida es un eterno presente, suspendido entre dos ilusiones denominadas pasado y futuro. El único conocimiento realmente importante es el que se refiere al presente.

Las afirmaciones del lama me resultaban completamente incomprensibles; notando la confusión que me embargaba, el tibetano sonrió y añadió:

—No se preocupe, a pesar de que ahora no entienda estas cosas más tarde le irán resultando claras. Desde luego el estudio del pasado es un buen principio para iniciarse en el camino que lleva a la comprensión del presente. Una vez que llegue a entender el pasado, éste dejará de interesarle y querrá comprender el futuro, el cual no es otra cosa sino la prolongación de aquél; cuando lo logre, estará ya preparado para la gran prueba: la comprensión del presente.

—No creo que el estudiar el pasado me lleve nunca a interesarme por los posibles acontecimientos históricos que se producirán en el futuro; eso es algo que me tiene muy sin cuidado.

—Pero así será, y cuando usted comience a comprender el futuro, habrá llegado el momento en que deberá abandonar este lugar, ya que la última parte del camino, la única verdaderamente importante y que conduce a la comprensión del presente, sólo puede ser hallada y recorrida en virtud de un esfuerzo puramente personal.

—Tal vez —afirmé sin mucha convicción.

—Bien, pero por ahora tratemos de comenzar a entender ese denominado pasado que tanto le interesa.

A partir del día en que tuvo lugar la conversación descrita, se inició mi aprendizaje de la Historia bajo la acertada dirección del lama. Durante la primera semana el tibetano se limitó a precisar el grado exacto de conocimientos que había yo alcanzado como alumno del coronel; una vez logrado este propósito, comenzó a proporcionarme nuevas enseñanzas.

La alta consideración y el profundo respeto que profesaba yo hacia la persona del lama se acrecentaron aún más a resultas del mayor trato entre ambos, derivado de las largas horas de paciente enseñanza que el lama tenía que dedicarme todos los días. En igual forma fui apreciando cada vez más las valiosas cualidades que le caracterizaban y que hacían de él un sujeto singular y aparentemente contradictorio: su elevada espiritualidad, unida a un sentido pragmático y realista de la vida, su carácter enérgico a la par que bondadoso, y su poderosa inteligencia y enciclopédicos conocimientos que contrastaban con su alegre e infantil humorismo.

Si bien muy lentamente, el velo que cubría la comprensión del pasado fue poco a poco desapareciendo ante mi vista.

Seis meses después de que se marcharon los chinos tras su primera visita al valle, retornaron acompañados del profesor tibetano elegido por ellos para fungir como jefe político de toda la región. Al día siguiente de su llegada a la aldea, los religiosos que se encontraban a cargo de la clínica subieron al monasterio para informarnos que ese fin de semana tendría lugar una reunión de todos los habitantes del valle, en la que el nuevo dirigente daría a conocer su plan de trabajo, así como la forma en que debían cumplirse las disposiciones impuestas por los chinos.

Aquellas noticias no dejaron de producirme cierta alarma. Hasta aquel entonces yo había procurado no dejarme ver ni tener trato alguno con los aldeanos que ocasionalmente llegaban hasta el monasterio; sin embargo, sabía muy bien que mi presencia en aquel lugar era sobradamente conocida por todos los habitantes de la aldea, y que bastaba con que alguno de ellos cometiese una indiscreción ante el nuevo jefe político, para que éste terminase informando a los chinos sobre la extraña presencia de un extranjero en el monasterio.

Al comunicar al lama mis sombríos pensamientos, éste se limitó a contestarme —con la mayor seriedad del mundo— que no debía preocuparme, ya que podía comprobarse fácilmente a través de un estudio histórico, que los refinados sistemas chinos de tortura han venido sufriendo una ininterrumpida decadencia desde el siglo XVII. Tras de aquella broma tan poco tranquilizadora, el lama me comunicó que, a partir del día siguiente, sería yo el único huésped del monasterio, pues en unión del resto de los ocupantes del edificio, acudiría a la reunión convocada por la recién nombrada autoridad de la aldea. Ignoraba cuándo podrían regresar.

Durante cinco días deambulé como un fantasma solitario por un castillo abandonado; una y otra vez recorrí la desolada mansión de piedra hasta sus más recónditos rincones. Conforme se prolongaba la ausencia de mis compañeros, comencé a temer que los chinos les estuviesen impidiendo por la fuerza el retornar al monasterio. La posibilidad de permanecer como único ocupante de aquel lugar me resultaba intolerable. A pesar de mi carácter retraído y solitario, sentía cada vez con mayor fuerza la necesidad de comunicación con mis semejantes.

En la tarde del quinto día de solitario confinamiento vi por fin que se aproximaban, por el camino proveniente de la aldea, las figuras de los religiosos, enfundados en sus amplios ropajes amarillos. Temiendo que pudiesen retornar en compañía de algún intruso, aguardé hasta que pude observarlos con toda claridad y salí entonces a darles una alborozada bienvenida.

Aquella noche —mientras en el exterior se iniciaba una furiosa tormenta de nieve— el lama me relató todo lo sucedido durante su permanencia en la aldea: las largas sesiones de adoctrinamiento que precedieron a la asamblea en la que se eligió al futuro jefe político, la descarada imposición de los chinos de su propio candidato, o sea el recién llegado profesor tibetano, y finalmente, la vejación de que habían sido objeto los religiosos, pues para poner a prueba su lealtad al nuevo régimen se les mantuvo sirviendo algunos días como criados de las tropas chinas acantonadas en la aldea. El nuevo jefe político escogió personalmente al lama para que le ayudara a instalarse en la casa en que habría de vivir, utilizándolo como peón de carga.¹

Al escuchar aquel relato no pude menos que sentirme profundamente indignado.

—Lo hicieron con toda premeditación —exclamé furioso— sabían muy bien que por ser usted el superior del monasterio, los aldeanos lo reconocen como la principal autoridad del valle; quisieron, por tanto, humillarlo y hacer ver que de hoy en adelante mandará el pelele traído por ellos.

—El profesor es un magnífico muchacho —respondió el lama calmadamente— tal vez un poco tonto, pero seguramente los chinos no tienen muchos tibetanos de confianza de quien echar mano; los mejor preparados los han de estar utilizando en poblaciones importantes... por cierto, le conté al profesor que se encuentra usted con nosotros y le pedí que no hable con nadie acerca de esto.

— ¿Le habló usted de mí? —pregunté sin poder dar crédito a las palabras del lama.

—Por supuesto.

— ¡Pues a estas horas ya debe haber ido a contarles todo a los chinos!

—Oh, no lo creo —afirmó el lama, mientras su rostro adquiría una expresión de marcado regocijo.

— ¿Y por qué no?

—Mientras yo le pedía este pequeño favor; el profesor estaba muy raro, como dormido, dijo que haría todo lo que le indicase y estoy seguro de que cumplirá su palabra.

— ¿Lo hipnotizó usted?

—Ustedes los occidentales a todo necesitan ponerle una etiqueta con un nombre; digamos simplemente que me limité a sugerirle ciertas ideas.

Tras pronunciar aquellas palabras con un acento entre burlón y enigmático, el lama dio por terminada la conversación, pidiéndome lo dejase, pues deseaba orar a solas.

Las tropas chinas se marcharon a la semana siguiente de celebrada la asamblea y el valle recobró su acostumbrada tranquilidad. El jefe político impuesto por los chinos no volvió nunca a pretender humillar a ninguno de los lamas ni a interferir en las actividades que se desarrollaban en el monasterio. Al menos en esta ocasión —y en virtud de alguna extraña artimaña empleada por el lama durante los días en que estuvo al servicio del profesor— la desigual batalla que se libraba en el país entre los poderosos chinos y los inermes tibetanos había sido ganada por éstos.

El viejo Tibet no era, después de todo, un bocado tan fácil de digerir como seguramente suponían sus orgullosos invasores.

6 VISLUMBRANDO EL FUTURO

Entre el último acontecimiento relatado y el que ahora voy a referir transcurrieron casi cinco años, durante los cuales, merced a la indecible paciencia del lama y a mis incesantes esfuerzos, fui logrando adentrarme paso a paso en el conocimiento de una superior visión de la Historia. En forma similar a las piezas de un gigantesco rompecabezas que al ser ensambladas revelan al fin un armónico diseño, los diferentes elementos que integran la Historia, al ser valorados adecuadamente, permitían obtener una clara comprensión de la trayectoria seguida por la humanidad en el pasado: razas, pueblos, naciones, estados y culturas, se entretejían en una trama increíblemente complicada, pero perfectamente coherente y comprensible.

Una vez que alcancé un cierto conocimiento en lo concerniente al pasado, comencé a percatarme de las reglas conforme a las cuales los hechos pretéritos se proyectan hacia el futuro, influyendo y determinando a tal grado el porvenir, que bien puede afirmarse que éste no es sino una consecuencia —perfectamente previsible en sus lineamientos generales— del pasado. En esta forma ocurrió exactamente lo que el lama me anticipara desde un principio: un creciente interés por el futuro suplantó mi anterior atención hacia los hechos del pasado.

¹ Aquella casa pertenecía a un campesino solterón y famoso por su mal genio. Al ser despojado de su choza, el pobre hombre se refugió en la de su hermano. A los pocos días —y a raíz de un pleito con su cuñada— ensilló su mula y con algunas escasas provisiones se marchó del valle. Nunca supimos si logró sobrevivir a la penosa travesía por entre las montañas que se requería para llegar desde la aldea a cualquier lugar habitado.

Lentamente fui cobrando conciencia de la trascendental importancia de la época actual. La humanidad atraviesa por un peligroso y decisivo período de transición: la última Edad histórica de equilibrio entre la razón y la intuición ya ha terminado; por tanto, resulta necesario que antes de que concluya el presente siglo, surja una nueva cultura con la que dé comienzo una Edad histórica de predominio de la inteligencia racional, ya que si la evolución de la humanidad sufre un retraso, sobrevendrán desgracias sin cuento.¹

Mi nuevo interés por el futuro venía siendo observado atentamente por el lama; sin embargo, aun cuando el sagaz tibetano lo fomentaba proporcionándome valiosas indicaciones, eludía siempre responder cualquier interrogante acerca de cuestiones realmente importantes relativas al porvenir de la humanidad. Finalmente, una mañana el lama me preguntó de improviso:

— ¿Qué es ahora lo que más le interesa?

Sin vacilar un instante le respondí:

—Conocer lo que va a acontecer en el futuro; concretamente, saber si la humanidad será capaz de superar el atolladero en que se encuentra, o sea si logrará crear una cultura que inicie una nueva Edad histórica de predominio de la inteligencia racional.

El lama guardó silencio un buen rato; cuando habló, sus palabras llevaban una particular entonación:

—Tal vez ha llegado el tiempo de dar por terminado su período de instrucción en el Tibet.

La afirmación del lama me tomó del todo desprevenido. Ciertamente yo no pretendía permanecer en el Tibet toda la vida, pero en esos momentos estaba muy lejos de suponer que pudiese estar próxima la fecha de mi partida.

—Pero maestro —protesté—, en realidad aún no sé nada de nada; creo que podría continuar estudiando aquí durante muchísimo tiempo.

—Toda nuestra enseñanza —repuso el lama— lleva siempre un propósito determinado y está programada para ser impartida en ciclos de siete años. En su caso el objetivo era lograr que usted comenzase a percatarse de la unidad de la Historia; si sumamos el tiempo durante el cual fue alumno del coronel con el que lleva estudiando en este lugar, han transcurrido ya siete años y, por lo tanto, ese propósito debe estar cumplido. Por otra parte —añadió— por razones que comprenderá más tarde, no juzgo conveniente el que usted dé comienzo a un nuevo ciclo de estudios que le llevaría a permanecer siete años más entre nosotros. Lo más indicado es que regrese a su país lo antes posible.

Tratando de presentar una última objeción inquirí:

— ¿Y cómo podré saber si verdaderamente he adquirido los conocimientos correspondientes a ese primer ciclo de siete años?

En lugar de responder directamente, el lama preguntó a su vez:

— ¿Cómo sabe un estudiante que ha concluido para él un determinado período de instrucción?

—Por los exámenes.

—En efecto, creo que ha llegado el momento de que presente usted un examen; en esta forma podremos saber con toda certeza si está ya en condiciones de abandonar el monasterio, o si su estancia entre nosotros debe prolongarse más tiempo.

Al escuchar las últimas palabras del lama no pude reprimir un ligero estremecimiento, motivado sin duda por el tradicional temor a los exámenes que adquiere todo estudiante desde el inicio mismo de la época escolar. Presintiendo que la prueba en cuestión sería en extremo rigurosa, pregunté:

— ¿Y sobre qué va a examinarme, maestro?

—Dice usted que lo que más le interesa es saber si en los próximos años la humanidad se estancará, o si por el contrario, proseguirá su evolución dando nacimiento a una nueva cultura. Muy bien, su examen consistirá en encontrar por sí mismo la respuesta a la pregunta que tanto le interesa: ¿Cuándo y dónde surgirá la cultura con la que habrá de iniciarse la nueva Edad histórica?

— ¡Pero es que eso es algo de lo que no tengo la menor idea! —exclamé alarmado—. Nunca podría encontrar la respuesta.

—Pues va a tratar de encontrarla —afirmó el lama—. Mañana mismo se encaminará a la caverna sagrada y

¹ Para citar sólo dos, mencionaremos las siguientes: el actual desarrollo científico, de no ser debidamente encauzado por las superiores directrices de una cultura, se convertirá definitivamente en un peligroso instrumento totalmente fuera de control de la voluntad de sus autores; un ejemplo claro de ello es la contaminación de toda índole que está padeciendo el planeta. Asimismo, resultará imposible encontrar nuevas y operantes fórmulas socioeconómicas y políticas, con las cuales lograr una mayor justicia en las relaciones de los seres humanos.

permanecerá ahí tres días meditando sobre esta cuestión; estoy seguro de que cuando regrese al monasterio ya conocerá la respuesta.

—Ojalá esté usted en lo cierto, maestro —repuse sin mucha convicción.

Al día siguiente obtuve en la cocina del monasterio la escasa ración de víveres con la que debía subsistir mientras durase el examen.¹ Antes de abandonar el edificio, el lama me hizo entrega de un rollo de pergamino.

— ¿Para qué es esto? —pregunté.

—Ahí se encuentra anotada la respuesta a la pregunta que constituye su examen; sin embargo está escrita en tal forma que únicamente cuando usted resuelva por sí mismo el problema podrá comprender el significado de esa respuesta. Anote en el pergamino sus conclusiones y entréguelo a su regreso. Le deseo la mejor de las suertes.

Acomodé los víveres, el pergamino y varias antorchas, en una bolsa de tela que podía llevarse colgada del hombro, y saliendo del monasterio, encaminé mis pasos por la escabrosa y serpenteante vereda que conducía a la montaña vecina. Como de costumbre, imperaba en ésta un frío glacial y un viento huracanado, pero ello no me produjo tantas molestias como en las dos anteriores incursiones a esos mismos lugares: había terminado por aclimatarme en alto grado a las rigurosas condiciones del medio ambiente y además sabía ya poner en práctica algunos de los antiguos procedimientos —a base de control de la respiración— utilizados en el Tibet para conservar una temperatura uniforme en el interior del cuerpo.

Tras de algunas horas de marcha llegué a la entrada de la caverna; encendí una de las antorchas y comencé a introducirme a través de los pasadizos de la gruta, hasta llegar al recinto que antaño ocupara el ermitaño; se trataba, a no dudarlo, del lugar más "confortable" de toda la caverna: el ambiente de la estrecha habitación de roca era seco y no extremadamente frío; poseía suficiente ventilación y toda ella parecía estar impregnada de cierta serena quietud que invitaba a la meditación.

Después de un breve descanso, realicé una minuciosa investigación por todos los rincones de aquel sitio. En una depresión de la roca en forma de cornisa, situada como a dos metros y medio de altura —y que por su posición no resultaba visible para un observador ubicado al nivel del piso— encontré algunos objetos: un cántaro, un cuenco de metal, una vieja y roída túnica, una soga y un libro.

Intrigado, tomé el libro y, descolgándome, retorné al suelo, se trataba de una edición en francés de "Los Miserables". Al hojearlo, descubrí sorprendido una dedicatoria de puño y letra del propio Víctor Hugo, fechada en el año de 1875. La dedicatoria era para una mujer de apellido francés. ¿Qué relación podría haber existido entre aquella mujer y el ermitaño, al grado de que éste hubiese conservado aquel libro como único recuerdo de su pasado?

A juzgar por la fecha anotada en la obra, resultaba improbable —aun cuando no del todo imposible— suponer que la mujer que se mencionaba en la dedicatoria pudiese ser la propia madre del ermitaño. Como desconocía hasta el nombre del enigmático francés, no podía saber si su posible parentesco era con la mujer a la que se refería la dedicatoria, o con el autor de la obra. Concluí que aquel era un misterio cuya solución no me concernía y volví a dejar el libro en el mismo lugar donde lo encontrara.

Dominado por una intensa emoción, desenrollé el pergamino que llevaba conmigo; en la parte superior del mismo, y escrita con la inconfundible letra del lama —diminuta y uniformemente ovalada— estaba anotada una frase de siete palabras: "La Mujer Dormida debe dar a Luz".

No obstante que sabía que en aquella frase se encerraba la respuesta al problema que trataba de dilucidar, de la simple lectura de la misma no me era posible obtener ninguna conclusión; así pues, volví a enrollar cuidadosamente el pergamino y tras de apagar la vacilante luz de la antorcha y quedar sumido en la más completa oscuridad, adopté una postura de comprobada eficacia para ayudar a la meditación y me dispuse a reflexionar con toda calma en la interrogante planteada: ¿ Cuándo y dónde surgirá la cultura con la que habrá de iniciarse la nueva Edad histórica?

El nacimiento de una cultura —o sea la creación de un nuevo conjunto de símbolos que proporcionan una superior comprensión de la Divinidad, del universo y del ser humano— es resultado de muchos y muy complejos factores. Un primer requisito es, desde luego, la existencia de una zona geográfica en la que no existan restos fosilizados y operantes de alguna cultura anterior. Una segunda condición es que durante los años inmediatamente anteriores al surgimiento de la nueva cultura, la sociedad que le va a dar origen no se vea precisada a distraer la *totalidad* de sus energías en conflictos guerreros o revoluciones, en tal forma que pueda ir acumulando —y utilizar en el momento oportuno— la enorme cantidad de energías que requiere dicho

¹ En el Tibet el ayuno forma parte de cualquier período de exámenes.

acto creativo.¹

Con base en las anteriores consideraciones, realicé una primera y rápida revisión de las posibilidades que para dar origen a una nueva cultura existían en cada uno de los cinco continentes.

Europa quedaba descartada de inmediato. Con excepción de la Unión Soviética² —la cual requería un estudio aparte— cualquiera otra nación de ese continente a la que volviese la vista presentaba restos fosilizados, pero aún actuantes en alto grado, de su anterior cultura, la denominada occidental.

África quedaba igualmente eliminada ante un primer análisis: era obvio que los actuales procesos de transformación de las estructuras políticas y sociales de las naciones que la componen continuarían desarrollándose durante un lapso considerable, absorbiendo toda la atención y energía del continente negro.

La valorización de las probabilidades que presentaba el continente asiático era ya una labor mucho más compleja.

En primer término, debía tomar en cuenta un hecho altamente significativo: en tres importantes regiones de dicho continente —Japón, la U.R.S.S. y China— han sido prácticamente liquidados los restos fosilizados de sus antiguas culturas³ dejando así un suelo virgen que facilita el nacimiento de una nueva cultura. Sin embargo, existe también un factor de carácter negativo: la larga lucha que por la posesión del "vacío asiático"⁴ han venido librando las principales potencias de ese continente desde comienzos del presente siglo y que constituye la contienda más trascendental de nuestra época, aun cuando esta contienda no ha sido captada ni mucho menos comprendida integralmente por la mayor parte de la gente, a causa de realizarse a través de guerras separada entre sí por decenas de años.

Como es por todos sabido, fue Japón el primer país de Asia que logró liquidar los restos fosilizados de su antigua cultura, lo cual le resultó relativamente fácil, ya que no se trataba de una cultura surgida en el propio Japón, sino simplemente importada por éste de China.

Ahora bien, cuando una nación que ha vivido por largo tiempo dentro de los moldes de una determinada cultura, se sale de éstos, trata de sustituirlos por otros, bien sea creándolos o importándolos. Asimismo, busca nuevas formas de estructuración en todos los órdenes de su existencia, incluyendo —en algunas ocasiones— la modificación de los límites territoriales que ocupa. Japón hizo ambas cosas: importó algunos moldes de la entonces recién fallecida cultura occidental, e inició un vasto plan de conquista, que tenía como meta final el apoderarse del ya mencionado "vacío asiático". La guerra chino-japonesa de finales del siglo XIX y la guerra ruso-japonesa ocurrida a comienzos del presente siglo, fueron las primeras escaramuzas de esta gigantesca contienda.

Muy pronto Japón hubo de percatarse de que antes de ocurrir el choque decisivo con la Unión Soviética por la posesión de los citados territorios, debía resolver dos grandes dificultades: conseguir enormes contingentes de esclavos para colonizar y explotar los territorios conquistados, y eliminar la amenaza constituida por la presencia del poderío norteamericano en el Océano Pacífico, que le impedía concentrar toda su atención en la realización de su objetivo fundamental.

Ante los obstáculos que se presentaban para el cumplimiento de sus fines, Japón optó por irlos resolviendo escalonadamente: primero invadió China con el propósito de contar con las suficientes reservas humanas que requería la proyectada colonización, y en segundo término, antes de lanzarse a la conquista del "vacío asiático", decidió terminar de una vez por todas con la espada que las bases norteamericanas del Pacífico mantenía colocada en su flanco. En esta forma, el ataque a Pearl Harbor inició una contienda entre ambas potencias por el control del Océano Pacífico, contienda que circunstancialmente coincidió con la que se libraba en otras partes de la Tierra, a resultas de los intentos nazis de torcer la evolución de la humanidad.

¹Esta relativa carencia de conflictos sociales es necesaria en el período previo al nacimiento de una cultura; una vez que ésta ha surgido, generalmente logra desarrollarse a pesar de la existencia de esta clase de conflictos, los cuales —en muchas ocasiones— son motivados precisamente por la transformación de las estructuras sociales y políticas que a veces trae aparejado el surgimiento de una nueva cultura.

² Para los efectos de este análisis considero a la Unión Soviética formando parte tanto del continente europeo como del asiático.

³ En otras palabras, los símbolos fundamentales de las antiguas culturas que existieron en esos lugares, llegaron a ser del todo inoperantes.

⁴ Los inmensos y escasamente poblados territorios que constituyen esta región, se encuentran al norte de las fronteras de China, nación a la que le fueron arrebatados durante la época de mayor expansión de la Rusia zarista.

A pesar de la teórica alianza entre nazis y nipones, éstos no atacaron a la U.R.S.S. en el momento en que su intervención habría significado el seguro triunfo de las armas alemanas, y no lo hicieron por la sencilla razón de que los japoneses sabían muy bien que Alemania se opondría —aún con mayor fuerza que los mismos rusos— a sus proyectos de poblar con grandes masas de colonos de raza amarilla gran parte de los territorios de la Unión Soviética. En esta forma, el Imperio del Sol Naciente juzgó que lo más conveniente era no intervenir en el conflicto en favor de su aliado europeo y dejar que ambos contendientes se agotasen en la lucha, ya que esto facilitaría la conquista del territorio soviético que proyectaba iniciar en cuanto terminase de desalojar a los norteamericanos de las bases en el Pacífico.

La derrota militar del Japón, sufrida tanto en el Pacífico a manos de los norteamericanos, como en el interior del continente asiático, donde los rusos terminaron por desalojarlo de todas sus posesiones, fue tan sólo un episodio en la ininterrumpida lucha que por la posesión del "vacío asiático" se ha venido librando a lo largo del presente siglo. Muy pronto el lugar dejado vacante por Japón fue ocupado por otra nación: tras un largo sueño de milenios, China comenzó a despojarse de los restos fosilizados de su antigua cultura.¹

En cuanto el proceso de desintegración de los restos de su antigua cultura entró en una etapa avanzada, China comenzó también a sentir —incluso con mayor fuerza que su antecesor— la atracción del "vacío asiático",² pero tal y como sucediera al Japón, China comprendió que no podía iniciar la conquista de estos territorios sin dejar primero aseguradas sus espaldas, y ello requería terminar con el control norteamericano de la zona del Pacífico cercana a sus fronteras. En esta forma, muy pronto los dos poderosos contendientes iniciaron la lucha en la península coreana, y era lógico suponer que habrían de continuarla en la estratégica región indochina.³

Como consecuencia de todo lo anterior, tuve que llegar a la conclusión de que la lucha que viene librándose en el continente asiático —y que según todos los indicios habrá de continuar durante el resto del presente siglo— elimina toda posibilidad de que sea esta región del planeta la que dé origen a una nueva cultura.

Abandonando el análisis de lo que ocurría en Asia, enfoqué mi atención al denominado novísimo continente: Oceanía. La enorme desproporción existente en este continente entre la población que lo ocupa y su extensión geográfica, constituye el mejor síntoma de que aún no se han terminado de estructurar en él naciones que puedan estar en posibilidad de realizar el adecuado encauzamiento de la enorme cantidad de energía que requiere una obra como la que nos ocupa. Por tanto, Oceanía quedaba igualmente descartada.

Restaba únicamente América, continente en donde la casi totalidad de las naciones latinoamericanas están por iniciar una etapa de profundas modificaciones en sus estructuras sociales, políticas y económicas, obra que requerirá la integral dedicación de sus energías, incapacitándolas para cualquier otra realización.

Por lo que respecta a los Estados Unidos de Norteamérica, una primera apreciación simplista llevaba a una precipitada conclusión: la innegable importancia de las energías sociales ahí acumuladas —como, por ejemplo, la derivada de la concentración de científicos— podía muy bien hacer pensar que quizás fuera este lugar donde existían más posibilidades de que surgiera una nueva cultura.

La sugestiva conclusión anterior carece totalmente de base. Los Estados Unidos de Norteamérica son precisamente lo que su nombre indica: un conjunto de estados unidos, es decir, no son ni han sido nunca una nación.

Durante más de siglo y medio, en la extensa región de América ocupada por los Estados Unidos se ha venido gestando el nacimiento de varias naciones. Algunas de ellas están ya a punto de surgir y su advenimiento no estará exento de las violentas convulsiones que generalmente se producen en estos casos.

¹ El proceso de eliminar dichos restos no ha concluido aún en forma definitiva; ello explica la "revolución cultural" iniciada por el gobierno de Mao Tse Tung a finales de 1966. Este movimiento tiene el propósito —plenamente consciente— de liquidar todo resto de viejos moldes culturales. A pesar de que los fines que persigue la revolución cultural se manifiestan hasta en su mismo nombre, en Occidente se le ha calificado erróneamente como una simple disputa entre facciones políticas.

² Creo que para una mejor comprensión de los futuros acontecimientos mundiales resulta muy importante tener una clara visión de los fines que persigue China: los motivos que impulsan a esta nación a la posesión del "vacío asiático", no provienen únicamente de la presión demográfica. Para China se trata de una lucha de reconquista, de recuperar unos territorios que le fueron arrebatados en el pasado mediante la fuerza. Cualquier explicación de la conducta china tendiente a tratar de hacer creer que esta nación pretende implantar una dominación mundial, no sólo es ridículamente alarmista, sino que entraña una profunda ignorancia acerca del verdadero espíritu chino, caracterizado a lo largo de toda su historia por una permanente tendencia a "cerrarse" sobre sí mismo.

³ Aun cuando la guerra vietnamita constituye un segundo episodio en el enfrentamiento entre China y los Estados Unidos —la primera trata de eliminar la influencia de los segundos en esta zona, y éstos tratan de que su poderío continúe prevaleciendo— representa también una fase más en la lucha que a lo largo del presente siglo ha venido sosteniendo infatigablemente el pueblo vietnamita por recuperar su independencia y su unidad: primero contra Francia, después contra Japón, luego otra vez contra Francia, y posteriormente contra Estados Unidos.

La intervención de Norteamérica en el conflicto asiático, y la trascendental modificación que tendrá lugar en su interior, absorberán todas sus energías en los próximos años, imposibilitándole para poder participar en una misión tan elevada como es la de dar origen a una nueva cultura.

La primera revisión tendiente a localizar el lugar de la Tierra que contaba con mayores probabilidades de ser la cuna de la próxima cultura, había constituido un rotundo fracaso. Comprendí que debía realizar un nuevo y profundo análisis.

Durante dos días y sus respectivas noches continué meditando sin cesar, tratando inútilmente de determinar cuál podría ser el lugar donde existen mayores probabilidades de que surja una nueva cultura.

Agotado por el esfuerzo realizado, decidí darme por vencido y descansar unas horas, para después emprender el viaje de regreso al monasterio. Una enorme vergüenza me embargaba tan sólo de pensar que a la mañana siguiente tendría que reconocer mi fracaso ante el lama. Abrumado por más de cuarenta y ocho horas de intensa actividad mental, pronto quedé sumido en un profundo sueño.

Llevaría durmiendo algunas horas cuando "semidesperté", o para ser más exacto "superdesperté". Todas aquellas personas que lo han experimentado personalmente —consciente o accidentalmente— saben muy bien que además del sueño y de la vigilia, existen muchos otros estados de conciencia, de los cuales algunos pueden clasificarse como inferiores al sueño —como por ejemplo el que se produce como resultado de un deficiente funcionamiento cerebral— y, en cambio, otros son indiscutiblemente superiores al estado de vigilia.

Durante el tiempo que llevaba estudiando en el Tibet bajo la dirección del lama, éste me había enseñado ciertos métodos tendientes a lograr alcanzar algunos de estos estados de conciencia a los que he denominado "superdespertar"; sin embargo, cuando cansado y derrotado me tendí en el fondo de la caverna para dormir, no tuve el menor propósito de llevar mi conciencia a un estado que no fuera el del sueño ordinario; así pues, el paso de este estado a uno distinto se produjo en forma puramente accidental.

La principal característica del peculiar estado de conciencia en que me encontraba, era que aun cuando —tal y como ocurre en cualquier sueño— el desarrollo de las imágenes se producía libremente, sin ningún control de mi mente, ésta podía analizar dichas imágenes con mucho mayor profundidad que en la mejor de las reflexiones efectuadas en un estado de vigilia ordinario. Quien haya vivido una experiencia semejante —que desde luego no tiene nada que ver con las nocivas alteraciones de la conciencia producidas por el empleo de drogas— podrá comprender fácilmente la explicación anterior; de lo contrario, creo que ésta le resultara ininteligible.

En el preciso momento en que se produjo el "superdespertar", estaba soñando con un decisivo acontecimiento del pasado: mi partida de México con rumbo a la ciudad de Hamburgo, de donde viajaría posteriormente al Tibet. En las claras imágenes del sueño pude contemplarme a mí mismo abordar el avión. Una serie de insignificantes detalles que jamás hubiera creído posible recordar, iban surgiendo en rápida sucesión: el encabezado del periódico que leyerá mientras aguardaba el despegue del aparato, el rostro juvenil y amable de la aeromoza, el fresco sabor a menta de la pastilla de mascar que ella me obsequiara, el monótono vibrar de los motores, la larga carrera por la pista y el instante en que el avión comenzó a elevarse por los aires. La ciudad de México se alejaba velozmente ante mi vista; en el horizonte claro y despejado de aquella resplandeciente mañana lucían en toda su imponente belleza los dos volcanes que constituyen los tradicionales guardianes del Valle de México, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl o Mujer Blanca, conocido este último con el sobrenombre popular de "La Mujer Dormida" .. *¡La Mujer Dormida debe dar a Luz!*

Una indescriptible conmoción sacudió mi ser hasta la más recóndita e insignificante de sus partículas. Aquello constituyó un momento único, algo maravilloso que no puede ser narrado ni comprendido, una experiencia puramente personal e incommunicable.

Durante el breve instante que duró esa especie de mágico chispazo interior, mi conciencia logró unir todos los datos archivados en la memoria en materia de Historia, integrarlos en un armónico y dinámico conjunto y extraer de ellos una conclusión, misma que podía expresarse en una sola palabra *¡México!*

El haber logrado hallar la ansiada respuesta estuvo a punto de costarme la vida: extenuado por el sobrehumano esfuerzo que acababa de realizar, mi organismo sufrió un colapso, creí que el corazón dejaba de latir a la vez que una espesa niebla invadía mi mente haciéndome perder todo asomo de conciencia.

Cuando recuperé el conocimiento continuaba tendido en el fondo de la caverna; me sentía agotado y dolorido, pero al mismo tiempo feliz de haber alcanzado éxito en tan difícil examen.

Una vez recuperadas ligeramente las energías procedí a encender una débil y vacilante luz; y después desenrollé la hoja de papel pergamino que me entregara el lama al salir del monasterio y en la cual venía anotada de su puño y letra la frase que era en sí misma incógnita y respuesta: "La Mujer Dormida Debe Dar a Luz". Iba ya a escribir debajo de aquella frase la palabra "México", cuando me asaltó una última duda: ¿La solución que había encontrado era verdaderamente un resultado de todos mis anteriores estudios y

reflexiones, o simplemente un producto de la fantasía? Afortunadamente contaba con un medio seguro para averiguar si la conclusión era acertada o incorrecta, tomando el pergamino tracé en él con todo cuidado el diagrama de una peculiar figura.

La figura en cuestión —que por carecer de nombre denominaremos simplemente "septenario"— consistía en un ingeniosísimo diseño que permitía efectuar, en forma por demás sencilla, complicadísimos cálculos tendientes a verificar la exactitud o inexactitud de determinadas conclusiones relacionadas todas ellas con problemas de fijación de períodos de evolución en las diferentes sociedades humanas.¹ La razón por la cual no había utilizado el "septenario" para tratar de hallar la solución al problema que constituía mi examen, obedecía a que esta figura únicamente era útil para comprobar la veracidad de ciertas conclusiones pero no para llegar a ellas.

Dominando el cansancio efectué los cálculos necesarios hasta obtener una respuesta definitiva, la cual vino a corroborar, incluso con mayores detalles, que mi solución era la correcta. Rebosante de satisfacción tomé una vez más el pergamino y escribí al final del mismo la siguiente anotación: "México es la región de la Tierra donde existen actualmente mayores posibilidades para el surgimiento de una nueva cultura. Estas posibilidades alcanzarán su época más propicia en el período que mediará entre el momento en que la población de esta nación llegue a setenta millones de personas y aquel otro en que se rebasen los setenta y siete millones de habitantes".

Tras de escribir aquellas palabras enrollé el pergamino y sin perder más tiempo emprendí de inmediato el retorno al monasterio; contaba apenas con el tiempo suficiente para regresar dentro del límite fijado para el desarrollo del examen.

En el exterior comenzaba a amanecer. Con paso rápido, y apretando fuertemente el pergamino para impedir que el viento me lo arrebatase, inicié la fatigosa marcha.

El lama se encontraba en su habitación; penetré en ella tambaleante de cansancio; en el severo, a la par que alegre rostro del anciano, creí adivinar un sentimiento de contenida expectación: sin pronunciar palabra le entregué el pergamino, lo desdobló y leyó su contenido; después se puso de pie, y extrayendo de un grueso baúl otra hoja de pergamino idéntica a la anterior me la entregó. Un tanto desconcertado, observé aquel segundo documento: en la parte superior del mismo tenía anotadas unas palabras en alemán escritas con la diminuta letra del lama: "Die schlafende frau muss gebahren", ² debajo de esta frase, venía dibujado con trazos firmes un "septenario", conteniendo exactamente los mismos cálculos que acababa yo de realizar horas antes; finalmente, al pie de la figura leí una lacónica observación, anotada con letras de caracteres angulares en las que reconocí al instante la escritura del coronel: "Mexiko 70-77 millionen einwohner".³ Se trataba, sin lugar a dudas, del pergamino utilizado años atrás por el coronel para dar respuesta al mismo problema que me fuere planteado por el lama.

Una sonrisa iluminó el semblante del tibetano. Comprendí que había aprobado el examen.

7 EL CÍRCULO SE CIERRA

a) La Última Lección

Mi estancia en el Tibet se acercaba a su fin. Concluido venturosamente el examen, no existía ya motivo alguno para continuar por más tiempo en el monasterio; sin embargo, el pretender abandonar aquel lugar no era precisamente una empresa fácil: el valle estaba enclavado en una de las regiones más apartadas de la Tierra, alejado de todas las rutas transitadas por las caravanas y rodeado de abruptas montañas; por si esto fuese poco, el país sufría la ocupación militar de las fuerzas de la China Roja.

Alrededor de una semana después de los acontecimientos anteriormente relatados, el lama me comunicó que muy pronto arribaría al valle un "lung-gom-pa",⁴ que tenía por misión acompañarme hasta la India. En seguida añadió que se percataba de los múltiples peligros que entrañaba un viaje de esta naturaleza, pero que, a su juicio, las probabilidades con que contaban dos viajeros de pasar inadvertidos a la vigilancia de los chinos resultaban bastantes halagüeñas. Estuve a punto de contestar que consideraba su opinión en extremo optimista; sin embargo, preferí no aumentar la preocupación que de seguro le producía mi próximo viaje.

¹ El origen de esta figura —y de varias otras similares, cuyo manejo se conserva como valioso secreto entre los más sabios lamas del Tibet— se pierde en el pasado. Sin embargo, resulta lógico suponer que debió ser elaborada durante alguna de las anteriores Edades de predominio de la inteligencia racional.

² "La mujer dormida debe dar a luz".

³ "México: 70-77 millones de habitantes".

⁴ Los "lung-gom-pa" son personas que han recibido un especial adiestramiento a lo largo de años —basado principalmente en particulares ejercicios de control respiratorio y circulatorio— que les permite sumirse a voluntad en una especie de trance hipnótico, en virtud del cual son capaces de recorrer sin cansancio largas distancias a paso veloz.

Aun cuando la perspectiva de deambular por entre elevadas cadenas de montañas teniendo como única compañía a un silencioso "lung-gom-pa" no me resultaba del todo agradable, comprendí muy bien las enormes ventajas de la solución ideada por el lama: siendo únicamente dos personas, lograríamos subsistir con muy pocas provisiones, transportaríamos tan sólo el equipo más indispensable y nos resultaría mucho más fácil ocultarnos para evitar caer en manos de los chinos.

Estaba yo en una de las terrazas del monasterio y en esta forma pude verle desde el primer instante de su arribo al valle.

El "lung-gom-pa" avanzaba a grandes y rítmicas zancadas, devorando el terreno a increíble velocidad; tras de bordear la aldea —donde varios de sus moradores al darse cuenta de su llegada acudieron presurosos a presenciar su paso— el "lung-gom-pa" torció a la derecha y se encaminó directamente hacia la vereda que conducía al monasterio; la pesada cuesta no le hizo disminuir el veloz ritmo de marcha: como si se desplazara sostenido por un gas más ligero que el aire, el corredor continuó ascendiendo, todos sus movimientos eran de una perfecta regularidad y sincronización.

Muy pronto el "lung-gom-pa" llegó ante el monasterio. Tras de atravesar el umbral del corredor se detuvo en el centro mismo del patio, su rígida figura semejaba la de una estatua; el rostro denotaba el profundo trance en que se hallaba sumido y del cual comenzaba a emerger lentamente.

Le observé con atención; toda su apariencia era la de un tibetano ordinario: se trataba de un sujeto de alrededor de treinta años, de baja estatura y complexión delgada; cuando la extraña expresión de su rostro hubo desaparecido, reveló un semblante común risueñamente alegre; nada en su organismo, ni una gota de sudor o una respiración agitada, denotaban la fantástica hazaña que acababa de realizar.

Comprendí que mi partida del monasterio era ya un hecho inminente.

A la mañana siguiente salí en compañía del lama a dar un paseo por los alrededores del monasterio. A poco de iniciado el recorrido, el tibetano me informó que debía estar listo para partir antes del próximo amanecer. A pesar de que ya esperaba de un momento a otro esa noticia, al recibirla no pude dejar de sentirme dominado por una intensa emoción; comprendí que a esa misma hora del día siguiente ya no estaría yo en el valle, que jamás volvería a ver la tosca silueta del monasterio empotrado en las rocas, ni a escuchar las sabias lecciones del lama.

Al parecer, el anciano tibetano se encontraba tan emocionado como yo; observé que una expresión de nostálgica tristeza inundaba su rostro. Como si deseara desviar cuanto antes la atención de su persona, inquirió:

— ¿Ya ha pensado a qué va a dedicarse cuando regrese a su país?

—Trataré de transmitir los conocimientos que he obtenido.

— ¿Me permite un consejo?

—Naturalmente, maestro.

—En casi todo el mundo existe una visión deformada acerca del Tibet. En cuanto usted mencione el hecho de que ha pasado varios años estudiando con nosotros, la gente tenderá a verlo como un ser raro; algunos lo acusarán de charlatán y no se tomarán ni siquiera la molestia de analizar nada de lo que diga; en cambio, otros lo considerarán capaz de efectuar los más absurdos prodigios. Deberá, por tanto, encontrar la forma de realizar su labor de enseñanza sin que ésta se vea entorpecida por tontas polémicas acerca de su persona.

Tras de una breve pausa, el lama continuó:

—Creo que su labor de difusión de conocimientos deberá ir encaminada a la obtención de dos propósitos fundamentales: El primero es el de subrayar al máximo posible la enorme trascendencia histórica de los próximos años; entre mayor sea el número de personas que colaboren conscientemente en la creación de una nueva cultura, más rápida será la difusión de ésta. El otro propósito, que a mi juicio resulta igualmente importante, es el de poner de manifiesto la índole de la amenaza más grave que existe en contra del venturoso nacimiento en México de una nueva cultura.

— ¿Cuál es esa amenaza? —pregunté intrigado.

—Como usted ya sabe, los vigorosos pueblos bárbaros que han habitado siempre al norte del Río Bravo están por iniciar un proceso de reestructuración en todos los órdenes de su existencia. Los periódicos reacomodos de estas sociedades ocasionan olas migratorias que marchan rumbo al sur. En algunos casos su influencia ha resultado benéfica, al vigorizar con sangre nueva las culturas de esas regiones; en otros ha sido un simple huracán devastador. En el presente caso, la presión migratoria motivada por el reacomodo de los pueblos bárbaros del norte, coincidirá con el momento en que México dará a luz otra nueva cultura; si la migración es aprovechada convenientemente, coadyuvará al desarrollo del recién nacido; de lo contrario lo ahogará en la cuna.

— ¿Y qué es lo que debe hacerse para que esa migración sea positiva y no negativa?

—Ir estableciendo con la debida anticipación, adecuados sistemas de "captación", en tal forma que cuando se inicie la presión migratoria puedan seleccionarse los elementos valiosos contenidos en ella, de aquellos que no lo son. Por ejemplo, un científico norteamericano limpio de espíritu, que jamás hubiese participado en la creación de medios mecanicistas de destrucción, podría ser recibido sin mayor trámite; en cambio, otro que poseyendo similares o incluso superiores conocimientos, estuviera contaminado por el odio y los prejuicios, encontraría definitivamente cerrada la entrada. Desde luego que esto implica el manejo adecuado de una enorme cantidad de información obtenida antes del inicio de la presión migratoria. Es necesario iniciar esa labor desde ahora.

Tras de pronunciar aquellas palabras, el lama guardó un completo silencio. Durante un buen rato escuché tan sólo el ruido de nuestros pasos y el constante silbar del viento.

Caminando lentamente, nos dirigimos de regreso al monasterio. Con mirada atenta a lo que me rodeaba, procuré observar y retener en la memoria hasta el último detalle de aquel paisaje que había sido para mí la única porción visible del mundo durante varios años: las imponentes montañas resplandecientes de nieve, la belleza austera de las enormes rocas, los pequeños espacios verdes de los sembradíos en el fondo del valle, la minúscula aldea, el azul diáfano del cielo, y dominando todo el conjunto, la señera figura del monasterio, tosco y recio, altivo e indomable, seguro guardián de antiguos secretos y todo un símbolo del alma inconquistable del Tibet.

Estábamos ya a unos cuantos cientos de metros de la entrada del monasterio, cuando el lama se detuvo y tomó asiento en una desnuda piedra; una vez que hube seguido su ejemplo afirmó:

—Hay algo de especial importancia que desearía tuviese usted muy presente. ¿Se ha preguntado alguna vez cuál pudo ser la causa que originó la catástrofe mundial que destruyó hace catorce mil años todas las culturas desarrolladas durante la anterior Edad de predominio de la inteligencia racional?

—Muchísimas veces, maestro. Se supone que ese cataclismo fue originado por un mal manejo de las "fuerzas cósmicas" que estas culturas habían llegado a controlar, pero según tengo entendido, se desconoce el motivo exacto que ocasionó la catástrofe.

El lama asintió con la cabeza mientras afirmaba:

—Siempre he creído que la hipótesis más probable es que hubo una guerra entre las más grandes potencias de aquel entonces, las cuales utilizaron para fines bélicos los profundos conocimientos científicos que poseían en lo que hace el manejo de "fuerzas cósmicas". De haber sido así, esto nos indicaría que por lo que se refiere al proceso de ampliación de la consciencia a través del desarrollo de la inteligencia racional, los seres humanos no alcanzaron en aquel entonces el grado de evolución suficiente para captar el contenido de una gran verdad, una verdad que fue descubierta más tarde a través de la intuición emotiva y que ahora necesita ser comprendida plenamente por la razón, si en verdad se desea reiniciar el interrumpido desarrollo de esta facultad.

— ¿Qué verdad es ésa maestro?

Las facciones del lama expresaban una inusitada gravedad; en sus ojos parecía brillar una extraña luz capaz de contemplar el pasado más remoto y después proyectarse a un futuro aún lejano. Jamás olvidaré aquel instante ni las palabras, sonoras y firmes, que dieron respuesta a mi pregunta:

—*La de la unidad de la humanidad.*

A continuación añadió:

—Solamente si esta verdad es descubierta y comprendida a través de la razón, será posible evitar que ocurra una catástrofe similar a la de hace catorce mil años. La humanidad no es una simple yuxtaposición de seres, *existen ligazones de cohesión en el interior de la especie humana, en tal forma que ésta constituye, un TODO que precisa de un armónico funcionamiento.* Cuando un hombre o un conjunto humano ataca a otro, la totalidad de la humanidad resulta dañada, pero no en un sentido metafórico sino real. Únicamente si lo anterior es comprendido racionalmente y si luego se procede a establecer fórmulas operantes de integración entre las diferentes sociedades y naciones que les permitan actuar como una unidad organizada, será posible que prosiga la evolución de la humanidad. Esta habrá de ser la principal misión de la nueva cultura.

El lama dejó de hablar y poniéndose de pie se encaminó hacia el cercano monasterio. Le seguí de cerca vivamente impresionado por lo que acababa de escucharle.

Conocía lo suficiente al lama para imaginarme que prefería que no hubiese entre nosotros una despedida formal antes de mi partida. Comprendí, por tanto, que aquellas palabras habían sido a la vez su despedida y su última lección.

b) Adiós al Tibet

Alrededor de la media noche abandonamos el monasterio; marchando en silencio, descendimos por el camino que conducía a la aldea, nos desviamos poco antes de llegar a ésta y bordeándola tomamos por un atajo que ascendía por la montaña en la cual se encontraba la vereda que llevaba al exterior del valle. El "lung-gom-pa" no se hallaba aún sumido en trance y respiraba fatigado bajo el pasado fardo que contenía la mayor parte de nuestras provisiones.

Amanecía cuando llegamos a lo alto de la montaña. Era un día particularmente despejado y el valle lucía en toda su resplandeciente belleza.

Antes de proseguir, descansamos un buen rato. Empequeñecido por la distancia, observé a mi viejo y querido monasterio despertar a las actividades de un nuevo día. Las diminutas figuras de los ламas, ataviados con sus vistosos ropajes amarillos, pululaban por los alrededores del edificio, dedicados a sus labores cotidianas. Supuse que varios de los religiosos podrían estar viéndonos en aquel instante; atando una gruesa manta a mi bastón, improvisé una banderola y la agité repetidamente en señal de despedida.

El "lung-gom-pa" se ensimismó en la complicada combinación de ejercicios respiratorios y ritual repetición de plegarias que producen el trance característico de las personas dedicadas a esta peculiar actividad. Cuando lo hubo logrado inició un trotecillo de pasos firmes y rítmicos.

Sentí una extraña opresión en la garganta; contemplé por última vez el monasterio, y dando media vuelta emprendí la marcha.

Antes de proseguir mi relato, creo de utilidad mencionar muy brevemente cuáles han sido las causas y los motivos que han originado y perpetuado en el Tibet la existencia de individuos dedicados al oficio de "lung-gom-pa".

A pesar de la al parecer insalvable dificultad representada por la carencia de medios ordinarios de comunicación en el país, la Iglesia lamaísta tibetana ha logrado mantener, durante siglos, una estrecha unidad de acción entre sus innumerables monasterios diseminados en una de las más agrestes regiones del planeta. Dos son los medios principales que han permitido el mantenimiento de un estrecho contacto entre los monasterios tibetanos. El primero de ellos es la transmisión conscientemente regulada del pensamiento a través del espacio, conocida vulgarmente como "telepatía"; sin embargo, el número de ламas capaces de proyectar su pensamiento a distancia ha sido siempre muy reducido, y su elevado sistema de intercomunicación no habría bastado nunca para mantener un efectivo sistema de información entre los distintos monasterios, razón por la cual su labor ha sido complementada por la actividad que realizan los "lung-gom-pa", que como ya he dicho, son individuos capacitados —tras un largo entrenamiento— para recorrer enormes distancias a una velocidad verdaderamente prodigiosa.

Desde tiempo inmemorial, los "lung-gom-pa" han atravesado el Tibet en todas direcciones, transportando de un monasterio a otro desde objetos propios del culto religioso, hasta órdenes e informes relacionados con el funcionamiento de las diferentes comunidades religiosas.

Cuando sobrevino el definitivo sojuzgamiento del Tibet por las tropas chinas, los ламas encontraron en los "lung-gom-pa" una ayuda inapreciable en la lucha que por salvar el espíritu del país se entabló desde el inicio mismo de la ocupación, gracias a estos excepcionales corredores fue posible establecer de inmediato una efectiva red clandestina de comunicación. Los "lung-gom-pa" han continuado llevando las órdenes y los informes escritos, en virtud de los cuales la Iglesia lamaísta ha mantenido, a pesar de todo, cierto grado de organización.

Resulta innecesario mencionar que el ejercicio de esta actividad entraña en la actualidad un inmenso peligro; cuando los soldados chinos creen descubrir a alguien corriendo con el rítmico trote característico de los "lung-gom-pa", disparan al instante sobre él sin ningún miramiento; no son pocos los tibetanos que al correr presurosos han caído muertos víctimas de una funesta confusión. A tal grado se ha difundido entre la población ocupada el conocimiento de estos acontecimientos, que actualmente los tibetanos no se atreven por ningún motivo a emprender una carrera a campo traviesa, a menos que tengan la absoluta seguridad de que no hay por el momento tropas chinas cercanas al lugar donde se encuentran.

A pesar de la persecución implacable de que estos corredores son objeto, dudo mucho que los chinos logren su propósito de exterminarlos: su localización resulta muy difícil, ya que casi todos ellos se desplazan únicamente de noche, a través de caminos escasamente transitados que conocen a la perfección, y por otra parte, cuentan con el apoyo incondicional de la inmensa mayoría de la población, que ya ve en ellos una especie de símbolo viviente del alma indomable de la nación.

La historia de la persona que me servía de guía era muy similar a la de otros individuos dedicados a tan difícil oficio: cuando apenas contaba siete años de edad, sus padres lo obsequiaron al monasterio de la localidad. Durante su adolescencia los ламas descubrieron que poseía condiciones orgánicas adecuadas para

hacer de él un excelente "lung-gom-pa" y lo iniciaron en las arduas disciplinas que esta actividad requiere. Terminado su entrenamiento en el monasterio, sirvió de acompañante un tiempo a un "lung-gom-pa" de mayor experiencia, hasta que finalmente se le comenzaron a asignar diferentes misiones en la región fronteriza entre el Tibet y la India.

Los primeros días siguientes al de nuestra salida del valle transcurrieron sin ningún contratiempo. Confiados en que nos encontrábamos en una región totalmente deshabitada, nos desplazábamos sin temor alguno. La jornada se iniciaba al amanecer. Tras de ingerir una escasa ración de alimentos, mi acompañante procedía a sumirse en trance y en seguida iniciaba un trotecillo, que era para él la mínima velocidad a que le era dable caminar. Nuestro avance proseguía sin descanso durante todo el día; al caer la noche nos deteníamos —yo agotado, mi guía sin el menor asomo de fatiga— y de nuevo probábamos algo de alimento; luego nos dormíamos envueltos en gruesas mantas, las cuales amanecían invariablemente endurecidas por el hielo.

Fue durante el quinto día de marcha, cuando ocurrió el incidente a que voy a referirme. Avanzábamos zigzagueando a través de una brecha existente entre dos gigantescas montañas; como de costumbre, el "lung-gom-pa" marchaba adelante de mí sumido en su trance característico; repentinamente comenzó a acelerar su ritmo de marcha, desplazándose cada vez con mayor rapidez hasta iniciar una veloz carrera; sus zancadas largas y rítmicas aumentaban cada vez más la distancia que nos separaba.

Aterrorizado, imaginé lo que ocurría; sin percatarse conscientemente de ello, el "lung-gom-pa" había variado el ritmo respiratorio que, sincronizado con el mío, se impusiera a sí mismo para aquella marcha. Al ocurrir esta variación, todos los movimientos de su organismo tuvieron también que cambiar, llevándole a iniciar una veloz carrera.

Por un instante pensé en tratar de acelerar el paso para procurar seguirle, pero de inmediato deseché semejante propósito: mi ritmo respiratorio estaba regulado atendiendo a indicaciones precisas impartidas por el lama, el cual había tomado en cuenta tanta las peculiaridades de mi organismo como lo rudimentario de mis conocimientos en este tipo de prácticas respiratorias; en caso de variar el ritmo respiratorio para acelerar la marcha, me exponía a sufrir un daño orgánico grave e incluso la muerte misma. Dominando aquel primer impulso, decidí suspender la marcha y permanecer donde me encontraba.

Mi situación no podía ser más desesperada: sin el menor conocimiento acerca del camino que debía seguir para salir de aquella desolada región, y sin ninguna clase de alimentos —pues éstos eran transportados por mi acompañante— no tenía la menor probabilidad de prolongar durante mucho tiempo la existencia.

Agobiado por el peso de la soledad más absoluta, tomé asiento sobre una helada piedra situada al borde de un precipicio. Comprendí que existían dos posibles conductas a seguir: la primera consistía en tratar de proseguir hasta caer desfallecido de hambre sobre la nieve; la segunda era aguardar ese mismo final en el lugar donde me encontraba. Reflexioné que una vez que el "lung-gom-pa" se percatase de que yo no le acompañaba —lo cual ocurriría posiblemente hasta que llegase la noche y saliese de su letargo— trataría de encontrarme al otro día rehaciendo el camino recorrido la víspera.

Decidí, por tanto, aguardar en aquel sitio todo el día siguiente y sólo en el caso de que en este lapso mi guía no retornase, trataría de continuar el camino por mi propia cuenta, medida desesperada que de seguro habría de conducirme a la muerte, pero al menos ésta sobrevendría en medio de la lucha y no tras de una resignada y pasiva espera.

Aquella noche fue la más terrible de mi vida y estuvo a punto de ser la última. El lugar en donde me encontraba formaba parte de un inmenso y helado glaciar. Aun cuando desde antes del anochecer hice con todo cuidado los ejercicios tendientes a contrarrestar el frío exterior mediante el desarrollo de calor interno; debido quizás a la preocupación que me dominaba, no alcancé el grado de concentración requerido, y por vez primera en mucho tiempo, volví a padecer los desagradables efectos del intenso frío de las montañas: todos los huesos me dolían fuertemente al igual que las numerosas ampollas que a consecuencia de las caminatas se me habían formado y reventado en ambos pies, pero más que el dolor físico, atenaceaban a mi espíritu la angustia y la desesperación.

Toda la noche la pasé en vela escuchando el constante silbar del viento, repitiendo una y otra vez —con muy poco éxito— los ejercicios para evitar los efectos del frío. A mi alrededor el hielo producía ruidos extraños al abrir nuevas grietas o al reventar alguna roca; en lo alto, la luna y las estrellas —enormes y brillantes— se dejaban ver a ratos en medio de la niebla, semejando una procesión de seres fantasmagóricos.

Cuando a la mañana siguiente asomaron por fin los débiles rayos del sol, sentí renacer la esperanza, pero al transcurrir lentamente las horas sin que el "lug-gom-pa" apareciese, comencé a juzgar inútil aquella espera. Me había adelantado algunos kilómetros del lugar donde pasara la noche, hasta quedar en la cúspide de una prominencia; desde ahí atisbaba incesantemente en todas direcciones, pero sólo el viento y las cercanas nubes constituían los únicos viajeros por aquellos inhóspitos parajes.

Faltaba poco tiempo para el anochecer, cuando creí ver una pequeña mancha que se movía lentamente a lo lejos en medio de la nieve; mi corazón latió con fuerza, como advirtiéndome que no sería capaz de soportar el golpe que en aquellas circunstancias representaría un desengaño... pero no: ¡era el "lung-gom-pa"! Olvidando el hambre y los dolorosos calambres que atormentaban mi cuerpo, grité y bailé de alegría. La forma en que avanzaba la figura que lentamente se acercaba, revelaba que el corredor no se encontraba en trance, y por lo tanto, estaba plenamente consciente y podía escuchar mis gritos; muy pronto pude escuchar los suyos y contemplar sus expresivos ademanes.

Nos abrazamos alborozados, casi a punto de estallar en llanto; ambos habíamos temido no volver a vernos nunca.

Tras de comer una regular ración de alimentos, y una vez efectuados con magníficos resultados los ejercicios mediante los cuales lograba preservar al organismo del frío, logré dormir mejor que nunca.

Nuestra marcha prosiguió sin mayores dificultades. Afortunadamente no volvió nunca a ocurrir nada parecido al acontecimiento a que acabo de referirme; el máximo contratiempo, después de este hecho, consistió en tener que soportar las inclemencias de una prolongada y violenta borrasca de nieve que nos inmovilizó dos días.

Una madrugada, cuando estábamos a punto de iniciar la marcha, el "lung-gom-pa" —guiado tan sólo por su fino instinto de montañés— decidió esperar a que saliese el sol, pues presentía la cercana presencia de seres vivos. Nos encontrábamos ya en una región más baja, junto a un vallecito en cuyo centro relucía un diminuto lago.

Horas más tarde, al doblar un recodo de la montaña por la que descendíamos, pudimos observar un rebaño de yaks y ovejas pastando en el valle; en uno de los extremos del mismo se agrupaban varias tiendas, todas negras menos una —seguramente la habitada por el jefe de aquel grupo pastoril—, la cual era blanca con rayas azules. Tras de observarlos un buen rato desde nuestro escondrijo, el "lung-gom-pa" opinó que se trataba de un grupo de pastores nómadas que acostumbraban transitar por aquella región y a quienes conocía de tiempo atrás; sin embargo, para mayor seguridad decidimos que yo permaneciera oculto mientras el lograba discretamente establecer contacto con alguno de los pastores, para saber si podían recibirnos sin ningún peligro.

La espera no fue larga; al poco tiempo vi avanzar a un grupo de jinetes hacia el lugar donde me encontraba; uno de ellos era el "lung-gom-pa"; comprendí que no existía ningún problema y podíamos considerarnos seguros como huéspedes de aquellos pastores.

Los campesinos y pastores tibetanos son extraordinariamente generosos y hospitalarios; con gusto son capaces de privarse, incluso del propio alimento, para proporcionárselo a sus invitados, los cuales pueden disponer libremente de sus escasas pertenencias.

Los días que pasamos en aquel perdido campamento de pastores constituyeron una especie de bálsamo reparador, gracias al cual pude recuperarme en una buena parte de la intensa fatiga que me dominaba. Cuando decidimos reemprender la marcha, nuestros amigos nos aprovisionaron de alimentos y varios de ellos insistieron en llevarnos a caballo por lo menos dos jornadas; transcurridas éstas, regresaron a su campamento y nosotros continuamos a pie nuestro camino.

A partir de entonces comenzamos a adentrarnos por una región cada vez más poblada, razón por la cual mi guía no volvió ya a sumirse en su trance característico, volviéndose nuestro avance mucho más lento. Cuando en nuestro camino se cruzaba alguna aldea de regulares dimensiones, optábamos siempre por permanecer ocultos durante el día para proceder a bordearla durante la noche, evitando en lo posible el ser descubiertos por los feroces perros tibetanos, que constituyen la más segura protección de las aldeas en contra de los merodeadores. En más de una ocasión tuvimos que huir —defendiéndonos a pedradas y bastonazos— de estos animales.

Afirmar que nos habría sido posible atravesar la región relativamente habitada que tuvimos que cruzar subrepticamente, sin contar con la más variada ayuda prestada por muchos de sus habitantes, constituiría una enorme mentira. Al igual que ha ocurrido siempre en cualquier país invadido y ocupado a la fuerza por una potencia extranjera, en el Tibet existe y funciona actualmente una vasta red clandestina de resistencia. La oposición a los invasores ha venido variando: desde las constantes revueltas armadas que tuvieron lugar durante los primeros años de ocupación, hasta la forma actual de lucha, sorda y callada, en la que ambos contendientes confían en que su propia paciencia y perseverancia resultarán a la larga superiores a las del adversario, y en esta forma podrán alcanzar sus respectivos fines.

En lo que a los chinos se refiere, el fin propuesto es el de lograr una auténtica incorporación del Tibet a la nación china, para lo cual no basta la simple ocupación militar del país, ni siquiera la colonización de una buena parte de éste por población china, sino la absorción psicológica de los tibetanos dentro de los moldes de pensamiento que actualmente imperan dentro de China.

Por lo que respecta a los tibetanos, sus fines dentro de esta lucha se reducen a impedir que los anteriores propósitos se realicen, estribando su empeño principal en lograr mantener inmutables todas aquellas características que constituyen la esencia misma de su personalidad como pueblo y como nación. En segundo término, y realizando esto en una forma más bien inconsciente e instintiva, los tibetanos tratan de lograr la gradual "tibetización" de los recién llegados pobladores chinos, es decir, de transmitirles sus tradicionales costumbres y formas de pensamiento, confiados en que éstas no son un producto de la casualidad, sino la expresión de necesidades profundas impuestas por las peculiares condiciones existentes en el Tibet, como, por ejemplo, las de índole geográfica.

Esta es, pues, una síntesis muy breve e incompleta de esa lucha ignorada por el mundo entero, que en el centro de Asia libra un débil país de tan sólo dos millones de habitantes, contra una nación cuya población sobrepasa a los setecientos millones de seres; un combate que supera con mucho el clásico duelo sostenido entre David y Goliat. Confío de todo corazón que, al igual que en la lucha bíblica, al final de cuentas el pequeño David tibetano obtendrá la victoria y logrará seguir existiendo como nación.

Espero que las anteriores consideraciones no sean tomadas como un ataque en contra de la nación china, por la que siento profundo respeto y admiración, no sólo por su extraordinario pasado, sino también por los titánicos e incomprensidos esfuerzos que ha venido realizando a lo largo del presente siglo, con objeto de liquidar los restos fosilizados de su anterior cultura. Simplemente he mencionado algo que me consta por haberlo observado personalmente: la injustificada ocupación del Tibet por las fuerzas de la China Roja, realizada y mantenida sin más razón que la de las armas.

En relación con lo anterior, deseo transcribir un cuentecillo que en las más variadas formas es repetido actualmente en todo el Tibet. El cuento en cuestión constituye la mejor réplica en contra de las afirmaciones de todas aquellas personas que, de buena o mala fe, tratan de justificar la conquista del Tibet por los chinos, con base en el tradicional argumento de todos los colonialistas: el de que la ocupación produce un beneficio a la nación sojuzgada, pues le permite aprender las avanzadas técnicas de los conquistadores:

"Tsarong —un tibetano que al ocurrir la invasión china había huido a la India— vencido por la añoranza de su tierra decide volver a ésta. Tras de solicitar el permiso respectivo y serle concedido, regresa al Tibet.

Los cambios que observa Tsarong al aproximarse a su aldea son del todo sorprendentes: enormes plantíos de cebada se extienden donde antes eran yermas llanuras; una larga y moderna carretera, transitada por camiones cargadas de cebada, permite un rápido desplazamiento por una región que antaño sólo recorrían lentas caravanas. Al llegar a la aldea su asombro sube al máximo: los edificios de los dos antiguos monasterios están convertidos en fábricas; negros penachos de humo ascienden hacia el cielo desde las chimeneas empotradas en los viejos techos de piedra.

Grande es la alegría de los parientes de Tsarong cuando éste reaparece en su antigua casa; al conversar con sus familiares sólo escucha de sus labios palabras de alabanza hacia los chinos, con cuya desinteresada y generosa ayuda ha sido posible realizar todas las obras que el recién llegado ha podido apreciar.

Al llegar la hora de la comida le es servido a Tsarong únicamente una escasa ración de caldo, o más bien dicho un poco de agua recalentada en un caldero donde sólo hay un triste hueso, que a simple vista revela ya un largo tiempo de venir prestando idénticas funciones.

Tsarong pide le den un poco de 'tsampa' —el tradicional pan tibetano, elaborado con harina de cebada— pero sus familiares le informan que hace años que no cuentan con un solo puñado de harina, razón por la cual su único alimento es el caldo que logran obtener al hervir todos los días el mismo hueso.

—Eso no es posible —exclama asombrado nuestro personaje— durante mi viaje hasta la aldea he visto más cebada de la que se ha producido nunca en esta región.

—Así es —responde un familiar— nada más que ahora ya no desperdiciamos tontamente la cebada elaborando 'tsampa', sino que la empleamos para lograr nuestra industrialización, pues a cambio de la entrega íntegra de las cosechas de cebada, nuestros buenos hermanos chinos han consentido en instalar y mantener funcionando las dos fábricas que hoy son orgullo de esta aldea.

—¿Y qué es lo que se produce en esas fábricas? —pregunta Tsarong intrigado.

—En una de ellas se elaboran abonos gracias a los cuales se obtienen cada vez mejores cosechas de cebada, y en la otra se producen suficientes implementos agrícolas para permitir que todos los habitantes de esta aldea puedan colaborar en las labores de la siembra y recolección de la cebada. Somos ahora una aldea que se ha incorporado al progreso y a la industrialización del país, gracias a la generosa ayuda de nuestros hermanos chinos".

Narrado este cuento lejos del lugar donde se desarrollan los acontecimientos a que se refiere, pierde una gran parte de su expresiva significación; sin embargo, permite captar muy bien cuál es el concepto de los siempre humoristas tibetanos acerca de la "generosa ayuda" recibida de los chinos.

Una vez que dejamos atrás las regiones habitadas, penetramos de nuevo en una zona altamente montañosa. Se trataba de las más famosas cumbres del mundo, los Himalaya, frontera natural que separa al Tibet de sus vecinos del sur. Los imponentes paisajes de hielo, rocas, ventisqueros, precipicios y glaciares, se

repitieron en abundancia ante nuestros ojos, mientras lentamente nos aproximábamos a la frontera con la India.

La vasta y desolada región limítrofe entre el Tibet y la India cuenta con numerosos lugares escasamente vigilados, por los que es fácil cruzar sin ser molestado. Mientras recorríamos los últimos kilómetros sobre territorio tibetano, acudieron a mi mente una serie de recuerdos relacionados con la fecha en que penetré en el país de las nieves eternas: el entusiasmo optimista de los integrantes de la caravana —verdadera legión extranjera— la serena alegría de mi maestro el coronel, que contemplaba satisfecho la realización de su sempiterno anhelo de proporcionar toda clase de ayuda al Tibet, y la irónica exclamación de Karl: "la operación locura se ha iniciado".

El "lung-gom-pa" señaló unas piedras amontonadas adelante del camino; eran una marca que permitía conocer la existencia, en aquel solitario paraje, de una de esas líneas imaginarias denominadas fronteras.

Sintiendo que aquel momento revestía una solemnidad muy especial, pues representaba para mí el fin de toda una etapa y el inicio de otra nueva y aún desconocida, cruzamos en silencio la frontera.

Adiós, Tibet; gracias, muchas gracias por todo.

Capítulo Cuarto

EN LA CIUDAD DE MÉXICO

1 Dos VIEJOS CONOCIDOS

a) *Un ex funcionario hindú*

A los pocos días de cruzar la frontera y penetrar en territorio hindú, el paisaje comenzó a variar: las gélidas montañas nevadas fueron sustituidas por regiones boscosas, vastas extensiones donde soberbios y gigantescos árboles —particularmente pinos y enebros— reinan altivos y solitarios, como en los tiempos en que aún no aparecían especies animales sobre la tierra.

Al seguir descendiendo rumbo al sur, la vegetación sufrió una rápida transformación, y el intenso calor —que ya no habría de dejarnos— hizo su aparición. Matorrales enmarañados, ciénagas putrefactas, enjambres de insectos y un calor sofocante, constituían molestos obstáculos que retrasaban de continuo la velocidad de nuestra marcha.

Al llegar a las inacabables llanuras de la India, se inició propiamente nuestro trato con los habitantes del país: multitudes palpitantes, siempre cambiantes y eternamente iguales, complejo mosaico de razas, lenguas, costumbres y religiones.

Los ropajes tibetanos con los que nos ataviábamos tanto el "lung-gom-pa" como yo, eran nuestro mejor salvoconducto. En forma aún más acentuada que en el resto del mundo, el nombre del Tibet simboliza en la India la representación de un mundo mágico en donde es posible la realización de los más fantásticos milagros. Aureolados por la magnífica recomendación que nos daba nuestra procedencia, en todas partes se nos veía con respeto y se nos brindaba todo género de ayuda, incluyendo seguro albergue y suficiente comida. La versión que de continuo repetía mi guía, según la cual nos encontrábamos efectuando una peregrinación por algunos de los más famosos santuarios de la India, era aceptada por todos con gran simpatía.

La amable acogida de los habitantes de las distintas regiones por las que transitábamos, logró que desterrase los temores que me produjo en un principio el hecho de estar recorriendo la India sin tener ningún permiso oficial para ello. Como se recordará, a mi salida de México poseía únicamente una visa ordinaria para visitar la República Federal Alemana. La posterior internación en el Tibet se había realizado sin ninguna clase de autorización oficial, merced tan sólo a la embozada protección que brindó a la expedición de la que formaba yo parte, un importante funcionario hindú, decidido partidario de que su gobierno adoptase una severa política frente a China con motivo de la invasión del Tibet.

El domicilio en Nueva Delhi, de este antiguo amigo del coronel y discípulo del lama, constituía la meta final de nuestro recorrido a través de la India. Se trataba de la única persona a quien podía recurrir para que me ayudase a legalizar mi situación en ese país, para así poder regresar a México.

Utilizando los diversos medios de locomoción que nos brindaba la ayuda siempre generosa de la gente —desde primitivas carretas de bueyes hasta modernos vehículos motorizados— nos fuimos acercando lentamente a nuestro objetivo, disfrutando, mientras tanto, de la vida extraordinariamente multicolor y

pintoresca que caracteriza a la India: mercados bulliciosos, inmensos campos de cultivo, caudalosos ríos, ruinas aún grandiosas y templos imponentes, desfilaban de continuo ante nuestras siempre curiosas miradas.

Una tranquila y calurosa tarde, dos sujetos vestidos con unos raídos y andrajosos ropajes tibetanos llamaron a la puerta de una lujosa mansión en Nueva Delhi, y tras vencer cierta inicial oposición de la servidumbre, lograron ser recibidos por el dueño de la casa.

El hindú amigo del coronel era una de esas personas destinadas a luchar en contra de problemas descomunales, alguien para el que la existencia sólo tiene sentido cuando se encamina a tratar de vencer obstáculos tenidos por la mayoría como insuperables. Su vida presentaba destacados triunfos y rotundos fracasos; nada en él había sido mediocre.

El primer objetivo que se trazara este personaje en su juventud, fue hacerse de una sólida y profunda cultura, lo que consiguió gracias a su empeño —constante y tenaz— así como a la acertada dirección de su maestro el lama. Posteriormente se dedicó en cuerpo y alma a luchar por la independencia de su país bajo la dirección de Gandhi, lo que le valió cárceles y persecuciones, pero al final, el triunfo de su causa recompensó ampliamente todos sus sacrificios.

Al constituirse el primer gobierno independiente de la India bajo la dirección de Nehru, el hindú amigo del coronel pasó a desempeñar un destacado puesto en dicha administración, iniciando a partir de entonces una lucha incesante en contra de la miseria y el atraso, males seculares de su patria.

Las colosales dificultades con las que la India tuvo que enfrentarse desde el inicio mismo de su independencia, imposibilitaron una pronta elevación del bajísimo nivel económico de sus grandes masas, cuya superación constituía la máxima aspiración de este personaje.

Al morir Nehru y subir al poder Shastri, el nuevo gobierno estimó que no era conveniente mantener dentro de sus filas a un individuo caracterizado por su oposición a la poderosa China; así pues, con miras a lograr la disminución de la tensión existente en aquel entonces entre ambos Estados, el hindú amigo del coronel fue destituido de su puesto y reducido al anonimato, desde el cual contempló —impotente y dolorido— la nueva tragedia que se abatió sobre su país en forma de una guerra con Pakistán que, además de las bajas humanas, vino a consumir una buena parte de los escasos recursos económicos de la India.

El gobierno de Shastri fue breve. A su muerte, subió al poder Indira Gandhi, hija de Nehru, la cual trató de reparar en parte la injusticia cometida con el antiguo y leal colaborador de su padre, y si bien no devolvió a éste su anterior e importante puesto —temerosa seguramente de desencadenar con ello la abierta hostilidad de los chinos— lo nombró consejero honorario, distinguiéndolo con numerosas muestras de afecto y confianza.

A nuestra llegada a Nueva Delhi hacía tan sólo unas cuantas semanas que había tenido lugar el último acontecimiento relatado: la reivindicación política del ya anciano ex funcionario. El aspecto de éste semejaba el de un gigante cansado; todo en él denotaba la fatiga dejada por una ardua lucha en contra de fuerzas sobrehumanas; sin embargo, distaba mucho de ser una persona frustrada o amargada, conservaba plena confianza en que las nuevas generaciones de su país lograrían en el futuro elevar progresivamente las paupérrimas condiciones de vida de la población de la India.

El ex funcionario no se acordaba de mí, por la sencilla razón de que no me conocía; pero la carta del lama que llevaba para él, así como el lazo de unión que establecía entre ambos el hecho de que los dos hubiéramos sido amigos del coronel, constituyeron suficientes motivos para que me brindara la más cordial hospitalidad.

El amable hindú se ofreció de inmediato a intervenir con sus influencias en los medios oficiales para gestionar la legalización de mi estancia en la India, con objeto de que pudiese abandonar su país y retornar a México sin mayores problemas.

No cumplía aún un día de ser huésped de tan gentil anfitrión, cuando éste mandó traer un sastre para encargarle la misión de sustituir mis cómodos ropajes tibetanos por un traje de corte semioccidental, elaborado en el estilo que actualmente acostumbran usar las clases pudientes de la India. Agradecí su buena intención, pero no pude menos que deplorar el cambio, pues los trajes en cuestión son, a mi juicio, de bastante mal gusto.

Escribí una carta a Karl informándole de mis intenciones de volver a México y solicitándole la cantidad de dinero necesaria para ello. Como se recordará, él era depositario de mi modestísima fortuna, la cual había dejado en sus manos antes de partir al Tibet.

En la contestación que muy pronto recibí del simpático germano, éste manifestaba la sincera alegría que le producía el saber que estaba yo con vida; me felicitaba por "haber decidido abandonar a los salvajes y retornar a la civilización", y finalmente, formulaba una invitación para que le visitase en Hamburgo antes de volver a México. Su misiva venía acompañada de un pasaje de avión de la India a la República Federal Alemana.

Aun cuando ardía en deseos de regresar cuanto antes a México, decidí aceptar la invitación de Karl.

Los trámites tendientes a legalizar mi estancia en la India concluyeron más pronto de lo que esperaba, llegando por tanto, el momento de abandonar el Continente Asiático.

Un arcaico automóvil inglés de antes de la Segunda Guerra Mundial —un Bentley— nos condujo al aeropuerto. Me acompañaba el "lung-gom-pa", quien no podía ocultar su júbilo, tanto por la perspectiva de visitar por vez primera un aeropuerto, como por el hecho de que la misión que fuera encomendada —la de conducirme sano y salvo a Nueva Delhi— estaba a punto de concluir venturosamente, y por tanto, podía ya alejarse de las calurosas y superpobladas llanuras, en las cuales su organismo se fatigaba con relativa facilidad, para retornar a la límpida y helada atmósfera de las montañas.

Ya a bordo del avión, mientras el aparato calentaba los motores, contemplé por última vez la pintoresca figura del "lung-gom-pa"; a pesar de la distancia que nos separaba, pude percatarme de la actitud de asombro y fascinación con que observaba la gigantesca y rugiente estructura de metal. Un profundo sentimiento de agradecimiento me ligaba para siempre hacia aquel rudo y bondadoso individuo, sin cuya inapreciable ayuda no hubiera logrado nunca salir con vida del Tibet. Comprendí que tal y como siempre sucede con todas aquellas personas que a lo largo de nuestra existencia nos proporcionan una ayuda decisiva, jamás podría recompensar a ese hombre por el inmenso favor recibido. Al pensar en esto, vino a mi memoria la respuesta que me diera el lama en cierta ocasión, al expresarle la absoluta imposibilidad de pretender retribuirle en alguna forma la invaluable ayuda que de él recibía:

—Es muy sencillo —me dijo—; si guarda agradecimiento por la modesta ayuda que hemos tratado de proporcionarle, procure a su vez ayudar desinteresadamente a los demás; con ello pagará cualquier posible deuda que haya contraído con nosotros.

Mientras el avión iniciaba su veloz carrera por la pista, concluí que mi deuda era ya tan grande, que muy difícilmente podría nunca terminar de pagarla. El aeropuerto, y con él la figura del "lung-gom-pa", tras de empequeñecerse, terminaron por perderse en el horizonte.

b) Un multimillonario alemán

Karl en persona me aguardaba en el aeropuerto de Hamburgo. Los años transcurridos habían producido algunos cambios en el exterior de su persona: estaba mucho más corpulento y su esférica cabeza carecía ya casi completamente de cabello; en su interior, por el contrario, seguía siendo el de siempre: un ser dotado de gran inteligencia práctica y de un espíritu bondadoso, escondido este último tras de una gruesa capa de aparente cinismo.

Un elegante Rolls Royce nos trasladó del aeropuerto a la magnífica residencia de Karl, situada en las afueras de la ciudad; durante el trayecto el germano tuvo que interrumpir varias veces nuestra conversación para atender llamadas telefónicas realizadas a través del aparato instalado en su automóvil. Evidentemente continuaba siendo un individuo dedicado a las más variadas y productivas actividades; sin embargo, por lo menos una de aquellas llamadas no debió ser estrictamente de negocios, ya que en los momentos en que penetrábamos en los bien cuidados jardines de su residencia, Karl me informó que acababa de solicitar la presencia de su sastre, para que procediese a elaborarme algunos trajes, pues sin ánimo de ofenderme, consideraba que las ropas que llevaba de confección hindú eran horribles. No pude menos que admitir que estaba en lo cierto.

Mi breve estancia en Hamburgo constituyó un agradable período de descanso. Karl poseía el don de saber ser un magnífico anfitrión, le gustaba sentirse una especie de patriarca atendiendo a sus invitados; su cuantiosa fortuna y el refinado ambiente que le rodeaba, le permitían darse el lujo de sorprender a sus huéspedes con una serie de atenciones poco comunes en nuestros días. A pesar de ello, la noche de mi llegada a su mansión ocurrió un incidente que no pudo menos que causarme cierta mortificación.

Al bajar al comedor a la hora de la cena, me encontré con varios invitados: un banquero suizo, dos industriales belgas, un sobrino de Karl —a quien éste había adoptado legalmente como su hijo y le estaba capacitando para heredarle su cuantiosa fortuna— y otras personas más.

Mientras disfrutábamos de los bien preparados manjares, la conversación recayó sobre México; Karl disertó largamente sobre sus numerosas inversiones en este país, las cuales abarcaban todo género de negocios: desde la industria química hasta la automotriz y las comunicaciones aéreas; concluyó afirmando que México era una de las naciones con mejores perspectivas económicas para el futuro, y que él se sentía muy orgulloso de contribuir a su progreso.

Concluí, para mis adentros, que al parecer ocurría a Karl lo mismo que les sucede a un buen número de millonarios de edad avanzada: tras de haberse pasado toda la vida dedicados al incesante acrecentamiento de su fortuna, al final de su existencia empiezan a sentir la necesidad de creer —y de hacer creer a los demás— que la concentración de una enorme cantidad de dinero en sus manos constituye un gran beneficio para sus

semejantes. Generalmente, estas personas acostumbran deleitarse lucubrando acerca de las incontables familias que obtienen su sustento gracias a ellos y haciendo otras consideraciones por el estilo, igualmente sofisticadas.

Cuando Karl terminó de hablar, el banquero suizo y otros de los asistentes corroboraron lo expresado al final de la exposición del germano, acerca de las perspectivas económicas de México, añadiendo que los inversionistas europeos comenzaban a manifestar una creciente preferencia por este país.

El sobrino de Karl tuvo la mala ocurrencia de querer indagar cuál era mi opinión sobre este asunto, a lo que respondí que me daba mucho gusto enterarme de que ya no sólo eran los inversionistas norteamericanos los únicos en obtener grandes utilidades en México, sino que también los inversionistas europeos comenzaban a percibir considerables ganancias.

La ironía contenida en mis palabras no podía pasar desapercibida a los comensales. El banquero suizo, pestañeando nerviosamente, formuló al instante la clásica pregunta de todo banquero ante cualquier persona que no manifiesta en suficiente grado un reverente respeto ante las cuestiones monetarias:

—Est-ce que vous êtes communiste?

Sin vacilar respondí con sorna:

—Non, je suis mexicaine.

Como es de suponer, después de aquello el cordial ambiente de la velada se trocó en una atmósfera tensa y glacial. En contra de lo que esperaba, Karl no reaccionó haciendo gala de su agudo sentido del humor; se limitó a cambiar el tema de conversación, desviándolo hacia diversos tópicos.

Al concluir la cena y retirarse los invitados, Karl se despidió aduciendo tener que levantarse muy temprano al día siguiente; su sobrino, por el contrario, me pidió le acompañase a la biblioteca, pues deseaba hacerme varias preguntas acerca del Tibet, para lo cual precisaba mostrarme algunos mapas de esta región.

Tras una variada conversación acerca del Asia Central, el sobrino de Karl volvió a sacar a colación el tema de México, como quien no quiere la cosa me habló del profundo interés que por todo lo relativo a este país se había despertado en Karl a partir de su regreso de la expedición al Tibet.

Antes de terminar nuestra plática, el sobrino de Karl me informó sobre los esfuerzos de éste para llevar a cabo varios planes tendientes a lograr que Alemania proporcionase a México capacitación en materia técnica. Los planes en cuestión se estaban desarrollando ya, tanto al nivel oficial como de iniciativa privada.

Comprendí que aquellas explicaciones tenían el propósito de hacerme ver que el interés de Karl por mi país trascendía la conducta habitual del simple negociante —atento tan sólo al aumento de sus utilidades— y denunciaba una sincera preocupación por contribuir al progreso económico de México.

A la mañana siguiente manifesté a Karl mis disculpas por el incidente de la noche anterior; con su característico buen humor, Karl replicó que quizás durante mi estancia en el Tibet había yo aprendido a dormir en camas de clavos o a caminar descalzo sobre brasas ardiendo, pero en lo referente a finanzas no creía que los tibetanos hubiesen podido enseñarme gran cosa.

Como ya he mencionado, los días transcurridos en Hamburgo como huésped de Karl constituyeron un magnífico descanso, permitiéndome además iniciar el difícil proceso de tratar de reintegrarme al estilo de vida denominado occidental.

A pesar de las múltiples ocupaciones derivadas de sus negocios, Karl sostuvo conmigo largas conversaciones. El recuerdo del coronel estuvo constantemente presente entre nosotros; narré a Karl todo lo que acerca de nuestro mutuo amigo me refirieran el lama y el ex funcionario hindú; por su parte, Karl me relató numerosas anécdotas juveniles de mi antiguo maestro. Asimismo, en su estilo ameno y lleno de colorido, me habló de muchos hechos interesantes ocurridos durante los días en que Alemania se vio posesionada por la locura del nazismo.

Antes de partir, Karl me entregó un documento pagadero en una institución mexicana, en virtud del cual me reintegraba —considerablemente aumentada por los intereses percibidos durante el tiempo transcurrido— la modesta cantidad de dinero que le confiara al marchar al Tibet, acompañándola de toda una serie de consejos respecto a la mejor forma de invertir aquel dinero.

El enorme avión se posó sobre la pista produciendo un ruido seco y apagado; al tocar las llantas el piso con cierta brusquedad, un fuerte estremecimiento sacudió al aparato; imaginé que un ruido y un estremecimiento semejante, debían producirse en el instante en que un árbol desprendido por la fuerza de un huracán volvía a tocar tierra tras de un largo vagar por los aires.

El avión avanzaba pesadamente por la pista; sentí deseos de gritar de júbilo: ¡Estaba de nuevo en México!

2 EN EL ANTIGUO PAÍS DEL FUTURO

Toda persona que tras permanecer una larga temporada en el extranjero retorna a su lugar de origen, descubre un sinnúmero de cosas que —si bien ya existían desde antes de su partida— habían pasado del todo inadvertidas ante su vista.

A cada paso la capital mexicana me ofrecía nuevas y agradables sorpresas; día con día iba redescubriendo algunas de las múltiples maravillas que esta ciudad encierra desde antiguos tiempos. Por otra parte, el vertiginoso desarrollo de esta metrópoli me causó un profundo asombro: un nuevo organismo de rostro todavía indeterminado a causa de las incesantes transformaciones que en él se operan, poseedor de una fantástica y aún incontrolada vitalidad, está emergiendo en el mismo sitio que ocupara antaño la orgullosa capital del Imperio Azteca.

Mi repentina inmersión en aquel vertiginoso y trepidante maremágnum humano terminó por aturdirme. Acostumbrado durante varios años a la quietud del monasterio tibetano, no lograba habituarme a la nerviosa agitación de la capital mexicana. Por otra parte, no encontraba cuál podría ser la forma más adecuada de dar comienzo a la labor que me fuera encomendada, consistente en hacer ver al mayor número posible de personas, la particular trascendencia histórica de los próximos años.

El desasosiego que comenzaba a invadirme hizo crisis al acontecer —a los quince días de mi llegada— el suceso que en seguida paso a relatar:

Un sábado por la noche salí del hotel en que me hospedaba, con el propósito de recorrer sin rumbo fijo las calles de la ciudad. Llevaba un buen rato caminando, cuando de improviso, al doblar una esquina, estuve a punto de chocar con tres individuos —ninguno de ellos mayor de veinte años— en completo estado de ebriedad. El grado de intoxicación alcohólica de los componentes de aquel trío era diverso: uno estaba sentado en la acera con el cuerpo recargado en un poste; el segundo —aparentemente el más lúcido— rodeaba con ambas brazos al tercero a la altura de la cintura, con la clara intención de hacerle volver el estómago. El estado de *este* último era al parecer de completa inconsciencia, pues colgaba inerte en los brazos de su compañero.

Dominado por un sentimiento de repulsión ante lo grotesco de aquel espectáculo, di media vuelta con el propósito de alejarme cuanto antes de aquel lugar. Apenas había dado unos cuantos pasos, cuando acudió a mi memoria la imagen de un rostro de facciones contraídas en un rictus de odio y dolor: los ojos enrojecidos de aquel rostro manifestaban una evidente embriaguez; la nariz y los pómulos estaban fuertemente inflamados a resultas de los golpes recibidos en una pelea callejera. Se trataba de la imagen de mí mismo que contemplara reflejada en un espejo, la noche en que celebrara —en forma por demás accidentada—¹ la presentación de mi último examen en la carrera de Historia.

Di nuevamente media vuelta y me encaminé en dirección al trío de jovencitos. En aquel momento, un automóvil de ruleteo redujo su velocidad al pasar frente a éstos; el chofer observó al grupo con una expresión entre curiosa y burlona; ello motivó la ira del sujeto que sostenía a su compañero sin sentido: mientras profería recuerdos poco gratos hacia la progenitora del automovilista, levantó el puño en ademán amenazador; al hacerlo, el peso íntegro del desmayado recayó en su otro brazo; esto le hizo perder el equilibrio, y tras desesperados esfuerzos por mantenerse en pie, rodó por tierra en unión de su carga humana.

Me alarmó ver la forma como rebotaba sobre el pavimento el joven que se encontraba sin sentido; de seguro había perdido toda sensibilidad, pues su cuerpo no presentaba ninguna resistencia a los golpes. En un instante estuve a su lado, y mientras su compañero se lograba poner nuevamente de pie, profiriendo una lluvia de improperios, me arrodillé y levantando uno de sus párpados, eché un rápido vistazo a su pupila; de inmediato comprendí que aquel muchacho estaba al borde de la muerte; sufría una grave congestión cerebral, producto de desmedida borrachera.

— ¡Óigame...! ¿quién rayos le manda meterse en lo que no le importa?

Quien así hablaba era el sujeto que anteriormente sostenía al desmayado; sus furibundos ademanes correspondían a la típica bravuconería de los que pretenden ocultar con una actitud arrogante su profunda inseguridad interna.

—Su amigo está a punto de morir —afirmé con voz grave—; es necesario llevarlo cuanto antes a donde le puedan atender, de lo contrario usted será responsable de lo que le ocurra.

Mis palabras parecieron restar una buena dosis de su agresividad; en tono desconcertado farfulló:

— ¿Es usted médico?

— Sin contestar a su pregunta, afirmé:

¹ Véase "Una Celebración Accidentada" en el capítulo primero de esta obra.

—La Cruz Roja no está muy lejos, llevémosle ahí.

Vaciló aún un instante, pero luego concluyó:

—Está bien, vamos

Tras decir esto, se volvió hacia el tercer integrante del grupo, el cual continuaba aún sentado en la banqueta, limitándose a observarnos con mirada perdida.

—Vamos, no te quedes ahí "milando" como idiota; necesitamos llevar a Raúl a la Cruz Roja.

El interpelado trató de incorporarse, lo consiguió hasta el segundo intento y tambaleándose llegó hasta nosotros, inquiriendo con voz pastosa y entrecortada.

— ¿Oye "Memo", qué le pasa a Raúl?

— ¿No lo ves?, está "ahogado". Anda, camina hasta el coche. Al decir esto, señaló con un ademán un elegante automóvil estacionado enfrente.

Ayudado por el siempre iracundo "Memo", trasladé el cuerpo inconsciente del joven hasta el cercano automóvil, un lujoso vehículo de marca norteamericana. Sin duda se trataba de "juniors" que andaban de farra en el coche del papá de alguno de ellos.

Durante el trayecto el sujeto apodado "Memo", que era quien guiaba el volante, rompió el silencio para afirmar:

—Cuando lleguemos a la cruz usted lo bajará, nosotros no entraremos.

Comprendí claramente el significado de aquellas palabras. En medio de su borrachera, aquel sujeto guardaba la suficiente claridad de juicio para percatarse de la gravedad de su amigo, y no deseando verse envuelto en lo que pudiera acontecerle, se proponía dejarlo abandonado a su suerte en cuanto llegáramos al puesto de socorros.

—Valiente clase de amigos son ustedes —exclamé con desprecio— no sirven ni para ser buenos compañeros de parranda.

El aludido se limitó a lanzarme una fiera mirada sin responder nada; por mi parte, traté de obtener un informe que juzgaba imprescindible:

—Al menos dígame dónde puedo localizar a los familiares de este muchacho.

Mi pregunta no obtuvo respuesta alguna. Al llegar frente al edificio donde se encontraba ubicada la Cruz Roja,¹ descendí del automóvil arrastrando el cuerpo del joven conmocionado, quien continuaba sin dar casi ninguna señal de vida. La portezuela se cerró de fuerte golpe y el vehículo se alejó a gran velocidad.

Varias personas acudieron solícitas en nuestra ayuda; se trataba —según supe más tarde— de "voluntarios", o sea de individuos que en forma desinteresada proporcionan los más diversos servicios dentro de la benemérita institución.

El cuerpo inconsciente del sujeto de quien únicamente sabía se llamaba Raúl, fue introducido de inmediato a una sala de emergencia; de ésta salió al poco tiempo un practicante de medicina para decirme lo que ya sabía: el caso era bastante delicado y existían muchas probabilidades de que el paciente no lograra superar la crisis y muriera antes de reaccionar a los efectos del tratamiento. Me preguntó si ya estaban avisados los familiares, por lo que le narré brevemente lo ocurrido, así como mi total ignorancia respecto de la identidad de aquel individuo.

No podía hacer otra cosa sino esperar. A mí alrededor tenían lugar las tristes escenas comunes en un hospital, máxime de una institución donde se atienden preferentemente casos de personas accidentadas. El frecuente entrar y salir de ambulancias —anunciado por el sonido de las sirenas— indicaba la intensa actividad que tenía lugar en el hospital; era frecuente encontrarse con personas en cuyo rostro podía leerse la más intensa angustia, motivada seguramente por alguna desgracia acaecida a un familiar o amigo. Amanecía cuando una de las enfermeras me llamó para informarme del estado del paciente: había superado la crisis y recuperado el conocimiento. La enfermera conocía ya el nombre completo del joven, así como el número telefónico de la casa de sus padres; me ofrecí para hablarles a éstos, pero acepté de buen grado el razonamiento de la enfermera, en el sentido de que su experiencia en esta clase de asuntos la capacitaba para proporcionar más adecuadamente una noticia de esa índole.

Una vez enterado de que los padres del joven a quien encontrara inconsciente la noche anterior venían en camino del hospital, abandoné el edificio de la Cruz Roja y retorné a mi hotel.

El creciente malestar derivado de la incapacidad para terminar de adaptarme al medio ambiente de la gran ciudad, se vio acrecentado con el acontecimiento anterior. En vista de ello decidí que lo más conveniente era

¹ En las calles de Durango, antes de su traslado a su nuevo y moderno edificio.

viajar por el interior de la República, para irme compenetrando poco a poco con la realidad de mi propio país.

Hasta aquel entonces, la verdadera faz de esta complejísima nación denominada México, había permanecido oculta ante mi personal experiencia. Durante mi infancia y juventud, transcurrida en la capital, padecí siempre de una falta absoluta de contacto con la auténtica realidad del país donde había nacido. No fue sino hasta el período en que tuve la suerte de ser discípulo del coronel, cuando lentamente comencé a percatarme de algunos aspectos del rostro fascinante de mi patria. Posteriormente, durante los años de estudio transcurridos en el Tibet, y merced a las pacientes enseñanzas del lama, llegué incluso a descubrir la decisiva labor que México está llamado a realizar dentro de un futuro cercano; sin embargo, estos conocimientos no estaban aún corroborados por una observación personal y directa efectuada en el lugar de los hechos.

Durante varios meses recorrí los más diversos lugares de la República; en algunos sitios permanecí semanas enteras y en otros tan sólo unas horas, pero lo observado en todos y cada uno de ellos fue permitiéndome, al fin, poseer una visión personal del alma profunda y enigmática del México auténtico, de esa singular porción del planeta donde han surgido más culturas que en cualquier otra.¹

A través del largo recorrido por el interior del país, fui constatando la veracidad de los diferentes conocimientos que acerca del mismo recibiera del coronel y del lama. Esta comprobación fue particularmente grata en lo que hace al descubrimiento de los signos indicadores de la Edad que se aproxima; fuerzas incalculablemente poderosas iniciaban su despertar, y la juventud, esto es, el sector más sensitivo de la población, daba muestras inequívocas de comenzar a percatarse muy claramente de lo decisivo de la hora que se avecina.²

Alegre y confiado retorné a la ciudad de México; no tenía ya la menor duda de que cuando llegase la hora, el país entero sabría estar a la altura de las circunstancias. Sin embargo, seguía sin encontrar la forma de poder colaborar —dentro de mis escasas posibilidades— en la realización de la gran obra cuya edificación habrá de iniciarse en un futuro cercano.

3 ANTE EL MURAL DE LA CIENCIA

a) Generación "destructora" de Ciudad Universitaria

Guiado únicamente por el propósito de evocar recuerdos de mis lejanos días de estudiante universitario, me dirigí un sábado por la tarde a recorrer la Ciudad Universitaria.

Había ya visitado el Estadio y deambulado por el Edificio de Humanidades —en donde cursara años atrás los primeros estudios de historia— cuando al pasar frente a la construcción ubicada junto a la Torre de Ciencias, llamó poderosamente mi atención el mural que adorna la parte superior de esta construcción.

Ignoro cuánto tiempo habré permanecido plenamente concentrado en la interesante simbología contenida en ese mural; al dejar de observarlo, me percaté de que, a mi vez, era yo objeto de la curiosa atención de un recién llegado. Se trataba de un individuo alto y delgado, en cuyo rostro ovalado destacaba una mirada inquieta a la par que inteligente. En vista de su juventud, así como de su atuendo, supuse que debía tratarse de algún estudiante.

—Bonito mural —exclamó mi inesperado acompañante.

—En efecto —respondí, y en seguida añadí—. El autor de este mural parece tener una gran fe en los futuros beneficios del actual desarrollo científico; esperemos que esté en lo cierto.

El estudiante me lanzó una mirada cargada de desconfianza; al parecer consideraba aquella afirmación como una pedantería destinada a tratar de impresionarlo.

—¿Qué es usted maestro? —inquirió con voz en la que denotaba un deseo de tratar de ubicarme dentro de alguna clasificación convencional.

—No; estudié Historia aquí en C. U. y después estuve un tiempo fuera de México; ahora ando recordando mis buenos tiempos de estudiante.

¹ Tanto en las Edades de predominio de la inteligencia racional como en aquellas en que prevalece la intuición emotiva, el número de culturas surgidas en México supera con mucho al alcanzado en cualquier otra parte del mundo. En cambio, durante las Edades de equilibrio entre la razón y la intuición —como la que ahora concluye— no se han producido nunca nacimientos de nuevas culturas en México.

² No dudo que, ante los ojos de muchos observadores superficiales, esta toma de conciencia de la juventud revestirá en los próximos años características que calificarán de anárquicas; sin embargo, incluso ellos, terminarán por descubrir en este proceso, los signos más prometedores de un futuro mejor.

— ¿De qué generación es usted? —preguntó.

—De la 1954—afirmé con orgullo—; fue la generación fundadora de Ciudad Universitaria.

El tono de satisfacción empleado al mencionar a mi generación no pasó inadvertido a los oídos del joven, quien en seguida formuló una sorprendente afirmación:

—Ojalá y muy pronto la generación de la que formo parte sea conocida como la generación destructora de Ciudad Universitaria.

— ¿Por qué? —exclamé en el colmo del asombro.

Al notar mi sorpresa el estudiante sonrió con aire de complacida suficiencia, evidenciado así esa característica tan juvenil de pretender ocultar su propia inseguridad a base de lograr desconcertar a las personas mayores.

—Es muy sencillo —repuso adoptando un airecillo engolado—; todos estos anticuados "adefesios" carecen de funcionalidad y son ya insuficientes para las actuales necesidades de la Universidad. Además —subrayó sus palabras con despectivo encogimiento de hombros— quienes los construyeron no sabían la forma de lograr la armonía en los conjuntos.

Iba ya a responderle que la Ciudad Universitaria se construyó gracias a los sacrificios de un pueblo que, en buena medida, carece de los bienes más necesarios, y que sin embargo aprobó con alegre optimismo la aplicación de una porción considerable de sus escasos recursos a este fin, pero me contuve antes de comenzar, comprendiendo que esas explicaciones sonarían como aburridas declaraciones oficiales. En lugar de eso consideré llegado mi turno de sorprenderlo un poco y afirmé:

—Supongo que usted ha de ser estudiante del primer año de arquitectura.

—Sí; ¿cómo lo supo?

Dejando su pregunta sin contestación repuse:

—Pensándolo bien, no es tan mala idea esa de destruir Ciudad Universitaria; estas construcciones tienen más de diez años y para la juventud han de resultar anticuadas. Desde luego usted ya habrá elaborado no sólo los planos para unas nuevas y mejores instalaciones, sino también el correspondiente proyecto de financiamiento. Por cierto, creo que siendo los estudiantes los más directamente beneficiados, deberán ser los que aporten la mayor parte de las inversiones que habrán de requerirse.

Sin perder ni un ápice de combatividad por las objeciones a sus proyectos, el futuro arquitecto replicó:

—Aún no tengo nada de eso, pero estoy seguro de que algún día podré resolver todas las dificultades y construir una nueva Ciudad Universitaria muy superior a ésta.

No pude menos que respetar su fogoso entusiasmo.

—Ojalá logre usted la realización de sus ideales —afirmé con acento sincero.

En esos momentos surgió a escasa distancia de donde nos encontrábamos otro estudiante, que al vernos exclamó:

— ¡Hey, Carlos, ya nos vamos!

Mi acompañante —de quien ahora sabía se llamaba Carlos— alzó la mano indicando al otro estudiante que aguardase un momento, pero éste continuó caminando hasta llegar junto a nosotros.

Mientras yo saludaba al recién llegado, Carlos me señaló, a la vez que afirmaba:

—El señor es historiador.

— ¿Historiador? ¿Qué va a ir a tu conferencia de hoy en la noche?

Carlos pareció turbarse un poco ante la indiscreción de su amigo.

— ¿Sobre qué tema va usted a dar una conferencia? —pregunté.

—Bueno, no es propiamente una conferencia; es tan sólo una plática informal dentro de una serie de reuniones que realizamos un grupo de amigos. Hace poco estuve en Yucatán y quedé muy impresionado por las construcciones de los mayas; hablaré sobre "La armonía de la arquitectura maya-tolteca".

—Es un tema muy interesante.

Sin mucha convicción, como deseando escuchar una negativa, el joven estudiante afirmó:

—Si quiere aburrirse de lo lindo, puede usted asistir.

—Iré con mucho gusto —respondí—. ¿Cuál es la dirección y a qué hora será la conferencia?

Tras de proporcionarme ambos datos, los dos jóvenes se despidieron alejándose con andar precipitado.

Creo que siempre me congratularé de no haber desaprovechado la invitación para asistir a la conferencia de esa noche.

b) El Destino Cruza Varias Líneas

La dirección correspondía a una casa en la Colonia del Valle. Apretujados en una variada colección de sillas colocadas en la habitación más amplia de la residencia, una veintena de jóvenes escuchaban vivamente interesados las palabras del conferenciante, que no era otro sino el joven estudiante de arquitectura a quien conociera la mañana de aquel mismo día.

Como era lógico suponer, el expositor no tenía ni la más remota idea acerca del complejísimo tema que estaba abordando —la arquitectura maya—; sin embargo, su charla resultaba entretenida, debido al contagioso entusiasmo que le animaba, característica que al parecer constituía la cualidad más destacada de su personalidad.

La conferencia estaba por finalizar, cuando —de puntillas y procurando no distraer la atención del auditorio—penetró en la estancia un último asistente. Le reconocí de inmediato: era el mismo joven a quien meses atrás encontrara en el más completo estado de inconsciencia, a causa de una mayúscula parranda corrida en compañía de otros dos individuos.

El sujeto en cuestión —cuyo nombre según recordaba era el de Raúl— debió sentir fija en él mi atención, pues a su vez me observó con extrañeza. Desde luego él no podía reconocerme, pues durante nuestro primer encuentro se hallaba privado del conocimiento.

Al concluir la conferencia, los asistentes comenzaron a formular las más diversas y disparatadas preguntas, enzarzándose con el expositor en animadas discusiones sobre temas que en muchas ocasiones no tenían nada que ver con aquél sobre el que se suponía había versado la conferencia. Finalmente, al no poder ponerse de acuerdo ni extraer ninguna conclusión, varios de los concurrentes manifestaron su cansancio y pidieron se diera por terminada la reunión. En ese preciso momento, el dueño de la casa —un amable anciano jubilado, tío de uno de los estudiantes y poseedor de un indiscutible espíritu juvenil, ya que proporcionaba gustosamente su casa para la celebración de aquellas reuniones— tomó la palabra para pedirme externase mi opinión sobre las diversas cuestiones que se habían debatido.

A riesgo de herir la susceptibilidad de aquellos jóvenes, expuse mi sincera impresión: pretender disertar sobre la arquitectura maya sin poseer antes un profundo conocimiento acerca del pensamiento de esa cultura, era del todo inútil; siendo la arquitectura una importante forma de expresión de una cultura, resulta imposible tratar de explicarla sin conocer antes el pensamiento que le dio vida.

En contra de lo que esperaba, mis palabras no ofendieron al auditorio sino que motivaron su interés; uno de los asistentes replicó de inmediato:

— ¿Cómo es posible conocer la filosofía de los mayas si ya se murieron, y además su escritura no ha podido ser descifrada mas que en una mínima parte?

Le contesté que si bien la cultura maya tenía mucho tiempo de haberse extinguido, era posible desentrañar gran parte del pensamiento de sus creadores, mediante la adecuada observación de las obras de esta cultura que aún perduran. La arquitectura constituía, desde luego, uno de los mejores medios para realizar este propósito.

Carlos captó la aparente contradicción encerrada en mis palabras y expresó con acento enérgico:

—Un momento; usted afirmó primero que no era posible entender la arquitectura de los mayas sin antes conocer su pensamiento, y ahora dice que podemos llegar a conocer el pensamiento de los mayas observando su arquitectura; eso es caer en un círculo vicioso.

—Tan sólo aparentemente —repuse—. La observación a que me refiero es de índole muy especial, pues permite deducir de cualquier objeto elaborado por la mano del hombre, una gran cantidad de información relacionada directamente con la ideología que estructuraba a la cultura de la que ese objeto formaba parte.

La idea de una forma diferente de "observación" resultó del todo confusa a mis oyentes, y como varios de éstos pretendieran hablar al mismo tiempo, la reunión estuvo a punto de convertirse en un caos. Finalmente, una voz logró hacerse oír entre todo el barullo; era la de Raúl:

—Como ha ocurrido en muchas otras ocasiones, si seguimos discutiendo sobre qué fue primero, el huevo o la gallina, no llegaremos a ninguna conclusión. Creo que esta noche se ha mencionado algo de particular importancia: la posibilidad de poder captar la esencia misma de una cultura a través de una cierta forma de observación de los objetos fabricados por los componentes de esa cultura; si eso es cierto, me gustaría muchísimo saber dónde puede estudiarse ese sistema de observación.

Cuando Raúl terminó de hablar, todas las miradas de los asistentes se clavaron en mí. Percibí un sincero interés en aquellos rostros juveniles, y deseé ardientemente lograr expresarme en una forma adecuada a la ocasión. Levantándome una vez más del asiento, afirmé:

—Los métodos de observación a que me refiero forman parte de antiguos sistemas de enseñanza, tendientes a lograr un gradual desarrollo integral de la personalidad. Aun cuando mis conocimientos acerca de estos métodos son bastante modestos, si algunos de ustedes se interesan verdaderamente en aprenderlos, yo podría enseñárselos con mucho gusto.

Percibí un creciente interés en el auditorio y, tras una pausa, proseguí:

—El aprendizaje de estos métodos entraña muchas dificultades y requiere de tiempo y tenacidad; sin embargo, puedo garantizarles que no interferiría con sus estudios profesionales; por el contrario, aumentaría considerablemente sus probabilidades de éxito en los mismos, ya que como afirmé hace un momento, estos métodos tienden a un mejoramiento de la personalidad mediante el desarrollo de facultades que comúnmente permanecen en estado latente.

Cuando concluí estallaron de nuevo los murmullos y comentarios. Haciéndose eco del sentir general, Carlos expresó en forma entusiasta su deseo de iniciar el aprendizaje cuanto antes. Le respondí que primeramente era necesario proceder a integrar grupos más pequeños, pues no podía trabajarse en equipos demasiado numerosos. Después de mucho discutir, los estudiantes constituyeron tres equipos de siete personas cada uno. Convenimos en iniciar al día siguiente nuestros estudios, en el adecuado marco del Museo Nacional de Antropología e Historia, que se encuentra en el Bosque de Chapultepec.

Concluida la reunión, permanecí un buen rato en aquella casa conversando con su amable propietario y con Carlos. Me informaron que Raúl cursaba el primer año de la carrera de Ingeniero Mecánico Electricista y que hasta hacía poco tiempo se había distinguido por ser un estudiante excepcionalmente brillante; sin embargo, últimamente andaba en muy malos pasos; faltaba continuamente a sus clases en la Universidad, a menudo era visto en parrandas y francachelas y ya casi no frecuentaba a sus antiguos amigos; su presencia en la conferencia de esa noche había sido una sorpresa para todos.

Regresé al hotel lleno de esperanzas en el porvenir. Quizás la fecha en que podría al fin comenzar a ser útil a mis semejantes estaba ya próxima.

Los resultados superaron con mucho todas mis esperanzas. Aun cuando el número de estudiantes a los que impartía las clases de "observación" se redujo considerablemente desde las primeras prácticas, los que quedaron resultaron ser jóvenes decididos a adquirir el progresivo desarrollo interior que esta clase de aprendizaje requiere.

De entre todos ellos, Raúl fue quien logró ir aplicando más rápidamente sus nuevos conocimientos. Observé con agrado que había dejado por completo la bebida, para dedicarse íntegramente a sus estudios.

Muy pronto comencé a entablar amistad con las diferentes familias de mis alumnos. El padre de uno de ellos —un destacado profesionista, con muchos años de magisterio en importantes organismos educativos— consiguió introducirme como maestro en una preparatoria de la Universidad Nacional y en una vocacional del Instituto Politécnico.

En la época de mi arribo a estas instituciones, se iniciaban importantes reformas en su organización y planes de estudio. Algunos de los catedráticos, que tenían en sus manos las importantes decisiones relativas a dichas reformas, tan sólo veían en ello una oportunidad de lograr un lucimiento personal, pero procuraban evitar el pesado trabajo que requería el planear medidas tendientes a lograr una transformación de nuestras anacrónicas y absurdas instituciones educativas. Gracias a su afán de desplazar hacia otras personas todo aquello que significase tener que trabajar sin ninguna remuneración económica, tuve la suerte de poder participar en estas labores en forma mucho más activa que la que habría podido esperar dado mi modesto puesto de novel maestro.

Día con día aumentaba el trabajo. Una vez concluidos los exámenes correspondientes a mi primer año de magisterio en la U.N.A.M. y en el Politécnico, organicé dos grupos de estudio con algunos de los jóvenes que habían sido mis discípulos. La finalidad fundamental de estos nuevos grupos —al igual que en el caso del constituido en primer término— fue la de ir capacitando a sus componentes para adquirir una comprensión del pasado que les permitiese estar en posibilidad de colaborar más eficientemente en la gran tarea futura de dar nacimiento a una nueva cultura. Comencé también a impartir otra clase en una preparatoria particular.

El 2 de febrero de 1968 —fecha en que se cumplían exactamente diez años del día en que fui aceptado por el coronel como su alumno— lo pasé en Teotihuacan, en compañía de varios estudiantes.

Al regresar esa noche a la pequeña casa que he arrendado en la ciudad de México, estuve haciendo recuerdos de los variados acontecimientos que me había tocado presenciar a lo largo de esos diez años. Decidí trasladar al papel un relato de todo aquello, con la esperanza de que esto pudiera contribuir en alguna forma a lograr que un mayor número de personas cobrase consciencia de la trascendental importancia de los próximos años.

Con objeto de continuar manteniendo un conveniente anonimato opté por escribir bajo pseudónimo, adoptando el que utilizaban los poetas nahoas cuando deseaban dar a conocer alguna noticia que juzgaban de particular importancia.

Esta es, pues, la historia del presente libro.

APÉNDICE SÓLO PARA ALGUNOS

a) *Resumiendo:*

Al comenzar a planear este libro, me percaté de que para su elaboración podía seguir dos caminos. El primero, tratar de explicar lisa y llanamente el proceso de desarrollo de las diferentes Edades Históricas hasta llegar a la crucial época actual. El segundo camino consistía en acompañar a estas explicaciones la narración de los acontecimientos en virtud de los cuales había llegado a saber aquello que pretendía dar a conocer. Decidí que lo más honesto era optar por la segunda solución, a pesar de que ello implicase seguir el camino más largo.

Con objeto de evitar que la lectura de los diversos acontecimientos relatados en esta obra pueda desviar la atención del llamado a la acción contenido en ella, he añadido este apéndice que tiene por finalidad proporcionar una orientación —muy general desde luego— a todas aquellas personas que sinceramente deseen participar activamente en la gran obra del porvenir, consistente en lograr que la mujer dormida dé a luz.

Partiré de una breve recapitulación de las tesis fundamentales que se han venido sustentando a lo largo de esta obra:

1. Existe un largo progreso ascensional del género humano, desde su aparición sobre la Tierra, que se caracteriza por una paulatina ampliación de su consciencia.
2. Esta progresiva ampliación de la consciencia de la especie se realiza a través de un proceso de ascensión en espiral que consta de tres fases: En la primera se alcanza un considerable incremento de la inteligencia racional; en la segunda se logra igual fin en lo que hace a la intuición emotiva; y finalmente, en la tercera se consigue un equilibrio entre ambas facultades, para posteriormente dar comienzo a un nuevo ciclo.
3. Durante el transcurso de estas fases o Edades históricas se producen diversas culturas. Una cultura es al mismo tiempo la creación de un nuevo conjunto de símbolos que proporcionan una superior cosmovisión, como la consiguiente y necesaria ampliación de consciencia del conjunto humano que habrá de captar y vivir esa nueva cosmovisión.
4. La cultura occidental vino a cerrar una Edad histórica de equilibrio entre la inteligencia y la intuición que se había iniciado con la cultura griega.
5. Al igual que todas las culturas, la occidental nació, creció, llegó a su cúspide, decreció, murió, entró en estado de fosilización, y finalmente ha comenzado a desintegrarse.
6. El presente e incontenible impulso de la ciencia y la tecnología permite conjeturar con toda exactitud, que la futura Edad histórica será de predominio de la inteligencia racional. Su iniciación tendrá lugar en el momento en que surja una nueva cultura.
7. *La nación que cuenta actualmente con mayores probabilidades de dar nacimiento a una nueva cultura es México. La época en que estas probabilidades alcanzarán su punto máximo se iniciará cuando la población de esta nación llegue a los setenta millones y concluirá cuando sobre pase los setenta y siete millones.*
8. Tomando en consideración los siguientes factores: el acelerado incremento de la población mundial, el alto grado de desarrollo de los diferentes medios de comunicación y difusión de las ideas, y la estrecha vinculación e interdependencia económica de todas las naciones, resulta fácil concluir que para que la próxima cultura logre desarrollarse venturosamente, precisará abarcar a la totalidad de la humanidad y no únicamente a los habitantes de una más o menos extensa porción de la tierra. En otras palabras: *la cultura del futuro deberá tener como característica fundamental un espíritu universalista.*
9. Un primer e imprescindible paso en la búsqueda de ese universalismo será efectuar una síntesis de las mejores aportaciones que a lo largo de la historia han ido realizando las diferentes culturas del pasado. Sin embargo, el desarrollo de una cultura auténticamente mundial sólo se alcanzará cuando tras de cobrar consciencia del hecho físicamente real de que la humanidad constituye un TODO —diferente a la simple suma de los individuos que la componen—, se logren formular soluciones y establecer condiciones que las hagan operantes, en virtud de las cuales sea posible lograr una integración armónica, muy superior a la actual, tanto entre los individuos como entre las naciones.
10. Los fines anteriormente mencionados no podrán alcanzarse sin una previa modificación del presente grado de desarrollo de la consciencia del género humano. La primera y más difícil tarea de la nueva cultura será, por tanto, la de iniciar dicha ampliación de consciencia.

b) Siete reglas para el inicio de una. Acción organizada de la Juventud

Tomando en consideración el hecho de que aún faltan algunos años para el inicio del breve período durante el cual las probabilidades de lograr dar nacimiento en México a una nueva cultura lleguen a su clímax, resulta lógico concluir que habrán de ser los integrantes de la actual juventud de este país, así como los componentes de las futuras generaciones de jóvenes del mundo entero, quienes tendrán respectivamente a su cargo las difíciles tareas de conseguir, primeramente el nacimiento de la nueva cultura, y en segundo lugar, el que dicha cultura se desarrolle hasta abarcar todo el planeta.

Con base en lo anterior, he juzgado oportuno incluir en la presente obra algunas orientaciones tendientes a servir de ayuda a todos aquellos jóvenes que deseen dar comienzo a la ardua labor de capacitarse para poder participar activamente en la obra gigantesca a que tendrán que enfrentarse en un futuro ya cercano.

Las siete reglas que expondré a continuación no pretenden ser, ni mucho menos, un conjunto de principios dogmáticos, ni tampoco una síntesis completa acerca de todo lo que sobre este tema podría decirse. Se trata únicamente de algunas orientaciones de carácter general, prácticas y sencillas, elaboradas con el único propósito de servir de ayuda a los jóvenes que se propongan iniciar organizada y metódicamente la tarea de capacitarse para asumir la grave responsabilidad de trazar el derrotero que habrá de seguir la humanidad en el futuro.

Primera regla: rigurosa planeación

Para el propósito de una mejor comprensión de esta primera regla, podríamos afirmar que los seres humanos se pueden dividir en dos grandes grupos. El primero abarca a todas aquellas personas incapaces de determinar por sí mismas tanto los fines que se proponen alcanzar en la vida, como los medios a que deben ajustarse para la realización de estos fines. Esta clase de seres están siempre movidos por las cambiantes circunstancias del medio ambiente en donde vegetan.

Por el contrario, el segundo grupo está integrado por aquellos seres que además de poseer un claro conocimiento de los fines que se proponen alcanzar en el transcurso de su existencia, saben precisar con exactitud los medios necesarios para lograr esos fines.

En otras palabras, desde este punto de vista los seres humanos pueden dividirse entre aquellos que procuran, hasta donde es humanamente posible, construir por sí mismos su propio destino, y aquellos que se contentan con ser simples juguetes de las circunstancias.

Como es lógico suponer, los jóvenes que pretendan participar en la trascendental creación de una nueva cultura, necesitan antes que nada llegar a ser capaces de precisar los objetivos fundamentales de su existencia y poseer la voluntad suficiente para ir ajustando su conducta a la realización de dichos objetivos. Esto es, necesitan ir aprendiendo a programar sus actividades con miras a la realización de fines previamente escogidos.

La forma más práctica de dar comienzo a esta labor de planeación es la de formularse las dos preguntas siguientes: ¿Qué es lo que yo quisiera ser dentro de siete años? ¿Cuáles son los medios que me propongo adoptar para lograrlo?

Con objeto de no dejar las respuestas únicamente a la memoria, conviene trasladarlas al papel, escribiendo no sólo los fines que se tratarán de alcanzar en el citado período de siete años, sino también el programa de acción conforme al cual se proyecta llegar a la conquista de dichos fines. Este programa debe llegar al detalle en lo que se refiere al año inmediatamente siguiente, en tal forma que al final de cada mes pueda realizarse un rápido balance de lo que se ha ido obteniendo, aprovechando todas las experiencias para una mejor planeación de las acciones futuras.

El procurar trabajar siempre en forma programada podrá parecer tedioso, pero a la larga constituye el procedimiento más eficaz para evitar convertirnos en simples veletas, movidos al impulso de los cambiantes acontecimientos.

Segunda regla: sobre esfuerzos continuos

En la primera regla aludimos a la planeación de las actividades por desarrollar; ahora analizaremos la necesidad de que la mayor parte de estas actividades se caractericen por requerir verdaderos sobre esfuerzos para su realización.

Lo anterior significa que los fines a los que debe aspirar todo aquel que desea participar en la labor de lograr que la mujer dormida dé a luz, no pueden ser exclusivamente del tipo de objetivos cuya realización se alcanza

a través del simple transcurso del tiempo y el desempeño normal de una actividad determinada. Un estudiante que al ingresar al primer año de cualquier carrera profesional, se fijase como meta el obtener un título profesional una vez transcurridos un cierto número de años, estaría contentándose con algo que no requerirá de él sino el esfuerzo ordinario que es de esperar en cualquier estudiante. Para que en este caso pueda hablarse de un sobreesfuerzo, sería necesaria la fijación de objetivos que entrañasen una auténtica superación, como por ejemplo: obtener el doble de los conocimientos que normalmente se requieran para aprobar las distintas materias de la carrera que se cursa.

En esta forma, partiendo de un mejor desempeño de las actividades propias de cada persona a través de sobreesfuerzos como el del ejemplo anterior, debe irse llegando a la progresiva realización de actividades encaminadas ya directamente al fin que nos ocupa: el de capacitarnos para colaborar activamente en la tarea de lograr que la mujer dormida dé a luz. A continuación mencionaré brevemente cuáles son esas actividades.

Tercera regla: estudio de la Historia

Si admitimos que el futuro es una consecuencia del pasado —aun cuando en realidad ambos forman parte de un presente único y "eterno"— comprenderemos de inmediato la ineludible necesidad de conocer y comprender lo ocurrido en el pasado, para, en esta forma, poder llegar a saber lo que habrá de acontecer en el futuro.

La tercera regla es por consiguiente: estudiar la Historia.

Ahora bien, a lo largo de la presente obra he dicho en varias ocasiones que el estudio de la Historia a través de los métodos convencionales sólo lleva a una falseada e incompleta comprensión de los pasados acontecimientos. Si bien esto es verdad, mientras no existan por doquier auténticos maestros de Historia, no hay otra alternativa que la de iniciar esta clase de estudios utilizando los procedimientos habituales, en la inteligencia de que esta aparente pérdida de tiempo se verá posteriormente compensada, pues en el momento en que se inicia un auténtico aprendizaje de la Historia, se puede avanzar mucho más rápidamente si ya se conoce lo que sobre esta materia puede aprenderse utilizando los caminos trillados.

Así pues, es necesario dar comienzo al estudio de la Historia incluyendo, desde luego, lo que podría denominarse "historia del pensamiento", o sea de las aportaciones filosóficas efectuadas por los más importantes pensadores a lo largo del tiempo.

Cuarta regla: organización de equipos

Todas aquellas personas en cuyos hombros habrá de recaer la difícil misión de dirigir y coordinar los diferentes sobreesfuerzos tendientes a lograr el nacimiento de una nueva cultura, necesitarán poseer un profundo conocimiento en lo que se refiere al trabajo en equipos.

En vista de que esta clase de conocimientos sólo se obtiene a través de una larga práctica, a continuación proporcionaré algunas orientaciones muy elementales para los que deseen comenzar a entrenarse en este tipo de actividades:

Aun cuando para constituir un equipo de trabajo no se requieren más que cuatro personas —un presidente, un tesorero, un secretario y un asesor— resulta siempre mucho más conveniente un número superior. A mi juicio, un mínimo de siete y un máximo de veinte son las cifras dentro de las cuales debe buscarse el apropiado número de miembros para cada equipo.

Al igual que en lo relativo a los individuos, las actividades de los equipos deben ser resultado de una cuidadosa planeación; será, por tanto, necesaria una previa programación de los fines específicos que se busca conquistar, así como de los medios que se piensa utilizar para ello. Todo esto formulado en planes a largo plazo que puedan irse ajustando anualmente de acuerdo con las experiencias obtenidas y los medios de que se disponga.

Los detalles referentes a la organización y funcionamiento interno de los equipos —duración en los cargos directivos, monto de las cuotas para los diferentes gastos, etc.— estarán plasmados en un conjunto de reglas estatutarias. Deberá buscarse siempre la mayor participación de los diferentes miembros del equipo, con base en procedimientos del más puro espíritu democrático.

Se escogerá como asesor del equipo a una persona conocida no sólo por sus conocimientos, sino también por su honorabilidad. Si fuese necesario pueden designarse varios asesores.

La función de los asesores se concretará exclusivamente a proporcionar orientación y consejo. La responsabilidad y dirección de los equipos estará siempre en manos de los componentes de los mismos.

¿Cuáles son los objetivos fundamentales que deberán tratar de alcanzar estos equipos? Pueden resumirse en tres.

El primero es coordinar los sobreesfuerzos de los distintos integrantes del equipo, con miras a lograr que cada uno de ellos vaya logrando superarse dentro de sus actividades propias. Así, por ejemplo, si el equipo está constituido por estudiantes, buscará a través del intercambio de experiencias, de sesiones colectivas de estudio intensivo, etc.; un mejoramiento en el nivel académico; si está formado por obreros, procurará ir elevando la capacidad técnica y cultural de sus integrantes.

La segunda misión de los grupos es promover y coordinar los estudios que realicen sus miembros sobre cuestiones históricas. Para lograr este fin se organizarán ciclos de estudio sobre diversas cuestiones históricas, se invitará a conferenciantes, se promoverá la creación de pequeñas bibliotecas de uso común para todos los componentes del equipo, etc.

Además, los equipos deberán efectuar trabajos de carácter social. La siguiente regla versará sobre esta importante cuestión.

Quinta regla: trabajo social

Una nueva cultura no es únicamente un conjunto de brillantes y profundas ideas que da forma a una novedosa cosmovisión; si tan sólo fuera esto, bastaría con que un selecto grupo de cerebros privilegiados, trabajando recluidos en sus laboratorios y bibliotecas, lograra estructurar una sólida y diferente concepción del hombre y del universo, para que de inmediato pudiera afirmarse que una nueva cultura había nacido sobre la Tierra.

Pero por desgracia —o por fortuna— el problema es mucho más complejo, ya que una nueva cultura, además de proporcionar una renovada cosmovisión, debe también conseguir la suficiente ampliación de consciencia de toda una sociedad —en el caso que nos ocupa deberá ser en toda la humanidad— como para lograr que sus componentes estén en posibilidad de utilizar en la práctica los conocimientos contenidos en esa nueva cosmovisión, siendo necesario para ello, que la nueva cultura sea capaz de proporcionar soluciones —más adecuadas que las existentes en el pasado— a los problemas de toda índole que aquejan al género humano.

El profundo conocimiento de la naturaleza humana que se precisa para saber dar acertadas soluciones a los problemas propios de esta naturaleza, no puede obtenerse mediante simples lecturas efectuadas en la tranquilidad de una biblioteca o de un salón de clases. Se trata de algo que requiere un entrenamiento práctico, tendiente a obtener la experiencia necesaria para poder proporcionar una ayuda verdaderamente efectiva a los demás.

Sólo a través de una larga y desinteresada práctica en el ejercicio de actividades sociales, en las que se busque proporcionar algún beneficio efectivo a la sociedad de la cual se forma parte, podrán los miembros de los equipos ir obteniendo los conocimientos y experiencia necesarios para estar en posibilidad de iniciar posteriormente una capacitación de carácter superior, con miras a encontrar soluciones a los problemas que acosan actualmente a la humanidad e incorporar estas soluciones al haber de la cultura por nacer.

Para la práctica de esta regla debe tomarse en cuenta que la mejor clase de ayuda es la que capacita a los que la reciben para dejar de seguirla necesitando. Es por ello que la difusión de conocimientos resulta siempre particularmente beneficiosa.

Sexta regla: ascesis espiritual

Con esta regla llegamos al punto más importante de la cuestión que se analiza: el relativo a la imprescindible superación espiritual que deberán realizar quienes pretendan tomar parte activa en la obra de dar nacimiento a una nueva cultura.

Sin querer polemizar o dogmatizar en tema tan delicado como son las cuestiones religiosas, sino únicamente presentar el testimonio de la experiencia histórica sobre este particular, podemos afirmar que para la realización del más característico de todos los anhelos humanos, o sea el de lograr la más alta espiritualidad, se requiere —según han coincidido en afirmar todos aquellos que en distintos lugares y épocas han conquistado tan difícil cumbre— de ayuda proveniente de un plano superior de la existencia. El alcanzar esta

ayuda —que de ninguna manera substituye al esfuerzo humano, sino que lo sublima y hace efectivo— ha constituido siempre uno de los objetivos fundamentales de la Religión.

Una vez admitida la premisa anterior, tendremos que concluir que todo aquel que verdaderamente desea alcanzar un elevado desarrollo espiritual, deberá ajustar su conducta a las diferentes disposiciones establecidas con este propósito por la Religión.

Desde luego debe entenderse muy claramente que cuando hablamos de una ascesis que requiere el apego a normas de conducta establecidas por la Religión, estamos muy lejos de propugnar por un simple cumplimiento rutinario de formalidades externas, y menos aún de ensalzar el fanatismo ciego —simple vía de escape a los bajos instintos y a las supersticiones más groseras—. Lo que tratamos es de subrayar el hecho de que para lograr un pleno desarrollo espiritual, se precisa siempre del auténtico espíritu religioso.

Séptima regla: búsqueda de un Maestro

Todas aquellas personas que no se contenten únicamente con leer las reglas anteriores, sino que procuren ponerlas en práctica, se encontrarán con que una vez transcurridos algunos años, habrán logrado una cierta superación en todos los órdenes de su existencia, en virtud de la cual serán ya capaces de dar comienzo a toda una nueva serie de realizaciones, situadas un grado más alto que las conseguidas anteriormente.

Una vez llegado ese momento, estas personas tendrán que hacer frente al hecho de que ya en un nivel superior resulta imposible pretender progresar por la senda de la superación interior si no se cuenta para ello con alguien capaz de guiar, con mano firme y experimentada, a través de tan difícil sendero. En otras palabras, es necesario contar con la ayuda de un auténtico Maestro.

Las dificultades que aguardan a todos los que bajo la dirección de un Maestro inicien esta segunda etapa de superación personal —cuyo objetivo continuará siendo el de capacitarles para poder participar activamente en la titánica labor de dar origen a una nueva cultura— son particularmente arduas y de no fácil comprensión. Así, por ejemplo, durante un largo tiempo estas personas contemplarán asombradas cómo el Maestro se concreta a ir mostrándoles la falsedad de la mayor parte de los conocimientos que con tantos esfuerzos habían adquirido.

La anterior afirmación tal vez origine en muchos lectores una pregunta: ¿Qué caso tiene el invertir tanto tiempo y esfuerzo en adquirir una estructura de conocimientos que a la postre serán destruidas por el Maestro?

La respuesta a esta pregunta es la siguiente, en primer término, no todos los conocimientos obtenidos en la etapa inicial serán destruidos; algunos de ellos tan sólo serán modificados; y, en segundo lugar, habrán de ser precisamente los conocimientos demolidos los que vengán a proporcionar algo así como el "material" con el que se edificará la nueva estructura interna del discípulo, pues así como un edificio no se puede construir sin tener antes el material suficiente para ello, un Maestro no puede dirigir la labor de formación de una nueva y superior personalidad si el discípulo no posee suficiente "material" de buena calidad, y generalmente este "material" sólo puede obtenerse de la "demolición" de la anterior personalidad.

Hay también en relación con este tema otra objeción que puede fácilmente ser pensada por muchas personas y es la siguiente: si forzosamente se va a necesitar la ayuda de un Maestro ¿por qué no proceder a buscarlo de inmediato, en lugar de perder un buen número de años realizando esfuerzos cuya utilidad real se desconoce?

La objeción anterior es tan absurda como la pretensión de un niño de siete años que afirmase que como tiene pensado ser doctor en medicina, no ve la necesidad de perder el tiempo asistiendo a la escuela primaria, pues considera mucho más conveniente matricularse de inmediato en la Facultad de Medicina.

Así como para poder ingresar a la Facultad de Medicina se requiere haber cursado una serie de estudios y tener ya una cierta madurez intelectual y emocional —que desde luego no puede poseer un niño de siete años—, para estar en posibilidad de aprovechar las enseñanzas de un Maestro resulta necesario poseer previamente una base de conocimientos convencionales, por muy falsos y deformados que éstos sean, así como un cierto nivel espiritual y un sincero deseo de encontrar un auténtico camino de desarrollo interno. Está por demás afirmar que todas estas cosas son siempre resultado de esfuerzos conscientes, realizados durante largo tiempo.

Por otra parte, los esfuerzos y los conocimientos que deben realizarse y adquirirse previamente a la búsqueda de un Maestro, y a los cuales he hecho referencia en las seis primeras "reglas", tienen también por objeto capacitar a las personas que los realicen para estar en posibilidad de saber distinguir entre un auténtico Maestro y un simple charlatán.

Hay una última cuestión en lo tocante a este asunto, y es la de que muchos pueden argüir, con sobra de razón, que de seguro la labor de capacitar al número de personas suficiente para la edificación de una nueva cultura requerirá, sin duda, la presencia de gran cantidad de Maestros, y que al parecer esto es algo que está muy lejos de ocurrir actualmente en México.

Con base en lo que nos enseña la experiencia histórica de todas las épocas, puedo responder con absoluta convicción lo siguiente: siempre que ha estado por surgir una nueva cultura —máxime cuando con ella se inicia toda una Edad Histórica— han llegado oportunamente al lugar propicio Maestros de muy diversos grados, con objeto de proporcionar su insustituible colaboración en tan trascendental labor de gestación.

Así pues, podemos estar ciertos de que en los años por venir recibiremos la ayuda necesaria. Lo importante es, por tanto, estar en condiciones de saberla aprovechar.

c) Sean éstas mis últimas palabras

A lo largo del presente libro he venido afirmando que toda cultura es la exitosa realización de un esfuerzo tendiente a lograr una ampliación de consciencia, un paso adelante en el largo camino evolutivo de la humanidad. Quedan sin embargo, en relación con este mismo asunto, dos importantes cuestiones por esclarecer: la primera de ellas consiste en precisar cuál es la finalidad definitiva, el propósito último perseguido por los seres humanos, al través de esos incesantes y renovados esfuerzos por ampliar su consciencia; la segunda es determinar cuál es el impulso vital que ha permitido alcanzar esas sucesivas ampliaciones de consciencia que han quedado plasmadas en las diferentes culturas surgidas hasta ahora.

A sabiendas de que las siguientes afirmaciones serán rechazadas de inmediato por muchas personas, me atrevo a dar respuesta a las anteriores preguntas, confiando en que un análisis sobre estas cuestiones puede permitir a cualquiera que lo realice libre de prejuicios, descubrir por sí mismo la verdad de lo que aquí se afirma.

Por lo que hace a la primera pregunta, o sea la que inquiere acerca del propósito que trata de alcanzarse en cada una de las ampliaciones de consciencia, la respuesta es la siguiente:

La finalidad que persiguen los seres humanos al ampliar su consciencia es la de estar "más cerca" y comprender mejor a Dios. Toda cultura constituye un esfuerzo colectivo tendiente a tratar de "aproximar" más la humanidad a Dios.

Acerca de la segunda cuestión planteada, o sea ¿cuál es el impulso vital que da origen a las culturas?, se han escrito muchas y muy largas disertaciones. Por mi parte, voy a concretarme a reproducir una breve frase que resume, en forma magistral, la respuesta más completa que, a mi juicio, puede darse a esta pregunta.

La historia de cómo llegué a tener conocimiento de esta frase es la siguiente: el día anterior a mi partida de la India, el hindú amigo del coronel me obsequió un libro conteniendo lo más selecto de la obra literaria del gran poeta bengalí Rabindranat Tagore. Comencé a leer el libro durante el viaje a la República Federal Alemana, y continué leyéndolo mientras permanecía en la mansión de Karl en Hamburgo, así como durante el trayecto de regreso a mi patria. En los instantes mismos en que el avión iniciaba su recorrido por encima de territorio mexicano, leí con profunda emoción la sentencia del poeta hindú con la que quiero dar fin a esta obra.

Las palabras contenidas en esa frase, expresan el sentimiento de toda mujer enamorada antes del acto de entrega que precede a la gestación de un nuevo ser. Por tanto, en los actuales momentos, esta expresión se encuentra ya en los labios de la Mujer Dormida, dirigida a todos aquellos que sinceramente desean participar en la gestación de la nueva cultura.

He aquí la frase:

"Sean estas mis últimas palabras: confío en tu amor".

En la ciudad de México a 9 de mayo de 1968.

SEMBLANZA DE AYOCUAN POR ANTONIO VELASCO PIÑA

Marzo de 1954

El poder forjarse ilusiones otorga tanto a las personas como a las naciones una fuerza singular, que les permite la realización de sorprendentes hazañas. En la lucha por convertir sus sueños en realidad, pueblos e individuos han escrito las mejores páginas de su historia.

En marzo de 1954 la nación mexicana vivió unos instantes de esperanzado optimismo. El motivo de ello fue la inauguración de la Ciudad Universitaria, erigida en espacios arrebatados a la lava volcánica en la zona sur de la capital de la República. El acontecimiento rebasó el marco de lo estrictamente universitario, para convertirse en un suceso de trascendencia nacional. En su evidente capacidad para dotar de mejores instalaciones educativas a su juventud, el país quiso ver el feliz augurio de un mejor futuro.

Como es lógico suponer, todos aquellos que tuvimos la suerte de formar parte de la generación de estudiantes fundadora de la Ciudad Universitaria, sentíamos más que nadie una orgullosa satisfacción a la par que una ilimitada confianza en el porvenir. Esta hermandad de sentimientos suscitó entre los integrantes de las distintas escuelas y facultades un acendrado compañerismo. Se transitaba de uno a otro de los recién terminados edificios no sólo con el curioso afán de conocerlos, sino con el propósito de estrechar relaciones con sus ocupantes.

El café de la Facultad de Filosofía y Letras

Vecina a la Facultad de Derecho, de la cual era yo en aquel entonces alumno del primer año, se encontraba la Facultad de Filosofía y Letras. Muy pronto los futuros abogados descubrimos que la cafetería de dicha facultad era un animado sitio de reunión, al que acudían las más bellas estudiantes de la Universidad y abstraídos filósofos de pausado andar. Así pues, muchos aprendices de leguleyo nos convertimos en asiduos concurrentes de aquel sitio, incurriendo en ocasiones en ausentismo a nuestras propias aulas, pues en lugar de las cátedras de Derecho Romano, preferíamos permanecer sentados ante una humeante taza de café, escuchando de alguna guapa partidaria de la Filosofía existencialista las bases en que se sustentaba esta corriente de pensamiento.

Un estudiante pálido y nervioso

En cierta ocasión, al llegar a la susodicha cafetería, advertí que ninguna de sus mesas estaba vacía. En una de ellas se encontraba tan sólo un ocupante al cual pedí permiso para sentarme. El aludido otorgó el permiso con un resignado gesto de asentimiento y haciendo caso omiso de mi presencia, continuó ensimismado en la lectura de un grueso libro, del cual iba tomando algunas notas que apuntaba en una libreta.

Observé con atención a mi forzado compañero de mesa. En su delgado rostro sobresalían una larga nariz y una ancha frente. Su edad debía ser próxima a la mía (diecinueve años) pero poseía un aspecto de tan marcada seriedad que le hacía aparecer varios años mayor. Escribía con la zurda y sus huesudas manos se movían con nerviosos ademanes. Repentinamente, su antebrazo chocó con la taza rebosante de café que tenía ante sí, derramándose al instante el negro contenido de ésta por la superficie de la mesa.

Actuando sin detenerme a pensar y por simple acto reflejo, alcancé a levantar indemne el libro que copiaba mi acompañante, mientras éste intentaba vanamente devolver la taza de café a su posición original.

Al tener el libro entre mis manos me percaté que se trataba de un ejemplar muy antiguo, quizás valioso. Su propietario me manifestó su agradecimiento con entrecortadas frases, mientras su pálida tez enrojecía de mortificación al darse cuenta de que era objeto de la atención de las personas que se hallaban en las mesas contiguas. Tomando sus cosas se despidió y abandonó el lugar a toda prisa.

Había ya olvidado por completo el incidente, cuando unos días después, al dirigirme de nueva cuenta a la cafetería de la Facultad de Filosofía, me encontré en uno de sus largos corredores al nervioso sujeto de mi anécdota. En cuanto me vio se aproximó y con amables frases me agradeció nuevamente el haber salvado su libro. Se trataba, según me dijo, de una obra escrita por un historiador francés del siglo XIX, el cual había realizado importantes observaciones sobre las antiguas culturas peruanas.

En vista del evidente interés que manifestaba mi interlocutor por los libros viejos, le comenté que yo poseía un buen número de ellos, pues los había heredado de mi abuelo, persona profundamente interesada en la Historia de México. Al escuchar esto, sus ojos brillaron con encendida emoción. Adoptando un tono

confidencial me participó que el estudio del pasado constituía el motivo fundamental de su existencia y si bien era apenas estudiante del primer año de la carrera de historia, hacía ya tiempo que venía consagrándose a la lectura de toda clase de narraciones históricas, interesándole particularmente las contenidas en antiguas publicaciones. Le invité a visitar mi casa al siguiente sábado para enseñarle los libros viejos que tenía. Aceptó de buen grado y nos despedimos como si fuésemos amigos de mucho tiempo atrás. Retornó al instante para indicarme su nombre y apellidos. Su nombre de pila era Manuel, igual al de mi abuelo materno, de quien heredara los libros objeto de su interés.

Una sincera amistad

La visita de Manuel a mi casa aquel sábado fue la primera, pero no la última. Muy pronto se desarrolló entre nosotros una auténtica amistad, lo que en su caso no era muy usual, pues poseía un carácter en extremo introvertido y propenso al aislamiento. Su erudición sobre cuestiones históricas era realmente asombrosa, poseía una increíble cantidad de conocimientos sobre los hechos más diversos, ocurridos en épocas remotas y en las regiones más apartadas del mundo.

La cultura de mi amigo no era desde luego producto de la casualidad, sino de una infatigable capacidad de estudio: podía pasarse días y días sin salir del departamento en que habitaba, absorbido en la lectura de libros de historia que iba resumiendo en unas libretas numeradas y clasificadas que después almacenaba en un closet.

El gran secreto de Manuel.

Mi amistad con Manuel llevaba ya cerca de un año cuando descubrí lo que él consideraba su más íntimo secreto. Al abrir un cajón del escritorio que tenía en su estudio, me encontré un cuadro lujosamente enmarcado que contenía la fotografía de una bailarina de ballet. La foto había sido tomada de una revista y al observarla reconocí las facciones de una joven llamada Pilar que asistía como alumna a la Facultad de Filosofía y Letras.

Manuel dio muestras de gran turbación al percatarse de mi hallazgo. Durante un buen rato no quiso hablar del asunto, pero finalmente terminó por rendirse ante mi agobiadora insistencia y procedió a revelarme su secreto: se hallaba profundamente enamorado de la bella joven del retrato, pero su invencible timidez le había impedido no solo expresarle sus sentimientos, sino incluso presentarse ante ella. Todos los días aguardaba a que saliese de clase para verla a cierta distancia, produciéndole este simple hecho tan grande emoción, que en ocasiones creía estar a punto de sufrir un infarto.

A sabiendas de que mis consejos serían del todo inútiles, insistí ante mi amigo para que intentase al menos darse a conocer ante la mujer objeto de sus desvelos. Con frases que Don Quijote no habría dudado en hacer suyas, me contestó que no pensaba presentarse ante su amada mientras no fuese digno de ella, y que esto no ocurriría hasta en tanto no tuviese un renombre internacional como historiador. Mientras llegaba tan anhelada fecha, el único lazo de "comunicación" que existiría entre ambos serían los ramos de rosas que sin tarjeta alguna enviaba cada semana a casa de Pilar.

Dificultades y esperanzas

A partir de mi tercer año como estudiante de la carrera de Leyes, comencé a trabajar en la Dirección General del Impuesto sobre la Renta de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Entre empleo y clases casi no disponía de tiempo libre, razón por la cual dejé de frecuentar la cafetería de la Facultad de Filosofía y Letras. Mi trato con Manuel también disminuyó, pero no así nuestra amistad. Nos veíamos de vez en cuando para mantenernos mutuamente informados de lo que nos acontecía.

Así pues, pude observar el proceso de creciente desilusión respecto a la validez de sus estudios que se iba apoderando de mi amigo. Al parecer, la multiplicidad de teorías que pretenden explicar los hechos históricos había terminado por generar en él una total desconfianza sobre la veracidad de dichas teorías.

La confusión que privaba en el ánimo de Manuel era de tal grado, que incluso en una ocasión me comentó el estar pensando la posibilidad de renunciar a su propósito de ser historiador, lo que desde luego constituiría el pleno reconocimiento de su más rotundo fracaso, pues como ya se ha dicho, este propósito era el principal objetivo de su existencia.

Por si esto fuera poco, la situación sentimental de mi amigo se había tornado igualmente complicada. Pilar, la mujer de sus sueños, había optado por abandonar el ballet y la filosofía para trabajar como artista de cine. El

hecho de que ella no asistiese ya a la Facultad de Filosofía obligaba a Manuel a tener que efectuar prolongados plantones frente a la casa de su Dulcinea, para así verla al menos unos instantes cuando ésta salía o entraba a su morada.

El tiempo transcurría y nada indicaba que los problemas a que se enfrentaba Manuel pudiesen solucionarse, cuando de improviso su vida dio un brusco y favorable giro. Un domingo que pasé a visitarle a su departamento, le encontré vaciando el closet de los centenares de libretas de apuntes ahí almacenadas. Alarmado supuse que aquello significaba que mi amigo había terminado por declararse vencido y daba vuelta la espalda a su ideal de llegar a ser historiador. Con alegre espíritu me informó lo que ocurría: al fin había encontrado un auténtico Maestro que lo estaba guiando hacia la comprensión de las misteriosas leyes de la Historia; en esas circunstancias —concluyó— existía tan sólo un lugar apropiado para todas esas libretas y sus tontas anotaciones, y dicho lugar era la basura.

Viaje al Tibet

Aun cuando nunca conocí personalmente al Maestro de Manuel, llegué a sentir por él una respetuosa admiración en vista del evidente y positivo cambio que había logrado imprimir en la vida de mi amigo. No sólo desapareció en éste la depresiva frustración que le agobiaba, sino que incluso su personalidad misma pareció transformarse. Era ahora un ser entusiasta y optimista que marchaba con paso firme hacia su meta.

Así las cosas, un buen día me llamó Manuel por teléfono para decirme que le urgía verme y que estaría en mi casa en menos de una hora. Cuando llegué, observé al instante el alto grado de nerviosa tensión en que se encontraba. Tras de hacerme jurar que guardaría un absoluto secreto sobre lo que habría de manifestarme, me dijo que en unos días más saldría de México y que no sabía cuando volvería. Se dirigía al Tibet a tomar parte en una misión de la que no podía revelarme ni media palabra, pero que una vez cumplida le permitiría permanecer en ese apartado lugar de Asia, dedicado a proseguir sus estudios bajo la guía de su sabio Maestro. Me pedía conservar en mi casa los numerosos libros que poseía durante el tiempo que se prolongase su ausencia del país.

Al día siguiente, una airosa mañana del mes de febrero de 1959, ayudé a Manuel a transportar a mi casa toda clase de libros, muchos de ellos de un considerable valor y antigüedad. Se trataba de los únicos objetos de los que mi amigo no se había desprendido antes de partir al extranjero. Su vacío departamento se veía agrandado e impregnado de nostálgica tristeza. Nos despedimos sin saber si volveríamos a vernos.

Siete años después

En todas las antiguas tradiciones el número siete está dotado de un mágico y especial poder. Así, por ejemplo, se considera que tanto las células de nuestro cuerpo, como nuestros sentimientos y forma de pensar, se renuevan cada siete años a grado tal, que al finalizar dicho período en realidad somos ya unas personas del todo diferentes a las que éramos al inicio del mismo.

Sobre la base de este supuesto, ni Manuel ni yo éramos ya los mismos seres el día en que, siete años después de los relatados acontecimientos, volvimos a encontrarnos. Esto ocurrió en el Bosque de Chapultepec de la Ciudad de México, lugar que me agradaba frecuentar al amanecer para realizar un poco de ejercicio. Al doblar un recodo estuve a punto de chocar con mi amigo que venía corriendo en dirección contraria. Nos reconocimos al instante en medio de un gran alborozo, pero mantuvimos ambos cierta dosis de reservada cautela, la cual terminó por desaparecer tras de larga y animada plática.

Sin darme aún mayores pormenores de lo ocurrido durante su estancia en el Tibet, Manuel se concretó a relatarme que había permanecido estudiando durante varios años en un oculto monasterio del país de las nieves eternas. Hacía poco más de un año de su regreso a México, tiempo que había dedicado a recorrer con calma distintas regiones del país. Recién terminaba de instalarse en un departamento amueblado de la Colonia Condesa, en donde impartía clases a un pequeño grupo de estudiantes interesados en el aprendizaje de la historia.

Recordé a Manuel que antes de partir había dejado bajo mi custodia todos sus libros y le pedí me indicase cuando quería que se los devolviese. Me respondió que le haría un gran favor si aceptaba quedarme con los libros, ya que éstos habían dejado de interesarle y solo vendrían a significarle un estorbo. Sus palabras me hicieron darme cuenta que en realidad me hallaba ante una persona completamente distinta de la que conociera antaño. Observé también que su característico nerviosismo de otros tiempos se había trocado en una gran confianza en sí mismo, la cual se evidenciaba hasta en sus menores gestos.

Concluida la plática, Manuel me invitó a que asistiese a la próxima reunión del grupo al que impartía clases de Historia. Me comprometí a ir, más por el deseo de renovar nuestra vieja amistad que por un auténtico

interés en el estudio de la mencionada materia. Jamás imaginé que la aceptación de aquella invitación habría de transformar mi vida.

Una fascinante cosmovisión

Las enseñanzas que Manuel impartía se iniciaban siempre planteando una aparente paradoja: es inútil pretender comprender los acontecimientos históricos, pues en el estado ordinario de consciencia que caracteriza a los seres humanos, les resulta imposible entender las verdaderas causas de dichos acontecimientos.

Como lógica consecuencia de la anterior afirmación, se desprendía la conclusión de que para poder estudiar la Historia se precisaba lograr, primeramente, una ampliación de consciencia que permitiese alcanzar una auténtica comprensión de las fuerzas que dan origen a los hechos históricos. Todo el sistema de enseñanza que impartía Manuel tenía por objeto, precisamente, la obtención de esa ampliación de consciencia.

Para lograr dicho fin, era preciso ir modificando lentamente las tres formas de operar de nuestra consciencia que tenemos ya desarrolladas: física, emotiva y mental.

El método para transformar la manera de operar de la parte física de la consciencia requería de una dieta estrictamente vegetariana, de la abstención de tóxicos como el alcohol y el cigarro, y de la práctica de ejercicios de Hata Yoga.

El sistema para ir cambiando gradualmente la parte emotiva de la consciencia era el que ofrecía mayores dificultades. Había primero que percatarse de la total carencia de control que tenemos de nuestras emociones negativas, para luego intentar la sustitución de éstas por elevados sentimientos, labor en extremo difícil y expuesta siempre e incesantes recaídas.

Por lo que hace a la modificación de la parte mental de la consciencia, se empleaban singulares sistemas de meditación, observación y concentración, cuya descripción por medio de un libro resultaría imposible.

Conforme la utilización de toda esta serie de variadas disciplinas iba produciendo resultados en quienes la practicaban, Manuel procedía a proporcionar los conocimientos que integraban la fascinante cosmovisión de la historia que había estudiado en el Tibet.

La Mujer Dormida debe dar a Luz

A mediados de 1968 Manuel me pidió tramitase, ante la Dirección General del Derecho de Autor de la Secretaría de Educación Pública, el registro de un libro que acababa de escribir. La obra se denominaba "La Mujer Dormida debe dar a Luz" y debía ser registrada bajo el pseudónimo de Ayocuan. Antes de efectuar los correspondientes trámites procedí a leer, con profundo asombro, el original de la obra. En ella mi amigo narraba amenamente los singulares acontecimientos que había presenciado en el Tibet. Su relato sobre la rebelión tibetana y la huida del Dalai Lama venía a esclarecer un importante suceso de nuestros tiempos, que hasta entonces había permanecido prácticamente ignorado por el mundo entero. Sin embargo, lo que me causó mayor impresión fue el saber que existía la posibilidad de que surgiera una nueva cultura y de que este hecho de tan enorme trascendencia podría ocurrir próximamente en mi propio país.

En ese mismo año de 1968 tuvieron lugar en México y en muchos otros lugares del mundo una serie de acontecimientos aparentemente inexplicables. No es este el lugar apropiado para intentar analizarlos, por lo que tan solo diré que de no haber sido por las enseñanzas recibidas de Manuel —y por la circunstancia de haber sido testigo presencial de muchos de dichos acontecimientos— me habría resultado del todo imposible entender lo que en realidad estaba aconteciendo.

El inicio de una nueva cultura

Cada vez que en nuestras reuniones salía el tema del nacimiento de la nueva cultura, Ayocuan insistía en tres aspectos de esta cuestión que a su juicio revestían particular relevancia.

El primero era que tratáramos de comprender el carácter orgánico de toda cultura. Esto es, al igual que cualquier otro cuerpo vivo, una cultura está integrada por células, y en este caso, las células del nuevo organismo lo serían todas aquellas personas que hubiesen alcanzado una ampliación de consciencia considerablemente superior a la del resto de sus congéneres. En el momento en que el incremento en el surgimiento de estas células fuese suficientemente acelerado e irreversible, la nueva cultura tendría garantizada su sobrevivencia.

La segunda cuestión se refería al carácter sincrético y mundial que debía caracterizar a la nueva cultura, para lo cual se requería lograr una síntesis de los aspectos más valiosos de todas las anteriores culturas. Aun cuando, por complicadas razones cósmicas, la nueva cultura debía nacer en México, ello no significaba que su desarrollo se circunscribiera a este país, sino por el contrario, estaba llamada a extenderse por todos los confines de la tierra.

Finalmente, nos prevenía una y otra vez a que no esperáramos que la inmensa mayoría de las personas se pudiesen percatar de la época tan especial que les había tocado en suerte vivir, ya que entre mayor es la importancia de un acontecimiento, menos puede ser comprendido por sus contemporáneos, necesitándose en ocasiones que transcurran varios siglos para que ciertos hechos del pasado puedan ser comprendidos por la mayor parte de la gente. Esta regla era, desde luego, aplicable al nacimiento de una cultura. Sólo aquellos que lograsen ampliar su consciencia se darían cuenta de que había surgido una nueva cultura y de que ellos eran parte integrante de la misma.

Ashram "El Coronel"

Al paso del tiempo los grupos que asistían a las enseñanzas del Ayocuan iban siendo más numerosos. En contra de lo que pudiera suponerse, este hecho no era de su agrado, pues lo consideraba un indicio de que la simple curiosidad estaba predominando sobre el propósito de trabajar seriamente para alcanzar una ampliación de consciencia.

Al cumplirse siete años de labor ininterrumpida con los que habíamos formado su primer grupo de estudios, Ayocuan decidió que suspendería sus actividades en la Ciudad de México y se trasladaría a un apartado lugar en la Sierra de Chihuahua, para fundar ahí un Ashram con aquellos discípulos que quisieran seguirle y que él aceptase.

En mi caso tomar la decisión de irme a vivir a la Sierra de Chihuahua no resultaba nada fácil. Estaba casado y era padre de un niño que iba a ingresar al primer año de la primaria. Por otra parte, tras muchos años de incesantes esfuerzos y gracias a la valiosa y desinteresada colaboración de los más destacados fiscalistas del país, había logrado que se consolidase el Instituto Mexicano de Estudios Fiscales, S. C, organismo del cual era director y que tiene por objeto la investigación, enseñanza y difusión de conocimientos en materia de impuestos.

Estaba yo sumido en un mar de dudas y cavilaciones, cuando Ayocuan llegó en mi ayuda al resolver por mí. En una larga entrevista me expresó su deseo de que subsistiese un grupo de estudio en la Ciudad de México y de que fuese yo quien lo coordinase. En igual forma me comunicó su decisión de crear un organismo que en forma permanente mantuviese relaciones con diferentes lamas tibetanos que tras del sojuzgamiento de su país por los chinos se habían instalado en Dharamsala (India). Hasta entonces dichas relaciones las había venido manteniendo él en forma personal al través de una nutrida correspondencia, pero ahora quería crear para esta labor una institución que se denominaría "Asociación Mexicana de Amigos del Tibet" y la cual deseaba que yo dirigiese.

Acepté de buen grado las propuestas de mi amigo. Unas semanas después éste dejó la ciudad para dirigirse con una veintena de sus discípulos a la Sierra de Chihuahua, a fundar un Ashram que llevaría por nombre "El Coronel" en memoria de su primer Maestro. El día en que partió hacia el norte, me recomendó procurase dedicar más tiempo al trabajo personal de investigación que me había encomendado tiempo atrás sobre un personaje azteca.

Tlacaélel

Cuando apenas tenía yo un año de estar estudiando con Ayocuan, éste me había explicado que un aspecto importante de su sistema de enseñanza consistía en llevar a cabo una labor de investigación sobre un hecho histórico o un determinado personaje. El trabajo que me encomendaba era el de averiguar cuanto me fuese posible sobre un sujeto de nombre Tlacaélel.

Aquella era la primera vez en mi vida que escuchaba ese nombre, y desde luego, pensé que no debía tratarse de alguien que hubiese sido muy importante, puesto que de otra forma su personalidad sería ampliamente conocida. A pesar de ello me propuse recabar durante un mes toda la información que me fuese posible sobre el particular. Por consejo del propio Ayocuan comencé leyendo las obras del Dr. Miguel León Portilla. Para mi sorpresa, descubrí que este destacado historiador no solo concedía una gran importancia a la figura de Tlacaélel, sino que de hecho lo consideraba el auténtico creador del Imperio Azteca. Continué la investigación utilizando la bibliografía contenida en las obras del Dr. León Portilla y a los seis meses de

iniciadas mis indagaciones formulé un trabajo de cerca de treinta hojas, que en realidad no era sino una transcripción de lo que en esas obras se decía sobre Tlacaélel.

Al presentarle mi trabajo, Ayocuan no había expresado comentario alguno, sino que se había limitado a opinar que podría yo complementarlo, incluyendo información contenida en documentos aún no publicados pero fácilmente localizables en diferentes bibliotecas y archivos del país. Atendiendo a sus indicaciones, inicié una investigación cuya duración y resultados estaba muy lejos de poder siquiera imaginar. Lentamente comencé a darme cuenta de las increíbles dimensiones de la figura que estaba investigando. Su actuación había llenado toda una época en la que habían tenido lugar trascendentales acontecimientos. La influencia de su vida había excedido con mucho al término de ésta, a tal grado, que no resultaba exagerado afirmar que varias de las características que aun hoy en día singularizan a nuestro país son resultado de la honda huella dejada por este personaje.

Concluidas mis pesquisas en archivos nacionales, decidí no publicar aún nada de lo que había descubierto, sino proseguir mis averiguaciones en diferentes archivos extranjeros, especialmente en el Archivo de Indias de Sevilla y en el Archivo Histórico de la Universidad de Austin. Al concluir esta segunda etapa de la investigación, comprendí que mi labor se hallaba todavía incompleta, pues no incluía nada de la posible información que quizás pudiese obtener recurriendo a la tradición oral de los grupos de habla náhuatl existentes en el país.

Para la realización de la última fase de mi larga pesquisa, recibí la inapreciable ayuda del Dr. Fernando Horcasitas, miembro en ese entonces del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM. Este ilustre antropólogo dominaba a la perfección el idioma de Cuauhtémoc y se había pasado la mayor parte de su vida investigando entre los grupos de habla náhuatl diferentes cuestiones, principalmente lo relacionado a los cuentos, leyendas y teatro de los antiguos mexicanos. El Dr. Fernando Horcasitas me puso en contacto con los "informantes" que conocía en muy distintas partes de la República, gracias a ellos pude recabar buena parte de la valiosa información que sobre Tlacaélel ha logrado preservar la tradición oral.

Diez años después de iniciada la labor de investigación sobre Tlacaélel di término a ésta, sólo me faltaba ponerla a la consideración de Ayocuan.

El final que es siempre el principio

Hacia ya cerca de cuatro años que no veía a mi amigo, pues desde que se había retirado a la Sierra de Chihuahua no tenía de él sino esporádicas noticias.

Exhausto tras de un agotador viaje de tres días a lomo de mula por entre abruptas montañas, llegué cierta tarde de junio de 1979 al Ashram "El Coronel", el cual se hallaba enclavado junto a un manantial, en medio de un frondoso bosque. El lugar era bello en verdad e invitaba a la meditación. Las instalaciones eran rústicas pero confortables. En ellas vivían sólo Ayocuan y cuatro de sus discípulos, únicos que habían podido sostener el intenso ritmo de trabajo externo e interno que ahí se realizaba.

Me costó un poco de dificultad reconocer a mi amigo. Se había dejado crecer el pelo y una larga barba cubría parte de su rostro. Tanto él como quienes lo acompañaban denotaban en su aspecto cierto aire de misticismo, resultado lógico de las prolongadas prácticas de meditación que, según pude comprobar, efectuaban diariamente.

Permanecí diez días en el Ashram, tiempo durante el cual me vi invadido por un sentimiento de paz como jamás había experimentado. Ayocuan leyó el original del libro sobre Tlacaélel y lo aprobó sin modificación alguna, lo cual me produjo una gran satisfacción.

Al dejar aquel sitio y despedirme de mi amigo y Maestro, tuve el claro presentimiento de que no lo volvería a ver. Sin saber por qué lo hacía le pedí su bendición y él me la dio con sencilla naturalidad.

En cuanto retorné a la Ciudad de México comencé a gestionar la edición de mi libro, el cual salió publicado en diciembre de 1979, con el título de "Tlacaélel. El Azteca entre los Aztecas".

Transcurrieron cerca de tres años. Un día de finales de octubre de 1982 llegaron a verme a mi oficina dos de los discípulos que convivían con Ayocuan en el Ashram, me informaron que éste había fallecido el día 12 de ese mismo mes, al parecer a resultas de un paro cardíaco. Su muerte había ocurrido durante el sueño y en medio de una absoluta tranquilidad.

Los portadores de la triste noticia traían una carta que Ayocuan escribiera para mí pocos días antes de su muerte, en ella me confirmaba su opinión expresada durante nuestra última entrevista, en el sentido de considerar que el proceso del nacimiento de la nueva cultura se había iniciado ya y que ahora lo importante era contribuir a su desarrollo, incorporándose como una célula plenamente consciente del organismo que estaba surgiendo. En los últimos párrafos de su carta me comunicaba haber cambiado de criterio en lo relativo a no permitir nuevas ediciones de su libro (al llegar a la cuarta había prohibido que se siguiese publicando) por lo

cual me acompañaba un escrito en el que se contenía su autorización para nuevas publicaciones y en el que además me cedía los derechos sobre su obra, con objeto de que le diese la difusión que estimase pertinente.

Emocionado concluí la lectura de los documentos y pregunté donde había sido sepultado el cuerpo de Ayocuan. Me respondieron que lo habían enterrado en un claro del bosque, junto a una roca en la cual habían grabado esta sola frase:

LA MUJER DORMIDA DEBE DAR A LUZ

Una cultura nace cuando un alma grande despierta de su estado primario y se desprende del eterno infantilismo humano; cuando una forma surge de lo informe; cuando algo limitado y efímero emerge de lo ilimitado y perdurable. Florece entonces sobre el suelo de una comarca, a la cual permanece adherida como una planta. Una cultura muere, cuando esa alma ha realizado la suma de sus posibilidades, en forma de pueblos, lenguas, dogmas, artes, Estados, ciencias, y torna a sumergirse en la espiritualidad primitiva. Pero su existencia vivaz, esa serie de grandes épocas, cuyo riguroso diseño señala el progresivo cumplimiento de su destino, es una lucha íntima, profunda, apasionada, por afirmar la idea contra las potencias del caos en lo exterior y contra la inconsciencia interior a donde han ido éstas a refugiarse coléricas.

OSWALD SPENGLER *La decadencia de Occidente*

Esta ligazón fundamental del Mundo pensante no nos es sensible inmediatamente. Partículas ahogadas entre otras partículas, vivimos habitualmente sin tomar consciencia de lo que debe representar, vista en su conjunto, la masa de consciencia de la que formamos parte. Como una célula que no viera más que otras células en el cuerpo al que pertenecen. Y, sin embargo, el cuerpo existe más que los elementos de los que se compone. En verdad, no podemos alcanzar ningún progreso decisivo en nuestras concepciones del mundo animado mientras que, permaneciendo en la escala "celular" no sepamos emerger por encima de los seres vivos para ver la Vida, por encima de los Hombres para descubrir la humanidad: no esta Humanidad abstracta y languideciente de que nos hablan los filántropos, sino la realidad física, poderosa, en la que se bañan y se influyen todos los pensamientos individuales hasta formar, por su multiplicidad, un solo Espíritu de la Tierra.

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN *La energía humana*

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO

<i>En la Ciudad Universitaria</i>	2
1. Ante el mural de la ciencia	2
a) Generación fundadora de Ciudad Universitaria	2
b) El destino cruza dos líneas.	4
2. Dificultades en el estudio de la historia.....	7
3. Una celebración accidentada.....	8

CAPÍTULO SEGUNDO

<i>En la Ciudad de Monte Albán</i>	12
A) Un reencuentro decisivo	12
1. La Ciudad Observatorio-Receptorio.....	12
2. Aprendiendo a estudiar	15
a) Observación, concentración y meditación	15
2) Un examen difícil	19

3. Una antigua y moderna visión de la historia	21
Última edad histórica de predominio de la inteligencia racional.....	23
Última edad histórica de predominio de la in tuición emotiva.....	25
Última edad histórica de equilibrio entre la razón y la intuición	25
B) Una historia que merece ser narrada	27
1. Un hombre en busca del pasado	27
2. Hitler mira hacia Oriente.....	30
3. Oriente mira hacia Occidente.....	33
4. Oriente y Occidente dialogan	37
5. Hitler muestra su juego	39
6. El mundo en llamas.....	41
7. Reiniciando el camino	44

CAPÍTULO TERCERO

<i>En la Ciudad de Lhasa</i>	45
1. El llamado del destino	45
2. Rebelión en la ciudad de los dioses	49
a) Se inicia la "Operación Locura".....	49
b) Un aviso misterioso	51
c) Una magistral representación teatral	52
d) El Dalai Lama en oración	56
3. Muerte	59
4. Nubes, hormigas y hombres	65
5. En el techo del techo del mundo.....	72
a) Un ermitaño excepcional.....	72
b) Todo un maestro	80
6. Vislumbrando el futuro.....	82
7. El círculo se cierra.....	88
a) La última lección.....	88
b) Adiós al Tibet.....	91

CAPÍTULO CUARTO

<i>En la Ciudad de México</i>	95
1. Dos viejos conocidos.....	95
a) Un ex funcionario hindú.....	95
b) Un multimillonario alemán	97
2. En el antiguo país del futuro.....	99
3. Ante el mural de la ciencia	101
a) Generación "destructora" de la Ciudad Universitaria .	101
b) El destino cruza varias líneas.....	103

<i>Apéndice... sólo para algunos</i>	105
a) Resumiendo	105
b) Siete reglas para el inicio de una acción orga nizada de la juventud	106
Primera regla: rigurosa planeación	106
Segunda regla, sobreesfuerzos continuos . . .	106
Tercera regla: estudio de la historia	107
Cuarta regla: organización de equipos	107
Quinta regla: trabajo social	108
Sexta regla: ascesis espiritual	108
Séptima regla: búsqueda de un maestro . . .	109
c) Sean estas mis últimas palabras	110
SEMBLANZA DE AYOCUAN	111

LA MUJER DORMIDA DEBE DAR A LUZ

Se imprimieron y encuadernaron

10,000 ejemplares en los talleres de

Editorial Jus, S.A. de C.V.

Durante el mes de julio de 1994.

La labor de hacer llegar esta importante obra es en memoria de los grandes seres humanos que nos han antecedido y nos han inspirado a seguir avanzando, a seguir ascendiendo integralmente, como Humanidad. Por todos ustedes lo hice para todos los que aun estamos en el plano físico y queremos seguir ascendiendo.